Te vas a enamorar

La isla de Willow



C.G. De La Cruz

La isla de Willow

C.G. De La Cruz

Copyright © 2025 C.G. De La Cruz

Título: La isla de Willow

Fecha de edición: marzo de 2025

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798315246992

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático.

De nada sirve llegar a la cima si en el camino destruyes a quienes te acompañaban; el éxito es efímero, pero la amistad y el cariño son lo único que realmente perdura cuando todo lo demás se desvanece.

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Epílogo
Agradecimientos
Otras Obras de la Autora

Capítulo 1



Lucía

La lluvia cae con furia sobre los adoquines, su repiqueteo creando una melodía hipnótica que se funde con el murmullo incansable de la ciudad. El viento helado serpentea entre los edificios altos, arrastrando consigo el inconfundible aroma de la noche: tierra mojada, café recién hecho y el tenue perfume metálico del pavimento húmedo. Bajo la luz de los faroles, los charcos reflejan los destellos escarlata y azul de los neones, como si la ciudad misma flotara en su propio reflejo, vibrante y borrosa a la vez.

Bajo el paraguas que compartimos, Sofía y yo avanzamos con la destreza de dos héroes de acción que han entrenado toda su vida para este preciso momento: esquivar charcos como si fueran minas terrestres, mantener el equilibrio en el adoquinado traicionero y, lo más importante, no perder la dignidad mientras la lluvia nos convierte en versiones decrépitas de modelos de pasarela empapadas.

La humedad se aferra a nuestra ropa con la tenacidad de una ex que no entiende las indirectas, impregnando la tela con los aromas más representativos de la noche: el humo de cigarrillos que flota en el aire como si tuviera una misión secreta, el dulzor

embriagador del vino que nos espera tras la puerta como un amante apasionado, listo para abrazarnos con calidez y olvidar que llegamos chorreando como perros callejeros.

El portero, un tipo de traje negro impecable y una expresión que grita "he visto cosas peores", nos abre la puerta con una leve inclinación de cabeza que bien podría significar "Bienvenidos" o "No me pagaron lo suficiente para fingir entusiasmo". Cruzamos el umbral y, como por arte de magia, el mundo cambia: de la selva húmeda de la calle a un oasis de luces cálidas y promesas etílicas.

El frío queda atrás, reemplazado por el calor envolvente del bar. El aire aquí es distinto, denso, impregnado de notas de madera envejecida, cuero gastado y el perfume especiado de licores exóticos. Las risas discretas y el tintineo de copas crean una sinfonía que se mezcla con la música suave del fondo.

Mis ojos recorren el lugar con la satisfacción de un gato que acaba de encontrar el sillón más mullido y prohibido de la casa. Este es nuestro refugio, nuestro pequeño templo de excesos cuidadosamente disimulados bajo una pátina de sofisticación. Aquí, la elegancia y la decadencia bailan un tango eterno, sin tropezar nunca, como si hubieran nacido para entrelazarse con la misma facilidad con la que uno acepta la tercera copa de vino cuando había prometido que solo tomaría una.

La luz tenue proyecta un resplandor dorado sobre las mesas de mármol, dándoles un aire de exclusividad que seguramente justifica los precios de la carta. Las estanterías rebosantes de botellas añejas susurran promesas de noches largas y mañanas llenas de arrepentimientos bien merecidos. La barra de roble pulido exhala un aroma embriagador a *whisky* derramado y cítricos recién cortados, como si tratara de convencerte de que aquí todo es una mezcla perfecta de desorden y sofisticación.

Un camarero nos reconoce al instante, porque, claro, en este santuario del hedonismo ya somos casi parte del mobiliario. Nos

hace un gesto con la cabeza, su sonrisa insinuando una complicidad que dice "Bienvenidos de nuevo, pecadores, ¿lo de siempre?". Y sí, lo de siempre, porque en este rincón del mundo, donde el tiempo se mide en tragos y miradas furtivas, nada cambia… y así nos gusta.

—Se han salvado por poco —comenta con tono relajado, señalando un par de taburetes libres en la barra—. Cinco minutos más y no habrían encontrado sitio.

Nos deshacemos de los abrigos con un movimiento rápido, sacudiendo las gotas de lluvia que aún resbalan por la tela, dejando un rastro efímero sobre la madera oscura del respaldo. Nos acomodamos en los taburetes altos, sintiendo cómo el calor del pub comienza a colarse bajo la piel, disipando el frío persistente de la calle.

Tomo un instante para observar el reflejo de la luz sobre la barra pulida. La calidez dorada de las lámparas se funde con los destellos carmesí del vino en las copas recién servidas. Mi mirada se desliza hacia la cristalera. La lluvia sigue cayendo con una cadencia hipnótica, golpeando el vidrio en ráfagas irregulares, como si la ciudad respirara al compás del aguacero.

Al principio, odiaba este clima. Y adivina qué: todavía lo hago.

Aquí, el sol es un visitante fugaz, un fantasma caprichoso que se digna a aparecer solo para recordarte lo que te estás perdiendo antes de esfumarse otra vez, dejándote con la deprimente certeza de que su ausencia es la norma y no la excepción. La lluvia, en cambio, es la monarca absoluta, la dueña y señora de cada calle, cada rincón y cada miserable paraguas que se dobla con el primer golpe de viento.

Con el tiempo, y más por resignación que por verdadera aceptación, aprendí a encontrar una cierta belleza en su melancolía. En la manera en que envuelve los edificios con su velo líquido, como si la ciudad estuviera atrapada en una película en blanco y negro con

filtro permanente de nostalgia. En cómo las luces de los faroles se reflejan en los charcos, dándole un aire poético a algo tan poco glamuroso como pisar agua sucia. Incluso en el aroma a tierra mojada, que se mezcla con el café humeante que se escapa de las cafeterías al anochecer, creando un perfume urbano que huele a resignación con un toque de romanticismo forzado.

Sí, la lluvia lo domina todo. Y aunque sigo mirándola con el mismo fastidio de siempre, ya no me esfuerzo tanto en pelear contra ella. Después de todo, en esta ciudad, luchar contra la lluvia es tan inútil como esperar un verano sin decepciones.

Ahora no podría imaginar esta ciudad sin su lluvia. Sería como quitarle el cinismo a un viejo cascarrabias o la cafeína a un lunes por la mañana: perdería su identidad por completo. La lluvia no es solo un fenómeno meteorológico aquí, es el pulso mismo de la ciudad, el telón de fondo perpetuo contra el que se desarrolla cada historia, cada suspiro, cada maldición lanzada al cielo gris.

Forma parte de su ritmo, de su esencia, de ese murmullo constante de gotas golpeando los adoquines, de paraguas que se abren y cierran como alas torpes, de la neblina que envuelve las calles y les da un aire de secreto bien guardado. Y en noches como esta, en las que el agua cae sin prisa, pero sin pausa, envolviéndolo todo en su abrazo melancólico, la lluvia también es parte de mí.

Se cuela en mis pensamientos, en mis silencios, en la forma en que mis pasos se sincronizan con su repiqueteo incesante. Me acompaña, me envuelve, me recuerda que, al final del día, la ciudad y su lluvia son inseparables. Y aunque me pese admitirlo, quizás yo también lo soy.

Sacudo esos pensamientos y envuelvo la copa de vino entre mis dedos. El contraste entre el cristal frío y el calor que empieza a desprenderse del líquido oscuro me resulta embriagador. Sofía hace lo mismo, llevándose la copa a los labios con un gesto pausado, casi calculado. Me observa con esa expresión que conozco tan bien: una

mezcla perfecta de complicidad y ambición, equilibrada con la precisión de alguien que domina el arte del juego.

No necesita decir nada. En sus ojos se esconde un desafío silencioso, una chispa de competitividad latente que nos une tanto como nos separa.

El vino resbala suavemente por mi garganta, dejándome un rastro especiado en la boca. La noche está en su punto exacto. Cargada de promesas, de oportunidades que aún no han tomado forma. Pero yo sé que una de ellas será mía.

—Por este año, Sofi —digo, alzando mi copa con la seguridad de quien está a punto de hacer una declaración trascendental, aunque en el fondo sepa que puede ser solo el primer brindis de muchos—. Este tiene que ser el nuestro.

Dejo que mis palabras floten en el aire entre nosotras, cargadas de una promesa que suena a destino y, quizás, a un poco de autoengaño bien intencionado. Porque, seamos sinceras, ¿cuántas veces hemos dicho esto? ¿Cuántas veces hemos proclamado con convicción que este, este sí, será nuestro año? Y, sin embargo, aquí estamos otra vez, aferradas a nuestras copas como si en el fondo supiéramos que la verdadera magia no está en el año en sí, sino en el ritual de prometerlo.

Sofía me sostiene la mirada, firme, inquebrantable. Nos conocemos demasiado bien. Hemos compartido innumerables copas, risas y madrugadas interminables de trabajo, pero también hemos sido rivales en el sentido más puro. Competimos en silencio, sin golpes directos, pero con la certeza de que solo una llegará más alto.

Sus ojos se iluminan por un instante, como si dentro de ellos destellara una chispa de reconocimiento, una aceptación tácita de la lucha que se avecina. Luego, con un aire de calma impecablemente ensayado, curva los labios en una sonrisa que destila control.

—Por supuesto —responde con suavidad, pero su tono lleva un filo oculto, una seguridad afilada como un cuchillo—. Cuando Margaret nos ascienda, dominaremos la revista.

Las palabras flotan entre nosotras, envueltas en el sonido del bar: el tintineo de copas, las risas discretas, la suave melodía de fondo. Pero en este momento, todo eso se vuelve secundario.

Solo existimos nosotras dos y la certeza de que el ascenso no es un premio compartido. Es un título que se gana.

Elevo mi copa hasta que el cristal choca con el suyo con un leve tintineo. Un sonido sutil, pero cargado de significado. Sofía sonríe con esa expresión calculada, tan perfectamente medida que me hace preguntarme qué estará planeando.

Porque sé que está planeando algo.

No importa.

Yo también.

El tintineo de nuestras copas al chocar resuena en el aire, más que un brindis, un pacto silencioso, una declaración de intenciones.

Afuera, la lluvia sigue golpeando los ventanales, dibujando sombras líquidas en el vidrio. Pero aquí dentro, el calor de la competencia es mucho más intenso que el invierno que nos rodea.

Nuestra amistad está tejida con los mismos hilos de ambición, una mezcla peligrosa de lealtad y rivalidad. Nos entendemos mejor que nadie porque somos iguales: dos mujeres que han aprendido a moverse en un mundo donde la debilidad es castigada y la audacia recompensada.

Pero solo una alcanzará la cima.

Brindamos, y en mi interior lo sé.

Solo una de nosotras ganará.

Me río suavemente, pero no la contradigo. Porque tiene razón.

En este juego, solo los más feroces sobreviven. Y yo estoy lista para devorar a quien sea necesario.

No voy a permitir que nadie me arrebate el puesto por el que he luchado con uñas y dientes. He pasado por jornadas interminables, por entrevistas que nunca llegaron a nada, por puertas que se cerraron en mi cara antes siquiera de poder cruzar el umbral. He perdido horas de sueño, consumida por la obsesión de encontrar la historia que me lleve a la cima. Cada paso en este mundo es un desafío, cada triunfo un golpe bien dado en un combate sin tregua. *The London Eye* no es solo un trabajo, es mi campo de batalla, el lugar donde demuestro quién soy y hasta dónde puedo llegar.

Sofía es mi amiga, mi aliada cuando el caos nos rodea, pero también mi mayor contrincante. Nos conocemos demasiado bien, sabemos de lo que somos capaces. Brindamos con sonrisas y compartimos confidencias entre sorbos de vino, pero en el fondo, cada una mide a la otra, esperando el momento justo para adelantarse. No es enemistad, es algo más peligroso. Una competencia silenciosa, despiadada en su sutileza, una carrera en la que solo una puede ganar.

Llevo la copa a mis labios y dejo que el vino inunde mi boca, denso, especiado, ardiente. Su sabor me recuerda todo lo que está en juego. No hay margen para dudar. No voy a ceder, no voy a titubear ni a dar un paso atrás cuando mi futuro está en la línea. Las oportunidades no esperan y yo tampoco.

Estoy lista para pelear, para escarbar más profundo que

nadie, para hundir los dientes en la historia que todos buscan pero que solo yo encontraré.

Y si alguien se interpone en mi camino —aunque sea Sofía— no dudaré en apartarlo.

Entonces, un murmullo en la mesa de al lado roza mis oídos, un sonido apenas perceptible entre el murmullo del bar, pero lo suficientemente nítido como para atraparme. No giro la cabeza de inmediato. He aprendido que, en este negocio, la discreción es tan valiosa como la información misma. En lugar de delatar mi interés, deslizo los dedos por el tallo de mi copa de vino y fijo la vista en el líquido rojo que oscila con suavidad, fingiendo estar completamente absorta en él. Pero mi oído se afila, captando cada palabra.

—¿Oíste lo que dijo Charles? —susurra una mujer, su voz envuelta en la emoción contenida de quien está a punto de soltar un secreto prohibido—. Hay rumores de que Elliot Grayson sigue vivo.

El aire a mi alrededor cambia. Es un ligero temblor, una pausa tan imperceptible que podría haberla ignorado… si no fuera porque cada célula de mi cuerpo parece haberla sentido. Es como si el universo entero, en un acto de cruel dramatismo, contuviera el aliento justo antes de desplomarse sobre mí con todo su peso.

Mi corazón, atrapado en algún lugar entre el asombro y la adrenalina, titubea, tropezando con la misma torpeza con la que uno pisa un escalón invisible. Un segundo de vacío, de incertidumbre absoluta, y luego, de golpe, retoma su ritmo con un latido seco y acelerado que retumba en mi pecho como un tambor de guerra.

Elliot Grayson.

El nombre retumba en mi mente, encajando con el peso de una leyenda que muchos ya daban por muerta. El artista más enigmático de Londres, el genio que había llevado el arte a una nueva era con su estilo salvaje, visceral, imposible de encasillar. Su

ascenso había sido meteórico, su talento incuestionable, su obra codiciada por coleccionistas y museos de todo el mundo. Y, sin embargo, su caída había sido aún más impactante.

Cinco años atrás, su nombre se evaporó de los círculos artísticos, pero no por falta de talento, sino por el escándalo que su exmujer desató con una perfección despiadada.

Durante años, Elliot Grayson había sido el artista más cotizado de Londres, el genio indiscutible cuyo talento transformaba el lienzo en algo casi místico. Pero con cada nueva obra, con cada récord de ventas, su esposa, una marchante de arte con más ambición que escrúpulos, se encargaba de que su fama también sirviera para llenar sus propios bolsillos. Mientras Elliot creaba, ella se encargaba del negocio, tejiendo una red de contactos influyentes y vendiendo su imagen tanto como su arte. Él era el alma; ella, la mercenaria.

Cuando el matrimonio se desmoronó, ella vio su oportunidad. No contenta con aprovecharse durante años de su éxito, convirtió su divorcio en un espectáculo mediático, asegurándose de que su nombre quedara tan manchado como el de un criminal. Se vendió como la víctima, sugirió que Elliot era inestable, agresivo, imposible de tratar, insinuó que detrás de su genio había un hombre que no merecía el pedestal en el que el mundo del arte lo había puesto. Nunca presentó pruebas, nunca nadie pudo confirmar nada, pero no importó. Sus palabras fueron suficientes para que los medios hicieran el resto del trabajo.

Mientras Elliot desaparecía de la vida pública, dejando atrás el circuito artístico y toda la maquinaria que antes giraba a su alrededor, ella hablaba, hablaba y hablaba. Concedió entrevistas, firmó exclusivas, relató entre suspiros y pausas estudiadas los sacrificios que había hecho por él. Nunca hubo réplica. Él guardó silencio, no desmintió, no se defendió. Simplemente desapareció.

Lo más irónico fue que, mientras ella intentaba arrastrarlo al desprestigio, el precio de sus obras no hizo más que subir. Cada

pieza suya se volvió un misterio, un pedazo de un artista imposible de alcanzar. Las galerías que antes lo vetaron comenzaron a revender su trabajo por cifras astronómicas. Los coleccionistas competían por poseer lo que Elliot ya no producía. Cuanto más lo atacaba ella, más se cotizaba él.

Pero el dinero no iba a sus manos. Su exmujer exprimió todo lo que pudo con sus declaraciones, vendiendo su versión de la historia a quien quisiera pagar por ella. Se quedó con las conexiones, con los contactos, con la fama residual de haber estado casada con un hombre brillante. Y Elliot Grayson, el artista que alguna vez dominó Londres, se esfumó sin dejar rastro.

Había teorías para todos los gustos. Que había huido, que se había exiliado en algún rincón del mundo donde nadie pudiera encontrarlo, que el peso del escándalo lo había quebrado hasta consumirlo por completo. Algunos aseguraban que cayó en una espiral de locura de la que nunca pudo salir, otros susurraban que se quitó la vida en una habitación de hotel, lejos de los focos que antes lo adoraban. Pero nadie tenía certezas.

Elliot Grayson no dejó rastros. No hubo despedidas, ni declaraciones, ni un último escándalo que sirviera de epílogo. Simplemente desapareció, borrándose del mundo del arte y de la faz de la Tierra como si nunca hubiera existido. Un fantasma, un mito, un eco de lo que alguna vez fue.

Y ahora, de repente, alguien aseguraba que estaba vivo.

Mi respiración se vuelve más lenta, mis dedos se cierran con más fuerza alrededor de la copa. Controlo cada reacción, pero por dentro, mi instinto se enciende como un animal que huele sangre. Una historia así no aparece todos los días. No es un simple rumor. Es una oportunidad.

Es lo que he estado esperando.

Si Elliot Grayson realmente está en Londres, si ha vuelto después de todos estos años de sombras y silencio, encontrarlo antes que nadie significaría mucho más que un artículo. Sería la historia del año. No, más que eso. Sería la historia que cambiaría mi carrera para siempre.

Cruzo lentamente una pierna sobre la otra, inclinándome apenas hacia atrás en el taburete. Mi postura es la de alguien que no tiene prisa, pero mi mente ya está en movimiento. Procesando, calculando. La conversación en la mesa contigua sigue en susurros, entrecortada por risitas nerviosas. No puedo captar cada palabra, pero ya tengo suficiente para empezar.

El juego acaba de comenzar. Y no pienso perder.

El murmullo de la mesa contigua se disuelve, pero su impacto sigue vibrando dentro de mí, agitando algo en mi interior. Algo ha cambiado.

Las palabras flotan en el aire, envolviéndome como una corriente eléctrica imposible de ignorar.

«¡Dios! Si alguien lograra entrevistarlo, sería la historia del año».

La frase aún resuena en mi mente cuando siento la mirada de Sofía clavada en mí antes de girarme hacia ella. Su ceja está arqueada, su expresión es la de quien ha captado algo interesante, aunque todavía no sabe exactamente qué. Me conoce demasiado bien. Sabe cuándo mi mente ha encontrado algo.

—Te ha cambiado la cara —comenta con fingida inocencia, girando su copa de vino entre los dedos—. Es casi tierno ver cómo tu cerebro empieza a conspirar en tiempo real.

Le sostengo la mirada, pero no respondo de inmediato. Mi cabeza ya está demasiado lejos. La información que acabo de escuchar sigue latiendo en mi mente como un corazón acelerado,

pulsante, vibrante. Elliot Grayson. Si está en Londres, si realmente ha regresado después de cinco años en las sombras, alguien lo descubrirá tarde o temprano.

Y ese alguien voy a ser yo.

Sofía no quita los ojos de mí, su sonrisa cargada de esa ironía que la hace tan encantadora como peligrosa.

—¿Y bien? —insiste, apoyando un codo en la barra y observándome como si fuera una ecuación por resolver—. ¿Me vas a decir qué idea brillante se está gestando en tu maquiavélica cabecita o prefieres que haga mis propias conjeturas?

Me inclino apenas hacia atrás en el taburete, como si estuviera perfectamente relajada y no como si cada fibra de mi ser estuviera gritando en alerta máxima. Fingir despreocupación es un arte, y hoy estoy dispuesta a dar mi mejor actuación.

Tuerzo los labios en una sonrisa ligera, una de esas que sugieren que sé más de lo que estoy dispuesta a compartir. Dejo que el silencio se alargue un poco más de lo necesario, lo suficiente para que pese, para que insinúe algo sin revelar absolutamente nada.

—Nada de lo que debas preocuparte —digo al fin, mi voz perfectamente medida, mi tono impecablemente casual. Alzo la copa y me la llevo a los labios con una lentitud calculada, como si el vino fuera lo único que merece mi atención en este momento.

Sofía suelta una risa corta, ladeando la cabeza mientras me evalúa con ojos afilados. No es tonta. Nunca lo ha sido. Y yo nunca he sido particularmente buena ocultándole cosas.

—Claro, claro —murmura, con ese tono de escepticismo afilado—. Una corazonada que te pone los ojos brillantes y te acelera el pulso. No sé qué estás maquinando, pero quiero que sepas que me estás jodiendo la paciencia.

No respondo. Solo sonrío y giro la copa entre mis dedos, dejando que la calidez del vino enmascare la oleada de adrenalina que sigue recorriéndome. No voy a compartir esto con ella. No todavía. Quiero tenerlo todo atado antes.

Porque en el fondo, lo sé. Esta corazonada lo cambia todo. Y no voy a arriesgarme a que alguien más la reclame antes que yo.

El destino me estaba llamando.

El aire a mi alrededor se vuelve más pesado, cargado de algo intangible, como si el tiempo se tensara por una fracción de segundo, antes de explotar. Mi mente absorbe la magnitud del momento con la certeza de quien ha encontrado un camino oculto en la penumbra. Esto no es una coincidencia.

El universo, en un arrebato de ironía casi poética, acaba de colocar esta historia en bandeja de plata frente a mí, con un lazo bien atado y una invitación implícita: ¿Vas a tomarla o vas a seguir esperando como una tonta?

Elliot Grayson no es solo un nombre. No es solo un hombre. Es una oportunidad. Mi boleto dorado, la clave que encajará en cada cerradura que han intentado mantener cerrada para mí. Es el arma que necesito para reclamar lo que me pertenece, lo que llevo demasiado tiempo observando desde la distancia, fingiendo paciencia cuando lo único que quiero es arrebatarlo con ambas manos.

Mis dedos se cierran con más fuerza alrededor de la copa, sintiendo el frío del cristal filtrarse en mi piel mientras la adrenalina se desliza por mis venas como un incendio controlado. No hay margen para la duda. No hay espacio para la indecisión.

No voy a permitir que nadie más lo tome. Ni Sofía. Ni nadie.

Esta historia es mía. Mía para escribir, mía para moldear, mía para manipular hasta que cada pieza encaje exactamente como

quiero.

Y voy a hacer lo que sea necesario para conseguirla.

Capítulo 2



Lucía

Cuando regreso a casa, el reloj ya marca más de las dos de la madrugada. Con movimientos cuidadosos, cuelgo el abrigo en la percha de la entrada y deslizo los zapatos fuera de mis pies, procurando hacer el menor ruido. En la penumbra, me dirijo al baño, donde me desmaquillo y recojo el cabello en un gesto automático, sin siquiera detenerme a mirar mi reflejo en el espejo. Luego, entro en mi pequeño cuarto, me pongo el pijama y, con un suspiro de alivio, me acomodo en la cama, abriendo el portátil sobre mi regazo.

Hay algo que no deja de atormentarme desde que me despedí de Sofía, quien se alejó en un Uber sin preocupaciones, como si la noche no tuviera más consecuencias que un eco lejano de risas y música. Yo, en cambio, emprendí el camino a la parada de metro más cercana, con el frío clavándose en mi piel, el pavimento mojado reflejando luces parpadeantes y las manos entumecidas, inútiles dentro de los bolsillos de mi abrigo.

Por más que intente engañarme, no puedo seguir viviendo así. Salir noche tras noche, moverme entre bares y cócteles, fingir que pertenezco a este mundo de excesos y despreocupación, me está costando más de lo que puedo permitirme. Mis ahorros se están evaporando a una velocidad alarmante y, a diferencia de Sofía, que creció con el confort de una familia acomodada, yo dependo únicamente de mi trabajo. Y la verdad es que, si no encuentro

pronto una historia que valga la pena, no tengo idea de cómo voy a pagar el alquiler el próximo mes.

No es que viva en un apartamento lujoso, pero su ubicación es privilegiada, y eso es algo que no puedo perder. En esta ciudad, la imagen lo es todo. Si quiero ser tomada en serio, debo mantener un cierto estatus, rodearme de las personas adecuadas, estar en los lugares correctos. No lo hago solo por conveniencia. O tal vez sí. Tal vez me guste la emoción de pertenecer, de encajar en este escenario de luces tenues y conversaciones superficiales que, en el fondo, esconden ambiciones tan voraces como la mía.

Necesito esa historia. Algo grande. Algo que justifique todo este teatro, que me permita seguir sosteniendo esta vida antes de que la mentira se derrumbe sobre mí. Nadie puede descubrir que estoy al borde del precipicio, que mi cuenta bancaria es un campo de ruinas y que mi permanencia en este mundo pende de un hilo. Porque si hay algo que he aprendido después de tantos días trabajando en el *The London Eye*, es que aquí la imagen no solo vale mucho: lo es todo. Y perderla significa desaparecer.

Por este motivo no se lo he contado ni a Sofía. Ni a mi propia familia. Prefiero que todos sigan creyendo que todo está bajo control, que mi vida transcurre sin sobresaltos, que pertenezco a este mundo sin esfuerzo. Pero cuando mis dedos teclean las claves para acceder a la página de mi banco, mi respiración se suspende por un instante, como si al contener el aire pudiera evitar la realidad que está a punto de desplegarse en la pantalla. Unos segundos de incertidumbre, de esperanza absurda, antes de que la cruda verdad me golpee con la frialdad de los números.

En la pantalla parpadea exactamente lo que tanto temía. No hay margen para la esperanza, no hay error en los números. Son fríos, inamovibles, una sentencia escrita en dígitos que confirman lo que ya sabía, pero me negaba a aceptar: estoy al borde del abismo financiero.

Por mucho que me duela admitirlo, este mes tendré que

inventar excusas. Fingir que estoy abrumada con el trabajo, que tengo plazos impostergables o compromisos ineludibles que me impiden salir como siempre. O quizás sea más fácil inventarme una dolencia repentina, un problema estomacal recurrente que justifique mis ausencias sin levantar sospechas. Cualquier pretexto servirá con tal de evitar el gasto innecesario, con tal de no hundirme más en este agujero.

Pero lo que realmente me cuesta no es el dinero, sino la renuncia. La idea de quedarme en casa mientras la ciudad sigue girando sin mí, mientras la gente con la que intento encajar se divierte despreocupada en los bares, entre copas y carcajadas. Me aterra la sensación de invisibilidad, de perderme en la rutina gris de quien no tiene más opción que resignarse. Porque si dejo de aparecer, si dejo de estar en los lugares adecuados, ¿cuánto tiempo pasará antes de que me olviden? Antes de que mi presencia deje de ser necesaria, antes de que se den cuenta de que, en realidad, nunca fui uno de ellos.

La frustración se agolpa en mi pecho mientras cierro la pantalla del portátil con un golpe seco. Me repito que es solo temporal, que encontraré la manera de solucionarlo, que tarde o temprano llegará la gran historia que lo cambiará todo. Pero en el fondo, sé que cada día que pase en las sombras, sin la validación de esos escenarios brillantes, será un día más en el que la ilusión de mi pertenencia se irá desvaneciendo, hasta que no quede nada.

Gruño con frustración mientras entierro los dedos en mi cabello, jalándolo con impotencia. ¡Maldición! ¿Por qué no puedo ser rica? ¿Por qué no he encontrado aún esa historia que me eleve por encima de todos, que me haga poderosa, influyente, inalcanzable en esta ciudad que devora a los débiles y glorifica a los astutos?

Dejo el portátil con cuidado sobre la alfombra. Lo último que necesito es que mi única herramienta de trabajo se estropee en el peor momento. Mi caída ya está en marcha, un declive inevitable que cada día se siente más vertiginoso. Y si sigo así, acabaré peor

que Elliot Grayson. Sí, Elliot Grayson, el hombre cuya historia pasó de ser una promesa a una tragedia. Un ascenso meteórico seguido de un derrumbe brutal, una caída tan estrepitosa que aún resuena en los rincones más oscuros de la ciudad. Dicen que perdió la cabeza, que se convirtió en un fantasma de sí mismo antes de desaparecer por completo.

Un momento. Elliot Grayson.

La idea me golpea como un rayo. ¡Esa es la historia que debo encontrar! Esa es mi oportunidad. No puedo fallar.

Me enderezo de golpe, el cansancio y la desesperación disolviéndose bajo una ola de adrenalina. Con manos temblorosas, recojo el portátil del suelo y lo vuelvo a colocar sobre mis rodillas. La pantalla brilla en la oscuridad de mi cuarto mientras mis dedos comienzan a moverse frenéticamente sobre el teclado. Abro buscador tras buscador, reviso archivos olvidados, recorro titulares antiguos y fragmentos de escándalos. Necesito encontrarlo. Necesito saber qué fue de él, dónde se escondió después de su caída, qué hilos quedaron sueltos en su historia.

Porque si hay algo que esta ciudad ama tanto como encumbrar ídolos, es desenterrar sus ruinas. Y yo seré quien lo haga. Yo contaré su historia.

Las horas transcurren sin que me dé cuenta, atrapada en un torbellino de artículos, entrevistas y fragmentos olvidados de la historia de Elliot Grayson. Cuanto más leo, más oscura se vuelve su imagen. La admiración que la gente alguna vez sintió por este pintor-escultor se desmorona ante cada nueva revelación. Definitivamente, este cabrón le hizo la vida imposible a su mujer. No me sorprende que ella lo haya dejado, si es que realmente lo hizo por voluntad propia.

He leído cientos de artículos y, con cada uno, mi desprecio hacia él crece. Lo pintaban como un genio, como una mente brillante adelantada a su tiempo, pero todo apunta a que en realidad

no era más que un hombre sin escrúpulos, obsesionado con la fama, el poder y el dinero. Todo por encima de quien fuera, incluso de quienes más lo amaban.

Sigo hurgando, adentrándome en los rincones más olvidados de la red, y tras incontables búsquedas, encuentro algo más: su familia. Elliot Grayson tiene un hermano. Vive aquí en Londres, lleva una vida aparentemente normal, está casado y tiene un hijo pequeño. Sus padres, en cambio, no corrieron con tanta suerte. Ambos murieron poco después de que el escándalo explotara. Primero el padre, luego la madre, como si la vergüenza o el peso del apellido los hubieran consumido.

Miro las últimas fotografías de Elliot con detenimiento. No son nada buenas. En todas aparece envuelto en un abrigo oscuro, las gafas de sol ocultando cualquier rastro de humanidad en su rostro. Sujeta un paraguas con fuerza, y aunque no se ve con claridad, la imagen transmite una sensación de tensión, de furia contenida. El fotógrafo que las tomó se enfrentó a él. Un paparazzi que, según dicen, logró capturar esos últimos rastros de Elliot antes de ser apartado con violencia. Aquel escándalo no solo lo borró del mundo del arte, sino que lo convirtió en una sombra, un fantasma que todos prefieren olvidar.

Busco imágenes anteriores, cuando aún caminaba por las alfombras rojas de las exposiciones junto a su esposa. En esas fotos, su cabello largo enmarca un rostro de facciones afiladas, piel pálida y una presencia que, en otro tiempo, podría haber sido magnética. Atractivo, sí, pero vacío. Su mirada perdida rompe cualquier rastro de encanto. No hay vida en sus ojos. Solo una indiferencia inquietante.

Y entonces, sin darme cuenta, susurro en voz baja: Pobre mujer. No se merecía todo lo que parece haber soportado por culpa de un hombre así. Nadie lo merece.

Y luego están las teorías más escandalosas, aquellas que han convertido a Elliot Grayson en una leyenda oscura, un enigma sin

resolver que alimenta la imaginación de quienes aún se preguntan qué fue de él.

Algunas versiones aseguran que la locura lo devoró por completo, que al perder la fama y el poder que tanto ansiaba, su mente simplemente colapsó, incapaz de soportar el peso del olvido. Hay quienes afirman que fue visto vagando por las calles de Londres, desaliñado, murmurando incoherencias a los transeúntes, convertido en una sombra de lo que alguna vez fue. Que su ego, antes imponente y voraz, se desmoronó junto con su reputación, y que su caída no solo fue pública, sino también interna, llevándolo a un abismo del que nunca pudo salir.

Otros aseguran que se suicidó. Que una noche, incapaz de enfrentar la vergüenza, terminó con su propia vida en la soledad de algún hotel barato o en la inmensidad de un puente solitario, dejando atrás solo un eco, una historia fragmentada que nunca terminó de contarse. Dicen que su cuerpo jamás fue encontrado, que si realmente se quitó la vida, lo hizo de una forma en la que no pudiera ser rescatado ni recordado. Como si, en su desesperación, hubiera querido borrar su existencia de la faz de la tierra.

Pero las teorías no terminan ahí. También están las más extrañas, las que suenan a mitos urbanos, pero que aun así encuentran creyentes. Se habla de una transformación radical, de un hombre que decidió desaparecer antes de ser consumido por el escándalo. Algunos aseguran que renunció a su vida anterior y se refugió en un remoto templo budista, buscando la iluminación en la meditación y el aislamiento. Que cambió los lujos, el arte y la ambición por una existencia silenciosa y austera en algún rincón perdido del mundo, donde su nombre dejó de tener significado y donde nadie sabía quién era ni lo que había sido.

Continúo leyendo absorta por la multitud de teorías.

Algunos dicen que Elliot Grayson no cayó solo, sino que lo empujaron. Que alguien con más poder que él quiso verlo destruido, que su escándalo no fue más que una trampa meticulosamente

planeada para despojarlo de todo. Tal vez alguien a quien Elliot traicionó, o alguien que lo envidiaba y supo exactamente cómo derribarlo. ¿Fue víctima de su propia soberbia o hubo manos invisibles manipulando su destino?

Hubo personas que dijeron saber lo que realmente le ocurrió. Un antiguo asistente que trabajó con él en sus últimos días y que desapareció sin dejar rastro. Un periodista que estuvo a punto de publicar un reportaje revelador sobre su declive y que, misteriosamente, dejó de escribir. Una examante que aseguraba conocer su paradero y que luego, de un día para otro, **se retractó** y jamás volvió a hablar del tema. ¿Qué los hizo callar? ¿Miedo? ¿Dinero?

No soy la única que ha intentado encontrar la verdad sobre Elliot Grayson. En foros ocultos, en hilos enterrados en la red, hay personas que aún escriben su nombre, que aseguran haberlo visto, que dicen que alguien —una figura misteriosa, tal vez su hermano, tal vez alguien más— sigue buscando respuestas, intentando encubrir algo o protegerlo de ser encontrado.

Se dice que antes de desaparecer, Elliot dejó una última escultura inacabada, una pieza que nunca se expuso al público porque fue retirada antes de que alguien pudiera estudiarla con detalle. Aquellos que la vieron aseguran que era inquietante, que su significado parecía más un mensaje de despedida o una advertencia que una simple obra de arte. ¿Qué intentaba decir? ¿Era su confesión? ¿Un grito de auxilio? ¿O un último desafío a quienes lo destruyeron?

Algunas voces más atrevidas aseguran que Elliot nunca se fue. Que no está en un templo ni muerto, sino que sigue en Londres, caminando entre la gente como un espectro disfrazado de hombre común. Que cambió su apariencia, que vive en los márgenes, observando cómo lo han olvidado, cómo se cuenta su historia sin que él pueda defenderse. Dicen que, si buscas bien, puedes encontrarlo en alguna galería de arte alternativa, admirando desde

las sombras lo que alguna vez fue suyo. Que no murió, pero que algo dentro de él sí lo hizo.

Cuanto más leo, más me atrapa. No puedo parar. Susurro su nombre en la oscuridad de mi habitación como si pudiera convocarlo. Cada teoría se siente como una pieza de un rompecabezas imposible de resolver. Pero si hay algo seguro, es que donde hay humo, hay fuego. Y yo seré quien encienda la llama para revelar la verdad.

Tres destinos distintos, tres finales posibles, pero ninguno con certezas. ¿Locura, muerte o redención? Esa es la pregunta que aún flota en el aire cuando su nombre aparece en conversaciones o en artículos olvidados. Nadie sabe la verdad. Pero yo voy a encontrarla.

Elliot Grayson no es solo una historia.

Es el misterio que puede cambiar mi vida.

Y ahora, ya no hay vuelta atrás.

Cuando finalmente cierro el portátil, el amanecer ya ha teñido el cielo de un azul pálido, ese color triste y casi etéreo que anuncia que la ciudad ha despertado mientras yo apenas me rindo al agotamiento. Me acurruco bajo las sábanas con un suspiro pesado, sintiendo el ardor en mis ojos, la punzada de haberlos forzado demasiado tiempo frente a la pantalla. Maldición, necesito dormir, pero mi mente no me deja.

Las preguntas revolotean como insectos en mi cabeza, zumbando sin descanso. ¿Será verdad todo lo que dicen de él? ¿Las teorías más salvajes, las historias más perturbadoras? ¿O solo es otro caso más de mito urbano alimentado por la fascinación morbosa de la gente?

Y si sigue en Londres… ¿Podré encontrarlo?

Esa idea me enciende por dentro. La posibilidad de rastrear su paradero, de descubrir algo que nadie más ha logrado, de llegar hasta él y… ¿qué? ¿Convencerlo de darme una entrevista? Me río en

la oscuridad de mi habitación. ¡Como si fuera tan fácil! Un hombre que lleva años huyendo de los focos, que tal vez prefiera morir antes que responder preguntas. Pero algo en mí me dice que si logro encontrar la hebra correcta de este misterio, si tiro con suficiente fuerza, todo el entramado podría desmoronarse ante mis ojos.

Lo cierto es que toda la información que existe sobre él es inquietante. No es solo un artista caído en desgracia. Es un fantasma que dejó un rastro de sombras, un nombre que provoca susurros en los círculos adecuados y un escándalo que aún huele a pólvora. Elliot Grayson no es solo una historia, es una advertencia.

Pero, honestamente, ¿cuándo he sabido hacerle caso a las advertencias?

Me hundo más bajo las sábanas, pero sé que el sueño será una batalla perdida. Porque hay una certeza más fuerte que el cansancio: si quiero seguir tomando mi *chai latte* cada mañana en mi cafetería favorita, si quiero seguir asistiendo a eventos con una copa en la mano, si quiero sostener el estatus que tanto me ha costado construir, entonces no me queda más opción.

Tengo que encontrarlo.

En esta ciudad, el que descubre primero la historia es el que la cuenta. Y esta vez, seré yo.

Porque, sinceramente, volver con mi ex solo para ahorrarme el alquiler está completamente descartado.

Quiero decir, sí, podría resolver mi crisis financiera en un abrir y cerrar de ojos. Un techo asegurado, facturas divididas, y la comodidad de un lugar conocido. Pero ¿a qué precio?

Porque eso significaría volver a convivir con su obsesión enfermiza con los extraterrestres. Y no hablo de un simple interés casual, no. Mi ex está convencido de que el gobierno nos oculta la verdad, que los alienígenas ya están entre nosotros y que el wifi de nuestra casa tenía interferencias porque "ellos" estaban escuchando.

¿Y qué hacía él para protegernos? Cubría su móvil con papel de aluminio. Papel. De. Aluminio.

Pero eso no es todo. Su mayor tesoro, su sagrada colección de botellas de cerveza vacías, sigue dándome pesadillas. Filas y filas de botellas alineadas con precisión milimétrica en las estanterías de su salón, cada una con una historia que, según él, "merecía ser recordada". Como si fueran reliquias de museo en lugar de un claro testimonio de su incapacidad para reciclar. Y lo peor: no me dejaba tirarlas.

Así que, por muy catastrófica que sea mi situación financiera, prefiero rastrear a un hombre desaparecido, envuelto en escándalos y teorías conspirativas, que compartir casa de nuevo con alguien que cree que los marcianos nos observan y que una botella de cerveza de un festival de hace cinco años tiene valor sentimental.

Definitivamente, hay límites. Y volver con mi ex es uno de ellos.

Capítulo 3



Lucía

Por mucho que lo intento, por mucho que me levante con el despertador en el alma y las ganas de llegar pronto al trabajo (mentira, en realidad no quiero llegar pronto, pero queda bonito decirlo), la vida se empeña en sabotearme. Y hoy ha sido a lo grande: una manifestación de agricultores ha decidido que la mejor manera de reivindicar sus derechos es bloqueando media ciudad con tractores, pancartas y, por supuesto, toneladas de estiércol.

No es que yo tenga nada en contra del campo… bueno, sí, lo tengo. Siempre he sospechado que el campo me odia primero. Me lo deja claro cada vez que me acerco demasiado: alergias, picaduras, barro en los zapatos caros. Es una guerra silenciosa y desigual en la que, claramente, voy perdiendo. Pero ¿qué culpa tengo yo de que la vida moderna requiera oficinas acristaladas y no establos? ¡Es 2025, por el amor de Dior! ¿Por qué esta gente siente la necesidad de traer el campo a la ciudad?

Intento hacerme paso entre el caos mientras esquivo montones de estiércol estratégicamente colocados como si alguien estuviera jugando a hacerme la vida imposible. Cada bocanada de aire me recuerda por qué mi relación con la naturaleza es estrictamente decorativa y se limita a suculentas en mi escritorio. El olor es tan fuerte que siento que se está adhiriendo a mis pulmones, a mi ropa, a mi alma. Cuando logre llegar a la oficina, voy a necesitar una desinfección a nivel gubernamental.

Finalmente, tras un vía crucis de vacas indignadas, agricultores con pancartas y unos zapatos que por poco no consigo recuperar y que ahora están cubiertos de una mezcla indescifrable de suciedad y, posiblemente, residuos orgánicos de origen dudoso, logro alcanzar la entrada de mi santuario: el edificio de cristal y mármol que grita lujo y éxito, ese templo de la modernidad en el que trabajo y en el que los suelos brillan como si nadie los pisara nunca. En medio de la grisura de la ciudad, se alza majestuoso, como un castillo de ejecutivos y redactores con cafés en vasos minimalistas.

Mis tacones resuenan en el mármol como si estuviera desfilando en una pasarela de victoria. Aprieto el botón del ascensor con la dignidad de quien ha sobrevivido al apocalipsis rural y justo cuando las puertas están a punto de cerrarse… una mano masculina se interpone en el último segundo.

Ahí está él, uno de los editores jefes, ese tipo que parece sacado de un catálogo de trajes caros y sonrisas confiadas. Se coloca a mi espalda y de pronto… hace un sonido. Un sonido inconfundible.

Es un olfateo.

Oh.

Oh no.

Mis ojos se abren como platos y un calor sofocante se apodera de mis mejillas. Un segundo después, la catástrofe se confirma: él inclina ligeramente la cabeza y vuelve a aspirar el aire con esa expresión de "huele a algo raro, pero no quiero preguntar".

Y entonces lo entiendo. Huelo a campo.

A campo, a vaca, a protesta agrícola, a abono de primera calidad. En este momento exacto, soy un documental de National Geographic con patas.

Así que, con la dignidad colgando de un hilo, finjo naturalidad y suelto la primera justificación absurda que se me ocurre:

—Eh… ya sabes cómo son los lunes, ¿no? Algunos llegan con ojeras, otros con resaca… yo, pues, decido aromatizarme con *eau* de tractor en llamas. Muy exclusivo.

Él me lanza una mirada entre confusión y horror disfrazado de educación. Yo me limito a mirar fijamente la puerta del ascensor, deseando con todas mis fuerzas que la Tierra me trague. Pero no. La Tierra solo traga a los afortunados. Yo, en cambio, tengo que vivir con esto.

Cuando por fin el ascensor alcanza la planta 24, mi salvación se presenta con un leve *ding* celestial. No espero a que las puertas se abran del todo, salgo disparada con una velocidad digna de un atleta olímpico. No quiero que él, con su traje impoluto y su olfato de sabueso corporativo, llegue a pensar ni por un segundo que estoy disfrutando de esta experiencia surrealista, ni mucho menos que pretendo torturarlo más de la cuenta con el aroma rural que me acompaña como un fantasma vengativo.

Él, por su parte, se despide con una discreción forzada, lanzándome una mirada entre la compasión y el desconcierto, mientras su ceño fruncido delata que su nariz aún está procesando el golpe olfativo. Luego, se aleja con la prisa de quien ha recordado que tiene una reunión urgente en el otro extremo de la galaxia.

Yo, sin perder tiempo, me dirijo a mi escritorio con una rapidez que roza lo sospechoso. Apenas dejo mi bolso caer sobre la mesa antes de agacharme y abrir con dedos temblorosos el cajón inferior. Ahí está: mi salvación**.** La ropa de emergencia que siempre guardo en la oficina, junto con un par de zapatos de repuesto que nunca pensé que llegaría a usar con tal nivel de desesperación. Saco todo como si estuviera desactivando una bomba de relojería y me preparo mentalmente para una transformación digna de una película de espías.

Pero el destino, en su infinita crueldad, me tiene preparada otra prueba.

Apenas doy un par de pasos con mi ropa de emergencia en mano cuando Sofía aparece de la nada, como un ninja del juicio social. Se planta delante de mí, frunce el ceño y sin ningún tipo de compasión me suelta:

—Hueles a mierda.

Ahí está. Directa, sin anestesia, como un puñetazo al orgullo.

—Gracias —respondo con la ironía más afilada que encuentro en mi estado de crisis.

Pero no, Sofía no es de las que captan sutilezas. Se toma su deber informativo con total seriedad y, en caso de que alguien no la haya escuchado, repite con más volumen y énfasis:

—No, en serio, hueles a mierda.

En este punto, empiezo a sospechar que quiere que quede constancia oficial de mi situación en el acta de la oficina.

—Lo sé —chisto entre dientes, como si fuera una espía atrapada detrás de las líneas enemigas—. Me he tropezado con la manifestación de las vacas.

Dicho esto, suelto un suspiro de resignación y miro a mi alrededor. Varias personas han dejado momentáneamente sus importantísimos trabajos para observar la escena. Algunas incluso parecen debatirse entre acercarse por pura curiosidad o mantener una distancia de seguridad, como si mi aroma pudiera expandirse en ondas radiactivas.

No puedo permitir que esto escale más. Con la destreza de un soldado en retirada, le doy un empujoncito discreto a Sofía con el brazo y desaparezco en dirección al cuarto de baño, mi último

refugio. Me encierro dentro antes de que la ONU declare mi escritorio zona de desastre biológico y procedo a hacer lo único que puedo hacer en este momento: intentar recuperar mi dignidad… y mi higiene.

Una vez cambiada y aseada—o al menos lo suficiente como para no ser considerada un riesgo sanitario—me planto frente al espejo del baño y analizo los daños. Bueno… podría ser peor. Podría seguir oliendo a establo y cargando con la inconfundible aura de alguien que ha tenido un enfrentamiento directo con la ganadería en plena ciudad.

Pero no. Ahora al menos huelo a jabón industrial y a una mezcla de perfume barato con desesperación. No es la mejor opción para un lunes en la oficina, pero definitivamente es mejor que pasearme por los pasillos del *The London Eye* en hora punta, con mis compañeros tapándose la nariz y esquivándome como si fuera un experimento de laboratorio fallido.

Respiro hondo y observo mi nuevo atuendo improvisado. Un vestido negro, con la espalda descubierta y un par de adornos de pedrería que me hacen parecer más lista para una gala benéfica que para una jornada de trabajo de ocho horas. Completo el *look* con unos tacones negros de infarto, que probablemente sean la razón por la que mis pies acaben en huelga antes del almuerzo.

No es algo que yo hubiera elegido para un lunes normal, claro está. El código de vestimenta oficial de los lunes es 'cómoda pero profesional', no 'misteriosa mujer fatal en medio de una reunión de equipo'. Pero, dada la situación, prefiero esto antes que volver a mi escritorio con la sospecha de que mi mera presencia pueda provocar evacuaciones masivas.

Así que, con un suspiro y la dignidad apenas remendada, me ajusto el vestido, me recompongo y me preparo para regresar al mundo exterior. Ojalá nadie haga comentarios sobre mi cambio de *look* inesperado. Ojalá nadie tenga la osadía de preguntar por qué

parezco sacada de una alfombra roja en pleno lunes por la mañana. Pero claro, sé que en esta oficina la discreción es un mito, así que lo más probable es que mi aparición sea recibida con un escándalo digno de un evento en la Met Gala.

Que empiece el espectáculo.

Salgo del cuarto de baño con toda la dignidad que puedo reunir (es decir, poquísima), aferrando en una mano una bolsa de basura negra y sospechosamente hinchada, que contiene el cadáver de mi reputación olfativa: mi ropa y zapatos contaminados con la esencia rural del apocalipsis matutino. La he sacado del pequeño almacén del personal de limpieza, sintiéndome como una ladrona de suministros de emergencia. No sé si realmente va a contener el olor o si simplemente estoy paseando por la oficina con una bomba química portátil, pero al menos el autoengaño es fuerte en mí.

Con paso lo más firme y decidido posible —porque si no puedes ser elegante, al menos finge que tienes el control de la situación— avanzo hacia mi escritorio, esquivando miradas curiosas y fingiendo que es completamente normal que una persona salga del baño con una bolsa de basura en la mano. Nueva tendencia, compañeros. Hoy, en la pasarela de la desesperación: la colección primavera-verano de "No preguntes, no quieres saber".

Pero cuando estoy a punto de llegar a mi mesa, algo me hace girar la cabeza hacia el despacho de mi jefa. Y ahí es cuando todo se tuerce.

La veo. Está hablando con Sofía.

Sofía, la misma que hace menos de cinco minutos se dedicó a narrar mi hedor en estéreo.

Y entonces pasa. Mi jefa me ve.

Parpadea una vez. Parpadea otra. Y de repente, abre los ojos como si acabara de ver a un unicornio en tanga desfilando por la

oficina.

Oh, no.

Por supuesto, la reacción de mi jefa no pasa desapercibida para Sofía, que sigue su línea de ser un instrumento del caos y gira la cabeza con un brillo malicioso en los ojos. Y ahí está. Esa sonrisita. Esa curvatura de labios que no presagia nada bueno.

La fulmino con la mirada, con todas mis fuerzas, con toda la rabia de alguien que solo quería pasar desapercibida pero que, una vez más, se ve atrapada en la espiral de drama de la oficina. Ojalá las miradas mataran. O, al menos, ojalá pudiera teletransportarme a otro continente en este mismo instante.

Pero el golpe de gracia llega cuando mi jefa gira su silla lentamente (demasiado lentamente, como si estuviera disfrutando del momento) y, con uno de sus estilizados dedos perfectamente cuidados, me señala.

Y luego, dobla el dedo en un claro gesto de "Ven aquí".

Antes de que pueda siquiera rozar la superficie de mi silla, antes de que pueda exhalar siquiera un Dios dame fuerzas, el destino me empuja de nuevo al epicentro del huracán.

Me gustaría huir. Me gustaría fingir que no la he visto. Pero no. No hay escapatoria.

Con la bolsa de basura aún en la mano y un vestido de lo más elegante para una reunión de trabajo, me encamino hacia mi inminente ejecución corporativa.

—Mierda, mierda, mierda… —susurro entre dientes mientras camino con la elegancia de un ciervo asustado hacia el despacho de Margaret. Por supuesto, mi odisea no ha pasado desapercibida. Varias cabezas se giran con ese interés morboso tan característico de oficina: no es que les importe demasiado lo que está pasando,

pero si hay drama, nadie quiere perderse el episodio en directo.

¿Por qué? ¿Por qué todas estas gilipolleces me tienen que pasar justo ahora, cuando necesito que me tomen en serio? Quiero proyectar profesionalidad, quiero que vean mi potencial… y sin embargo, aquí estoy, en un vestido digno de un evento de alfombra roja, con una bolsa de basura maloliente a mis pies, avanzando como si estuviera a punto de enfrentar un tribunal.

Y lo peor es que, objetivamente, me veo espectacular. Si no fuera por el nerviosismo que me provoca la expresión sorprendida de Margaret, hasta me reiría de lo ridículo de la situación. Cuando quieres impresionar, todo sale mal. Cuando no te importa una mierda, te conviertes en la protagonista de la Met Gala edición oficina.

Pero por supuesto, Sofía no podía dejarlo pasar.

Ella, la mismísima narradora oficial de mi humillación, abre la puerta de cristal con esa sonrisita de superioridad que dan las desgracias ajenas y me escanea de arriba abajo como si fuera un maniquí de escaparate.

—Bonito atuendo —suelta con una risita mal disimulada.

La fulmino con la mirada y le lanzo un "Cabrona" seco y directo, porque a estas alturas ni siquiera tengo energía para disimular mi exasperación.

Entro al despacho de Margaret y cierro la puerta tras de mí cuando ella hace un gesto con la mano. Su expresión es críptica, lo que en lenguaje de jefa significa: "No sé si voy a felicitarte o pedirte una explicación que me haga reconsiderar tu contrato."

Me indica que me siente en una de esas sillas ultramodernas, las que parecen cómodas, pero en realidad están diseñadas para recordarte que estás en una conversación seria. Intento aparentar normalidad. Como si fuera perfectamente lógico sentarse frente a tu

jefa vestida para una gala de beneficencia mientras una bolsa de basura con ropa apestosa reposa a tus pies como si fuera un accesorio de moda conceptual.

Margaret entrecierra los ojos, me mira. Me vuelve a mirar.

—Es lunes —dice, con tono grave, como si fuera un mantra existencial.

—Lo sé —respondo con una risita nerviosa, porque no sé qué más decir y mi cerebro está en huelga.

Otro silencio. De esos que pesan más que un mensaje de "Tenemos que hablar".

Margaret entrelaza los dedos sobre la mesa y finalmente rompe la pausa.

—Y dime, ¿vienes de alguna gala a la que no he sido invitada, vas a esa gala cuando termine tu jornada o simplemente no te quedaba ropa limpia?

Boom.

Estoy completamente segura de que mi cara tiene ahora mismo el mismo tono rojo brillante que una langosta recién sacada de una olla hirviendo, lista para ser servida con mantequilla derretida. Si existiera un medidor de bochorno, el mío habría reventado hace rato.

De hecho, ni el mejor corrector cosmético de alta gama, con tecnología avanzada, cobertura ultramate y poderes mágicos incluidos, podría salvarme en este momento. No hay filtro, base o polvo traslúcido que pueda camuflar el incendio facial que llevo encima.

Y mientras mi piel arde como si me hubiera expuesto al sol del desierto sin protector solar, siento cómo mi alma, agotada de

tanta humillación, decide tomar la puerta de emergencia y abandonar mi cuerpo en busca de un empleo mejor en otro plano astral, uno donde las reuniones laborales no incluyan bolsas de basura malolientes ni comentarios pasivo-agresivos sobre mi vestimenta improvisada.

—Eh… No exactamente —balbuceo mientras me revuelvo en la silla.

Como puedo, le explico lo sucedido: la manifestación de los agricultores, el hedor apocalíptico, mi improvisada escapada a los baños y la triste historia de cómo terminé con este *outfit* de emergencia que parece patrocinado por una alfombra roja inesperada. Para demostrarle que esto no es una decisión de moda sino una medida desesperada de supervivencia, agarro la bolsa de basura del suelo y la levanto, como si fuera una prueba en un tribunal.

Gran error.

Margaret, con ojos abiertos de puro horror, levanta una mano como si estuviera a punto de detener una bomba en plena cuenta regresiva.

—No. No la abras. Baja eso. Ahora.

Obedezco. Deposito de nuevo la bolsa en el suelo como si fuera plutonio radioactivo.

Otro silencio.

Margaret se masajea las sienes, toma aire y finalmente vuelve a hablar.

—Quería hablar contigo sobre el trabajo, pero después de verte vestida así… no sé cómo hacerlo sin distraerme.

Me muerdo el labio. Genial, ahora soy un obstáculo visual

para la productividad.

—El caso —continúa con tono más serio— es que necesitamos artículos. Buenos artículos. Nada de minucias. Algo fuerte. Algo grande.

En ese momento, mi corazón se acelera.

Elliot Grayson.

El nombre estalla de nuevo en mi cabeza como un relámpago. Sé que tengo una historia, sé que tengo información que podría hacer tambalear más de una estructura de poder en el círculo artístico del país. Pero aún no es el momento de soltarlo.

Así que me limito a asentir, cruzar las piernas y esbozar una media sonrisa que ojalá enmascare mi excitación repentina por lo que está por venir.

—Entendido —respondo con la mejor expresión de profesionalidad que puedo fingir en un vestido de fiesta ajustado y con una bolsa de basura radioactiva a mis pies.

Margaret se endereza en su silla con una expresión tan seria que podría anunciar la Tercera Guerra Mundial sin pestañear. Y entonces lo suelta.

—Pero…

Oh, no.

Ese "pero" no es cualquier "pero". Es un "pero" de los que vienen con destrucción inminente. Todo el mundo sabe que cuando un inglés usa "pero" en una conversación importante, lo que viene después nunca es bueno. Nunca. Es como cuando alguien dice "No quiero ser grosero, pero…", y luego te sueltan la peor crítica de tu vida. O "Me encanta lo que haces, pero…", y ahí es cuando sabes que todo tu esfuerzo va a ser triturado como papel reciclado.

Mi corazón se detiene por un microsegundo, como si hubiera recibido un email de "URGENTE: necesitamos hablar" sin contexto.

—…por ahora vamos a reducir a las personas que trabajan aquí.

¿Perdón? ¿Qué? ¿Reducir? Mi respiración se corta antes de que pueda protestar.

No puedo ser despedida. No vestida así. No ahora. No cuando llevo un vestido de gala y unos tacones de escándalo. Si me van a echar, al menos que sea con ropa de lunes deprimente y un café en la mano, no como si estuviera a punto de recoger un premio en los BAFTA.

Estoy a punto de abrir la boca y suplicar mi derecho a existir cuando Margaret añade:

—Por ahora, todo el mundo que no ascienda a editor o esté por debajo trabajará en remoto.

Boom.

Mi cerebro colapsa. Necesito un reinicio.

Trabajo remoto. Trabajo remoto.

¡Nadie entiende lo que significa eso! Claro, para algunos puede sonar como un sueño: pijama todo el día, trabajar desde la cama, evitar el tráfico de la ciudad. Pero yo sé la verdad.

The London Eye no es una simple publicación. Es un nido de contactos, de exclusivas, de figuras influyentes que se pasean por los pasillos como si fueran semidioses del periodismo. En esta oficina se hacen conexiones que te cambian la vida. No puedo ser relegada a una existencia de videollamadas con mala conexión y café casero de calidad cuestionable.

Además… ¿me están mandando a casa sin haber disfrutado de mi *chai latte* matutino?

¿Dónde queda la justicia en este mundo?

Suspiro con tanta fuerza que podría desplazar papeles de su escritorio. Margaret me observa con esa mezcla de falsa compasión corporativa y eficiencia ejecutiva que sólo los jefes han perfeccionado. Fuerza una sonrisa, pero se nota que es más falsa que un descuento del 50% en una tienda que subió los precios la semana anterior. No le llega a los ojos.

—Puedes trabajar desde casa y, mientras tanto, buscar esa historia que te convertirá en la próxima editora —dice con una ironía tan evidente que podría patentarla y venderla en frascos.

Mi carrera periodística, mi necesidad de estar en el epicentro de la acción… todo se derrumba en cuestión de segundos.

Pero no voy a dejar que me vean débil.

Así que trago mi frustración, levanto la barbilla con la poca dignidad que me queda y murmuro, con un hilo de voz:

—Sí.

Pero por dentro, estoy gritando.

Justo cuando creo que la conversación ha terminado y que ya puedo irme a lamerme las heridas en privado, Margaret decide rematar la faena.

—Estoy segura de que puedes ganarte ese puesto, Lucía —dice con una amabilidad tan medida que casi parece programada por inteligencia artificial—. Pero por ahora necesitamos que os encarguéis de artículos que ayuden en la publicación hasta que encontréis vuestra propia voz.

Y ahí está.

El segundo "pero".

Un solo "pero" ya es una condena, dos en la misma conversación es directamente un acta de defunción profesional.

Y luego está esa frase, esa maravilla de diplomacia corporativa que es "ayudar a la publicación". Dicho así, suena casi heroico. Como si me estuviera confiando una misión trascendental para el bien del periodismo, como si fuera a desenmascarar una conspiración global o cambiar el curso de la historia con mi pluma.

Pero no nos engañemos.

Todos sabemos lo que significa realmente "ayudar a la publicación".

Significa escribir sobre dietas milagrosas que nadie sigue, sobre tendencias de moda que solo funcionan en gente con cuerpos de dibujo animado, o peor aún… listas de "Los diez mejores parques de Londres para hacer un picnic en primavera."

Esos son los artículos que nadie quiere escribir. Los que pasan de mano en mano en la redacción como una patata caliente hasta que le caen al más desafortunado.

Y hoy, esa desafortunada soy yo.

Con estos pensamientos dando vueltas en mi cabeza, me levanto de la silla megamoderna, esa que parece diseñada para que nunca te acomodes demasiado tiempo y hagas perder el tiempo a tu jefe, cojo mi bolsa de residuos tóxicos —también conocida como mi ropa maldita— y salgo de allí con la dignidad a medio remendar.

Si alguien me ve, probablemente pensará que estoy abandonando el despacho después de haber negociado mi propio despido.

Pero lo que realmente he conseguido es algo mucho peor: un billete directo a la redacción del contenido aburrido.

Y ni siquiera me han ofrecido un *chai latte* de consolación.

Malditos lunes.

Media hora más tarde, después de procesar el hecho de que ahora soy una nómada corporativa sin escritorio fijo, localizo una caja de cartón en el rincón de la oficina y empiezo la triste tarea de embalar las pocas pertenencias que aún quedan en mi ya ex-mesa.

Decir que tenía muchas cosas sería una exageración. Mi vida laboral se reduce a:

Un puñado de *post-its* con notas que en su momento parecían importantes pero que ahora me suenan a jeroglíficos de un pasado que ya no existe.

Una foto de Maldivas, que solía servirme de inspiración para creer que algún día podría permitirme unas vacaciones decentes y no solo escapadas al barrio de al lado.

Un moreno buenorro de gimnasio, que desde hace semanas era mi motivación visual para levantarme cada mañana y no renunciar al capitalismo.

Ahora que lo pienso, quizá debería haber puesto algo más útil para motivarme.

Como, no sé, una foto de un sitio donde dormir.

La pena no es tan pena cuando levanto la vista y veo que no soy la única en este triste proceso de vaciado de escritorio. Somos varios los desterrados del reino presencial, cada uno recogiendo sus cosas con ese aire de resignación burocrática.

Y entre ellos, cómo no, está Sofía.

Me observa con una sonrisita de lo más cómica, como si todo esto le resultara más entretenido que una serie de televisión. Si estuviera comiendo palomitas en este momento, no me sorprendería.

Justo cuando estoy cerrando mi caja con el cuidado de quien embala su dignidad junto con sus cosas, nos llega un último correo.

Con un suspiro que podría alimentar un molino eólico, me dejo caer en mi silla por última vez, al menos por ahora.

—¿En qué vas a trabajar? —pregunta Sofía, su sonrisa maliciosa brillando con luz propia.

La miro con ojos de tristeza, como si acabara de decirme que mi serie favorita ha sido cancelada sin final.

No me han asignado "Los diez mejores parques de Londres para hacer un picnic en primavera", lo cual habría sido suficiente para enviarme a la depresión… pero me han dado algo peor.

—Cómo influye el contacto con la naturaleza o la falta de ella en la vida cosmopolita.

Lo suelto como quien anuncia su sentencia de prisión. Sofía no puede evitar soltar una risita. Porque sabe. Sabe perfectamente lo mucho que odio la naturaleza. Sabe que me llevo mejor con el cemento y el Wi-Fi que con el aire fresco y los árboles.

—¿Y tú? —pregunto con curiosidad, con la esperanza de que le hayan dado algo igualmente miserable. Algo como defunciones, mantenimiento de edificios o alguna rareza que le haga compartir mi sufrimiento.

Pero no. Por supuesto que no.

—Los locales de moda de la City.

La miro. Parpadeo. Siento una punzada de injusticia cósmica recorrerme la espina dorsal.

Vale. Definitivamente odio los lunes.

Y odio los “peros”.

Capítulo 4



Lucía

Cuando finalmente llego a casa, con una caja de cartón en los brazos y mi dignidad cuidadosamente doblada y metida dentro, suspiro con alivio. No porque haya logrado salir airosa de esta jornada infernal, sino porque, milagrosamente, no me he vuelto a topar con la manifestación agrícola que parece haber decidido que mi ruta habitual es el campo de batalla perfecto para su protesta. No sé si los granjeros me persiguen a propósito o si el universo tiene un sentido del humor particularmente cruel, pero esta segunda vez, al menos, he conseguido esquivarlos.

Mis pies, sin embargo, están en huelga. Llevan varias horas protestando silenciosamente y ahora empiezan a enviar señales de dolor que podrían clasificarse como tortura medieval. Me detuve un par de veces en el camino de vuelta, fingiendo admirar la arquitectura de la ciudad cuando en realidad solo intentaba convencer a mis tobillos de que no colapsaran ahí mismo, en plena calle. Y todo por culpa de estos malditos zapatos. Porque claro, cuando esta mañana tuve que utilizar la ropa de emergencia que tenía en la oficina y me vestí con mi mejor vestido y mis tacones más elegantes, no imaginé que acabaría desfilando por la ciudad con una caja bajo el brazo como si fuera la protagonista de una telenovela sobre ejecutivas arruinadas.

Cuando entro en casa, descubro que mi compañera de piso no está. Perfecto. No hay testigos de mi entrada triunfal en la que, por supuesto, me tropiezo con la alfombra y casi echo la caja al suelo. La dejo sobre la mesa del salón con un suspiro de rendición y, justo cuando me desplomo en el sofá con la gracia de un saco de patatas, mi móvil empieza a sonar. Videollamada de mi hermano.

Genial. Justo lo que necesito: un espectador para este espectáculo de desdicha y alta costura.

Atiendo la llamada y, en cuanto mi cara aparece en pantalla, mi hermano estalla en carcajadas.

—¡Dios mío! ¿Has robado un banco en pleno día o vienes de casarte con un millonario y te dejó plantada en el altar?

—Ja, ja, muy gracioso. No, querido hermano, vengo de ser despedida con elegancia. Es un concepto nuevo: la ruina, pero con estilo.

Su risa se intensifica y sé que este será un camino largo y doloroso.

—¡Espera, espera! —dice entre risas—. ¿Te han echado hoy? ¿Un lunes a mediodía? Esto es una joya. O sea, que el fin de semana ni siquiera fue un aviso. Directamente, empezaste la semana con un *plot twist*.

—Más o menos. Aunque si te soy sincera, después de lo de los agricultores, ya estoy considerando la posibilidad de que esto sea una conspiración contra mí.

La conversación se convierte en un duelo de sarcasmo y humor negro, una tradición familiar. Entre risas, le cuento cada detalle de mi odisea, desde la incomodidad de la reunión hasta la humillación de cargar la caja por media ciudad mientras la gente me miraba con esa mezcla de lástima y curiosidad.

Cuando la conversación se va apagando y parece que voy a poder despedirme con algo de dignidad, mi hermano cambia de tono, poniéndose serio en esa forma tan exagerada que solo él sabe hacer.

—Pero mira el lado bueno, ahora puedes decir que tu trabajo te dejó algo tangible.

—Sí, una caja de cartón. Todo un legado.

Nos reímos un rato, entre bromas y comentarios mordaces sobre mi mala suerte. La conversación sigue el típico tono sarcástico de siempre, hasta que, de repente, su expresión cambia. Suelta un suspiro teatral y se acomoda en su silla con la seriedad de alguien que está a punto de decir algo muy importante.

—A ver, dime la verdad…

—Te la acabo de contar.

—No, no, no. La verdad de verdad. ¿Tengo que pegarle a alguien?

Pestañeo.

—¿Qué?

—Que si tengo que ir a buscar a alguien y darle una lección.

—Ay, por favor…

—Yo siempre te protejo, lo sabes. Si alguien te hizo algo, dime nombre, dirección y si prefieres que sea un susto o algo más duradero.

Me río, pero él mantiene su cara de tipo serio y peligroso, lo cual es aún más gracioso considerando que la única pelea que ha tenido en su vida fue en un partido de fútbol en el colegio y terminó con él pidiendo disculpas.

—No necesito venganzas, gracias. Solo necesito que no le digas nada de esto a mamá y papá.

Su expresión cambia inmediatamente y una sonrisa maliciosa aparece en su rostro.

—Ah…

—No.

—Ah, ah, ah…

—Ni se te ocurra.

—Vaya, qué información tan valiosa la que tengo en mis manos…

Pongo los ojos en blanco. Lo conozco demasiado bien.

—Te lo digo en serio, si se enteran, se desatará el apocalipsis. Mamá va a hacerme videollamadas diarias para asegurarse de que sigo viva, y papá empezará a buscarme trabajo en el periódico local como si yo fuera a aceptar un puesto de becaria en la carnicería del barrio. Por favor, no le digas nada a mamá y papá. Ya me veo el drama internacional y la insistencia en que vuelva a España "para estar cerca de la familia".

—Bueno, bueno… —dice, fingiendo pensarlo—. Podría guardarme el secreto, pero… ¿qué gano yo?

—¿Perdón?

—Información así de valiosa no se regala. Tal vez necesite algún incentivo para mi silencio.

—¿Me estás chantajeando en mi hora más baja?

—Sí. Y lo estoy disfrutando muchísimo.

Me cruzo de brazos, fingiendo indignación, pero no puedo evitar sonreír. Porque, en el fondo, sé que, por mucho que juegue a ser el hermano malvado, al final del día, él es el primero que siempre estará ahí para protegerme. Aunque sea con amenazas ridículas y chantajes de pacotilla.

Paso la tarde tirada en el sofá en la posición universal de la derrota: un brazo colgando hacia el suelo, las piernas en un ángulo dudoso y la mirada perdida en el techo como si ahí estuviera escrita la respuesta a todas mis desgracias. No hago nada. No pienso en nada. Solo existo. Bueno, existo y reflexiono sobre la posibilidad de que mi cuerpo se haya fusionado con el sofá y ahora formemos una sola entidad.

El tiempo pasa sin que yo tenga mucha conciencia de ello, hasta que escucho la llave girar en la cerradura. Es mi compañera de piso.

—¡Al fin en casa! —anuncia mientras cierra la puerta con el entusiasmo de quien ha tenido un día normal, sin despidos ni cajas de cartón arrastradas por la ciudad.

Levanto una mano en un saludo débil y lánguido, como si fuera un noble decimonónico en su lecho de muerte.

—¿Qué te pasa? —pregunta, aunque su mirada ya ha captado la caja en la mesa del salón. Con la rapidez de alguien que huele el drama a kilómetros, se acerca, coge un botellín de cerveza del frigorífico y se sienta a mi lado.

—Cuéntamelo todo.

Y, como si la botella en su mano fuera una varita mágica que desbloquea confesiones, lo hago.

Le cuento todo: el elegante y absurdo despido, la caminata de la vergüenza con mi caja, el intento de chantaje de mi hermano, la posibilidad de que los manifestantes agrícolas formen parte de

una conspiración en mi contra. Ella escucha con la concentración de una detective atando cabos en un caso de asesinato, asiente en los momentos adecuados y, de vez en cuando, murmura un "qué cabrones" o un "no te merecen" en el tono exacto que necesito para sentirme validada.

Cuando termino, ella da un largo sorbo a su cerveza y me mira con una ceja levantada.

—Bueno… esto no es tan terrible.

—Claro, porque no eres tú la que ha sido despedida y ha paseado su miseria en tacones por media ciudad.

—No, pero míralo así: ahora puedes trabajar en lo que realmente te interesa. Ellos te seguirán pidiendo artículos, ¿no? Y ahora tendrás libertad para meterte de lleno en la investigación que quieras, escribir sobre lo que te dé la gana, sin que nadie te diga qué hacer. Incluso… —pausa para dar más dramatismo— podrías escribir ese libro del que siempre hablas.

Abro la boca para replicar, pero me quedo en silencio. Porque, por más que quiera seguir revolcándome en mi miseria, no puede negar que tiene razón.

Pensándolo bien… ahora tengo tiempo. Ahora puedo elegir en qué invertir mis esfuerzos. Puedo no solo escribir por encargo, sino también enfocarme en proyectos que realmente me emocionen. Podría, después de años de poner excusas, sentarme y escribir ese libro que siempre he dicho que "algún día" escribiré.

Por primera vez en todo el día, la idea del futuro no me parece un túnel oscuro y aterrador.

Dejo escapar un suspiro, pero esta vez no es de derrota, sino de aceptación.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que la tengo.

Rodamos los ojos al mismo tiempo, pero ambas sabemos que, esta vez, su optimismo no está fuera de lugar.

He luchado mucho para llegar hasta aquí y nadie, absolutamente nadie, me va a quitar mi estilo de vida. No pienso renunciar a mis mañanas en cafeterías bonitas, a mis paseos por la ciudad con un cuaderno en la mano, a mis *chai lattes* perfectamente espumosos y ridículamente caros. Me he construido un mundo en el que me gusta vivir, y no voy a dejar que un despido a medias me lo arrebate.

Esa noche, cuando me meto en la cama, siento que debería estar más angustiada. Más preocupada. Más llena de ansiedad por el futuro incierto que me espera. Pero, asombrosamente, duermo más tranquila de lo que jamás habría esperado.

A la mañana siguiente, sorprendentemente, me despierto temprano. No porque sea una persona madrugadora por elección, sino porque el desempleo, aunque tenga sus ventajas, también viene con la ansiedad de "¿y ahora qué?". Así que, en lugar de revolcarme en la cama como una croqueta de autocompasión, decido ponerme en marcha y organizar mi jornada.

Primero, la ducha. Porque si bien no tengo que rendirle cuentas a ningún jefe hoy, tampoco quiero verme reflejada en un espejo y darme miedo. Me visto de manera informal, pero con ese toque elegante que dice: "soy una profesional seria, aunque ahora mismo no tenga oficina". Opto por un *look* sofisticado y relajado: vaqueros bien cortados, camisa ligeramente desabrochada (como si no me importara demasiado, cuando en realidad lo he calculado al milímetro) y un blazer que me hace sentir poderosa. Me recojo el pelo en un moño bajo, no el de "llevo tres días sin lavarme la cabeza", sino el de "sí, he nacido con este aire *effortless chic*".

Con mi portátil en la mochila y una actitud de "voy a

conquistar el mundo", salgo rumbo a mi cafetería favorita. Es mi pequeño templo, un oasis en medio del caos, donde el café es más caro de lo que debería ser legal y donde la iluminación es perfecta para hacerme sentir como la protagonista de una novela parisina.

Me instalo en mi mesa de siempre, junto a la ventana, y saco el ordenador con la intención de empezar con lo que me han pedido desde *The London Eye*. Trabajo serio, profesional, necesario. Pero en cuanto abro el navegador, la tentación es demasiado fuerte. Mis dedos, como poseídos, teclean automáticamente su nombre en el buscador: Elliot Grayson.

Y entonces, otra vez, caigo en el agujero negro de su vida.

Cuanto más me sumerjo en su biografía, en sus fotos de eventos exclusivos, en sus entrevistas llenas de frases grandilocuentes y en sus movimientos financieros que huelen a tiburón con traje caro, más claro lo tengo: él y Margaret serían la pareja perfecta.

El muy cabrón.

Los dos encajan de una manera casi insultante: lujo, prepotencia, ese aire de "yo pertenezco a este mundo y tú no". Me los imagino en algún evento de la alta sociedad británica, vestidos impecablemente, brindando con champagne mientras conversan sobre arte contemporáneo y política internacional como si no vivieran en una burbuja completamente desconectada de la realidad.

Y lo peor de todo es que me fascina. Me alucina. No voy a fingir que no me da envidia. Porque, aunque me burle de su pedantería, de su exceso de sofisticación y de su perfección irritante, hay una parte de mí que daría un riñón por formar parte de ese mundo, aunque fuera solo por una noche.

Justo en ese momento, la camarera se acerca con una sonrisa cómplice.

—¿Otro *chai latte*?

—Sí, por favor. Y también un *croissant*.

"Tanto lujo me está dando hambre", pienso.

Mientras ella se aleja, vuelvo a clavar los ojos en la pantalla. Mis dedos se deslizan rápidamente por el teclado, navegando entre artículos, fotos y declaraciones. Tiene que haber algo. Algún pequeño resquicio en su historia, una costura mal cerrada en su vida perfectamente planchada. Un hilo del que tirar hasta encontrar lo que busco.

Porque si hay algo que sé con certeza es que nadie es tan impecable como parece. Y Elliot Grayson no va a ser la excepción.

Cuando la camarera vuelve a acercarse con esa sonrisita comercial que lleva horas perfeccionando, sé lo que viene. Lo huelo. Esa amabilidad calculada que en realidad es un recordatorio de que llevo demasiado tiempo ocupando una mesa sin consumir más que mi dignidad y un croissant.

—¿Quiere algo más? —pregunta con dulzura fingida, mientras sus ojos se deslizan sutilmente por mi taza vacía, mi portátil abierto y la cantidad absurda de pestañas con artículos sobre Elliot Grayson que tengo en pantalla.

Miro el reloj en la esquina de mi ordenador. Las cuatro y veinte de la tarde.

—No, gracias —respondo con una sonrisa falsa, de esas que dicen "sé perfectamente que estás intentando echarme con educación, pero me niego a caer en tu trampa de capitalismo encubierto".

No pienso pagar otra bebida a precio de oro solo para justificar mi existencia en este templo del café de especialidad. Ya bastante he contribuido hoy a la economía de los *chai lattes*

sobrevalorados. Y, francamente, lo único que quiero es que algún día esta cafetería ponga una placa con mi nombre en esta mesa. Algo como:

"Aquí Lucía Ferrer trabajó arduamente en su libro "tal" o descubrió el terrible escándalo que hizo temblar a la alta sociedad".

Eso, o al menos que me dejen sentarme sin que cada veinte minutos alguien me mire como si fuera una okupa ilegal.

Suspirando, pido la cuenta con resignación y me marcho.

Cuando llego a casa, me doy cuenta de que realmente estoy agotada. No físicamente, porque tampoco es que haya excavado túneles ni corrido una maratón, pero mi cerebro ha estado funcionando a toda velocidad, devorando información inútil sobre la vida lujosa de Elliot Grayson en lugar de hacer lo que realmente me habrían pagado por hacer.

La ironía no se me escapa.

Pero antes de enfrentarme a la cruda realidad de mis responsabilidades, decido hacer algo productivo: preparar una cena ligera para mi compañera y para mí. Después de todo, anoche se ganó su puesto en mi lista de personas favoritas con su sesión intensiva de terapia emocional gratuita. Y la mejor manera de agradecerle su apoyo sin soltar un discurso sentimental que nos haga incómodas a las dos es con comida.

Mientras corto verduras con la precisión de alguien que finge tener su vida bajo control, me repito mentalmente que hoy nada de charla. Nada de reflexiones sobre la vida, ni de planes para escribir mi libro, ni de elucubraciones sobre la conspiración agrícola que sigue en marcha contra mí.

Porque la dura realidad es que no he avanzado nada en el artículo que me enviaron. Y, por más que soñar con descubrir oscuros secretos de la élite británica sea emocionante, lo que

realmente va a pagar el alquiler es ese artículo. Y no puedo pagarle al casero con promesas de periodismo de investigación revolucionario.

Así que esta noche, cero dramatismos. Ceno, respiro hondo y mañana me toca ser adulta de nuevo.

Cuando despierto, me obligo a no abrir el buscador. No lo haré. No caeré en la tentación de buscar por enésima vez a Elliot Grayson y perderme en su mundo de lujo irritante. No hoy.

Porque lo que estoy sintiendo hacia él es algo peligroso. No es exactamente obsesión, pero se le parece. Es una especie de amor-odio que me persigue como un mosquito en una noche de verano. Algo que me envuelve, que no me deja en paz, que hace que su nombre esté girando en mi cabeza como una lavadora en centrifugado.

Bueno, confieso que amo todo lo que le rodea. No a él, a su vida. Su burbuja de riqueza, sus fiestas exclusivas, sus viajes en primera clase, los cócteles con nombres pretenciosos en terrazas con vistas a toda la ciudad. Eso lo quiero. Lo que no quiero es a él. A él directamente lo odio. Su aire de superioridad, su manera de moverse por el mundo como si todo le perteneciera, su manera de hablar como si nunca en su vida hubiera tenido un problema real.

Así que tomo una decisión drástica: dejo el ordenador en casa, me calzo unos zapatos planos —pero *chic*, por supuesto, no estamos aquí para perder toda la dignidad— y salgo a pasear por los parques cercanos en busca de inspiración.

La idea parece brillante al principio. Un poco de aire fresco, la brisa en la cara, el sol filtrándose entre los árboles… todo muy de novela romántica con protagonista en crisis existencial. Pero a los diez minutos, la realidad golpea.

La tierra húmeda se está pegando a mis adorados zapatos.

Nada de esto me inspira. Nada.

A media mañana, después de andar más de lo que creo que he caminado en toda mi vida, me rindo y me desplomo en un banco. Intento encontrar algo interesante, algo que me haga sentir que este paseo no ha sido una pérdida de tiempo y suelas de zapato.

Primero, observo mi manicura francesa. Necesita una renovación urgente. En este estado, escribir rápido en el teclado se vuelve un riesgo para la integridad de mis uñas.

Luego, miro a la gente.

Un montón de personas con traje almorzando al aire libre, lo que me deja perpleja. ¿En serio? ¿Quién tiene ganas de salir a comer con este frío cuando sus edificios de oficinas seguramente tienen salas de descanso con calefacción? ¿Es algún tipo de penitencia laboral que no entiendo?

Luego están las parejas. Parejas que pasean cogidos de la mano como si esto fuera una comedia romántica y no el Ártico en miniatura. Bueno, eso tiene un pase. Pero sigue haciendo frío, y si yo tuviera novio en este momento, le pediría que el plan fuera un lugar con calefacción y vino caliente.

Más allá veo trabajadores de mantenimiento y jardineros que parecen mucho más felices que yo. ¿Quizás porque no están buscando inspiración inexistente en el viento helado?

Y, por último, dos cisnes. Bonitos, elegantes… y unos imbéciles arrogantes. Me acerco con la esperanza de encontrar en ellos algún tipo de metáfora para mi vida, pero gruñen y se alejan con aire de superioridad. Como si fueran Elliot Grayson en versión ave acuática.

Nada. No hay nada. Ni inspiración ni epifanías reveladoras. Solo cisnes con actitud y un estómago que empieza a rugir.

Regreso a casa frustrada.

Esto lo repito un par de días más. Salgo a pasear, intento encontrar algo interesante, acabo en un banco lamentándome, insulto mentalmente a los cisnes y vuelvo a casa con la misma cantidad de inspiración con la que salí: cero.

Finalmente, me doy por casi vencida. Casi. Porque en medio de mi resignación, una tarde, suena mi teléfono.

Es Sofía.

—Hay una fiesta a la que tenemos que ir.

Sus palabras son una afirmación, no una pregunta.

—¿Qué?

—Sí, sí. No puedo perdérmela. Pero no puedo ir sola o pareceré una colgada.

Abro la boca para negarme, pero entonces lanza la bomba:

—Además, la entrada y las consumiciones las paga *The London Eye*.

Cabrona.

Es lo único que me viene a la mente.

Por supuesto, ella tiene que asistir porque le ha tocado escribir sobre el evento. Lo cual me parece una injusticia absoluta porque, ¿por qué no me ha tocado a mí ese artículo? Podría estar pasando mi jornada laboral bebiendo cócteles en pubs de lujo y probando canapés de caviar, en vez de deambular por parques infestados de cisnes hostiles.

Miro la pantalla de mi móvil con un puchero digno de un niño al que le han robado su juguete favorito.

La vida es cruel. Pero al menos, esa noche, la barra libre será mía.

La fiesta está en su apogeo cuando llegamos. El lugar, un loft desmesuradamente grande con paredes de vidrio que permiten ver toda la ciudad iluminada, grita "tengo dinero y quiero que todos lo sepan". Hay algo en el aire, una mezcla de perfumes caros y música de fondo que no entiendo del todo pero que, aparentemente, me hace parecer más sofisticada de lo que soy.

Sofía, como siempre, se mueve por la sala como una pieza de ajedrez en una partida ganada, saludando a todo el mundo con esa sonrisa de "yo soy parte de esto, pero tú no". Me la imagino sin esfuerzo, en un futuro cercano, siendo la reina de algún pequeño universo social al que yo no podría ni asomarme sin que me expulsaran por "inadaptada". Yo, por otro lado, me he quedado un poco atrás, observando a la gente que se desenvuelve en este ambiente con una facilidad que me da un poco de rabia. Pero no importa, porque mientras mi cerebro intenta procesar las interacciones sociales a las que me están sometiendo, el camarero sigue ofreciéndome cócteles de colores brillantes que son más caros que mi alquiler y pequeños bocados que, sinceramente, ni siquiera sé cómo se llaman pero que se deslizan por mi paladar como si estuviera participando en alguna especie de maratón gastronómico de élite.

No estoy pensando en nada más que en comer y beber. La verdad, es un alivio no tener que ponerme en la piel de la investigadora por una vez. El caviar se derretía en mi boca y el champagne burbujeaba como si estuviera celebrando por mí todos mis fracasos profesionales, como si el universo, al fin, hubiera decidido darme un respiro en forma de canapé de foie gras.

Pero después de un par de bebidas y varias piezas de delicatessen, mi curiosidad empieza a despertar. Las conversaciones de alrededor empiezan a tomar forma y de alguna manera mis orejas se agudizan. Todo parece muy… "exclusivo". Como si de

repente estuviera atrapada en un círculo secreto al que no pertenezco, pero en el que me resisto a salir, como un espía en territorio enemigo.

Es entonces cuando, mientras estoy saboreando algo que sospecho es trufa, o al menos eso es lo que me dijeron cuando lo servían, escucho que el nombre de Elliot Grayson cae en la conversación de una forma tan casual que no puedo evitar detenerme y, aunque intento no ser obvia, lo oigo claramente.

—Ah, claro, sí. He escuchado de Elliot, su hermano está muy metido en los círculos financieros, ¿no? —dice un tipo con gafas de pasta que parece un híbrido entre un empresario de tecnología y un profesor de filosofía.

¿Qué?

Me giro un poco, intentando que no se me note lo mucho que me ha sorprendido. Este hombre está hablando de Elliot Grayson, y según lo que ha dicho, tiene algo que ver con su hermano. Mi mente, sin que yo pueda evitarlo, comienza a elaborar teorías conspirativas. ¿Qué conexión tiene este tipo con Elliot? ¿Será un amigo de la familia? ¿Un socio de negocios? ¿O un simple conocido que se jacta de algo que ni siquiera tiene? Sea lo que sea, esta es mi oportunidad de introducirme sutilmente en la conversación. Pero justo en ese momento, Sofía se acerca, me da un codazo y se deshace de mí con un "voy a hablar con gente importante para mi artículo". Lo dice con una sonrisa de suficiencia, como si yo no entendiera perfectamente que me está dejando de lado por una categoría superior de ser humano.

—Diviértete —me dice mientras se aleja, dejando un vacío existencial detrás de ella.

Bien, perfecto. Si ella no va a ser mi entrada a los círculos influyentes, yo misma me las apañaré. ¿Por qué no?

Con paso firme y totalmente convencida de que lo mío es la naturalidad, me acerco a un grupo que está conversando sobre arte, y trato de escuchar lo que dicen. "Círculo pintor", parece ser el nombre de una especie de club secreto en el que las personas se reúnen para discutir temas tan profundos como el significado del vacío existencial en la obra de un pintor francés que probablemente nunca haya vendido una sola pintura.

En fin. Pero mientras ellos se sumergen en teorías incomprensibles sobre el surrealismo y los lienzos que "desafían las normas", yo sigo bebiendo discretamente y metiéndome más bocados de comida como si me estuvieran pagando por ello. He notado que, en estos círculos, lo más importante no es realmente lo que dices, sino cómo lo dices. Así que, si no puedo participar en la conversación, puedo al menos contribuir con mi presencia y, con suerte, algo de carisma en forma de copas de vino.

Y entonces, en un momento de iluminación total, decido que es hora de introducirme en la conversación.

—Ah, sí, me encanta ese pintor. He escuchado que su trabajo tiene muchas conexiones con la vanguardia europea —digo con una seguridad inquebrantable.

Silencio. Todos me miran, como si acabara de pronunciar una frase en un idioma muerto. No tengo ni idea de lo que acabo de decir. ¿Vanguardia europea? ¿Qué?

Afortunadamente, uno de los hombres del grupo, un tipo alto con barba sonríe amablemente y asiente, como si de alguna manera pensara que soy la mujer misteriosa de los cuadros.

—Sí, claro, exactamente. ¿Qué opinas del expresionismo alemán? —me pregunta, claramente tomando mi comentario como una entrada a un tema que ni yo ni él entendemos del todo, pero lo importante es que seguimos con la charla.

Esto es lo que necesitan los círculos de arte, me digo a mí misma: gente que no tiene idea de lo que está pasando, pero lo dice con confianza. Lo bueno de este tipo de ambientes es que todo el mundo asume que tú sabes algo, y si dices lo suficiente con convicción, te aceptan como una experta.

Es en este momento, con mi copa de vino en la mano y mi estómago lleno de cosas demasiado caras como para pronunciarlas correctamente, cuando siento que, por una vez en la vida, estoy empezando a entender cómo funcionan estos círculos de élite. Pero mientras sigo charlando sobre arte abstracto y bebo como si no hubiera un mañana, mi mente no deja de volver a ese detalle: Elliot Grayson. Si hay una conexión aquí, va a ser mía. No importa si tengo que hacerme amiga de un círculo pintor o de un artista excéntrico. Al final, conseguiré llegar a él.

Después de un par de horas de charlas sobrevaloradas sobre pintura contemporánea, arte abstracto y esas charlas tan elevadas que me hacen sentir como si estuviera intentando entender un idioma alienígena, empiezo a perder la cuenta de cuántas veces asiento con la cabeza como una idiota mientras trago un sorbo de vino, intentando parecer tan culta como los demás. Me siento como una extraña en una fiesta de disfraces, solo que no llevo el atuendo adecuado.

"El surrealismo tiene una capacidad única de… bueno, ya sabes, de quebrar las barreras de la percepción y tocar lo inexplicable", dice un hombre mayor, con una voz tan profunda que podría venderte un curso de meditación solo con su tono. Me mira con esa expectativa inquebrantable, como si esperara una respuesta brillante, pero, en lugar de dar una respuesta digna de un crítico de arte, me limito a responder:

—Sí, claro. Es fascinante cómo todo lo abstracto… desafía lo que entendemos como realidad, ¿verdad? —Dios mío, ¿qué acabo de decir? ¿Qué significa "lo abstracto desafía la realidad"?

Nadie parece notarlo. Probablemente, ni ellos saben lo que están diciendo, así que siguen adelante con la conversación, dejando que mi ignorancia pase desapercibida.

De repente, el tipo con barba, que lleva un rato sonriéndome con esa sonrisa de "yo sé más que tú" (pero ¿quién no la tiene en estos círculos?), me mira fijamente y, de manera sorprendentemente casual, suelta una frase que cambia el curso de la conversación.

—¿Sabes, Lucía? Yo fui amigo de la infancia del hermano de Elliot Grayson. Solíamos pasar los días juntos en la isla de Willow.

Mi copa de vino casi se cae de mis manos. ¿Qué?

¡PUM! Mi cerebro deja de procesar todo lo demás.

—¿Del hermano de Elliot? —repito, con la sutileza de una hiena oliendo sangre.

—Sí, sí. Fui todo un verano a la isla de Willow. Éramos inseparables… bueno, hasta que Elliot decidió que su vida era más interesante con un pincel y una obsesión enfermiza por pintar el mar.

Levanto una ceja. «¿Elliot Grayson, el hombre más vetado de la alta sociedad de Londres, pintando el mar? Esto se pone interesante».

El tipo toma un sorbo de su bebida antes de seguir con su relato, ahora con ese aire nostálgico de quien recuerda tiempos mejores.

—Pasábamos los días en la playa. Mientras los demás hacíamos cosas normales, como jugar al fútbol o construir castillos de arena, Elliot estaba ahí, en su propio mundo. Siempre con un cuaderno de bocetos, tratando de capturar el viento, las olas, la forma en que el agua golpeaba los acantilados. Era… —hace una pausa, buscando las palabras adecuadas— intenso.

"Intenso". Me río internamente. Sí, eso encaja perfectamente con lo poco que sé de él.

—¿Y lo conseguía? —pregunto, fingiendo un desinterés absoluto mientras finjo acomodarme en la silla, acercándome disimuladamente.

El hombre se encoge de hombros.

—Nunca estaba satisfecho. Decía que pintar el mar era una tortura porque el agua siempre cambiaba, porque el viento no podía atraparse en un lienzo. Y él lo intentaba, una y otra vez. Si algo lo obsesionaba, era esa maldita idea de plasmar lo que no podía tocarse.

Mis dedos aprietan la copa con más fuerza. Elliot Grayson, el hombre que ahora nadie quiere mencionar en voz alta en Londres, solía obsesionarse con lo efímero, con lo imposible.

—¿Y qué pasó después? —insisto, sabiendo que ya estoy demasiado metida en la historia como para fingir que no me importa.

El hombre deja escapar una carcajada amarga.

—Creció. Se fue a Londres. Intentó jugar en la gran liga, convertirse en alguien en la alta sociedad. Pero, ya sabes cómo funciona ese mundo. Si cometes un error, te aniquilan.

Ahí está. La mención que estaba esperando.

—Ah, claro… —finjo distracción, girando mi copa en círculos sobre la mesa—. Lo de Elliot en Londres… no salió muy bien, ¿no?

La risa del hombre es seca.

—"No salió muy bien" es la forma más elegante de decir que está completamente jodido.

Sonrío con inocencia. Oh, por favor, dame más.

—Los Grayson eran una familia de peso, ¿sabes? Elliot tenía el mundo a sus pies. Exposiciones, eventos, inversores apostando por su carrera. Hasta que... bueno, ya sabes.

Sí, ya sé. El escándalo.

Lo que antes era una carrera prometedora ahora es un nombre que se pronuncia en voz baja en los círculos influyentes. Elliot Grayson pasó de ser un artista en ascenso a convertirse en un tema incómodo en cualquier conversación de cóctel.

Pero lo que no sé es la parte que más me interesa: ¿qué pasó exactamente?

—Al final, creo que volvió a pintar, ¿no? —digo con fingido desinterés.

El hombre con barba asiente lentamente.

—No sé si volvió a pintar. Nada se sabe de él y su hermano no suelta prenda. Supongo que, cuando el mundo te da la espalda, lo único que puedes hacer es regresar a lo que siempre has sido.

El comentario del hombre con barba se queda flotando en el aire como una sentencia definitiva. No hay rastro de Elliot Grayson. Nadie sabe dónde está. Nadie sabe qué hace. Desapareció.

Mis pensamientos van a mil por hora.

Elliot Grayson, el niño que intentaba atrapar el viento en sus cuadros, el artista que soñaba con pintar lo efímero, terminó siendo expulsado del único mundo en el que intentó encajar.

Y eso me inquieta.

No sé qué me molesta más: si el hecho de que haya caído en desgracia o que, a pesar de todo, su historia me intrigue tanto.

¿Cómo un hombre como él pasa de estar en todas partes a no estar en ninguna? ¿Cómo alguien con su talento, con su apellido, con su posición, desaparece sin dejar rastro? ¿Es un retiro voluntario? ¿Un exilio forzado? ¿O algo más profundo?

La copa en mi mano está vacía. Necesito más vino.

Pero antes de que pueda levantar la mano para llamar al camarero, algo se interpone en mi campo de visión.

O, mejor dicho, alguien.

Una mujer de postura rígida y vestido impecable, con el aire de quien está acostumbrada a que la gente le ceda el paso sin rechistar, se planta junto a la mesa. Sus ojos recorren mi presencia con la precisión quirúrgica de quien está evaluando si valgo la pena o si debería hacerme desaparecer con la mirada.

No necesito que hable para saber lo que está pensando:

"¿Quién es esta y por qué sigue aquí?"

Pero, por supuesto, no lo dice de manera directa. No. Las mujeres como ella no necesitan ser directas para destruir a alguien.

En su lugar, se aferra al brazo del hombre de la barba —su marido, supongo— y, con una sonrisa tensa y perfectamente medida para sonar educada pero letal, suelta:

—Cariño, hemos estado aquí bastante tiempo, ¿no crees? Quizás podríamos alternar con otros. Algunas personas han estado esperando hablar contigo.

Traducción: "Esta conversación se ha alargado demasiado y no me interesa lo más mínimo que esta intrusa siga absorbiendo información como una esponja desesperada".

El hombre con barba parpadea, confundido. Claramente, no

esperaba un rescate tan agresivo. Mira a su esposa y luego a mí, dudando sobre si debería hacerme caso o seguir la orden silenciosa de la mujer que claramente lleva las riendas de su vida.

—Oh, sí, claro… —balbucea, bebiendo lo que queda en su copa como si con ello pudiera evitar tomar una decisión.

¿Pero qué clase de amateur social es este hombre?

Intento no poner los ojos en blanco, pero la verdad es que me cuesta. Me acaban de echar, elegantemente, pero me han echado.

—Por supuesto —respondo con mi mejor sonrisa falsa—. No quisiera privar a nadie de una charla tan iluminadora sobre el expresionismo alemán.

El hombre suelta una risita nerviosa. Ella no. Me sigue mirando con esa cara de "despídete y vete".

Bueno, misión cumplida. Ya tengo lo que quería: una conexión directa con la infancia de Elliot Grayson y la confirmación de que su paradero es un misterio incluso entre quienes solían conocerlo.

Así que no insisto.

—Ha sido un placer —digo, recogiendo mi copa vacía y lanzando una última mirada al hombre, dejando caer un—: Si alguna vez recuerdas algo más sobre Elliot, me encantaría escucharlo.

La mujer aprieta los labios en una línea fina como si acabara de chupar un limón. El hombre asiente con torpeza, pero ella ya lo arrastra con la mirada.

Así que simplemente me alejo, con mi copa vacía y una satisfacción silenciosa.

Porque, aunque me hayan sacado de la conversación y estoy totalmente convencida de que las probabilidades de volver a coincidir con este hombre son prácticamente nulas, lo importante ya lo tengo.

Tengo algo en lo que pensar, debo encontrar en todo lo que me ha contado una pieza del rompecabezas que nadie parece haber intentado encajar. Elliot Grayson desapareció, su hermano no habla de él, su círculo lo ha borrado de la memoria colectiva, y su vida anterior ha sido reducida a un murmullo incómodo en eventos como este.

Capítulo 5



Lucía

A la mañana siguiente, con un dolor de cabeza que parece un taladro perforando mi cráneo y los pies en estado de huelga general, lo primero que hago es mandarle un mensaje a Sofía dándole las gracias por haberme invitado a la fiesta. Un gesto educado, aunque en realidad lo que quiero decirle es: ”gracias por abandonarme a mi suerte mientras me daba una sobredosis de conversaciones pedantes y alcohol caro”.

Mientras me ducho, intento poner orden en mis pensamientos, pero mi cerebro sigue funcionando con la eficiencia de un portátil con demasiadas pestañas abiertas y a punto de colapsar. Lo de anoche sigue dando vueltas en mi cabeza como un remix molesto. Hay partes difusas—gracias, champán—pero lo del hombre barbudo y su esposa con cara de directora de internado lo tengo tan fresco en la memoria que casi puedo oler su perfume de ”superioridad nata”.

Intenté dormir. Lo juro.

Pero en cuanto apagué la luz y me metí en la cama, mi cerebro decidió boicotearme. En vez de descanso, me regaló una sesión intensiva de preguntas sin respuesta:

"¿Dónde está Elliot Grayson?"

"¿Por qué su hermano guarda silencio?"

"¿Cómo es posible que alguien tan influyente desaparezca y nadie se moleste en mencionarlo?"

Horas dándole vueltas, y nada.

Pero hoy toca ser adulta.

No puedo darme el lujo de perderme en la espiral de misterio que rodea a Elliot cuando tengo un artículo que escribir para *The London Eye*. Un artículo que, dicho sea de paso, paga el alquiler, el *chai latte* y mis aspiraciones de no terminar comiendo arroz con atún el resto del mes.

Y no pienso darle a Margaret ninguna excusa para considerar prescindir de mí.

Así que me visto con ropa cómoda pero elegante—porque una cosa es buscar inspiración y otra salir a la calle con pinta de alma en pena—, me calzo unas botas resistentes (mis pies ya han sufrido suficiente) y salgo dispuesta a encontrar la inspiración divina que, por alguna razón, se niega a hacer acto de presencia.

En un mundo ideal, mi musa bajaría del cielo en forma de una idea brillante y lista para ser escrita.

Pero como la inspiración divina parece haber cogido vacaciones, decido hacer lo siguiente:

Caminar.

Caminar por los parques, caminar entre la gente, caminar con la esperanza absurda de que, de alguna manera, una conversación aleatoria con un desconocido me ayude a desbloquear la historia que tengo que escribir.

Porque, por algo hay que empezar, ¿no?

Si me siento en mi escritorio esperando que la idea aparezca por arte de magia, voy a terminar mirando el cursor parpadear en la pantalla mientras consumo cantidades peligrosas de café.

Así que ahí voy, lista para interrogar a la mayor cantidad de desconocidos posible sin que me acusen de acoso social.

Porque, quién sabe… quizás alguien, en algún rincón de este bendito parque, tenga justo la chispa que necesito para escribir el artículo que me salvará el pellejo.

Caminar por un parque en busca de inspiración para un artículo sobre la importancia de la naturaleza en la felicidad de los ciudadanos trabajadores es, en sí mismo, una ironía colosal.

Porque, para ser sincera, odio la naturaleza.

Que nadie me malinterprete, no quiero que desaparezca ni que talen todos los bosques del mundo, pero la simple idea de estar rodeada de bichos, tierra húmeda y hojas cayendo sobre mi cabeza como si estuviera en una película bucólica me da urticaria mental.

Pero aquí estoy, paseando como si fuera una gran amante del aire libre, con mi libreta en la mano y mi teléfono móvil listo para grabar a cualquier alma desprevenida que tenga una opinión sobre el impacto positivo de los parques en la vida de los trabajadores.

Y, oh, vaya si la gente tiene opiniones.

Encuentro a un hombre con uniforme verde y cara de haber vivido demasiadas historias en este parque. Está barriendo hojas con una paciencia sobrehumana, y decido que es mi primera víctima.

—Buenos días —digo, con la voz más profesional que puedo poner—. Estoy escribiendo un artículo sobre cómo los parques afectan a la felicidad de los trabajadores. ¿Podría decirme qué opina?

El hombre se apoya en su escoba y me mira como si hubiera visto a cientos de periodistas haciendo preguntas absurdas antes que yo. Suspira y, después de un silencio dramático, dice:

—Mire, señorita, la naturaleza es sabia.

Oh, no. Ya empezamos.

—Ajá… —anoto, esperando que desarrolle su teoría.

—Los árboles, por ejemplo. Ahí están, quietos, aguantando el viento, la lluvia, el sol… y nunca se quejan. ¿Sabe por qué?

—¿Por qué? —pregunto, preparando mi bolígrafo para la gran revelación.

—Porque no tienen facturas que pagar.

Maravilloso. Apunto la frase en mi libreta y le doy las gracias. No tengo ni idea de cómo voy a encajar esto en mi artículo, pero no puedo negar que el hombre tiene razón.

Más adelante, encuentro a un jardinero arrodillado, acomodando un parterre de flores con un esmero que envidio profundamente, porque yo ni siquiera soy capaz de mantener con vida una planta de interior.

Me acerco con mi mejor sonrisa de "soy una periodista seria y este artículo tiene sentido".

—Disculpe, ¿podría decirme qué cree que aportan los parques a la felicidad de la gente trabajadora?

El hombre levanta la vista y frunce el ceño, como si la pregunta le hubiera tocado una fibra sensible.

—Pues depende. ¿Hablamos de gente que viene aquí a relajarse o de los que tienen que recoger la basura que dejan atrás?

Touché.

—Eh… los que vienen a relajarse.

—Ah, bueno. Para ellos, los parques son como una iglesia.

Parpadeo.

—¿Como una iglesia?

—Sí. La gente viene aquí, se sienta en un banco, respira hondo y siente que su alma se limpia. Es como rezar, pero sin la culpa.

Apunto la frase, aunque en mi cabeza sigo intentando procesar la comparación.

Me acerco a un hombre trajeado que parece completamente fuera de lugar en este entorno. Está sentado en un banco, mirando su teléfono con una expresión de absoluta desesperación.

Decido que es un gran candidato.

—Hola, disculpe, estoy escribiendo un artículo para *The London Eye* sobre cómo los parques ayudan a la felicidad de los trabajadores. ¿Podría darme su opinión?

Él levanta la mirada y me observa como si acabara de preguntarle la raíz cuadrada de 7.456 en plena crisis existencial.

—¿Hacerme feliz? —repite, como si la idea le resultara completamente alienígena—. Estoy aquí porque si entro cinco minutos antes a la oficina, me hacen trabajar más.

Oh.

—Entonces… ¿cree que los parques son una especie de zona neutral entre el trabajo y la desesperación?

—Exactamente. Es como el limbo antes del infierno.

Bueno, pues ahí está otra joya para mi artículo.

Decido cambiar de enfoque y hablar con alguien que realmente parezca disfrutar del parque. Veo a una anciana dándole de comer a las palomas y me acerco con la esperanza de obtener una perspectiva más optimista.

—Buenos días. ¿Podría decirme qué opina sobre la importancia de la naturaleza para la felicidad de los trabajadores?

Ella sonríe con ternura. Por fin alguien que no parece odiar la vida.

—Ay, querida, la naturaleza es esencial. Nos da oxígeno, y el oxígeno limpia el alma.

—¿Limpia el alma?

—Claro. Respirar aire puro te purifica. En cambio, esos que están todo el día encerrados en oficinas con aire acondicionado, pues… se vuelven grises por dentro.

Imagino a un montón de oficinistas marchitándose como plantas en una pecera sin oxígeno. Me anoto mentalmente hacer más pausas al aire libre, aunque no estoy muy convencida, prefiero ser gris y estar calentita en la oficina.

Después de un par de horas hablando con desconocidos, grabando conversaciones y llenando páginas con frases que oscilan entre la filosofía barata y la verdad absoluta, decido que ya tengo material suficiente para mi artículo.

¿He encontrado inspiración?

Bueno… llamémoslo "material interesante".

Pero lo único que saco en claro después de este experimento

social es lo siguiente:

1. Los parques sirven para muchas cosas: meditar, respirar, evitar entrar temprano al trabajo y, en general, fingir que la vida no nos está devorando.
2. Los jardineros tienen más respuestas filosóficas que algunos académicos.
3. El aire fresco no me ha cambiado en lo más mínimo.

Sigo odiando la naturaleza. Pero al menos ya tengo algo que escribir.

No es hasta bien entrada la tarde, cuando estoy sentada en la mesa del comedor con mi portátil abierto, una taza de té frío a medio terminar y el cursor parpadeando en un documento en blanco, cuando finalmente recibo la respuesta de Sofía.

No un mensaje. No. Una llamada.

Mi instinto me dice que algo no va bien, porque nadie devuelve un simple "gracias por invitarme" con una llamada telefónica a estas alturas del siglo XXI.

—¿No te lo pasaste bien? —pregunta con tono incrédulo, como si hubiera sido testigo de mi bautizo en la alta sociedad y no de una noche de espionaje social con tacones asesinos.

—Eso no te lo puedo negar —respondo riendo, porque no voy a fingir que el buffet gratuito y el alcohol sin límites no fueron un punto fuerte de la velada—. Creo que nunca había comido tantas cosas raras como ayer.

—Doy gracias a la bolsa de dinero que nos dan para los artículos —dice convencida, como quien agradece la existencia del oxígeno.

¿Qué?

Mi cerebro se detiene, mi mano se congela en el aire y mi corazón da un pequeño brinco de indignación.

—¿Existe dinero para escribir los artículos? —pregunto, incrédula, sintiendo un cosquilleo de pánico en la nuca.

—Pues claro. ¿No pensarás que yo pago cada vez que voy a un club? —responde con la ironía afilada de alguien que ha vivido toda su vida sabiendo algo que tú no sabías.

—Eso lo paga *The London Eye*.

Mi mandíbula se tensa. Mi mente procesa la mayor injusticia del mundo en tiempo récord.

A ver si lo he entendido bien: ¿He pasado toda mi vida como periodista mendigando cafés baratos y ajustándome al presupuesto, mientras aquí Sofía anda gastando dinero de la empresa en cócteles y canapés de caviar como si fuera la realeza?

¿Dónde está mi maldita bolsa de dinero?

Sofía, como si pudiera oler mi incredulidad desde el otro lado de la línea, suelta una risita condescendiente que me rechina en el alma.

—Claro, es que tú para qué lo vas a necesitar.

—¿Perdón?

—Pues eso. Para comprarte una escoba y ponerte a barrer hojas mientras hablas con algún jardinero.

Oh, no. NO.

—¿Disculpa? —suelto, con la voz peligrosamente calmada, mientras mi mano se crispa sobre la mesa.

La pedante acaba de usar en mi contra la información que

ingenuamente le compartí sobre mi mañana entrevistando trabajadores de mantenimiento y jardineros en el parque.

—Bueno, bueno, no te pongas así —dice con una falsa dulzura que me hace querer atravesar el teléfono—. Solo digo que lo tuyo es más… de campo, ¿no?

Me cabrea. Me cabrea muchísimo.

Porque no solo me ha estado ocultando la existencia de un fondo secreto de dinero corporativo para cubrir gastos de los artículos, sino que encima me menosprecia con la actitud de quien cree que mi mayor aspiración profesional es convertirme en la "Reina de los Jardineros Filosóficos".

Respiro hondo. No vale la pena discutir.

Después de un par de comentarios banales e insignificantes sobre la fiesta de la noche anterior —donde evidentemente no menciona el momento en que me dejó sola para codearse con "gente influyente"— decido que ya he soportado suficiente.

—Bueno, Sofía, tengo que seguir con mi artículo —digo, esforzándome por sonar neutral en lugar de homicida.

—Claro, claro. A ver si consigues que te paguen una taza de té la próxima vez.

Mi ojo izquierdo empieza a temblar.

—Ajá —respondo con una calma tan falsa que hasta Siri lo notaría.

Cuelgo antes de hacer algo ilegal.

Miro el teléfono con la misma intensidad con la que un villano de telenovela mira a su enemigo antes de jurar venganza. ¿Una taza de té? ¿En serio?

Mientras Sofía nada en un mar de cócteles financiados por la empresa, yo aquí, pagando de mi bolsillo cada miserable *chai latte* mientras persigo jardineros y oficinistas traumatizados en parques públicos.

Necesito reevaluar mis decisiones de vida.

Suspiro y me concentro en la pantalla del portátil. Mejor me pongo a trabajar.

Durante varios días, la conversación con Sofía sigue rondando en mi cabeza como un mosquito molesto que no se deja espantar.

Porque, claro, ¿en qué demonios podría yo emplear dinero para mi artículo?

¿Pediré un catering gourmet mientras entrevisto a más jardineros sobre la espiritualidad oculta en los arbustos podados? ¿Contrataré un coach emocional para que me ayude a conectar mejor con los oficinistas en crisis?

Le doy mil vueltas, intentando encontrar un propósito lógico a esa supuesta bolsa de dinero mágica que, al parecer, todos menos yo han estado aprovechando.

Y nada.

Mientras tanto, mi artículo avanza con la misma velocidad que un caracol deprimido. Intento concentrarme, intento bloquear las distracciones, pero el misterio de Elliot Grayson sigue ocupando un 90% del espacio en mi cerebro.

No avanzo. No puedo avanzar.

Es como si mi mente tuviera una barrera invisible que me impide conectar los puntos. Elliot desapareció. Su hermano no suelta prenda. Nadie sabe nada. Fin de la historia.

O eso creo hasta que, una noche, mi cerebro, en un arrebato de lucidez insomne, decide hacer clic.

Estoy en la cama, girando de un lado a otro, mirando el techo y maldiciendo mi falta de progreso, cuando de repente, las palabras del hombre barbudo regresan como un golpe en la frente:

"Supongo que, cuando el mundo te da la espalda, lo único que puedes hacer es regresar a lo que siempre has sido".

Me congelo.

¿Dónde había sido feliz Elliot?

¿A dónde regresas cuando te sientes perdido?

A lo que conoces. A lo que amas. A lo que más deseas.

La isla de Willow.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda. Es tan obvio que me quiero pegar a mí misma.

¡La isla de Willow!

¿Dónde más podría estar Elliot Grayson, el niño que intentaba atrapar el viento en sus cuadros?

Me levanto de la cama como si alguien me hubiera dado una descarga eléctrica directa al sistema nervioso. ¡Zas! Estoy de pie en un segundo, con los ojos aún medio cerrados, pero la mente a mil por hora. El impulso de hacer algo, de buscar, de encontrar, me empuja hacia el escritorio, y abro el portátil con la urgencia de un hacker en una película de acción, como si estuviera a punto de descifrar el código secreto para salvar el mundo. En realidad, todo lo que quiero es encontrar una isla, pero el drama en mi cabeza está a otro nivel.

Mis dedos vuelan sobre el teclado. *¡Click, click, click!* Cada

golpe de tecla es un recordatorio de lo que está en juego. Esto no es solo un viaje cualquiera, ¡es la solución a todo! Este es el momento en que el destino me dará las respuestas que llevo buscando, y tal vez, solo tal vez, me acerque un poco más a Elliot Grayson. Y quizás, por casualidad, consiga el artículo que me hará dejar de correr detrás de jardineros en los parques de Londres.

El navegador finalmente aparece, y de repente me siento como si estuviera a punto de descubrir la fórmula secreta de la vida. Empiezo a leer lo que aparece en pantalla. "Isla Willow: 11 kilómetros cuadrados de pura belleza natural."

Mi corazón da un vuelco, y cuando me doy cuenta de lo que acabo de leer, siento que se me cae el alma a los pies. ¿11 kilómetros cuadrados? ¡¿¡Once kilómetros cuadrados?! ¡¿Eso es todo?! En mi cabeza, Willow era un pequeño paraíso escondido, un rincón apartado donde los sueños se hacen realidad y las novelas se escriben solas. Pero ahora... ahora resulta que es tan diminuta que ni siquiera podría considerar un paseo alrededor de ella como ejercicio. ¡La isla de Willow no es más que un granito de arena en medio del océano!

¡Esto no es una isla, es un chiste geográfico! La idea de que haya un ferry que pase una vez a la semana me parece casi un acto de crueldad, como si el universo me estuviera haciendo una broma de mal gusto.

Lo peor de todo es que, por alguna razón incomprensible, sigo pensando que este diminuto punto en el mapa tiene algo que ver con Elliot. Quizás es la desesperación, quizás es esa sensación de que ahí, en algún rincón de ese agujero en el agua, voy a encontrar lo que he estado buscando.

Miro la pantalla con los ojos entrecerrados, como si el brillo de la luz del portátil fuera un enemigo al que debo enfrentar con astucia. La información sobre la isla de Willow sigue ahí, tan diminuta y desolada, y de repente… pum. Un pensamiento atraviesa

mi mente como un rayo. ¿Es posible? ¿Elliot Grayson se ha exiliado aquí? ¡No puede ser! Pero ¿y si sí? ¿Y si este trozo de tierra insignificante, esta islita olvidada, es el lugar donde el hombre que he estado buscando ha decidido esconderse del mundo, como si estuviera a salvo en el fin del mundo?

Mi mente empieza a dar vueltas a la idea. La posibilidad me consume. Por fin, el *puzzle* encaja. Aquí es donde está. Aquí es donde debo buscarlo. Porque si es así, si realmente Elliot ha hecho de Willow su refugio, no importa lo diminuta que sea la isla, no importa lo poco que ofrezca más allá de silencio y pastos verdes. Si él está allí, esa isla de once kilómetros cuadrados es todo lo que necesito para encontrarlo.

Me apoyo en el escritorio y siento cómo mi corazón late más rápido, como si la ansiedad de todo lo que implica esta búsqueda estuviera por fin encontrando su propósito. No puede ser casualidad. Nada en mi vida lo ha sido hasta ahora. Cada pista, cada movimiento, cada indicio de su existencia ha sido un paso hacia este momento. Él está allí, en Willow, y es mi trabajo ir a buscarlo.

Mi mente se desboca. Imagino los paisajes de la isla, las casas diminutas, las colinas cubiertas de pasto, los caminos solitarios que serán ahora mi infierno. Una parte de mí quiere pensar que esto es una locura. Una locura impulsada por el deseo de algo que tal vez nunca se materialice. Pero otra parte, esa parte que nunca se cansa de perseguir lo que quiere, sabe que esto es lo correcto. Por fin sé dónde buscarlo. Esta es mi oportunidad.

Mi dedo se detiene sobre el teclado, y por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo control sobre algo. Si Elliot Grayson realmente está en esta isla, el resto del mundo puede esperar.

Miro la hora del reloj del ordenador portátil, y cómo no, son casi las tres y media de la madrugada. Claro, porque mi cuerpo decide que es el momento perfecto para ser víctima de otro ataque de locura periodística. Estoy aquí, atrapada en un bucle de

pensamientos, con los ojos tan abiertos como si estuviera buscando la solución al misterio de la vida, y el sueño, por supuesto, se ha ido a dar una vuelta por otro continente.

Porque, ¿qué otra cosa podría hacer en medio de la noche más que embarcarme en una búsqueda de una isla perdida en el mapa? Lo sé, lo sé, no tiene sentido, pero aquí estoy, navegando por la red en busca de cómo llegar a un rincón diminuto del suroeste de Inglaterra. Resulta que no hay aeropuerto cercano, porque claro, ¿quién necesita un aeropuerto cuando puedes montar todo un viaje épico en ferry? Y no un ferry cualquiera, sino uno que solo pasa una vez a la semana.

Lo peor de todo es que no me gustan las islas. No me gustan los campos. No me gustan las cosas que tienen demasiado verde (y no hablo de la vegetación en sentido metafórico). Odio el campo. Todo ese aire fresco, la luz natural, el sonido de los pájaros... ¡¿En serio?! Si pudiera, me rodearía de hormigón y neón las 24 horas del día. Pero ahí estoy, buscando cómo llegar a esa isla diminuta donde se dice que el aire es tan puro que hasta tus pensamientos parecen más nítidos.

Luego, como si mi vida dependiera de ello, me lanzo a buscar alojamiento. Y, claro, como era de esperar, no es fácil encontrar algo decente en un lugar tan remoto. Ni decente ni indecente. No hay nada. Estoy segura de que la isla está llena de casoplones de ricos como Elliot que no quieren ser molestados por gente indiscreta visitando su minúscula isla.

Entonces, tras buscar y rebuscar en Internet, ¡allí está! La casa. ¡La casa! En el borde de la isla, con vistas al mar (¿y quién necesita ver el mar, en serio? ¿Hay algo menos útil que estar a kilómetros de todo, sin café decente?). Pero el lugar tiene algo... algo que me llama. A lo mejor son las fotos de la chimenea, o esa promesa de aislamiento total, o incluso la idea de que, por alguna razón incomprensible, el universo tiene un plan en el que Elliot, por fin, se va a detener en mi camino, sin que yo tenga que perseguirlo

por todo Londres como una lunática.

Y así, en medio de la noche, me encuentro imaginando mi vida en un lugar que ni siquiera puedo encontrar en el mapa con facilidad.

Por supuesto, decido mandar un correo a Margaret. Porque, ¿qué otra cosa podría hacer a las tres y media de la mañana, sino enviar un mensaje a la mujer que nunca sabe qué hacer con mis locuras y me mira como si fuera la última persona sobre la faz de la tierra que debería estar buscando sentido en la naturaleza? Mi correo es simple, directo y desesperado. Y, para mi sorpresa (y algo de horror), Margaret responde cinco minutos después.

"Supongo que debe de ser algo importante para que estés despierta a estas horas buscando hablar conmigo. Te espero a las once en mi despacho. Sé puntual".

Mi cerebro da vueltas en círculos. *Sé* puntual. No puedo dejar de pensar en esa orden como si fuera una instrucción final, como si no tuviera margen de error.

Apenas duermo esa noche. Mi mente está demasiado ocupada con escenarios que ni siquiera sé si quiero que se hagan realidad, pero ioh, qué bien te sientes cuando los imaginas! Sé que debería haber dormido. Lo sé perfectamente. Dormir hubiera sido lo sensato, lo lógico, lo que cualquier persona cuerda haría antes de enfrentarse a una cita tan importante. Pero no, yo paso la noche dando vueltas en la cama, proyectando mi futuro en Willow como si fuera una película de Hollywood, solo que con un toque mucho más personal.

Me imagino recogiendo un premio periodístico, un galardón enorme, brillando bajo los focos de un escenario. ¿El tema? El gran misterio resuelto: Elliot Grayson, el artista desaparecido, finalmente encontrado tras el escándalo. El premio es mío, claro, y todo el mundo aplaude mi valentía al ir en busca de la verdad, de la belleza

en la penumbra.

¿Y el vestido que llevaría? ¡Ah! Eso ya lo tengo resuelto. Un vestido que estiliza mi silueta de manera impecable, que me hace sentir como una diosa del periodismo, ¡como si finalmente hubiera conseguido pertenecer a ese mundo! El mundo de los premios, las luces y el reconocimiento. Ya no tendría que luchar para ser parte de él. ¡Yo sería ese mundo! La Lucía de antes, esa que se retorcía en los pasillos del *The London Eye* como si fuera una intrusa, simplemente desaparecería.

A las diez y cuarenta ya estoy en las oficinas del *The London Eye*, tan puntual como una meticulosa maquinista de trenes (a pesar de que mi noche ha sido un desastre de insomnio y café). Estoy vestida como una profesional, con un *look* que grita "tengo el control de mi vida" más de lo que me gustaría admitir. Mi cabello está perfectamente peinado, mi traje se ajusta con elegancia y me siento lista para enfrentar el mundo, aunque no tanto para enfrentarme a Margaret.

A las once en punto, la puerta de su despacho acristalado se abre con esa elegancia que solo Margaret sabe tener, y me hace una señal con la mano, fría y precisa, como si estuviera dirigiendo una operación secreta. No hay tiempo que perder. Entro, respiro hondo, y el aire de ese despacho tan impersonal me da un golpe directo al estómago. Aquí, en este espacio donde las ideas se discuten como si fueran mercancía, me siento como una intrusa, aunque haya pasado ya más de dos años siendo parte de todo esto.

Anoche, mientras la ciudad dormía y mi cerebro no podía apagarse, estuve practicando frente al espejo todo lo que le quería decir. Lo tengo claro, pensaba mientras me observaba, como si la repetición pudiera darme las respuestas exactas. Pero ahora, en el momento real, las palabras se me escurren entre los dedos. No es fácil hablar con Margaret. Nunca lo es. No se conforma con un "más o menos" ni con un "creo que". Ella quiere certezas, detalles, hechos. Pero respiro hondo, me recompongo, y empiezo a soltar las

palabras.

Le hago un breve resumen del punto de vista que quiero para el artículo, ese enfoque tan poco convencional que tengo en mente. Ya he entrevistado a varias personas de la ciudad, claro, y ahora quiero hablar con gente que vive fuera de ella, que convive con la naturaleza. Me doy cuenta de que, al decirlo, suena casi como una mentira, porque todos saben que *yo* soy el prototipo de "animal de ciudad". Yo, que odio el campo, que no entiendo cómo alguien puede vivir a kilómetros de la última tienda de comestibles, que no sé qué hacer con un perro que no está acostumbrado a las aceras de Londres… Pero, bueno, eso es lo que quiero hacer ahora. Porque sé que esa es la clave del artículo. La dualidad. La ciudad contra la naturaleza. El contraste entre los que se enfrentan a la jungla de cemento y los que se pierden en los verdes campos.

Margaret me mira con esa mirada que tiene cuando está a punto de desmontar cualquier intento de idea que no le convenza. Levanta una ceja, como si estuviera intentando procesar el hecho de que la misma Lucía que ha pasado dos años esquivando cualquier contacto con la naturaleza ahora pretenda hacer un artículo sobre gente que vive en ella. Claro, lo sabe. Todo el mundo lo sabe. *"Animal de ciudad"*, esa es la etiqueta que me han colgado y que parece ser tan difícil de quitar. La ironía de que ahora me esté metiendo en esto no le pasa desapercibida.

—Y todo esto, ¿por qué? — pregunta, más que curiosa, con un toque de escepticismo que no puede disimular.

—Bueno —empiezo—, la idea es explorar cómo influye la vida fuera de la ciudad en la productividad y el bienestar de las personas. Ver qué pasa cuando no hay estrés, cuando no hay ruido constante.

Ella sigue callada, como esperando más detalles, pero yo no quiero darle más información de la que necesita. No le hablo del artículo de Elliot Grayson. Ese artículo es mío, y no tengo la más mínima intención de compartirlo aún. Margaret no entendería. Nadie

entendería. Este no es el momento. Aún tengo que descubrir si realmente Willow es la respuesta a todo, o si será solo otro fracaso en mi carrera de periodista buscando respuestas que, tal vez, no quiero encontrar.

—Y también estoy pensando en cómo solapar este artículo con algo más grande— añado, como si fuera un detalle cualquiera, cuando en realidad es el detalle. La clave. La carta secreta que tengo guardada en la manga, la que me va a permitir llevar este proyecto a un nivel mucho más alto. Pero, por ahora, mantengo la boca cerrada—. Por ahora, sólo lo estoy planteando.

Margaret parece pensarlo. Me observa con esa calma que siempre me deja con la sensación de estar a punto de ser devorada por un tiburón, pero no dice nada. Su silencio es una sentencia de muerte a mis planes, o una validación, dependiendo de lo que decida. Yo sigo sin decirle nada sobre Elliot. No es que no confíe en ella, pero, simplemente, no quiero que nadie más se suba al tren antes de que yo llegue a mi destino.

Margaret me mira en silencio, esa mirada que tiene el poder de desarmar a cualquiera. Es como si estuviera desmenuzando cada palabra, cada movimiento, con la precisión de un cirujano. Durante unos segundos, siento como si estuviera siendo evaluada por una máquina implacable, algo mucho más allá de una simple mirada humana. El ambiente en el despacho se vuelve denso, y yo, que ya he lanzado mi propuesta con toda la valentía que he podido reunir, me encuentro deseando que me trague la tierra.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, hace un gesto con la cabeza, un simple y desapegado movimiento que, aunque no lo dice en voz alta, deja claro que ya ha tomado una decisión.

—Pide una cuenta de gastos para el artículo.

La frase es breve, casi mecánica, como si estuviera firmando

un cheque o dando una orden que no tiene ni el mínimo interés en discutir. Y entonces, como si la conversación hubiera terminado, hace un rápido gesto con la mano, indicándome que me retire.

Es como si me hubiera convertido en una mosca molesta, algo que ya ha cumplido su función y que, ahora, simplemente no tiene cabida en el espacio que antes compartíamos. La sensación es inmediata: "Vete, ya has dicho lo que tenías que decir".

Mi estómago da un vuelco, y la adrenalina de la conversación se disuelve de golpe. Nadie más que Margaret tiene el poder de hacer que me sienta tan pequeña y, al mismo tiempo, tan incapaz de cambiar nada en el espacio de unos minutos. Siento la urgencia de salir, de desaparecer antes de que me diga algo más que me haga arrepentirme de estar allí.

La puerta se cierra detrás de mí con un leve *click* y, por un momento, me quedo ahí, en el pasillo, procesando lo que acaba de suceder. Pido una cuenta de gastos. ¿Eso es todo? ¿Así de fácil? El golpe de realidad es duro. Todo el esfuerzo, la emoción, la sensación de estar a punto de cambiar mi destino… y Margaret, como siempre, tiene la capacidad de reducirlo todo a unos simples números incluso la vida privada de las personas.

Da igual arruinar la vida de una persona si eso se va a convertir en un gran número de libras, clic en el artículo, más visitas, más tráfico, más títulos llamativos, más premios. Eso es lo que he aprendido, tarde o temprano, sobre este mundo del periodismo. Lo que importa, al final, no es la verdad, ni el daño que puedas causar, ni el impacto en la vida de las personas que se convierten en noticia. Lo único que realmente importa es la cantidad. Cuantos más clics, más visitas, más publicidad, más dinero. El resto es accesorio.

Es irónico, ¿no? Después de todo, me esfuerzo tanto en buscar historias que den sentido a lo que hago, que tengo que recordar constantemente que, en realidad, mi trabajo se mide en números. No en emociones. No en realidades. No en el sufrimiento

de los que están en el centro de la historia.

A medida que salgo de la oficina, con la sensación de haber sido desechada como un mero accesorio para llenar el tiempo de Margaret, no puedo evitar pensar en lo lejos que he llegado desde aquella Lucía que se retorcía en su escritorio preguntándose si realmente lo que estaba haciendo tenía sentido. Ahora, la realidad es más simple: si una historia puede generar un escándalo y llenar páginas con sangre, no importa si destruye vidas. Solo importa que, al final, alguien va a hacer una fortuna con eso. Y, claro, si esa persona soy yo... pues, ya veremos.

Porque es todo un juego. Y, en este momento, yo solo soy una jugadora más, dispuesta a sacrificar lo que sea necesario para llegar a la cima.

Capítulo 6



Lucía

Una semana después, estoy rodeada de montones de ropa, papeles y zapatos que, como siempre, se niegan a caber en mis dos enormes maletas. La ansiedad empieza a apoderarse de mí mientras trato de encontrar un espacio para todo, pero me esfuerzo por mantener la calma. No puedo dejar que nadie se entere de mi plan, y mucho menos Sofia. Si ella se entera de que estoy huyendo a un lugar tranquilo rodeada de naturaleza, va a hacer un escándalo.

Y como si el destino jugara en mi contra, allí está ella, apoyada en la puerta de mi habitación, con esa sonrisa de "te tengo en la mira" que indica que está a punto de lanzar la pregunta mortal.

—¿A dónde vas? —dice, sin rodeos. Su tono es el de alguien que ya sabe que hay algo raro, pero que disfruta viendo cómo trato de evitar la respuesta.

Yo, como buena profesional en el arte de evitar respuestas incómodas, la miro con cara de póker y sigo metiendo ropa en la maleta, fingiendo que no la he escuchado. Pero claro, con Sofia esto no funciona.

—A ningún lado —respondo con total calma, aunque por dentro, la ansiedad me hace querer dar una respuesta más

extravagante, algo como "me voy a Marte a ver si encuentro paz interior".

Sofia se cruza de brazos y lanza una risa de incredulidad.

—¿A ningún lado? —replica, levantando una ceja con esa expresión que tanto detesto. Esa que dice "te conozco demasiado bien". —Lucía, sé perfectamente que no te vas de vacaciones a un balneario de lujo. Y sé que tú, que odias la tranquilidad y la naturaleza, no estarías empaquetando como una maníaca si te fueras a un hotel con spa y masajes. ¿Qué estás tramando?

Me quedo congelada un segundo. ¡Maldita sea! Claro que sabe que soy la persona más incompatible con la naturaleza y el silencio absoluto. No puedo evitar que un suspiro escape de mis labios. Pero no hay marcha atrás. Si quiero mantener esto en secreto, tengo que ser más astuta que ella.

—Solo necesito un poco de tranquilidad, ¿vale? —digo con una sonrisa que intento hacer lo más convincente posible, como si la palabra "tranquilidad" no me diera arcadas solo de pensarlo—. Estoy escribiendo un artículo, y pensé que un lugar apartado podría ayudarme a concentrarme. ¿Sabes? Para enfocarme en el trabajo y desconectar un poco.

Sofia no se traga ni una palabra de lo que estoy diciendo. Ya sabe que odio la naturaleza y todo lo que huela a campo, bosque o praderas llenas de bichos. Solo la idea de estar rodeada de árboles me da urticaria.

—¿En serio? ¿Tú, desconectando? —dice con un tono sarcástico que me pone los pelos de punta. —Lucía, por favor. Sabes que no soportas ni el silencio, ni las plantas, ni la idea de estar lejos de una ciudad llena de caos y ruidos. Así que, ¿qué estás ocultando? ¿Vas a un retiro espiritual para encontrar tu zen? ¿A una isla donde no hay señal para que no te molesten? O, ¡espera! ¿Vas a tratar de hacerte amiga de los arbustos y hablar con los pajaritos?

—¡No es eso! —respondo con un tono tan poco convincente

que hasta yo me doy cuenta de lo ridícula que suena. —Solo... necesito escribir sin distracciones. Un cambio de aires, ya sabes. A veces el ruido de la ciudad me impide concentrarme. ¿Acaso es un crimen querer estar en un lugar tranquilo?

Sofia me mira fijamente, con los ojos entrecerrados, como si estuviera a punto de desenmascararme en cualquier momento.

—Lo que pasa es que tú nunca vas a "desconectar", Lucía. Ni aunque te metas en una cueva. —Ella da un paso hacia mí y me señala con el dedo, como si fuera una detective con un caso resuelto. —Sé que te vas a perder entre los árboles y las praderas, pero en cuanto encuentres el gran artículo de tu vida, vas a regresar con esa cara de "¿dónde está el Wi-Fi? ¿Puedo conseguir un *latte*, por favor?" —dice imitando mi tono de voz, exagerando los gestos como si me estuviera parodiando.

Yo la miro, frustrada, pero a la vez divertidamente sorprendida de que haya captado tan rápido la jugada.

—¡No soy tan superficial! —respondo, pero la verdad es que tengo que hacer un esfuerzo por no reírme. —Solo estoy buscando algo diferente, ¡nada más!

Sofia me sonríe con esa sonrisa de "te pillé". Lo sabe. Sabe que estoy ocultando algo, pero no tiene ni idea de qué. Y eso es lo único que me da algo de consuelo.

—Lo que sea, Lucía. —Sofia se encoge de hombros, con un gesto de rendición. —Solo no te olvides de mandarme una postal. Y, si en algún momento decides salir del modo ermitaña, ya sabes, me avisas. Porque no te veo quedándote quieta mucho tiempo.

La miro, casi resignada, y dejo escapar un suspiro.

Sofia se ríe, pero no insiste más. Se da media vuelta y sale de la habitación, dejando que el silencio se apodere de nuevo. Y aunque no me lo haya dicho directamente, sé que no se cree ni una palabra de lo que le acabo de contar. Pero lo bueno es que no sabe

lo real que es el secreto. No sabe nada de Elliot. No sabe nada de la isla. Y eso es lo que más me importa.

Mi hermano pequeño. Él es el único que tiene la ubicación exacta de mi casera en la isla y su número de contacto, porque, por si acaso, le pasé toda la información. Le dejé claro: si pasa algo raro, si no vuelvo en una semana, si recibes un mensaje extraño o si, por alguna razón, no contesto, que me llame, que me busque. Le expliqué que me iba a un lugar remoto, apartado, pero solo le dije que era por trabajo. Claro que, la verdadera razón de mi viaje, esa la guardo para mí.

Cuando la hora se acerca, echo un vistazo nervioso al reloj, y lo primero que noto es que ya voy con retraso. Claro, ¿qué se esperaba de mí? Siempre llego tarde. Siempre. Respiro hondo y me apresuro a salir, cerrando la puerta de mi apartamento con un portazo algo más fuerte de lo que debería. No puedo evitarlo, tengo esa habilidad sobrenatural para hacer que cualquier plan a lo largo del día se retrase. Si tuviera que contar los minutos que pierdo simplemente buscando mis llaves, me daría vergüenza.

Bajo las escaleras a toda prisa, con las maletas rodando pesadamente detrás de mí. Como no tengo tiempo para un taxi, decido que voy a ser la supermujer de la eficiencia y cargar con las maletas hasta la parada del autobús. A los cinco metros me doy cuenta de que me he subestimado terriblemente, y esa es la primera vez en el día que me doy cuenta de lo ridícula que soy. Las maletas pesan mucho más de lo que recordaba, y ya empiezo a sudar como si estuviera en una maratón, pero sin la mínima intención de competir.

Al final recurro al taxi, claro. Porque, ¿quién va a cargar dos maletas enormes y desmesuradamente llenas de ropa que no voy a necesitar en un lugar tan "tranquilo" como la isla de Willow? Nadie, excepto una Lucía desesperada que, en un momento de lucidez, recordó que el transporte privado existía. Llamo al taxi, y en menos de diez minutos aparece, como siempre, como si el destino me

estuviera ayudando a recuperar un poco de dignidad.

El conductor no dice ni una palabra mientras metemos las maletas en el maletero. Es como si ya estuviera acostumbrado a la idea de que los pasajeros siempre vayan con prisas, se olviden de las cosas, y, en general, nunca tengan nada bajo control.

El trayecto hasta Paddington no dura mucho. Respiro hondo antes de adentrarme en el bullicio de la estación. Las luces frías del vestíbulo, el eco de los anuncios sobre trenes, el murmullo constante de viajeros apresurados... todo me parece un sonido de fondo lejano mientras me dirijo hacia las taquillas. Tengo que coger el tren de las once a Plymouth, y luego, al día siguiente, el ferry a Willow.

Miro el reloj de la estación con mi billete en la mano y es entonces cuando corro a toda prisa por los pasillos de la estación, arrastrando las maletas como si estuviera huyendo de algo, esquivando a gente que no sabe ni qué hacer con su vida ya por la mañana.

Al llegar a la plataforma, el tren está allí, esperando. Claro que sí, siempre pasa lo mismo, como si el universo tuviera un sentido del humor negro. Estaba convencida de que lo iba a perder, pero no. El tren me espera, como siempre, y, como siempre, me subo sin aliento y con la sensación de haber hecho un sprint inútil por toda la estación.

El tren arranca con una elegancia casi ridícula, como si fuera a alguna parte importante, y no hacia una ciudad en el medio de la nada junto al mar al que me estoy escapando, literalmente, porque no puedo dejar de llegar tarde a mi propia vida. El ruido del tren al arrancar es como un suspiro, un "aquí vamos" que me hace pensar que probablemente esté viajando en la última fila del vagón de los "viajeros que no tienen ni idea de lo que hacen". O sea, yo. Como siempre.

El aire huele a algo entre café barato y un aroma de "estoy

demasiado cansada para hacerme preguntas existenciales ahora", y eso es todo lo que necesito para darme cuenta de que ya estoy metida de lleno en esta aventura absurda. Miro a mi alrededor y veo a gente que tiene todo tan bien organizado que me siento como un elefante en una tienda de porcelana. Mientras tanto, mis maletas parecen tener vida propia, rodando por el pasillo con un sonido de protesta que puede ser escuchado hasta en la estación de tren de Plymouth. No me extraña que todos los pasajeros en el vagón estén mirando por la ventana o fingiendo que no me ven, no hay nada peor que una persona que es el caos en su forma más física.

El tren se desliza hacia fuera de la estación y, de repente, la ciudad se desvanece. O al menos, eso es lo que deberían haberme vendido en el folleto turístico. Lo que en realidad ocurre es que el paisaje se transforma en un desfile de campos verdes, cielos plomizos y más árboles de los que jamás he tenido la suerte de contar en toda mi vida.

«Mira, Lucía», piensas, «eso es lo que llaman naturaleza». El paisaje parece sacado de alguna novela sobre la vida campestre que probablemente leerían mis padres, no yo, que siempre he preferido un buen café en la ciudad y una buena dosis de caos urbano.

El tren sigue su curso, lento, rítmico, y perfectamente aburrido. El sonido de las ruedas sobre las vías tiene algo de cruelmente hipnótico, como si la vida misma se fuera apagando lentamente con cada clic-clac. A mi lado, una señora que no me interesa absolutamente nada empieza a hablar sobre cómo los campos "en esta época del año se ven realmente hermosos", y me pregunto si está recitando un guion o si de verdad siente esa pasión profunda por... bueno, por campos verdes que hay frente a nosotras.

De vez en cuando, el tren hace una parada y los viajeros a bordo se levantan como si estuvieran en una especie de coreografía ensayada.

«Oh, qué maravilla», pienso, «me encantaría tener mi vida

tan organizada como esos viajeros que se mueven en perfecta sincronía».

Yo, por supuesto, no me muevo hasta que el tren se detiene y me doy cuenta de que mi estación está a punto de llegar. Y, claro, ahora tengo que actuar como si tuviera el control de la situación. Cojo las maletas con la misma gracia que un elefante en patines y, por alguna razón, hago un último esfuerzo por mirar a través de la ventana como si de alguna manera el paisaje de las colinas de Inglaterra tuviera alguna magia que, por supuesto, nunca veré ni de cerca.

Finalmente, llegamos a Plymouth, y lo que podría haber sido un viaje épico se reduce a una parada más en una ciudad que no me importa, pero que por alguna razón es el último eslabón antes de llegar al destino final de este viaje ridículo, por el momento.

Salgo de la estación a trompicones, con las maletas chocando entre sí como si fueran una banda de rock desafinada. Nadie se ofrece a ayudarme, claro, porque no tengo ese "aura de necesidad" que hace que la gente se apiade de ti. Estoy en modo supervivencia y, sinceramente, dudo de mi capacidad para cargar con estos dos elefantes de equipaje sin acabar en el suelo en cualquier momento. La gente me mira como si fuera un espectáculo más en el caos de la estación.

Cada paso que doy suena como una campanada de desastre. Las ruedas de las maletas suenan como si estuvieran protestando por el abuso al que las estoy sometiendo, y yo, con la dignidad de una persona que, por alguna razón, cree que todo esto tiene algún tipo de sentido, sigo avanzando, rodando, tropezando con las aceras y haciendo malabares con el peso de mi propio fracaso.

El hotel está cerca, me dicen. Y claro, me lo repiten como si esa palabra, cerca, tuviera alguna relación con la realidad. Después de caminar unos cuantos kilómetros más de los que se puede justificar razonablemente, llego a la recepción con una elegancia de

campeona: sudorosa, con una mecha de pelo rebelde pegada a mi frente, deshaciéndome del "perfecto moño improvisado" que, en teoría, debería haber resistido hasta el final de este día épico. Pero no. El moño, como todo en mi vida, está en ruinas.

Entro al vestíbulo y trato de caminar con la gracia de una persona que ha hecho todo lo posible por mantener la compostura, pero mis maletas parecen estar haciendo ruido por sí solas, como si quisieran recordarme que no hay vuelta atrás. El recepcionista me mira con una mezcla de compasión y desconcierto, como si no supiera si ofrecerme agua o un pañuelo. Yo solo le sonrío, como si esta fuera la llegada más normal y glamorosa del mundo.

—Hola, he hecho una reserva —digo, con la voz un poco entrecortada, como si estuviera participando en una competencia de respiración profunda mientras arrastro las maletas.

Por supuesto, me toma unos segundos recordar mi nombre, porque todo esto es tan surrealista que no sé si estoy despierta o simplemente soñando con un destino en el que las maletas se multiplican y el sudor se adhiere al pelo de manera muy poco *fashion*.

Finalmente, me entregan la llave. Y en ese momento, aunque todo a mi alrededor sigue siendo una mezcla de incomodidad y caos, siento una extraña satisfacción. ¡He llegado! Estoy aquí, en un hotel que, según todas las expectativas, debe ser el primer paso hacia algo trascendental... o simplemente hacia una cama donde pueda caer muerta durante unas horas.

Tengo que admitir que, aunque el recepcionista hizo lo imposible para venderme las maravillas de Plymouth, con sus historias de encanto local y los rincones mágicos de la ciudad, yo lo ignoré como si fuera un anuncio. La verdad es que no tenía el más mínimo interés en descubrir la ciudad. Después de tanto estrés con las maletas y el viaje, lo único que quería era caer sobre la cama y dejar de existir por un rato. Así que, sin más preámbulos, me

desplomé sobre el colchón, con la elegancia de una bolsa de patatas lanzada en una esquina, y caí en un sueño profundo... hasta que el sonido del despertador de mi móvil me sacó de mi coma temporal.

Me despierto con los ojos entrecerrados, y la primera idea brillante que se me ocurre es: "solo un minuto más". Mentira, como siempre. El tiempo no tiene compasión de mí y, sin darme cuenta, esa "hora y media" extra se convierte en lo que parece un abrir y cerrar de ojos. Cuando finalmente abro los ojos, me llevo un buen susto al ver la hora. «¡Voy a perder el ferry a Willow!», me grito mentalmente, como si eso solucionara algo. Salto de la cama, casi arrastrando el colchón conmigo, y me lanzo hacia la puerta, sabiendo que, si no me doy prisa, acabaré en Plymouth haciendo amistad con los pescadores y las gaviotas.

Salgo corriendo del hotel como si fuera a perder el último tren de la historia, preguntando por el puerto a todo el que se cruza en mi camino, con una urgencia que podría haber sido digna de una película de acción.

—¡¿Dónde está el ferry a Willow?! —pregunto, como si esa información fuera un secreto del gobierno.

La gente me mira con esa cara de "¿está esta chica bien?", como si estuviera buscando un unicornio en lugar de un ferry. Finalmente, una persona, con esa expresión que solo los locales tienen cuando ya están acostumbrados a ver a turistas perdidos, me señala hacia el final del puerto. Claro, ¿dónde más?, pienso, mientras mi cara se pone roja de desesperación. Y en ese momento, con menos de diez minutos para llegar, me da un escalofrío de pánico: ¡Dios, me va a tocar nadar hasta Willow!

Pero no puedo irme así, no sin mi desayuno. Así que, en medio del caos, me doy un par de minutos para comprar un sándwich de máquina, porque, ¿quién no necesita un desayuno glorioso cuando estás a punto de perder el ferry de tu vida? Con el sándwich en mano, la dignidad hecha trizas y las maletas

arrastrándome, empiezo a correr hacia el ferry, intentando que no se me caiga el sándwich mientras el tiempo parece acelerar aún más.

Llego a la barca, que desde lejos parecía una especie de yate, pero ahora que la tengo frente a mí, parece más bien una tabla de planchar flotante. Al acercarme, veo a un señor completamente abrigado, como si estuviera cruzando Siberia en pleno invierno, sentado tranquilamente comiéndose una manzana. Me observa como si fuera un circo ambulante.

—¿Este es el ferry a Willow? —logro articular entre resoplidos, mientras me doblo ligeramente hacia un lado, temiendo que mis intestinos decidan hacer una salida triunfal en pleno escenario.

—Sí —responde el hombre, con los ojos más abiertos que un búho en una tormenta.

—Necesito ir a Willow —informo con la dignidad de alguien que acaba de correr una maratón, pero con el cuerpo de alguien que ha sido atropellado por un tren.

—¿Es usted la señorita Ferrer? —pregunta, con una sonrisa que parece intentar escapar de su cara.

—¡Exacto! —exclamo, pero mi euforia se ve empañada por un leve desconcierto—. ¿Y cómo sabe eso?

—Mrs. Gladys me informó que tenía que esperarla —dice con la tranquilidad de quien acaba de hacer un té, mientras yo sigo luchando por no desmayarme—. No hacía falta que usted corriera.

—¿Y…? ¿Eso me lo dice ahora que estoy a punto de escupir el hígado por la carrera? —respondo, ya considerando seriamente la posibilidad de desplomarme al primer soplo de viento.

—No sé qué ha hablado usted con Mrs. Gladys —responde, con una expresión de total desinterés, como si hablar con una señora de ochenta años fuera lo más normal del mundo.

Deja su manzana a un lado con la calma de alguien que no ha tenido que sudar ni una gota, y da un salto con tal destreza de la barcaza a donde yo me encuentro, que me hace pensar que podría haber sido un acróbata en otra vida.

—Soy Tom —dice, extendiendo una mano como si estuviéramos en una película de los 50, y yo, por supuesto, la estrecho. —Yo la llevaré a Willow.

Con un gesto galante intenta coger una de mis maletas, pero al levantarla, su expresión cambia de admiración a desconcierto.

—¿Lleva piedras en sus maletas? —pregunta, soltando una risa que no puedo decidir si es de sorpresa o de puro gozo.

Mi dignidad no puede caer más bajo. Sin embargo, con una sonrisa nerviosa, le digo:

—Sí. ¿Quién necesita ropa cuando puedes llevar piedras, verdad?

Finalmente, Tom carga las dos maletas con la facilidad de un hombre que probablemente ha estado levantando pesas toda su vida, y me extiende la mano para ayudarme a subir a la barcaza, en la que, por supuesto, estoy a punto de caerme como si fuera un flamenco con patines.

—Mrs. Gladys dijo que usted solo venía para una semana.

«Vaya, parece que mi casera no tiene filtro».

—Eso espero —refunfuño, mientras intento no parecer que estoy a punto de desmayarme por el esfuerzo.

Tom me tiende un chaleco salvavidas con la solemnidad de un capitán de barco y empieza a maniobrar, alejándonos del puerto con una destreza que hace que parezca todo demasiado fácil. Yo, mientras tanto, he recuperado el aliento, saco el sándwich de la

mochila y empiezo a mordisquearlo con ganas, como si fuera lo único que podría salvarme después de toda la carrera y el caos. El viento en la cara, el mar a mis pies, y yo, felizmente ignorando el hecho de que mi vida probablemente depende de ese chaleco salvavidas, disfruto de mi "desayuno gourmet" en medio de un escenario que podría ser sacado de una película de aventuras... solo que con más mayonesa y menos *glamour*.

De repente, una gaviota que había estado dando vueltas en círculos sobre la barcaza como si estuviera planeando un asalto, desciende en picado con la precisión de un ninja. En un abrir y cerrar de ojos, me quita el sándwich de las manos y se va volando con él, dejando un rastro de plumas y frustración. Tom, viendo toda la escena, no puede evitar soltar una carcajada que resuena en todo el barco.

—¡Eso ha sido épico! —dice Tom, riendo a carcajadas mientras me quedo mirando la gaviota, que ya se ha llevado mi "desayuno gourmet" al cielo—. Además, si no estás acostumbrada a ir en barco, es mejor que no comas nada. El estómago vacío siempre es más… seguro.

Yo lo miro con una mezcla de incredulidad y desesperación, como si me hubiera robado no solo el sándwich, sino también toda mi dignidad. Pero bueno, si la vida te da gaviotas, que al menos te de la gracia de no hacerte vomitar en alta mar.

Capítulo 7



Lucía

No han pasado ni veinte minutos cuando siento un regusto amargo en el fondo del estómago, como si el sándwich y la gaviota hubieran formado una conspiración en mi contra. Me llevo una mano a la frente, dramática como si estuviera en medio de una tragedia griega. Esto no es normal, me digo. Definitivamente estoy mareada. Y lo peor: voy a vomitar.

Tom parece haberlo percibido antes que yo, y sin decir palabra, me acerca un cubo. Un cubo viejo, destartalado, que probablemente haya estado en más barcos de los que vería un marinero en toda su vida. Al principio, me niego, no quiero hacerle el daño a ese pobre cubo que claramente ha sobrevivido a tantas tormentas. ¿Cómo voy a estropearlo yo? Pero, de repente, la necesidad se apodera de mí, y lo agarro con la misma urgencia con la que un náufrago se aferraría a un tronco. En ese momento, ese cubo es mi salvación.

—Tranquila, intenta relajarte —dice Tom, con una voz tan calmada que me dan ganas de abofetearlo por ser tan sensato en un momento tan terriblemente dramático.

Sin embargo, la calma no llega.

Tom, con su paciencia infinita, me da más consejos, como si de repente se hubiera convertido en mi terapeuta personal en lugar de un simple barquero.

—Respira profundamente —me dice, señalando al horizonte con el dedo, como si eso fuera la clave para salvarme del desastre total—. Mira el mar, la brisa… Concéntrate en el paisaje. El mar siempre ayuda a calmar el estómago.

Lo miro con una expresión entre el horror y el escepticismo. El mar está ahí, vasto, impredecible, y lo único que quiero es que no termine de tragarse todo mi ser. Pero, por respeto a la serenidad de Tom, trato de seguir sus consejos.

—Sigue respirando… lento y profundo… —añade, con una calma que me dan ganas de lanzarlo al mar.

Intento hacerlo. Inhalo como si estuviera en una meditación profunda, pero mi estómago no entiende nada de eso. Todo lo que entiende es que quiere salir a hacer un tour por el océano. Y lo peor es que, por alguna razón, cada vez que respiro, la sensación de que voy a vomitar se intensifica.

—Mantén la cabeza erguida —continúa, mirándome con una mezcla de preocupación y entusiasmo por estar dándome un consejo tan profundo—. Eso va a ayudar a que el mareo se pase más rápido.

Y allí estoy, con la cabeza erguida como una estatua, con los pies en alto, intentando seguir los sabios consejos de Tom, mientras el viento me despeina de una forma tan épica que podría ser la protagonista de un anuncio de champú.

—Eso es… muy bien —dice Tom, con una sonrisa de aprobación. Pero yo lo miro como si le estuviera agradeciendo por intentar salvarme de un naufragio emocional, no físico. Nunca me había sentido tan ridícula en mi vida.

Tengo unas ganas terribles de llorar, pero lucho contra ellas

como una guerrera en el último minuto de la batalla. No voy a permitir que el mar se convierta en mi terapia emocional, ni que Tom me vea derrumbándome más de lo que ya estoy. Así que, con toda la dignidad que me queda (que es, básicamente, cero), me resisto a dejar que las lágrimas se escapen. No puedo hacer esto, pienso. Esto es una locura. Solo quiero estar de vuelta en Londres, rodeada de ruido, gente y un café con leche que no tenga sabor a mareo.

Mi cabeza da vueltas, pero no de la manera romántica que uno esperaría en un viaje por el mar. En lugar de estar disfrutando de la vista o de la brisa, lo único que quiero es escapar, teletransportarme, hacer que esto desaparezca. ¿Por qué acepté venir a este lugar? ¿A quién se le ocurre ir a una isla en medio de la nada cuando ni siquiera te gusta la naturaleza?

Pero aquí estoy, tumbada con los pies en alto, abrazando mi cubo como si fuera mi último amigo en este desastre. Esto tiene que ser una broma.

Creo que he vomitado hasta la leche materna cuando Tom, con la calma de alguien que ha visto demasiados naufragios emocionales, me anuncia que ya se ve Willow a lo lejos. Intento levantarme con la dignidad de una persona adulta, pero en lugar de eso, soy como un perezoso de ochenta años que intenta incorporarse. Mis piernas no responden, y me tambaleo más que una muñeca de trapo con resaca. Mi *glamour*, que en algún punto existió, se ha rendido y se ha ido a dormir en el fondo del océano, probablemente tomando una siesta eterna junto a mi autoestima.

Pero, entre mis mareos y mi vergüenza, algo brilla a lo lejos. ¡Es Willow! ¡La isla perdida! Al principio solo veo un borrón verde en el horizonte, como un espejismo, pero a medida que nos acercamos, voy viendo las siluetas de los acantilados, una enorme casa en lo alto y árboles, como si fuera el último refugio de un mundo que ya ni recuerdo.

Me agarro al borde de la barca como si fuera a salir volando y

cierro los ojos por un momento, intentando recuperar algo de compostura. Solo quiero llegar, salir de este maldito barco y encontrar un lugar donde pueda recuperarme.

—Ya casi estamos —anuncia Tom—. Has sobrevivido.

Lo miro con una mezcla de furia contenida y desesperación, con tantas ganas de estrangularlo que hasta podría formar parte de un manual, pero no puedo hacerlo porque dentro de una semana tiene que devolverme a la civilización.

Tom hace varias maniobras alrededor de la isla, como si se estuviera tomando su tiempo para torturarme un poco más antes de darme un respiro. Y de repente, ¡allí está! Un puerto minúsculo se erige con el orgullo de un gigante frente a un par de edificaciones de piedra, tan pequeñas que casi parece que se van a derrumbar por el peso de la historia que las rodea... o quizás solo por el viento que sopla aquí que es infernal.

Ahora solo tengo que preocuparme de que el viento no me lleve hasta otro continente.

El desembarco no es precisamente un desfile de victoria. Tom tiene que ayudarme a bajar de la barcaza mientras yo, tambaleándome como un borracho en línea recta, intento mantener el equilibrio. Mi cuerpo se mueve como un espantapájaros en plena tormenta, y hay un momento en que casi me doy de bruces contra el agua. Pero Tom, siempre tan atento, me agarra con firmeza por la cintura, evitando que mi gran entrada a Willow termine siendo un chapuzón improvisado.

De repente, tres personas aparecen junto a nosotros, como si el viento las hubiera traído desde algún lugar lejano. Me fijo en el hombre más alto, moreno y ligeramente despeinado por el aire, que me observa con una seriedad tan profunda que casi siento que está calculando cuánto tiempo más podré mantenerme de pie. Se pasa la mano por el pelo, pero no es él el que se acerca a mí. En su lugar,

una señora de avanzada edad, con un delantal sobre la ropa de abrigo, se acerca con una sonrisa tan amplia que podría iluminar todo el puerto.

—¡Ah, querida, por fin! —exclama con entusiasmo, como si fuera la anfitriona de una fiesta sorpresa—. La estaba esperando. Soy Mrs. Gladys. Está usted muy pálida, querida.

—Se ha mareado en el barco —interrumpe Tom, con una calma desconcertante, como si fuera lo más normal del mundo.

Mrs. Gladys me mira con una mezcla de preocupación y dulzura, y con la misma energía que usa para repartir sonrisas, coloca una mano sobre mi espalda y me empuja suavemente hacia una de las edificaciones cercanas.

—Vamos, querida, deberías tomarte algo que calme ese estómago de ciudad —dice, como si acabara de identificar el problema más grande del mundo—. Nos haremos cargo de todo lo demás.

Intento reaccionar, pero mis maletas siguen allí, en la barca, y el mareo no me deja pensar con claridad.

—Pero... mis maletas... —murmuro, completamente confundida.

Mrs. Gladys no parece inmutarse en lo más mínimo.

—No te preocupes por ellas, Tom se ocupará de todo —responde, sin mirar atrás. —Tú solo preocúpate de devolver algo de color a esas mejillas pálidas, que pareces un espectro.

Me giro buscando algún atisbo de ayuda, y veo al hombre moreno acercarse a Tom, que ya está descargando las maletas con la destreza de alguien que está acostumbrado a este tipo de situaciones. ¿Es que todo esto es normal para ellos? ¿O solo me ha tocado a mí ser la protagonista de esta extraña bienvenida?

Empieza a caminar hacia una de las edificaciones cercanas, mientras me arrastra suavemente. La otra señora, que aún me observa con una mezcla de curiosidad y desconfianza, me hace sentir como un espécimen raro en una jaula.

Mrs. Gladys no pierde ni un segundo, me agarra suavemente del brazo y me dirige hacia una de las edificaciones de piedra más pequeñas, que queda justo detrás de las otras, como si fuera una especie de escondite secreto. La casita, diminuta y acogedora, tiene el aire de esas casas que aparecen en los cuentos, con una puerta bajita que parece que va a escupirme al primer paso, y las ventanas pequeñas que, a pesar de lo rústico del lugar, ofrecen una visión idílica del mar.

—Ven, querida, no te preocupes por nada —me dice mientras me empuja ligeramente hacia dentro, mientras yo, completamente perdida, la sigo como si fuera una niña en una excursión escolar.

El interior es cálido, con olor a madera y hierbas secas flotando en el aire. Todo está perfectamente organizado, pero con un toque de caos encantador, como si Mrs. Gladys hubiera estado ocupada hasta hace unos minutos, preparando algo en la cocina.

Me sienta en una silla de madera con cojines de colores desgastados, lo que parece ser su lugar predilecto. La silla cruje bajo mi peso, pero me da un respiro, aunque no sea suficiente para calmar mi estómago, que sigue revuelto.

—¿Qué le vendría bien a ese estómago y esa cabecita? —me pregunta con un tono de voz que casi podría ser el de una madre, pero sin ser tan agobiante.

Sin pensarlo, respondo lo primero que me viene a la cabeza, con la esperanza de que me dé algo que al menos me haga sentir un poco menos miserable.

—Un *chai latte* —digo, con una sonrisa cansada, como si de

repente las cafeterías de Londres pudieran llegar a Willow a través de la magia del deseo.

Mrs. Gladys se queda mirándome con los ojos tan abiertos como si acabara de mencionar que necesitaba un unicornio para poder respirar.

—Uy, no sé qué es eso —responde, sorprendida, como si le hubiera hablado en otro idioma—. ¡Seguro que una manzanilla te irá bien!

Me lanza una sonrisa llena de cariño, como si me estuviera ofreciendo la cura milagrosa. Yo, por supuesto, no puedo evitar pensar que la manzanilla y yo nunca hemos sido grandes amigas, pero no tengo fuerzas para decirlo. Así que, con el mayor de los esfuerzos, asiento con la cabeza, intentando no parecer tan patética como realmente me siento.

—Sí, una manzanilla... —digo, casi más para mí misma que para ella, mientras me pregunto cómo he llegado a este punto.

Mrs. Gladys me deja allí, sentada en la silla de madera, mientras ella desaparece tras una enorme puerta de madera que hay en uno de los laterales de la casita. Apenas tarda unos minutos, pero esos minutos parecen horas, como si el tiempo estuviera jugando conmigo. El calor de la casa me abraza, pero mi estómago sigue dando vueltas, como si me estuviera exigiendo una explicación por habernos metido en esta situación.

Finalmente, escucho el crujir de la puerta al abrirse, y allí está ella, Mrs. Gladys, con una sonrisa que parece haber estado esperando toda su vida para dármela. En sus manos lleva una taza humeante de manzanilla.

—Aquí tienes, querida, esto te hará bien —dice, tan convencida de que la manzanilla tiene el poder de arreglar el universo entero que casi me hace sentir culpable por no estar más

agradecida.

El aroma de la manzanilla me golpea la nariz, y en un segundo decido que, si bien no es un *chai latte*, al menos es algo caliente. Y la verdad, en este momento cualquier cosa caliente parece una bendición.

Tom, que ha estado observando toda la escena desde el umbral de la puerta principal con una expresión que solo puedo describir como mezcla de simpatía y diversión contenida, se acerca lentamente para dejar las maletas, sin interrumpir, como si no quisiera romper el hechizo que Mrs. Gladys ha lanzado sobre el lugar.

—Bébetelo despacio —sugiere ella con tono maternal, sentándose en una silla cercana, observando cómo me llevo la taza a los labios, sintiéndome un tanto ridícula pero demasiado cansada para preocuparme.

Y así, mientras la manzanilla empieza a calmarme un poco, me siento como una niña en su primer día de escuela, en una isla en medio de la nada, con una señora que parece ser la personificación de la madre tierra y un Tom que se dedica a observar todo desde la distancia, como si estuviera esperando ver cómo me enfrento a esta nueva "aventura".

Poco a poco, como si mis neuronas estuvieran haciendo una especie de yoga de recuperación, siento que todo comienza a dejar de dar vueltas. El mareo que me ha estado acompañando durante la travesía se desvanece, y la sensación de que mi cerebro está haciendo un esfuerzo sobrehumano por reubicarse en mi cráneo me da una pizca de esperanza.

Mrs. Gladys, con su constante sonrisa de madre preocupada, me tiende la llave de la casita que me ha alquilado, como si fuera un tesoro. Me la entrega con un aire de ceremonia, como si acabara de recibir la llave mágica a un reino secreto de paz y tranquilidad...

aunque, en mi caso, lo que más me gustaría es que me dieran la llave de la salida más cercana de este lugar. Me mira con una sonrisita en los labios mientras me informa que la casa está un poco apartada, pero que no me preocupe, que la isla es tan pequeña que no tiene pérdida.

—He dejado algunos comestibles en la nevera —me dice, con la misma calma que alguien que acaba de hacer una compra en un mercado local.

Yo, por supuesto, no escucho lo que dice a partir de "comestibles" porque mi cerebro está más ocupado imaginándose lo que podría haber en esa nevera. Tal vez algo digno de un ser humano, como pizza o una barra de pan. Pero no, lo que me sorprende es su siguiente comentario.

—Y, querida, he visto esas dos enormes maletas en la entrada. La casita tiene sábanas limpias y toallas, no era necesario que trajeras todo eso.

Yo levanto una ceja, mirando con cariño las dos maletas como si fueran mis mejores amigas y, en voz baja, respondo:

—No son sábanas... es ropa y zapatos.

Mrs. Gladys, que parece ser la reina de las observaciones implacables, echa un vistazo a mis pies con una mirada aguda, como si pudiera ver cada uno de mis futuros tropiezos.

—Vas a necesitar unas botas —dice, con una mezcla de afirmación y preocupación.

Yo, con la dignidad de alguien que ha intentado prepararse para cualquier posible desastre, respiro hondo y le contesto:

—No se preocupe, ya las tengo. Están en las maletas.

Mrs. Gladys suelta un pequeño suspiro, como si estuviera

admirando mi previsión, pero a la vez como si dudara si voy a ser capaz de usar esas botas sin tropezarme con ellas. No dice nada más, solo asiente con la cabeza, como si ya hubiera aceptado que no puedo ser completamente racional en todo momento.

—Muy bien, querida. Ahora ve a descansar, que mañana o cuando tú quieras, me puedes preguntar todo lo que necesites saber sobre la isla.

Le pregunto, con una chispa de esperanza, si hay algún Uber o taxi que me pueda salvar de este pequeño desastre. Pero en cuanto las palabras salen de mi boca, veo la transformación en su rostro. Mrs. Gladys abre los ojos como platos, y sus mejillas se inflan, intentando contener una carcajada. La escena se ralentiza en mi mente, como si todo fuera una cruel broma que el destino ha decidido hacerme.

—Querida, en la isla no hay coches —exclama, con una sonrisa entre divertida y condescendiente.

Mis esperanzas se desploman como un castillo de cartas a merced de un viento implacable. Eso significa que tendré que cargar mis dos maletas gigantes hasta el fin del mundo, sin la más mínima ayuda de la tecnología o el lujo de un transporte adecuado. Estoy atrapada en un lugar donde ni el asfalto existe, y el único camino disponible es el que decida arrastrarme a través de la isla a pie.

Y ahí estoy, mirando sus ojos brillantes de diversión mientras mi mente comienza a darle vueltas a la cruel ironía de todo esto. ¡Coches! Claro, porque ¿quién necesita un coche cuando vives en una isla que probablemente podrías cruzar en un día de una buena caminata?

Agarro ambas maletas con la determinación de quien ya ha aceptado que su vida será un continuo tira y afloja con la gravedad, y cuando por fin me dispongo a dar el primer paso hacia la casa, escucho la voz de Mrs. Gladys detrás de mí.

—Querida, pero ¿adónde vas? —pregunta, como si estuviera sorprendida por mi intento suicida de caminar por la isla con semejantes bultos.

—A la casa —respondo, ya medio muerta, agotada por todo el proceso de cargar las maletas, que por algún motivo ahora me parecen más grandes que mi futuro.

—Querida, James vive cerca, él te acercará —anuncia con una sonrisa muy amplia. Señala al hombre moreno que, hasta ahora, había estado observándonos en silencio. James se estremece ligeramente, como si el verbo de "acercar" fuera el equivalente a una sentencia de muerte. Su expresión pasa del desconcierto a la alarma total en milisegundos.

—No puedes ir hasta allí con esos zapatos, cargada con esas dos monstruosas maletas —sentencia Mrs. Gladys, como si me estuviera dando una lección sobre los elementos básicos de la supervivencia en la isla.

Los tres nos giramos al unísono hacia mis pies, y ahí, como si fuera una condena de muerte, veo mis zapatos. Un par de bailarinas de buena calidad, muy cómodas. No entiendo por qué todo el mundo aquí tiene esta obsesión con criticar mi calzado. Son buenos zapatos, ¿qué tiene de malo? ¿Acaso esperaba que llevara botas de montaña, o tal vez sandalias de gladiadora con cordones hasta la rodilla?

Miro a Mrs. Gladys, luego a James, y resoplo internamente. Está claro que aquí nada tiene sentido.

James, que parece tener una habilidad sobrenatural para ignorar cualquier rastro de incomodidad, examina mis maletas con una expresión que roza lo indiferente, y luego hace un gesto con la cabeza, acompañado de un gruñido que podría haber sido un saludo o una advertencia, no estoy segura. Con una facilidad que me deja boquiabierta, sube mis dos monstruos de maletas detrás de él y me

informa, de nuevo con un gruñido:

—Siéntate detrás y agárrate bien.

Sin darme cuenta me veo subiendo a un remolque que parece sacado de la Segunda Guerra Mundial como si fuera una cabra o una vaca o vete tú a saber todo lo que se ha subido a este viejo tractor cargado con hierros, maderas y mis maletas. Mis pies cuelgan al aire. El único asiento decente es el del tractor, y no, no soy yo la que va sentada allí.

Me siento como una caricatura de lo que alguna vez pensé que sería mi vida. Quería conquistar Londres, brillar entre los rascacielos, beber vino tinto mientras disimulaba la inevitable ansiedad por no ser "suficientemente buena" para ese mundo. En cambio, aquí estoy: sentada en un remolque, rodeada de naturaleza, con los pies colgando y un tractor que me lleva a la civilización más remota de todo el Reino Unido. Genial.

Pero, claro, como si mi vida no fuera ya lo suficientemente digna de un drama al estilo clásico, veo a Mrs. Gladys aparecer corriendo, como una especie de hada madrina, pero de muy bajo presupuesto, con una manta horrible, llena de flores de colores que parecen salidas de la peor pesadilla textil de los años 70. Entonces me la lanza sobre los hombros, cubriéndome por completo.

—Querida, hace mucho frío para la ropa que llevas. Aquí el aire del océano se te mete en los huesos. Debes abrigarte más — dice, con una mezcla de preocupación maternal y la sensación de que está segura de que podría estar congelándome en ese mismo instante.

Fuerzo una sonrisa que ni yo misma me creo, mientras el tractor arranca y empezamos a alejarnos del puerto. Mi mente grita en silencio, ¡Joder, joder, joder! Esto no puede estar pasando. Quiero darme la vuelta y correr hacia el ferry, regresar a Londres, abrazar el bullicio, el ruido y la cultura del café de la mañana. Aquí, en el fin

del mundo, siento que voy a perder la poca cordura que me queda.

Y, por supuesto, como si el universo quisiera ponerle el toque final a mi debacle, siento cómo una lágrima solitaria resbala por mi mejilla, traicionando toda mi fachada de control. ¡Joder! ¡Maldita sea! ¿Cómo me he metido en esto?

Me agarro con fuerza al borde del remolque cuando el vehículo da un pequeño salto por la carretera sin asfaltar, que parece más una pista de obstáculos que un camino real. Cada vez que las ruedas caen en un bache, mi cuerpo da un brinco involuntario, y siento que mi dignidad se desploma un poquito más, pero no importa porque el viento me azota la cara y mi pelo a estas alturas debe de ser un horror. Mi corazón late desbocado, no solo por el movimiento, sino porque, por alguna razón, siento que los ojos de James, esos ojos verdes que parecen demasiado profundos para ser reales, no me sueltan ni un segundo.

Me atrevo a mirarlo por un momento, y ahí están, sus enormes ojos verdes, con unas largas pestañas negras que parecen ir en cámara lenta cada vez que parpadea. No sé si me observa con interés o si está esperando a que me caiga en uno de los baches y haga el ridículo, pero el silencio entre nosotros es denso. No dice nada, ni una palabra, y eso me pone aún más nerviosa. Es como si me estuviera evaluando desde su asiento, evaluando si seré capaz de mantenerme firme o si me convertiré en un desastre ambulante. Lo peor de todo es que no puedo leer sus pensamientos, y el hecho de que no se pronuncie, no hace más que aumentar mi incomodidad.

La velocidad es desesperante. Vamos a paso de tortuga, y la carretera, si se le puede llamar así, se eleva poco a poco, revelando una vista que podría haber sido sacada de una postal, pero que, por alguna razón, me parece más una escena de una tragedia en el mar. A lo lejos, los enormes acantilados blancos se alzan con una majestuosa brutalidad, desafiando el cielo gris, y la espuma del mar choca contra ellos como si estuviera en un eterno enfrentamiento

con la roca. Todo parece tan hermoso, tan inmenso, tan... ajeno a mí.

Los campos, separados por esas pequeñas y rústicas vallas de piedra, se despliegan a mi alrededor como una escena sacada de un cuadro antiguo, pero me siento tan ajena a todo eso, tan pequeña entre tanta quietud. Los animales pastan sin preocupaciones, como si la vida fuera un simple ciclo de dormir, comer y mirar al horizonte, pero no me siento parte de esa tranquilidad. Ellos están perfectamente integrados en este paisaje, pero yo... yo soy solo una intrusa, una pieza que no encaja.

A medida que avanzamos, mis ojos se dirigen hacia lo alto de una pequeña colina, donde, como si fuera un faro en medio de todo este caos rural, se alza la majestuosa casa que había visto desde la barcaza. La antigua mansión se ve imponente, como si estuviera dominando el paisaje, tan fría y distante como el resto de esta isla. Y justo al lado, cerca del mar, aparece otra casa de piedra, mucho más pequeña, pero con algo que la hace aún más encantadora, más acogedora, algo en su simplicidad que hace que mi estómago se encoja de una manera extraña. Pero mi mirada no tarda en desviar hacia la siguiente casa: la más apartada de todas, casi escondida entre la bruma del océano, y mucho más grande que la que me ha alquilado Mrs. Gladys.

Mis pensamientos se dispersan. ¿Qué hago aquí? ¿Qué hago en medio de todo esto? Esa casa grande, alejada de todo, parece ser lo único que conecta con mi desorientación. Me pregunto quién vive allí, o si alguna vez alguien ha vivido allí, como una presencia que desafía el tiempo, como una sombra en este lugar desolado.

El tractor avanza lentamente, como si el tiempo también hubiera decidido ralentizarse en este lugar, hasta que finalmente se detiene frente a la casita. El sonido del motor cesa, y un silencio pesado se instala en el aire. James salta de su asiento con la facilidad de alguien que está acostumbrado a moverse con agilidad por terrenos impredecibles. En cuanto sus botas tocan el suelo, da

un paso decidido hacia el remolque, mientras yo, desde mi asiento, lucho por bajar de forma digna. A pesar de que el suelo está apenas a treinta centímetros de mis pies, mis intentos por descender con gracia terminan siendo una combinación de tropiezo y descoordinación. Al final, me bajo con más torpeza que elegancia, sintiendo cómo mi dignidad se desploma junto a mí.

James, sin perder tiempo, salta sobre el remolque como si fuera una extensión de él mismo, y con una rapidez que me sorprende, agarra mis dos maletas y empieza a caminar hacia la valla de madera que da al jardín. Las maletas parecen ligeras en sus manos, y yo, con el cuerpo aún dolorido y la mente mareada, me quedo mirando como un espectador mientras él las coloca junto a la puerta. Como si todo fuera una rutina más, como si no fuera la primera vez que hace esto. Luego, se gira hacia mí.

Me observa con una intensidad casi inquietante. Sus ojos, que de alguna manera han logrado capturar toda mi atención, me atraviesan como si pudieran ver hasta lo más profundo de mí. Su mandíbula está tensa, como si estuviera conteniendo algo, y su ceño fruncido sólo añade una capa extra de misterio y desafío. Es difícil decir si su mirada es intimidante por naturaleza o si es el peso de la situación el que la hace parecerlo, pero en ese momento no puedo evitar sentirme algo incómoda.

Hace un gesto con la cabeza, algo que estoy bastante segura de que habría intimidado a más de una persona. Y, por un segundo, en medio de la tensión de este intercambio, me pregunto si, al igual que las casas de esta isla, él también encaja perfectamente en este lugar, como si fuera una parte más del paisaje: firme, inalterable y con un aire desafiante que deja claro que nada aquí lo sorprende.

Se da la vuelta y, con la misma agilidad con la que bajó, se sube de nuevo al asiento del tractor.

—Gracias —grito cuando por fin recupero la cordura, todavía envuelta en la manta hortera de Mrs. Gladys, que más que

abrigarme, parece estar asfixiándome lentamente.

James se gira apenas, con el tractor ya en marcha, y me lanza otro de sus escuetos gestos de cabeza. A estas alturas, me queda claro que mi vecino no es precisamente un hombre de muchas palabras. Perfecto. Conversaciones incómodas evitadas con éxito.

Respiro hondo y me obligo a concentrarme en la casa. Busco en mi bolso la llave que me dio Mrs. Gladys y, al encontrarla, la deslizo en la cerradura de la puerta rojiza de madera, que se abre con un crujido lento y pesado, como si estuviera despertando de un largo sueño.

Le doy al interruptor de la luz y, en un instante, se hace la magia.

La casa es preciosa.

Cálida, acogedora, con ese aire rústico que parece salido de una postal antigua. Arrastro mis maletas al interior y empiezo a recorrer las estancias con la emoción de quien descubre un pequeño tesoro inesperado. El salón y el comedor comparten espacio, con una chimenea que parece pedir a gritos una tarde de lluvia y un buen libro. Las cortinas de tela gruesa enmarcan las ventanas, un sillón mullido descansa junto a la chimenea y, en el centro de la estancia, hay una mesa redonda, perfecta para escribir.

Al fondo, descubro la habitación principal: una cama grande, cubierta con una manta gruesa a los pies, que me invita a caer rendida de inmediato. Y junto a ella, un pequeño cuarto de baño, funcional pero completo, que parece un lujo en medio de esta isla donde ni siquiera hay coches.

Exhalo, dejando que el cansancio empiece a disiparse. Quizás esto no sea tan terrible después de todo.

Lo primero que decido hacer es encender la bonita chimenea.

Nunca he tenido una, y ahora que tengo una en exclusiva, pienso exprimir cada minuto de su existencia. ¡Voy a convertirme en una experta en chimeneas! O al menos, eso creo.

Con la determinación de quien no tiene ni la más remota idea de lo que está haciendo, agarro la pequeña cesta con troncos. Hay unos pequeños y otros dos que parecen sacados directamente de un árbol centenario. Cargo la chimenea con una confianza digna de una exploradora experimentada, saco una cerilla, la enciendo y la lanzo con entusiasmo sobre los troncos… *Puf*. Se apaga en menos de un segundo.

Frunzo el ceño. Vale, esto no era parte del plan.

Miro alrededor y encuentro unas virutas. «Ajá, esto debe de ser el truco secreto de los expertos en fuego». Esparzo las virutas estratégicamente como si estuviera preparando un ritual ancestral, enciendo otra cerilla, la lanzo… y nada. Silencio. Oscuridad.

Enciendo otra. Y otra. Y otra más. Hasta que casi he agotado la caja de cerillas y mi paciencia. ¿Por qué en las películas esto parece tan fácil? ¿Dónde está el efecto dramático de las llamas iluminando mi cara en un resplandor dorado? Esto es un fraude.

Decido recurrir al método del siglo XXI:

—Siri, ¿cómo encender una chimenea?

Pero entonces, me doy cuenta de la trágica realidad: no hay cobertura. Nada. Cero barras. Estoy sola en esto.

Abro la puerta de la casa y levanto el móvil con un brazo extendido, estirándolo como si estuviera intentando captar señales extraterrestres. Camino un poco, giro sobre mi propio eje, me pongo en puntillas… Nada. Estoy atrapada en la prehistoria tecnológica.

Paso más de una hora levantando el móvil como si fuera una antena parabólica humana, dando vueltas dentro y fuera de la casa,

esperando que, por arte de magia, aparezca una miserable barrita de señal. Pero no, nada. Es como si la isla estuviera en una dimensión paralela donde la tecnología no tiene cabida.

Estoy tan concentrada en mi desesperada caza de cobertura que, en mi exploración absurda, tropiezo no una, sino dos veces con el mismo maldito escalón. A estas alturas, no sé qué es peor: la falta de internet o el daño que le estoy haciendo a mi amor propio.

Resoplo y sigo caminando por el sendero con la mirada clavada en la pantalla, como si el simple acto de observarla fijamente fuera a convencer a las fuerzas cósmicas de que me den un poquito de señal. Y entonces, de repente, *SPLASH*.

Un frío gélido me sube desde el pie hasta la espina dorsal. Suelto un grito, no por dolor, sino por la traición de haber metido el pie entero en un charco del tamaño de un pequeño lago que, evidentemente, no he visto porque estaba demasiado ocupada jugando a ser un radar humano.

Respiro hondo, intentando procesar la humillación y el pie empapado cuando, al levantar la mirada, veo a mi vecino, "James el parco en palabras", mirándome fijamente desde la distancia.

Tiene los brazos cruzados, la expresión impasible y una ceja ligeramente levantada, como si estuviera debatiéndose entre preguntarme si necesito ayuda o si ya es demasiado tarde para salvarme de mí misma.

Perfecto. Como si mi vida en esta isla no fuera ya lo suficientemente patética, ahora tengo público.

Decido que lo mejor que puedo hacer en este momento es fingir que esto no ha pasado. Sacudo el pie con movimientos torpes, doy media vuelta y regreso a la casa con la resolución de que mañana le preguntaré a Mrs. Gladys cómo demonios se sobrevive aquí sin señal telefónica.

Vuelvo a entrar a casa y cierro la puerta.

Miro la chimenea con resentimiento. Ella me mira de vuelta, completamente indiferente a mi sufrimiento. Fantástico. Esto promete.

Deshago las maletas con la energía justa de alguien que ha tenido un día digno de un *reality show* de supervivencia. Mientras doblo la última prenda, un pensamiento ilumina mi mente agotada: Mrs. Gladys me dijo que había dejado algo en la nevera.

De repente, la emoción se apodera de mí. Tal vez sea una botella de vino, pienso, con la misma ilusión de quien encuentra agua en el desierto. Es lo mínimo que el universo podría hacer por mí después de haberme visto dar tumbos por la isla, casi morir de hipotermia y perder la poca dignidad que tenía en un charco.

Me dirijo al frigorífico con la adrenalina de quien está a punto de descubrir un tesoro. Abro la puerta con entusiasmo y… ¡Oh, sorpresa! Está repleto de comida. Hay huevos, leche, queso, pan, incluso unas conservas caseras que probablemente llevan más tiempo en esta isla que el tractor del vecino.

Pero.

No.

Hay.

Vino.

Cierro la puerta con una mezcla de desconsuelo y resignación. No sé si sentirme agradecida por el suministro alimenticio o traicionada por la falta de alcohol. Mañana mismo averiguo si en esta isla hay un sitio donde comprar una maldita botella de vino o si tendré que empezar a hacer contrabando con los pescadores.

Capítulo 8



Lucía

Decir que he dormido o descansado en mi primera noche en la isla es un insulto a la verdad. No he dormido. No he descansado. He librado una batalla épica contra los elementos, contra mi propia ingenuidad y contra un gallo con vocación de despertador del infierno.

Al principio todo parecía ir bien. Me metí en la cama y el calor de las mantas me envolvió con una falsa sensación de seguridad. Mi cuerpo, aún destrozado por el viaje, comenzó a relajarse, y por un momento, creí que tal vez, solo tal vez, esta isla no era el castigo divino que empezaba a sospechar que era. Pero, claro, mi optimismo tenía los minutos contados.

A medida que pasaba el tiempo, la casa comenzó a enfriarse como si estuviera en plena conspiración aliada con la temperatura exterior. No era frío normal. No era ese fresquito acogedor que invita a acurrucarse más entre las mantas. No. Esto era el tipo de frío que te hace cuestionarte si, en algún momento, firmaste sin darte cuenta un contrato para participar en un *reality* de supervivencia extrema.

Primero, me puse otro pijama encima. Luego, cuando vi que mi técnica de "capas de cebolla" no era suficiente para evitar la hipotermia, saqué todas las mantas de la casa. Literalmente, todas. En un momento dado, la manta hortera de Mrs. Gladys, esa que había prometido olvidar en cuanto entré a la casa, terminó sobre mí como si fuera un escudo de defensa. En ese momento, ya no tenía dignidad, solo necesidad de calor.

Cuando después de una lucha titánica, mi cuerpo se acostumbró a la montaña de textiles y comencé a cerrar los ojos, llegó él. El viento. Pero no un vientecito simpático que acaricia las ventanas y arrulla tu sueño. No. Lo que golpeó contra mi pequeña casita era un vendaval furioso, una bestia desatada que parecía decidida a arrancar la edificación de sus cimientos.

Cada ráfaga hacía temblar las paredes y silbaba a través de cada rendija con un sonido espectral que me hizo preguntarme si Willow no solo era una isla remota, sino también un portal a alguna dimensión infernal. Hubo un momento en el que, con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, me imaginé mi propia tragedia: "Joven periodista desaparece tras ser arrastrada por el viento en extrañas circunstancias. Solo se encontró su ridícula manta de flores flotando en el mar".

Después de un tiempo que me pareció eterno, y justo cuando mi cerebro empezaba a resignarse a la posibilidad de morir congelada o aplastada por el derrumbe de la casa, el viento decidió tomarse un descanso. «Bien, gracias, ya puedo dormir ahora», pensé con ironía. Pero no. No podía ser tan fácil.

Porque entonces llegó el maldito gallo.

A las cinco de la mañana, sin piedad, sin compasión, sin el más mínimo sentido del respeto por la humanidad, empezó a cantar. Y no como un gallo normal que anuncia el amanecer con una dosis de encanto rústico. No. Este gallo tenía una misión: destruirme psicológicamente.

Gritaba. Sin parar. Como si estuviera poseído. Como si alguien lo hubiera contratado para asegurarse de que yo jamás encontrara la paz en esta isla. Intenté ignorarlo, lo juro. Pero después de lo que pareció una eternidad, entendí que la única solución era aceptar mi destino.

Ahora, con los ojos inyectados en sangre, los nervios destrozados y el alma un poco más marchita, solo puedo pensar en dos cosas: necesito un *chai latte* para entrar en calor y, si hubiera tenido vino, al menos habría dormido caliente.

Decido que es hora de levantarme y empezar a trabajar. Cuanto antes encuentre lo que busco, antes me largaré de esta isla congelada y llena de fauna con problemas de insomnio.

Me visto con lo más abrigado que traje en la maleta, lo cual, para mi desgracia, no es mucho porque en mi mente aún tenía la imagen romántica de una isla pintoresca y no de un páramo ártico donde el viento te golpea con el entusiasmo de un entrenador personal motivándote a morir en el intento. Aun así, me convenzo de que puedo aguantar. Me calzo unas bonitas botas que combinan con la ropa—porque una cosa es morirse de frío y otra es renunciar al estilo—, me cruzo el bolso sobre el pecho y agarro la cartera con el portátil, lista para salir con toda la determinación de alguien que cree estar preparada para todo.

Abro la puerta con decisión, pisando fuerte, como si fuera una ejecutiva de alto nivel a punto de conquistar el mundo. No he dado ni cinco pasos cuando un viento helado me atraviesa como un puñal de hielo directo a la médula. En ese instante, todos mis sueños de sofisticación y profesionalismo se van al traste.

Vuelvo sobre mis pasos a toda prisa, cerrando la puerta de un golpe, mientras mi cerebro procesa el horror de haber subestimado el clima de esta isla maldita. «A la mierda el *glamour*, aquí nadie me conoce», me digo a mí misma con un suspiro de rendición.

Sin pensarlo más, agarro la infame manta de flores de Mrs. Gladys y me la echo por los hombros, envolviéndome en ella con la dignidad de una abuela octogenaria en su sillón favorito. ¿Vergüenza? Ninguna. Si este lugar quiere verme vestida como un tapiz vintage, que así sea. Lo importante es la supervivencia.

Con mi nueva armadura de señora mayor, salgo de nuevo al camino, sintiéndome mucho más preparada para enfrentar el frío. Y es entonces cuando levanto la mirada…

Y allí está.

El "vecino parco", en plena demostración de masculinidad pura, cortando leña como si estuviera protagonizando el anuncio de una fragancia varonil.

Golpe seco. Madera partida. Músculos en acción.

Por supuesto, él me observa. Sin decir nada. Sin pestañear. Solo mirando, con su inexpresividad característica, mientras yo, en mi glorioso estado de "abuelita envuelta en tapicería floral", intento fingir que esto no es lo más ridículo que me ha pasado en las últimas 24 horas.

Perfecto. Maravilloso. Justo la imagen que quería proyectar.

Empiezo de nuevo a andar por el camino que transité ayer con el "parco musculitos" de mi vecino, esta vez sin el lastre de las maletas, pero con la gloriosa manta de flores de Mrs. Gladys sobre los hombros, que me envuelve con la calidez de una abuela preocupada. Y, aunque parezca mentira, ahora que no siento el frío atravesándome los huesos, consigo enderezarme y caminar con algo parecido a la dignidad.

Bueno, por lo menos durante dos gloriosos pasos.

Porque, por supuesto, mi torpeza tenía que hacer acto de presencia. Piso una piedra mal colocada, mi pie se tuerce en un

ángulo nada prometedor, y por un breve segundo, veo mi futuro estrellado contra el suelo y llamando a un médico rural que probablemente trate fracturas con ungüentos de hierbas. Me tambaleo, pero logro recuperar el equilibrio a duras penas.

Suspiro. «Muy bien, Lucía, ahora intenta no matarte en el segundo día en la isla».

Levanto la vista y, por primera vez desde que llegué, noto que, en realidad, hace buen día. No llueve, lo cual ya es un regalo, y aunque echo de menos los edificios grises, el tráfico y ese inconfundible olor a café y estrés de Londres, hay algo en el paisaje que me obliga a detenerme.

A mi derecha, los acantilados se extienden imponentes, con el mar rompiendo contra ellos en una coreografía salvaje y perfecta. La espuma blanca choca con la roca con una fuerza hipnótica, como si el océano estuviera en un eterno duelo con la tierra.

Me quedo allí un momento, de pie a una distancia prudencial —porque no quiero añadir una caída épica a mi lista de desgracias— y observo el espectáculo. Y sí, lo admito, hay algo de belleza en esta estampa. Es dramática, intensa y completamente opuesta a la vida que conozco, pero, por primera vez, no me molesta.

No voy a ir tan lejos como para decir que me gusta, pero al menos… no está tan mal.

Camino durante al menos veinte minutos, distraída por los paisajes y, al mismo tiempo, en una lucha constante por mantener la manta de flores sujeta a mi cuerpo, porque el viento parece tener una vendetta personal contra mi autoestima. Entre ajustar la manta cada cinco segundos y no tropezar con el terreno irregular, mi paseo matutino se convierte en un desafío físico de alto nivel.

Aun así, empiezo a acostumbrarme al ritmo de la isla. La brisa, aunque fría, no es del todo desagradable, y el aire es tan puro

que casi se siente ofensivo después de años respirando el tráfico de Londres.

Cuando finalmente veo las casitas y el puerto, mi paso se vuelve más animado, como si estuviera a punto de alcanzar un oasis en medio del desierto. ¡Civilización!

Camino con renovada energía en su dirección, con un solo objetivo en mente: una cafetería. Necesito sentarme en algún sitio, recuperar el calor, y, lo más importante, beber algo que no sepa a resignación. Después de hablar con Mrs. Gladys sobre la tragedia del "no wifi", necesito pasar por alguna tienda para comprar suministros básicos, como una chaqueta más abrigada para no volver a parecer una refugiada del frío… y, por supuesto, vino.

Sí, definitivamente, si quiero sobrevivir a esta isla, necesito abastecerme de alcohol urgentemente.

Vaya, pues parece que la isla no está tan desierta como mi desesperación anoche me hizo creer. En el muelle se ven algunas barquitas, y lo que supongo son pescadores descargando su pesca del día. Los observo con curiosidad, preguntándome si esta es la imagen que veré todas las mañanas aquí: un grupo de hombres envueltos en capas de ropa, moviéndose con la tranquilidad de quienes llevan años en la misma rutina. Sin embargo, mi estómago me recuerda que la observación antropológica puede esperar. *Chai.* Necesito un *chai latte.*

Me acerco a un hombre con un chubasquero amarillo que parece salido de un anuncio de conservas de pescado y le pregunto dónde puedo encontrar una cafetería. Me indica el camino con la parsimonia de alguien que no tiene ninguna prisa en la vida. Según él, no tiene pérdida, está a pocos metros de la casa de Mrs. Gladys.

Camino en la dirección señalada y, cuando veo una edificación con un pequeño cartel sobre la puerta, decido que debe de ser mi destino. Empujo la puerta con decisión, y un suave tintineo anuncia

mi entrada.

La puerta se cierra a mis espaldas con un golpe seco y me encuentro en lo que parece una especie de taberna rústica. Las ventanas, de un verde gastado por el tiempo, dejan entrar la escasa luz del día. Dentro hay unas cuantas mesas de madera robusta, desgastadas pero acogedoras, y una barra igualmente de madera que parece haber visto generaciones de isleños apoyarse sobre ella. Varios grifos de cerveza dominan la escena junto a una cafetera que, siendo sincera, no parece muy usada.

—Buenos días —digo con una mueca que intenta ser una sonrisa.

Dos hombres, sentados en la barra comiendo algo que no identifico, se giran hacia mí con la coordinación de un documental de vida salvaje. Me observan un segundo y luego emiten lo que solo puedo describir como una especie de gruñido en forma de saludo. Vaya, parece que aquí esa es la forma autóctona de dar los buenos días.

Me acerco a la barra con paso decidido y me encuentro con un hombre mayor, de casi la misma edad que Mrs. Gladys, que me sonríe con afabilidad. Tiene el rostro curtido por los años, una barba canosa bien recortada y unos ojos vivaces que transmiten calidez, como si siempre estuviera a punto de contar una buena historia. Se apoya en la barra con los codos, en un gesto que parece indicar que no tiene prisa por nada.

—Buenos días —saluda con un tono acentuado, que denota una vida entera en la isla—. ¿Es usted la señorita Ferrer?

Me quedo sorprendida. ¿Acaso aquí todo el mundo sabe quién soy?

—Sí —respondo, forzando una sonrisa.

—Soy Artie —dice ampliando su sonrisa—. Arthur Beckett.

Pero por aquí todos me llaman Artie.

—Encantada —respondo, estirando la mano para un apretón firme—. Lucía Ferrer.

Artie asiente con complicidad y se frota las manos con entusiasmo.

—Mrs. Gladys ya nos había dicho que había alquilado la cabaña. Todos estábamos esperando a ver quién sería el insensato que tendría la idea de venir hasta aquí en invierno —comenta con una risa ronca—. ¿Qué quiere tomar?

—Un *chai latte* —contesto con decisión, como si fuera lo más lógico del mundo.

Silencio.

Artie frunce el ceño y levanta una ceja, como si acabara de pedirle una poción mágica en lugar de una simple bebida. Los dos hombres de la barra no me quitan ojo de encima, observando con la misma expresión de alguien que acaba de ver a un alienígena aterrizar en su jardín.

—¿Qué es eso? —pregunta finalmente Artie, sin perder su calma bonachona.

—Un té —respondo, como si fuera lo más obvio del mundo.

—*Aaaah*, nunca había escuchado llamarlo así. ¿Con leche o sin leche?

—Con leche, por supuesto —digo, subiéndome a uno de los taburetes de la barra con la confianza de quien está a punto de ser servida como una reina.

Artie asiente, dándose la vuelta con la parsimonia de alguien que no se deja alterar por nombres exóticos. Lo veo rebuscar entre

sus tazas y, con mucho esmero, elige una con flores de colores descoloridos que, claramente, ha sobrevivido generaciones. Me sirve un té con leche con toda la dedicación del mundo y me lo tiende con gran satisfacción en su rostro.

Miro la taza. Miro el líquido humeante.

Esto no es un *chai latte*. Esto es té con leche. Simple, clásico y sin la más mínima pizca de especias ni pretensiones modernas. Pero el orgullo con el que me lo entrega me hace sonreír.

—Aquí estoy más acostumbrado a servir pintas —dice con entusiasmo, señalando a los dos hombres en la barra, que siguen mirándome con curiosidad.

—Me imagino… —murmuro antes de dar un sorbo. Sí, definitivamente, esto no es un *chai latte*, pero es caliente y, a estas alturas, me conformo.

Artie se apoya en la barra con el interés de quien disfruta de una buena conversación y pregunta:

—Y dime, jovencita, ¿qué te trae hasta esta isla lejana?

Enderezo la espalda con orgullo y, con un gesto casi solemne, me quito la manta de Mrs. Gladys, doblándola a mi lado con toda la dignidad del mundo.

—Estoy escribiendo un artículo para *The London Eye*.

Artie parpadea. Los dos hombres en la barra intercambian miradas. El silencio se hace más largo de lo que debería.

—¡Vaya! No lo conozco —dice finalmente Artie, con sinceridad.

Los otros dos asienten, como si acabara de mencionar una publicación sacada de otro planeta.

Perfecto. Mi gran impacto periodístico empieza con tres isleños mirándome con la misma emoción con la que se observa una piedra en el camino.

—Estoy escribiendo un artículo sobre la vida en la naturaleza y cómo esta influye en la calidad de las personas —suelto de carrerilla, como si al decirlo rápido pudiera evitar que sonara a la tontería que incluso yo empiezo a sospechar que es.

—*Aaaah* —exclaman los tres al unísono, con una sincronización que me hace pensar que ensayan estas reacciones en su tiempo libre.

Artie se rasca la barbilla con gesto pensativo y asiente lentamente, como si estuviera procesando la información con la seriedad de un juez en un caso importante.

—Interesante. Muy interesante —susurra finalmente, con un leve movimiento de cabeza que parece una especie de bendición.

Pero su mirada, esa mirada que lo dice todo, me deja claro que lo que realmente piensa es que esta es la chorrada más grande que ha escuchado en semanas. No, qué digo semanas. En décadas.

Estoy segura de que en su larga vida ha oído muchas cosas en esta taberna: historias de tormentas, barcos hundidos, viejas disputas entre vecinos, alguna que otra leyenda local… Pero esto, esto, debe estar batiendo récords en su lista mental de "cosas absurdas que los forasteros dicen cuando no tienen ni idea de dónde se han metido".

Los dos hombres en la barra siguen asintiendo lentamente, como si estuvieran en una ceremonia mística de "hagamos como que entendemos a la extraña chica de la manta floral".

Bebo otro sorbo de mi falso *chai latte* para evitar hacer contacto visual con ninguno de ellos. Maravilloso. Acabo de llegar y ya soy la loca oficial de la isla.

—Tal vez si ustedes tienen algo de tiempo libre, podría entrevistarlos más tarde —digo con voz esperanzada, sonriendo con mi mejor cara de periodista simpática y accesible.

—Claro. Claro —responden los tres casi al unísono, pero con una pizca de *terror* en la mirada, como si en vez de una simple entrevista les estuviera pidiendo un riñón o que participaran en un ritual satánico.

No me dejo amedrentar.

—Pues estaré por aquí investigando los locales, cafeterías y tiendas de la zona —añado con seguridad, como si Willow tuviera una gran avenida comercial con boutiques de lujo y un Starbucks en cada esquina—. Tengo que hablar con Mrs. Gladys y comprar algunas cosas, pero cuando ustedes tengan tiempo, será un honor hablar con ustedes.

Y ahí está de nuevo. Esa mirada extrañada. Como si acabara de decirles que planeo hacer una tesis sobre la vida secreta de las ovejas de la isla.

La incomodidad empieza a instalarse, pero justo en ese momento, la campanita de la puerta suena con un tintineo salvador. Los cuatro giramos la cabeza al mismo tiempo, como si estuviéramos en una coreografía ensayada.

Y ahí está.

Mrs. Gladys.

Entra en la taberna con la energía de un huracán, con su delantal aún puesto, como si acabara de salir disparada de su cocina para una misión urgente. Sus pasos firmes resuenan en el suelo de madera, y su presencia lo llena todo con la naturalidad de alguien que está acostumbrado a estar en el centro de cualquier conversación.

—¡Ah, querida, te estaba buscando! —exclama con entusiasmo, como si fuera lo más normal del mundo irrumpir en una taberna como una fuerza de la naturaleza.

—Hola —respondo, aún procesando la aparición repentina de Mrs. Gladys.

—¿Qué tal has pasado la primera noche? ¿Todo bien? —pregunta con una rapidez que, hasta mis neuronas, aún medio dormidas, tienen problemas para seguirle el ritmo.

—Pues… lo que se dice bien… —intento responder, pero ella me interrumpe en cuanto ve mi cara.

—¿Qué sucede? —pregunta, deteniéndose de golpe, con una expresión de horror como si acabara de confesarle que su casa ha sido devorada por un incendio.

—Nada extremadamente grave… espero —digo, intentando calmarla antes de que convoque un comité de emergencia en la isla.

—¿Qué ha pasado? —insiste con el mismo tono de quien se prepara para escuchar una tragedia.

Suspiro. No quiero sonar dramática, pero esto es un problema de primer mundo muy real.

—No hay señal de teléfono y en la descripción ponía que la casa tenía wifi… y, por mucho que buscara ayer, fue imposible encontrar la señal —digo, con toda la tristeza de quien ha sido engañada por una oferta online.

Mrs. Gladys suelta una risita despreocupada y asiente.

—¡Oh! Sí, querida, me lo ha dicho James, que ayer andabas por ahí buscando señal —comenta con una gran sonrisa.

Perfecto. Ahora a todos los adjetivos que le había asignado a

mi vecino parco, hay que sumarle el de chismoso profesional.

—Pero ¿le diste al botón del módem?

—¿Qué botón? —pregunto, ojiplática, sintiendo cómo mi última neurona funcional se apaga de pura frustración.

—El que hay en la estantería —dice con una seguridad aplastante, como si yo fuera una adivina con habilidades de detección de módems invisibles.

Respiro hondo. Así que he pasado una noche sin internet por culpa de un simple botón. Maravilloso.

Mrs. Gladys, ajena a mi crisis interna, me mira con entusiasmo.

—¿Qué más necesitas? —pregunta, claramente en su misión personal de asegurarse de que no muera congelada o perdida en la isla.

—Pues, alguna tienda de comestibles… y también creo que necesito algo más de abrigo. No quiero abusar de su generosidad con la manta… —respondo, intentando sonar educada y no como alguien que ya ha hecho de la manta floral su segunda piel.

—Puedes quedarte con la manta —responde haciendo un gesto con la mano, como si me estuviera otorgando un tesoro familiar invaluable—. Vamos, te enseñaré todo. También necesitarás unas botas si las únicas que tienes son esas…

No me da tiempo ni de asentir porque ya me ha agarrado del brazo con una sorprendente fuerza y tira de mí con energía, ayudándome a recoger mis cosas en el proceso.

—¡Pásate mañana! Es viernes —grita Artie desde la barra—. A media tarde se suele animar el ambiente, así podrás hacer tus entrevistas.

—¡Gracias! —respondo, ya casi arrastrada por Mrs. Gladys hacia la puerta.

No sé qué es peor: que mi vecino ya haya compartido mis andanzas tecnológicas fallidas con la isla entera o que ahora, oficialmente, soy la forastera que no sabe encender un *router*.

Mrs. Gladys me lleva con la lengua fuera de lo rápido que camina. A estas alturas, empiezo a sospechar que su verdadero secreto para mantenerse tan enérgica no es la vida en la isla, sino algún tipo de pacto con fuerzas superiores. Yo, mientras tanto, intento seguirle el ritmo sin parecer una turista desorientada, pero es complicado cuando ella va saludando orgullosa a todo el mundo como si estuviera en una marcha triunfal.

Ya me la imagino como la reina de la isla, la matriarca indiscutible, la persona que, si decide que hoy no hay pan, hoy no hay pan para nadie. Su presencia es tan imponente que hasta las gaviotas parecen apartarse a su paso.

Me guía en dirección a su casa, pero esta vez no entramos por la puerta por la que pasé la primera vez. En su lugar, doblamos por un lateral que tiene grandes ventanales y, cuando cruzamos la puerta, me doy cuenta de que estamos en su tienda.

Sí, la tienda del todo, porque aquí no parece haber supermercados ni grandes almacenes. Esto es lo más parecido a un centro comercial que voy a ver en semanas.

—Dime, ¿qué necesitas? —pregunta con su eterna sonrisa—. Echa un vistazo mientras atiendo.

Miro alrededor y confirmo que este sitio tiene absolutamente de todo. Estanterías repletas de productos sin una organización aparente, desde cajas de galletas hasta latas de conserva, pasando por tejidos, artículos de limpieza y hasta lo que parece ser una pequeña sección de herramientas. Si aquí no encuentro lo que

necesito, es porque no existe en la isla.

Al fondo, veo un pequeño mostrador donde otra señora, más o menos de la edad de Mrs. Gladys, espera con unas cuantas cosas listas para pagar. Mrs. Gladys, sin perder el ritmo, se mete detrás del mostrador y, con la alegría de quien disfruta de ser la portavoz oficial de la isla, anuncia:

—Ella es Lucía Ferrer, una gran periodista que viene de Londres. Ha alquilado la casita de la otra cara de la isla.

La señora me mira con ojos curiosos y suelta un "*Oooh*" prolongado, girándose para analizarme como si fuera un nuevo espécimen digno de estudio.

Me gusta el resumen exprés de Mrs. Gladys. Conciso, claro y con un toque de prestigio gratuito. Aunque si la dejo hablar diez segundos más, probablemente le cuente hasta mis anécdotas de cuando tenía tres años y me caí en una fuente.

Le hago un gesto con la cabeza a la señora, en un intento de parecer educada y no un animalito desorientado en un hábitat nuevo. Ambas sonríen con complicidad. Claramente, seré el tema de conversación del día en la isla.

Miro a un lado y a otro, con la discreción de quien está a punto de cometer un crimen menor. Ahora que estoy aquí, rodeada de estanterías llenas de productos básicos y bajo la mirada omnipresente de Mrs. Gladys, me da vergüenza soltarle que, para mantener mi cordura, necesitaré una botella de vino por cada día que pase en esta isla.

Así que, cuando las veo, hago lo más sensato: cojo solo dos.

De todas formas, tampoco hay muchas más expuestas, lo cual me lleva a preguntarme si es porque en esta isla la gente bebe poco o porque las reservas de alcohol son más valiosas que el oro.

—Querida, ¿qué necesitas? —pregunta con su característico entusiasmo cuando la otra señora desaparece por la puerta.

Aprovecho la oportunidad para resolver una duda importante.

—¿Es la única tienda del pueblo? —pregunto, sorprendida.

—¡Claro! —exclama con alegría y una suficiencia que deja claro que esto no es solo una tienda, sino el centro neurálgico del comercio isleño.

Me giro hacia ella y, con la mejor cara que puedo poner de "esto es perfectamente normal", levanto las dos botellas de vino.

—Pues…, esto… —digo, como si fuera lo más casual del mundo.

Luego miro a mi alrededor, sin encontrar lo que busco.

—Y… necesito cerillas.

Mrs. Gladys frunce el ceño y me mira con confusión.

—Disculpa, querida, pensé que te había dejado una caja —dice girándose para rebuscar en una caja cercana.

Suelto un suspiro, sintiéndome un poco avergonzada de mi confesión.

—No hay nada que disculpar, dejó usted una caja, pero… en mi afán por encender la chimenea ayer… no lo conseguí y las gasté todas.

Silencio.

Mrs. Gladys se gira lentamente para mirarme, con una mezcla de incredulidad y horror.

—¿No sabes encender la chimenea?

Lo dice con el mismo tono que alguien usaría para preguntar si no sé respirar.

—No.

Su cara es un poema.

—¿Y has podido dormir con el frío que ha hecho esta noche?

—Me ha costado —admito, resoplando—. Entre el frío y el viento… y para colmo, el gallo esta mañana…

Mrs. Gladys suelta una risa cariñosa, como si acabara de recordar un viejo amigo de la infancia.

—*Ooooh*, el gallo que tiene James hace bien su trabajo —dice con admiración.

Yo la miro horrorizada. ¿Trabajo? ¿Trabajo de qué? ¿De verdugo de forasteros?

Intentando no perder la cordura del todo, me apresuro a decir:

—También necesito algo más de abrigo. Me temo que esto es lo más cálido que traje.

Señalo mi ropa, que para los estándares de Londres es perfectamente adecuada, pero que aquí probablemente me convierta en el primer caso registrado de congelación espontánea en la isla de Willow.

Mrs. Gladys me escanea de pies a cabeza con una mirada de preocupación absoluta.

—Querida, con eso vas a coger una pulmonía. Dame un momento.

Y antes de que pueda responder, desaparece tras una puerta.

Aprovecho la oportunidad para cotillear un poco más por las estanterías. Son un caos maravilloso, repletas de productos que parecen abarcar todo lo que alguien podría necesitar para sobrevivir en esta isla: latas de sopa, velas, paquetes de legumbres, frascos de miel casera, pilas, un par de pares de guantes de lana tejidos a mano, y… ¡oh, galletas!

Me aproximo y agarro varios tipos, porque si algo he aprendido en la vida es que nunca se sabe cuándo necesitarás azúcar para sobrellevar una crisis. Me decanto por unas de mantequilla que tienen pinta de ser caseras, unas de chocolate y unas que dicen "digestivas", porque necesito compensar mis decisiones con la falsa sensación de estar haciendo algo saludable.

Justo cuando estoy considerando si también debería llevar algo que no sea puramente emocional, Mrs. Gladys regresa, cargada con un par de jerséis gruesos que podrían usarse como armaduras medievales.

—Aquí estoy —anuncia triunfalmente—. Toma, te los puedes poner esta semana.

Miro los jerséis con los ojos como platos.

Son los jerséis más feos que he visto en mi vida.

Uno tiene un patrón de renos completamente desproporcionados, el otro una combinación de colores que parece haber sido diseñada por alguien como una venganza personal contra el buen gusto. Pero me tapo la boca antes de decir nada que pueda sonar grosero.

Porque la realidad es que, por muy horrorosos que sean, prefiero estar caliente a morir congelada.

—Entonces… esto es todo —digo con una sonrisa forzada, abrazando los jerséis con resignación.

Mrs. Gladys asiente, satisfecha.

—Estupendo. Si te esperas un rato, te acompañaré a casa, te enseñaré a encender la chimenea y el Wifi —dice con absoluta resolución.

Yo parpadeo.

—Oh, no la quiero molestar. Usted está ocupada —digo, sorprendida ante su nivel de entrega.

—Para nada, así paso y le pido a James que te corte leña. Esta semana han anunciado frío.

Mi cerebro grita en pánico: «¿Más?».

Voy a morir congelada. Si no me lleva antes el viento, claro.

Capítulo 9



Lucía

Mientras espero, por las calles, ese gran plan que me ha sugerido mi casera por si me aburro un poco y no sé qué hacer con mi vida en este glorioso lugar. Las dos únicas calles de este próspero pueblo, donde la sensación de progreso es tan palpable como el aire fresco de la mañana… Si es que uno puede llamarlo pueblo. Imagina esto: unas diez casas dispersas sin ningún tipo de orden o lógica, como si un grupo de personas hubiera decidido armar una casita aquí, otra allá, y al final se dieron cuenta de que no tenían ni idea de cómo organizarlo. Y para que la cosa sea aún más interesante, en medio de este panorama de desolación, te encuentras con el pub, que debe de ser el alma del lugar, y la tienda de Mrs. Gladys. Básicamente, no hay mucho más que hacer aquí.

Ahora, cuando ya me he agotado de caminar de un lado a otro, paseando por las calles mientras espero que Mrs. Gladys me acompañe a casa, me doy cuenta de que la única alternativa es acercarme a un banco de madera tan rústico que parece que el propio pueblo lo haya construido con lo que le sobraba de los restos de las casas. Este banco está en una especie de mini colina, lo que, por supuesto, implica que te ofrece una vista espectacular de… bueno, lo que hay aquí. Si miras hacia un lado, tienes el "pueblo" (y digo "pueblo" con toda la ironía del mundo), que parece más bien una colección de casas olvidadas por el tiempo. Si miras de frente, te encuentras con el puerto, pequeño y modesto, como todo lo

demás en este lugar, pero lo mejor es que, al fondo, se extiende el océano, como si estuviera dispuesto a tragarse todo esto en un descuido. Y si miras hacia el otro lado, allí están los acantilados, con ese verde prado que parece ser lo único que realmente ha sobrevivido a este intento de civilización.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera me doy cuenta de lo que sucede a mi alrededor hasta que, de repente, veo que a mi lado hay una cabra. ¡¿Una cabra?! Y no una cabra cualquiera, no, una cabra con mirada de "estoy aquí para arruinar tu vida". No sé cómo ha llegado hasta aquí, pero, claramente, algo en mi vida estaba tan vacío de emoción que el universo decidió llenar ese vacío con el animal más impredecible que pudo encontrar. Doy un salto, el típico salto de ¿qué demonios acaba de pasar? y me subo al banco como si fuera la última isla de salvación. Pero, claro, la cabra no es de las que se quedan atrás en una competencia de salto. De repente, y como si fuera una especie de competencia olímpica, da otro salto y se sube al banco también.

Ahora estamos las dos ahí, mirándonos con el mismo nivel de desconcierto, aunque me atrevería a decir que mi nivel de terror supera al de la cabra en un 300%. Y entonces, ¿qué pasa? La cabra me observa con esos ojos como si fuera a devorarme, y yo, con una mezcla de pánico y enojo, solo puedo pensar en una cosa: ¡estoy a punto de ser devorada por una cabra!

Y justo cuando ya siento que mi vida está al borde del colapso, la cabra se fija en lo que tengo a mi lado: mi cartera del ordenador. Ahí está, tranquila, agarrándola con sus dientes como si fuera un sabroso manjar. La miro, mi pobre cartera que está siendo mordisqueada por esa cosa sin alma, así que grito, casi como si de alguna forma pudiera hacer que entendiera mis palabras.

—¡Suelta eso! —grito, temerosa de acercarme, como si de alguna manera fuera a hacerla más enfurecida, como si eso fuera posible—. ¡Déjalo! ¡He dicho que lo dejes!

Pero no. La cabra ni se inmuta, no le importa lo más mínimo

lo que le estoy diciendo, probablemente porque sabe que no soy más que un ser humano que está completamente a su merced. Y como si el drama no fuera suficiente, veo aparecer dos cabras más que, con su presencia, dejan claro que esto es un verdadero asunto cabruno (y eso lo digo con todo el amor que no le tengo a los animales, pero no sé si las cabras realmente entienden lo que es el "espacio personal" estas al menos, no).

Entonces, ¿qué hago? Bueno, me armo con lo que tengo a mano: un palo. Un palo que, por cierto, no es ni siquiera grande, ni fuerte, ni capaz de hacerle frente a esas criaturas imponentes, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Con toda la seriedad de un caballero medieval, levanto el palo frente a ellas, como si fuera a defender mi vida con un espada de la época.

—¡No vais a comeros mi ordenador! —grito con una mezcla de miedo y determinación, como si realmente tuviera el control de la situación—. ¡No, no, no!

Me doy cuenta de que estoy tan aterrada que ni siquiera tengo claro qué hacer a continuación. Doy un paso hacia adelante, pero mi instinto de supervivencia me hace dar dos más hacia atrás al ver las miradas fijas de las cabras. Son tan grandes, tan imponentes, que siento que podrían lanzarse sobre mí en cualquier momento.

Justo cuando siento que la situación no puede empeorar, escucho un silbido. Las cabras, que hasta ese momento me miraban como si estuvieran evaluándome como posible cena, de repente giran todas hacia el sonido. Yo también me giro, porque ¿quién no lo haría? El silbido viene de… Tom. El mismo Tom que, hasta ahora, había sido el barquero, el taxista, el reponedor oficial de la isla… y aparentemente, también es un cabrero. Porque claro, ¿por qué no? ¿En qué momento pensé que este lugar no podría sorprenderme aún más?

La cabra malvada, con una rapidez y agilidad que no me esperaba en absoluto, da un salto espectacular y empieza a caminar con una ligereza asombrosa, aún con mi pobre cartera de ordenador

entre sus dientes. En ese instante, un grito de horror se escapa de mi garganta, porque claro, ¿quién no entraría en pánico al ver a un animal con aspecto de cabra llevando tu vida digital en su boca? Decido seguirla, como si tuviera alguna posibilidad de alcanzarla, pero cuanto más acelero el paso, más rápido corre ella. ¡Es un maldito caballo en miniatura con intenciones de robar mi pertenencia más preciada! Bajo la cuesta de la mini colina, casi como si fuera una escena de una película de acción, pero sin el *glamour*, ni las coreografías perfectamente ejecutadas. No, aquí hay piedras por todas partes, y en dos ocasiones no me caigo al suelo de puro milagro. Ya ni sé cómo lo hago para seguir en pie, pero algo dentro de mí me impulsa a continuar la persecución, ignorando el peligro que me acecha por esos caminos que, en vez de ser de cabras, deberían haber sido declarados zonas de alto riesgo para los humanos.

Finalmente, la cabra se detiene en seco. Y claro, yo, que voy detrás de ella como una loca descontrolada, me quedo mirando cómo me observa con esa mirada de"¿Pero qué te pasa? ¿No tienes nada mejor que hacer?". Me siento una especie de acosadora en una película de terror, pero no hay vuelta atrás. Sin pensarlo dos veces, me acerco a ella, con la furia de una persona que acaba de perder el único objeto valioso que posee en este rincón olvidado del mundo. Agarro una de las asas de la cartera y tiro con todas mis fuerzas. La cabra, por supuesto, no se toma muy bien la idea de que le quite su nuevo trofeo y abre la boca, horrorizada. Y yo, con la misma fuerza, salgo despedida hacia atrás, como si la cabra hubiera activado algún tipo de mecanismo de propulsión. Entonces, como una suerte de destino cruel y predecible, mi trasero termina estrellándose contra el suelo húmedo y frío de esta maldita isla.

Tom, claro, llega corriendo hacia mí en un par de zancadas, con la cara llena de preocupación, como si lo hubiera visto todo en cámara lenta.

—¿Estás bien? —pregunta, con una mezcla de asombro y tal vez un poquito de diversión que no logro identificar del todo.

—No —respondo con todo el dolor y la frustración que siento —. ¡Esa maldita cabra quería comerse mi ordenador!

Tom me extiende una mano, como el caballero de este apocalipsis rural, para ayudarme a levantarme del suelo, mientras me doy cuenta de que, claro, ya no solo soy la protagonista de una persecución épica, sino que tengo todo el público observando mi gran caída. Al fondo, veo a Mrs. Gladys, con cara de preocupación que viene hacia nosotros. Y, para empeorar las cosas, escucho murmullos y risas de los espectadores. Miro hacia las edificaciones y ahí están, Artie y tres hombres más, todos mirando en mi dirección como si estuvieran viendo un espectáculo de circo. Incluso veo a dos pescadores desde el puerto, observando, con una mezcla de desconcierto y probablemente con una pizca de satisfacción por la escena tan pintoresca que están presenciando. Mi cara se pone roja de vergüenza, y, por inercia, me llevo una mano a la cara, tapándola.

«Menuda vergüenza», pienso mientras trato de desaparecer de la faz de la Tierra.

—Querida, ¿estás bien? —me pregunta Mrs. Gladys, ya a mi lado, con una cara de preocupación que casi parece genuina.

—Estoy bien —respondo, aunque no podría estar menos convencida mientras sigo sentada en el suelo, abrazando mi ordenador como si fuera lo único que me quedara de dignidad en este momento.

—Nunca corras colina abajo sin un buen par de zapatos… — empieza a decir Tom, con tono condescendiente y tranquilo.

—¡La cabra tenía mi ordenador! —le interrumpo, incapaz de soportar más su análisis filosófico sobre mi capacidad para correr.

—Querida, puedes lastimarte… —continúa Mrs. Gladys, como si le importara en ese preciso momento lo que me pueda pasar a mis tobillos.

Finalmente, acepto su mano y me levanto, pero no sin antes darme cuenta de que mi trasero está literalmente destrozado por el golpe. Siento un dolor tan agudo que dudo que alguien más haya sufrido tanto por una caída tan ridícula.

—No sabía que había cabras sueltas… —comento, mirando a Tom con una mezcla de incredulidad y aún un poco de pavor por la experiencia vivida.

—Ya has visto que sí —responde Tom, soltando una mueca divertida, como si fuera el comentario más normal del mundo. De hecho, parece que está a punto de reírse, y no puedo evitar sentir que de alguna manera, yo soy el entretenimiento de la isla estos días.

—Vamos, querida, te acompañaré a casa —anuncia mi casera con una voz amable y con una suavidad que me recuerda a la de una madre que no se rinde en su misión de asegurarse de que llegues a tu destino sin tropezarte de nuevo.

Entramos en su tienda. Ella recoge todo lo que compré esta mañana, con esa eficiencia que solo las personas que han hecho lo mismo durante años pueden tener. Al hacerlo, gira el cartel de "abierto" y lo pone en su reverso, indicando que el negocio del día ha terminado. La llave suena al cerrarse, y es como si el mundo exterior también quedara fuera de la tienda, con esa barrera invisible que parece rodear el pequeño espacio.

Ahora, a caminar a su lado. Y vaya, caminar junto a Mrs. Gladys es toda una experiencia, porque ella camina a un ritmo tan rápido que, a pesar de que yo trato de mantener el paso, siento que me está dejando atrás. Y no es que sea una persona lenta, pero esta señora de ochenta años parece tener más energía que yo después de una semana en el gimnasio. De hecho, me está superando por mucho, casi me siento como si estuviera persiguiendo a una cabra otra vez, pero esta vez, sin la excusa de un animal quiere robarme algo. Aunque lo más chocante es que ha insistido en que la deje llevar mis cosas, pero me niego en rotundo. No importa que esté

demostrando que está en mejor forma física que yo, no voy a permitir que una señora de ochenta años cargue con mis compras. Ya me siento lo suficientemente avergonzada por mi caída en la colina, y no puedo permitir que me vea como una carga.

Durante el camino, nuestras conversaciones pasan de un tema a otro, tan ligeras como las olas del mar. Empezamos hablando sobre por qué decidí venir a trabajar a Inglaterra. Le cuento un poco sobre mi vida, cómo la rutina de la ciudad me había atrapado hasta que decidí dar el salto y buscar algo diferente. Ella, curiosa y atenta, me pregunta sobre mi familia, así que le menciono brevemente a mi hermano. Es entonces cuando ella comienza a contarme su propia historia, y de alguna manera me doy cuenta de que estamos compartiendo fragmentos de nuestras vidas, como si fuéramos viejas amigas. Me dice que no tiene hijos y que, hace apenas cuatro años, quedó viuda. Habla de su esposo con una nostalgia suave, pero también con una fortaleza que me impresiona. Me dice que fue difícil al principio, pero que la isla le dio la paz que necesitaba, aunque no se lo haya puesto fácil.

En un momento, decido preguntarle por la vida en la isla, ya que quiero incluir su opinión local en mi artículo. Ella no lo duda ni un segundo y empieza a enumerar con entusiasmo todos los beneficios de vivir en un lugar tan apartado. Habla de la conexión profunda con la naturaleza, de cómo la calma del entorno, el viento del mar y el paisaje cambian por completo la forma en que ves el mundo. Dice que no cambiaría por nada la tranquilidad que se respira aquí, lejos de la locura de las grandes ciudades, como si las personas en las urbes estuvieran siempre corriendo detrás de algo que ni siquiera saben qué es. Me habla del ritmo pausado de la isla, de cómo las pequeñas cosas, como escuchar el canto de los pájaros o caminar por los acantilados, le dan una perspectiva distinta de la vida. Todo lo que describe suena casi como un pequeño paraíso, un refugio donde la gente vive de acuerdo con un tiempo propio, ajeno a la prisa de la vida moderna.

Y mientras escucho sus palabras, me doy cuenta de que tal

vez, en cierto modo, ella tiene algo de razón. Este lugar, con sus cabras traviesas y sus costumbres tranquilas, tiene algo que las ciudades nunca podrán ofrecer: una pausa.

Mientras caminamos por el sendero, Mrs. Gladys sigue contándome historias sobre los habitantes de la isla, esas pequeñas anécdotas que parece que todo el mundo aquí sabe y, de alguna manera, tienen un aire de leyenda local. Es como si el lugar fuera una especie de narrador en sí mismo, y las vidas de sus habitantes se entrelazaran con la historia misma del lugar. De repente, aprovecho el momento perfecto para sacar el tema que llevo en la cabeza desde que llegué.

—¿Y Elliot Grayson? —pregunto, esperando no sonar demasiado obvia, pero con la esperanza de que, siendo una persona que lleva tantos años en la isla, ella lo conozca. Seguro que lo conoce.

Ella se detiene en seco, como si la pregunta fuera un interruptor que de repente apaga su energía positiva. El cambio en su expresión es palpable.

—¿Qué quieres saber de él? —pregunta, su tono ahora mucho más distante y seco que el que había usado hasta ese momento. Es como si, de repente, la isla hubiera dejado de ser tan acogedora y todo se volviera un poco más tenso, como si un tema tabú hubiera sido tocado.

—Lo que sea. ¿Es cierto que vive en la isla? —le pregunto, genuinamente intrigada, casi sin poder evitarlo. Mi curiosidad me está devorando.

Ella me observa, como si me estuviera evaluando, desconfiada. Me mira de arriba abajo con una especie de mirada escrutadora, como si esperara que dijera algo que corroborara sus dudas. Finalmente, su respuesta llega, más rotunda de lo que esperaba.

—No —responde con una firmeza tan tajante que parece que

acaba de cortar cualquier intento de conversación adicional sobre el tema. Y sin perder ni un segundo más, empieza a caminar más rápido, como si de repente la conversación ya no le interesara en lo más mínimo. Mi cabeza da vueltas, tratando de entender lo que acaba de ocurrir.

—¿A qué se refiere con ese "no"? —pregunto, más para mí misma que para ella, pero lo hago en voz alta, esperando que al menos me dé una pista de por qué su reacción ha sido tan fuerte.

Pero ella ni siquiera se detiene para mirar atrás.

—Vamos, no perdamos tiempo. Tengo que explicarte todo y volver a la tienda —responde con una frialdad renovada, como si ya no quisiera entrar en detalles.

Continuamos caminando, y yo, por supuesto, me quedo con mil preguntas sin responder. Lo único que puedo hacer es seguirla, mientras mi mente sigue dando vueltas al enigmático "no" y lo que realmente significa.

Cuando llegamos a la casita, veo a lo lejos a James, el vecino, que está cortando algunas maderas con una sierra. Mrs. Gladys lo saluda con un gesto de la mano, y yo, un poco perdida en mis pensamientos, hago lo mismo, aunque no estoy segura de que me haya visto. James es uno de esos personajes que, a primera vista, parecen tan parte del paisaje que uno olvida que en realidad son personas con historias propias.

Entramos a la casa, y Mrs. Gladys, con su habitual eficiencia, me lleva hasta donde está el módem. Lo enciende con una rapidez casi profesional y me entrega la contraseña. Mi teléfono comienza a vibrar al instante, y, como una explosión, la pantalla se llena de mensajes. Es como si me hubiera desconectado del mundo exterior durante días y, de repente, me hubiera sumergido en una marea de notificaciones. Mensajes de trabajo, algunos de amigos, y un par de correos electrónicos que ya había perdido la esperanza de recibir. Es curioso cómo un teléfono puede hacerte sentir tan conectada con

todo lo que dejaste atrás.

Luego, Mrs. Gladys se acerca a la chimenea, con la tranquilidad de alguien que ha hecho este ritual mil veces. Con una destreza asombrosa, me enseña cómo colocar la leña de manera eficiente y cómo encender el fuego de forma fácil. Y de repente… ¡zas! El fuego comienza a crepitar ante nosotras, ardiendo con fuerza y calentando el aire frío de la casa.

—Ya verás cómo es fácil —dice, con una sonrisa amplia, como si acabara de compartir uno de los secretos mejor guardados de la vida. Es esa sonrisa que solo alguien con años de experiencia y paciencia puede tener, esa que sabe que encender un fuego no es solo cuestión de calor, sino de saber cómo darle vida.

Después de eso, me muestra dónde encontrar más ropa de abrigo, aunque con el calor del fuego ya encendido, no creo que vaya a necesitar nada más. Sin embargo, le agradezco el gesto, y en esos momentos, nuestra conversación se desliza hacia comentarios banales: el clima, lo que ha pasado durante el día, cosas que se dicen para rellenar los espacios entre momentos importantes.

Finalmente, después de una breve charla, ella me explica que tiene que marcharse para abrir la tienda de nuevo. Me da la sensación de que tiene prisa, pero antes de despedirse, me sorprende que no se dirija al pueblo como había esperado. En lugar de eso, se encamina decididamente hacia James, el vecino que estaba cortando la madera, y se detiene a hablar con él.

Esa tarde, la lluvia no deja de golpear las ventanas con su incesante tamborileo, como si la isla estuviera tratando de darme la bienvenida de la manera más atmosférica posible. Me quedo en casa, refugiada del aguacero, saboreando la tranquilidad que trae consigo el sonido de la tormenta. Con todo el tiempo del mundo por delante, decido preparar algo sencillo para comer, pero lo suficiente como para sentir que al menos he sido un poco productiva en la cocina. No soy chef, pero tampoco pretendo morirme de hambre, así que un plato rápido será más que suficiente para llenar el estómago.

A medida que la comida se va cocinando, me acuerdo de las botellas de vino que me he traído del pueblo, uno de esos pequeños detalles de indulgencia que la vida en la isla ha permitido que se cuelen en mi desastroso primer día. Abro una de ellas, con la sonrisa cómplice de quien sabe que, a pesar de la lluvia y el aislamiento, siempre hay pequeños placeres que hacen que el día valga la pena. Con una copa en la mano, me siento en la mesa del salón, justo junto a la chimenea, que sigue crepitando con una calidez acogedora, como si la casa misma estuviera respirando tranquila dejando la tormenta fuera.

Mientras el fuego parpadea, me enfrasco en el ordenador. Las teclas van sonando bajo mis dedos, y me dejo llevar por las palabras, dejando que todo lo que he visto, lo que he experimentado en esta isla, fluya en un intento de capturarlo, de plasmarlo en algo que no se quede solo en recuerdos efímeros. Las horas pasan volando, y el vino, a pesar de haber comenzado con moderación, empieza a hacer su efecto, relajándome y sumergiéndome en el flujo de pensamientos y frases que forman el artículo que intento escribir.

La tarde avanza sin darme cuenta, y la lluvia sigue cayendo, más fuerte, más persistente, pero a mí no me molesta. En este refugio, entre la luz titilante del fuego, el sabor del vino y el sonido de la tormenta, todo parece estar en su lugar y me está ayudando a escribir más que nunca. La isla, aunque aún me resulta extraña, ya no me parece tan ajena. Tal vez es la calma, o la manera en que la lluvia limpia todo, incluso mis pensamientos.

El teclado sigue sonando, y el mundo exterior parece desvanecerse, dejando solo el eco de la chimenea, el vino y las palabras que me ayudan a encontrar mi lugar, acompañadas de un rayo de esperanza, como si el plan de venir a la isla pudiera no ser, después de todo, la peor idea del mundo.

Capítulo 10



Lucía

Mi segunda noche en la isla… ¡qué maravilla! Mucho mejor que la primera, y eso que cuando me meto en la cama el termómetro marca menos cinco grados en el exterior. Pero bueno, el aire es un poquito menos ruidoso que la primera noche, lo que ya es una bendición, si consideramos que la noche anterior me sentí como si estuviera en el ojo de un huracán acompañado de una orquesta sinfónica de vientos. Hoy, al menos, puedo decir que el viento me permite escuchar mis pensamientos, o el suave sonido que produce entre las copas de los árboles, mientras me acurruco bajo las sábanas, que por alguna razón misteriosa son más cálidas que mis avances en este lugar. ¡Ah, el dulce y reconfortante calor que se siente bajo las sábanas cuando afuera el clima parece tener intenciones asesinas!

Y todo es perfecto, la calma es absoluta, el frío es soportable, y yo me siento a gusto. El sueño me envuelve suavemente, como una manta de plumas de pato (en un mundo alternativo, claro, porque en la realidad ni los patos deben sobrevivir aquí), hasta que… ¡zas! Un canto. Un gallo psicópata, con una energía desbordante, empieza a cantar. Y no, no es un canto tradicional de "al alba, el amanecer", ¡no, ¡qué va! Este gallo tiene un horario tan peculiar como el de un noctámbulo extremo. Miro la pantalla del teléfono, y ¡*voilà*! Cinco y media de la mañana. No hay rastro del sol, ni siquiera una tímida luz del día, nada. El cielo está tan negro como la oscuridad más oscura de la noche. Y este gallo, ¡este gallo, con su alma despierta y su llamada estridente!, está seguro de que es el momento perfecto para comenzar su recital de canto. ¿Por qué?

Pues porque a él le da la real gana, claro. El amanecer, las rutinas, las costumbres… eso es para los débiles, para los que se rigen por la naturaleza. Pero nuestro gallo, oh, él es un ser trascendental, por supuesto, que desafía toda lógica y sentido común.

Y me pregunto… ¿de verdad se dice que en el campo se duerme mejor que en la ciudad? ¡Claro, claro! Eso es lo que todo el mundo dice, pero es una verdad sólo válida si no tienes la suerte de vivir junto a un gallo enloquecido que piensa que la noche es suya, y que va a cantar cuando se le ocurra. Así que sí, en el campo se duerme mejor… siempre que no te toque un gallo del infierno como vecino. Pero bueno, supongo que todo esto es lo que hay cuando eliges venir a una isla inhóspita, llena de sin encantos naturales… y de gallos con problemas de sueño.

Ay, qué felicidad me va a dar cuando, por fin, me suba a ese barco de Tom y me aleje de esta isla. Porque, sinceramente, si hay algo que no voy a echar de menos es este sitio. ¿El gallo psicópata? ¡Ni de broma! Ese pajarraco que decide cantar a las cinco y media de la mañana, sin sol, sin nada que sugiera que el día está por comenzar. Claro, él no sabe lo que es una "hora decente" para cantar. A él le da igual. Se cree el rey de la isla, el maestro del amanecer, aunque no haya amanecer. Pero bueno, cuando suba al barco, ese gallo se quedará atrás, y yo seguiré mi camino hacia la civilización, donde las alarmas suenan a las horas adecuadas y el único canto que escuchas es el de un despertador (y de preferencia, uno que no te grite como si estuviese contigo en la cama).

La civilización, esa maravilla que tiene Wifi que no se cae cada dos minutos, la ausencia total de animales que creen que tienen el derecho divino de interrumpir tu sueño a cualquier hora. Cabras que quieren robarte el ordenador… ¿Sabéis qué? Puede que en la isla haya "encantos" (si consideramos el frío como encanto, claro), pero la comodidad de la civilización es lo que de verdad quiero recuperar. Cuando me monte en ese barco y me aleje de esta isla, será como un renacer. Y por fin podré dormir en paz con mi artículo escrito, sin preocuparme de si un gallo del infierno ha

decidido que ya es hora de dar su concierto.

Estoy a punto de dormirme de nuevo cuando, de repente, vuelve a cantar. No sé por qué, pero ese maldito canto se mete en mi cabeza como un despertador humano, imparable. Así que decido que ya es el colmo y, en lugar de seguir dando vueltas en la cama, cojo mi ordenador.

Esta vez, no solo busco a Elliot Grayson como una obsesionada, sino que también me lanzo a investigar sobre la isla de Willow. Ya que estoy en esto, que sea a lo grande. Es mi manera de darle un giro a la noche, como si estuviera desentrañando un misterio digno de una novela.

¡Y vaya! Qué sorpresa. No encuentro ni una sola foto de Elliot en su época de mayor gloria, cuando parecía que el mundo le pertenecía y él vivía rodeado de lujo y poder. NADA. Como si nunca hubiera existido. Es un golpe bajo para mis expectativas, pero, como soy persistente, sigo rastreando un poco más. Y ahí está: en un artículo insustancial, mencionan su nombre. Se habla de las inversiones que hizo en la compra y mejoras de la tierra que había heredado. No es lo que esperaba, pero algo es algo. Las mejoras suenan interesantes, pero, francamente, me deja un poco indiferente.

Respiro hondo, un poco frustrada, y me pregunto qué tan profundo debo seguir excavando.

De pronto, un escalofrío recorre mi espalda, y me envuelvo en las sábanas con un gesto automático, como si eso fuera a protegerme del frío. Pero no lo hace. Mis manos están frías, como bloques de hielo, y me doy cuenta de que la chimenea necesita atención antes de que me congele. Me levanto de la cama con el ánimo de no morir de hipotermia, así que me dirijo hacia la chimenea con el objetivo de salvar la situación.

Pero al llegar, mi desilusión es instantánea. Apenas queda leña. ¿En serio? ¿Así es como voy a morir, en medio de esta isla,

mientras el frío sigue llegando de afuera? Miro al cesto y, efectivamente, los pocos troncos que quedan me miran con desdén, como si se estuvieran riendo de mí. Sin mucho más que hacer, los echo al fuego con un suspiro resignado. Luego, con la manta de Mrs. Gladys, esa que ya he comenzado a apreciar, puesta por los hombros como si fuera una capa de heroína perdida, y decido que la solución a mi problema de frío es simple: necesito más leña.

Me pongo las botas, aunque estas no me quitan ni la más mínima sensación de frío, y abro la puerta principal. Ya ha amanecido, pero la luz gris y sombría del día no parece tener ninguna intención de ser amable. La niebla lo cubre todo, y el paisaje parece más una escena de una película de terror que un paisaje idílico. Salgo en busca de cualquier cosa que pueda echar a la chimenea, porque está claro que, si no lo hago, la próxima vez que mire hacia la chimenea lo único que veré será un par de brasas apagadas y mis dedos de los pies congelados. Busco ramas caídas, palos y trozos de madera dispersos por todo el jardín. Mi misión, aunque con menos *glamour*, empieza a parecerse a la de una exploradora en una isla salvaje. Bueno, más o menos. Mi tarea es mucho menos épica: encontrar palos. Y que no me dé un tirón en la espalda, añado mentalmente mientras meto las manos bajo la manta.

Lleno la cesta con lo que encuentro, pero soy realista: no tengo esperanza de que esto sea suficiente para mantener el fuego vivo por mucho más tiempo. Pero, claro, la desesperación ya me ha conquistado por completo. El frío no da tregua, y mi paciencia se va agotando más rápido que las reservas de madera.

Cuando levanto la mirada por un momento, me encuentro con mi vecino, perfectamente abrigado y vestido, observándome desde el otro lado del camino. Tiene una ceja levantada, y por un segundo, parece que está evaluando si lo que estoy haciendo es una especie de gilipollez o si, de hecho, soy la persona más ridícula que ha pisado la isla en años. «¡Vaya! Este hombre es madrugador como un gallo». No sé si debería sentirme impresionada por su disciplina o

avergonzada por el espectáculo que debo estar dando, pero con la mirada que tiene, seguramente lo último sea lo más acertado.

—Buenos días —murmuro, sin mucha energía, más por cortesía, pero con el mínimo entusiasmo.

Él me devuelve lo que podría calificar como un gruñido, con una mirada de interés que me desconcierta. No me extraña, en fin, debe de ser un espectáculo ver a alguien, envuelta en una manta como si fuera un ser nocturno, recogiendo palos a las siete de la mañana en medio de una isla que parece aún dormir. No sé qué pensará exactamente, pero me da igual, prefiero no morir de frío.

Finalmente, cuando ya estoy segura de que no voy a encontrar ni un palito más que valga la pena, agarro la cesta con un esfuerzo que podría haber sido digno de un premio en algún tipo de competición de levantamiento de peso. Está tan llena que juraría que pesa lo mismo que un dinosaurio bebé, y, con la delicadeza de una persona que teme romperse algo, la arrastro hacia la puerta. El trayecto de vuelta parece más largo de lo que recordaba, y la cesta parece aumentar su peso a medida que me acerco a la casa. Pero, por fin, logro entrar de nuevo, jadeando, casi colapsando bajo el peso de todos los palos que he recogido, como si fuera un trofeo. Espero que el fuego aguante un poco más, aunque, en el fondo, sé que esto no va a ser suficiente. A veces siento que la isla está decidida a ponerme a prueba a cada segundo.

Me meto en la cama, exhausta, pero, por alguna razón, con la necesidad de sentirme conectada al mundo exterior, a lo que sea que esté pasando en el resto del universo. Así que decido hacerle una videollamada a mi hermano, esperando que me saque de la espiral de absurdidad en la que me encuentro atrapada. Casi de inmediato, su cara aparece en la pantalla, pero es la mía la que me deja paralizada por un segundo.

Al ver mi reflejo en la pantalla, abro los ojos con sorpresa. ¿Esa soy yo? La imagen que tengo delante no podría ser más desconcertante. Mi pelo parece llevar días sin peinarse, es como si

hubiera sido atacado por un enjambre de abejas. La manta de Mrs. Gladys, arrugada y deslucida, por mis hombros hasta caer a medio camino de mi torso, y, por si fuera poco, el cansancio y la falta de sueño se reflejan en mi rostro con una claridad brutal. Vaya… Ahora entiendo la cara de pasmado de mi vecino.

Es como si el universo hubiera decidido hacerme un favor y mostrarme, sin filtros, cómo debo haber parecido mientras recogía palos a las siete de la mañana, con la cara de una persona perdida y sin rumbo. Me doy cuenta de que probablemente he dado una imagen digna de ser grabada y subida a alguna red social bajo el título "Desastres de una persona nueva en la isla".

Mi hermano, que había estado esperando a que le hablara, se queda en silencio por unos segundos. Luego, no puede evitar soltar una risa, pero lo hace con esa mezcla de sorpresa y preocupación que no pasa desapercibida.

—Dios, ¿qué te ha pasado? —dice, conteniendo la risa, pero no tan bien como le gustaría.

Me llevo una mano a la cara, cubriéndome, sabiendo que es inútil. Él ya lo ha visto todo.

—¡Esto es lo que pasa cuando vives en una isla! —digo, con una mezcla de irritación y humor negro—. No hay Wi-Fi decente, la gente te observa mientras recoges palos y, para colmo, te conviertes en una especie de... espectro de la naturaleza.

Mi hermano se ríe, pero también parece algo alarmado.

—¿Estás bien? —pregunta, visiblemente preocupado.

Lo miro y me encojo de hombros, a pesar de saber que no tengo ni idea de qué responder. Si antes pensaba que la vida en la isla me haría sentir más viva, ahora me doy cuenta de que lo único que me está haciendo es... ponerme en contacto con mi versión más desastrosa.

Mi hermano no puede dejar de reír cuando le cuento lo

sucedido el día anterior con las cabras, y más aún cuando menciono la mirada del vecino hace unos minutos. Su risa es esa mezcla de diversión y, a la vez, preocupación disimulada, como si estuviera viendo a su hermana metida en una especie de película de comedia.

—¿Las cabras? ¿En serio? —dice entre carcajadas, casi sin poder tomar aire—. ¿Y la perseguiste?

Asiento, sabiendo que cada palabra que digo lo hace reír aún más, pero también un poco avergonzada por lo ridícula que debí haber parecido. Siento que ya no hay vuelta atrás, que ahora soy oficialmente en la isla "la chica que peleó con cabras".

—Sí, las cabras. —sigo con tono de resignación, aunque mi rostro no puede esconder la vergüenza—. Estaba allí, tranquilita, con mi ordenador y de repente, ¡zas! Una cabra decide que mi cartera es su desayuno. Y no solo eso, luego aparece un ejército de cabras...

Mi hermano suelta una risa tan fuerte que creo que va a terminar cayéndose de la silla.

—¿Un ejército? —pregunta, entre risas, como si no pudiera creérselo—. ¡Te juro que no sé si creerte!

Yo también suelto una risa nerviosa, aunque no está claro si por el humor de la situación o por lo absurdo de todo.

—No fue tan gracioso en ese momento —respondo, aunque a estas alturas lo estoy tomando con más calma—. Pensé que me iba a quedar sin ordenador… o peor, que me rompería una pierna corriendo mientras bajaba la colina tras ella.

La risa de mi hermano no se calma, y por un momento siento como si él estuviera viviendo la película en su cabeza.

—Esto... ¡es… genial! —dice entre risas—. Nunca en mi vida pensé que mi hermana acabaría teniendo una "aventura" con cabras. Te prometo que esto lo voy a contar como anécdota familiar cada vez que haya una reunión.

Me tapo la cara con la mano, medio avergonzada, medio resignada, mientras me siento aún más ridícula al escuchar su risa.

—Y lo de la mirada del vecino... —añado, con algo de pesar—. No sé si fue pena o si simplemente estaba buscando cómo salir corriendo de la escena.

—¡La mirada! ¡No me digas que te miró así, como si estuvieras completamente desquiciada! —dice, sin poder parar de reír.

—Sí, como si fuera un espectáculo digno de ser transmitido en vivo... —respondo, suspirando—. Seguro que ahora piensa que soy una loca que vino a la isla a hacer tonterías.

Mi hermano sigue riendo a carcajadas, pero de alguna manera, eso me hace sentir mejor. Es como si, al menos en su cabeza, todo esto no fuera tan grave y él estuviera disfrutando del caos que yo estoy viviendo. Al final, me doy cuenta de que, por más que parezca una comedia absurda, al menos está sacándome una sonrisa en medio de todo el desastre.

—Bueno, si algún día necesitas un compañero de "aventuras" en la isla... —dice, ahora con un tono más tranquilo—. Al menos ya sabes a quién llamar, aunque te advierto que no soy tan valiente como tú para enfrentarte a un ejército de cabras.

Me río un poco, agradecida por el consuelo que me ofrece mi hermano al otro lado del teléfono.

He decidido que ya es hora de salir a explorar un poco la isla, con la esperanza de encontrarme con Elliot Grayson. El viento sigue soplando con esa indiferencia helada que caracteriza a las islas, pero no me voy a quedar atrapada dentro todo el día pegada a la chimenea. Eso sí, me aseguro de abrigarme bien, porque ni loca quiero que se me congele el cerebro del frío.

Lo que me encuentro caminando en dirección al pueblo no tiene mucho misterio, ya lo sé: las mismas casas dispersas, el pub, y

Mrs. Gladys con su tienda que podría haber sido escenario de alguna película vintage de misterio. Así que, decido optar por el otro lado, por donde está la casa del "vecino parco en palabras". Quiero ver qué hay por esa zona.

Voy caminando por el sendero, con la esperanza de encontrar algo menos… rutinario, algo que me lleve hasta el éxito de mi artículo. El lugar es tranquilo, casi en exceso. Sin embargo, cuando paso frente a la propiedad del vecino, me fijo que su casa es bastante más grande que la mía. Es como si él tuviera el doble de espacio para respirar, y, si me apuras, un jardín envidiable. ¿Cómo alguien con ese tipo de propiedad puede tener la cara de ser tan… gruñón?

En ese momento, algo interrumpe mis pensamientos. Unos ladridos fuertes me llaman la atención. No son inusuales, por supuesto, pero se escuchan con tal intensidad que no puedo evitar fijarme. Y entonces, el sonido cambia. Es otro canto. El gallo. El maldito gallo. Esa figura tan ridícula que ya se ha ganado un puesto en mi lista de "enemigos de la isla". Allí está de nuevo, en el centro de su pequeño imperio, erguido como si fuera el rey de toda la creación. No es grande, ni mucho menos imponente, pero tiene la postura de alguien que está convencido de serlo. Sus plumas brillan como si estuviera deslumbrando con un traje hecho por el sol mismo. Y, canta.

Me detengo un momento a observarlo, y el gallo me lanza una mirada desafiante. Como si esperara una reacción de mi parte, como si me desafiara a decirle algo. Y, claro, como si no tuviera ya suficientes problemas con las cabras, ahora tengo que lidiar con gallos que se creen el alma de la fiesta. Canta de nuevo, y mi primer impulso es ir a darle una patada, pero me detengo. Sé que eso podría ser la gota que colma el vaso de mi reputación aquí. Y no quiero pasar a la historia de esta isla como la chica que mató al gallo.

Decido que lo mejor es seguir mi camino, antes de que se me

ocurra hacer algo de lo que me arrepienta. No me voy a convertir en una criminal, no aún. No en este momento al menos. Así que respiro hondo, sigo caminando, y trato de no dejar que el gallo arruine mi paz interior. Pero, en el fondo, me hace pensar que aquí no solo hay cabras que se creen las reinas de la isla, sino que hay animales que claramente tienen un ego mucho más grande que el mío. Y eso, sinceramente, me empieza a preocupar un poco.

Entonces llego a una bifurcación en el camino. Una parte se desliza suavemente hacia abajo, directamente hacia la playa, mientras que la otra lleva hacia una puerta majestuosa, custodiada por una valla alta de piedra, como si se tratara de una entrada secreta a un reino perdido. Sin pensarlo mucho, opto por el camino que baja a la playa.

El camino se estrecha a medida que me acerco a la playa, y el sonido del mar se vuelve más fuerte, casi como si estuviera invitándome a sumergirme en su juego salvaje. Al llegar a la pequeña cala escondida entre los acantilados, me detengo un momento para admirar la vista. El mar está embravecido, lanzando olas furiosas contra las rocas, como si quisiera destrozarlas con la misma furia con la que la vida nos golpea a veces. Es hipnótico ver cómo las olas rompen con un estrépito atronador contra las piedras. Es como una coreografía caótica, pero fascinante, que me absorbe. Siento que me paralizo un momento, como si el mar tuviera algo que decirme y yo, simplemente, tuviera que quedarme allí para escucharlo.

La brisa salada me hiela la cara, y cierro los ojos por un momento, respirando profundamente. En ese instante, mi mente se va hacia el recuerdo de las palabras de aquel hombre barbudo, que, con una mirada profunda y un aire de sabiduría rara, me dijo algo que, por alguna razón, no he podido olvidar: "Elliot siempre intentaba captar el mar y el aire de la isla". Esas palabras flotan en mi mente, dando vueltas como las olas que rompen en la orilla. No estoy segura de lo que eso significa exactamente. Quizás esa búsqueda del mar y el aire es consecuencia de esa conexión con la

isla, esa sensación de pertenencia que aún no logro comprender por completo.

Sigo observando el horizonte, dejando que el viento se enrede en mi pelo y que el sonido del océano me transporte a algo más grande.

Estoy sentada sobre una roca, en medio de la playa, observando el mar con una mezcla de fascinación y frío. Mi trasero, ya entumecido por la roca helada, parece estar completamente en desacuerdo con mi decisión de sentarme ahí, pero la vista me ha atrapado. El viento sigue azotando la isla, y mientras trato de no convertirme en un bloque de hielo, noto algo moverse por la zona detrás de un alto saliente de piedra de los acantilados.

Mi vista se fija en un perro, corriendo feliz tras un palo que su dueño le lanza. Al principio, no entiendo por qué algo tan sencillo me tiene tan entretenida, pero pronto mi mirada se dirige al dueño del perro. Oh. Es él. El vecino. No ha notado que estoy aquí, y es probable que siga sin hacerlo, pero aún desde esta distancia, se nota que está totalmente feliz disfrutando de este momento con su perro.

Y sí, honestamente, lo que realmente me tiene cautiva no es ni el perro ni el palo, sino él. Él, que es lo que uno podría describir como un "buenorro" en mayúsculas. Está tan... increíblemente atractivo que me siento algo estúpida por darme cuenta solo ahora. ¿Qué he observado yo en ese hombre, además de su cara de malhumorado permanente? Me pregunto si es el viento o el mar, o si me he quedado aquí sentada y congelada tanto tiempo que mi cerebro ya no funciona bien.

James, el vecino, no es solo atractivo en el sentido común, como lo sería cualquier tipo con una buena mandíbula o un par de ojos interesantes. No. Él tiene esa presencia de hombre que parece sacado de algún tipo de fantasía costera, con una apariencia tan cuidada pero tan natural que parece que no hace nada para conseguirla. En lugar de ser el tipo que se pasa horas en el gimnasio, o de esos que se obsesiona con su propio reflejo, él tiene

algo más que un físico envidiable: es esa sensación de estar perfectamente en su elemento, de moverse con la agilidad de alguien que no necesita esforzarse para destacar, porque lo hace de forma tan natural que parece casi injusto para el resto de los mortales.

Sus hombros son anchos, lo que lo hace parecer aún más alto de lo que realmente es. Y cuando se mueve, es como si tuviera una suerte de elegancia ruda, casi de superviviente, como si estuviera hecho para vivir aquí, en la isla, con el viento y el mar. Su ropa, sencilla y que le queda a la perfección, no hace más que acentuar esa figura de hombre que parece estar tallada a mano. No necesita exhibir músculos u ostentar, pero cuando lo hace, con un simple movimiento, hay algo que te detiene y te hace pensar: «Este tipo está hecho para ser admirado y babear a su lado».

Su pelo es lo que más me atrae. Es oscuro, algo rebelde, con esa textura que hace que parezca que, aunque se lo pase con la mano para apartarlo de los ojos, no está realmente domado. Es un tipo de pelo que parece ir en contra de cualquier esfuerzo por controlarlo, pero que de alguna forma le queda perfecto. El viento lo acaricia y se mueve con él, y cuando lo aparta hacia un lado, ¡Virgen Santísima! Es super sexy, como si lo estuviera haciendo sin pensarlo, es como si su estilo tuviera una vida propia. Todo parece tan espontáneo, como si la isla misma le hubiera dado ese *look*.

Pero lo que realmente te atrapa, lo que de verdad deja huella, son sus ojos. No son los ojos de un hombre cualquiera. Tienen esa profundidad que te hace preguntarte si en cada mirada está escondiendo algo más. Su mirada, intensa pero tan serena, tiene esa capacidad de hacerte sentir que sabe cosas que tú aún no entiendes. Esa mezcla de misterio y una tranquilidad absoluta, como si su mundo no se viera alterado por nada, es lo que lo hace incluso más cautivador.

Es como si el simple hecho de estar aquí, en este lugar, lo hubiera transformado en un hombre que se siente absolutamente

cómodo consigo mismo, sin necesidad de aprobación. Y lo peor, o lo mejor, es que esa confianza en sí mismo tiene un atractivo indiscutible. No hay nada forzado, todo es auténtico. Si alguien estuviera buscando un ejemplo de "lo que la naturaleza hace a su antojo", James sería el candidato perfecto.

Yo, por mi parte, trato de esconderme un poco en la roca, como si pudiera mimetizarme con el paisaje. Claro, porque si algo sé hacer bien en mi vida es desaparecer en una roca fría, como una especie de camuflaje humano. Pero veo que en realidad no soy muy buena en esto, porque justo en el momento en que James le lanza el palo a su perro, el animal levanta el hocico y olfatea el aire, como si un sexto sentido le dijera que hay algo... o más bien alguien, allí.

Y al instante, el perro me ha detectado. Sus ojos brillan con la emoción de la caza, y sin pensarlo dos veces, empieza a correr hacia mí, sus patas levantando la arena con cada salto. "No, no, no", pienso. De todas las maneras posibles en las que podía ser descubierta, esta es la más ridícula. ¡Un perro! ¿En serio?

Mi primer impulso es levantarme y correr, pero mis piernas, en un acto de traición absoluta, deciden que hoy no van a cooperar. Nunca he tratado con perros y verlo venir directo hacia mí, con esa energía desbordante y la lengua afuera, me ha dejado completamente paralizada. «Oficialmente puedo considerarme un cubito de hielo esperando a ser devorado por un perro entusiasta». Así que me quedo muy quieta, congelada, sentada en una roca, viendo mi destino acercarse a toda velocidad en forma de cuatro patas y demasiada emoción.

Justo cuando estoy a punto de aceptar mi destino, James se lleva la mano a la boca y suelta un silbido tan potente que hasta las gaviotas deben de haberse sobresaltado. El perro, que aparentemente tiene mejor educación que muchas personas que conozco, se detiene en seco… tan pero tan cerca de mí, que la impresión me hace perder el equilibrio y, en una escena digna de un vídeo viral, caigo de bruces en la arena. Sí. Así, sin gracia, sin

dignidad, como un saco de patatas lanzado desde un camión en marcha.

El perro suelta un ladrido, no sé si de alegría, preocupación o pura burla perruna, pero no se mueve hasta que su "amo todopoderoso" llega y lo aparta con un gesto de la mano. Mientras tanto, yo sigo allí, boca abajo, tratando de recordar en qué momento mi vida se fue al traste.

—¿Estás bien? —pregunta James, con un tono de urgencia mientras llega hasta mí en un par de zancadas.

Levanto la cabeza apenas lo suficiente como para ver su expresión: está genuinamente preocupado… o intentando no reírse demasiado.

—Físicamente creo que estoy bien. Emocionalmente… por los suelos —susurro, con el poco orgullo que me queda mientras me llevo una mano a la cara, ocultándome de la realidad.

—No, en serio. ¿Estás bien? —insiste, con el ceño fruncido, probablemente porque aún no se fía de mi nivel de idiotez.

—Yo siempre hablo en serio —respondo, quitándome un poco de arena de la cara, con la dignidad de alguien que claramente no tiene ya nada que perder.

James no parece convencido. Suspira, y entonces, con toda la naturalidad del mundo, me tiende la mano. Y qué mano. No quiero sonar dramática, pero esa mano parece sacada de una escena en la que el protagonista está a punto de salvar a la damisela en apuros.

Spoiler: la damisela soy yo, y en este caso, el único apuro es mi orgullo hecho trizas en la arena.

Me quedo mirando su mano como si fuera una trampa, y al ver que no reacciono, él parece perder la paciencia. Sin darme tiempo a negarme, pasa sus brazos bajo los míos y, con un movimiento firme, rudo y completamente inesperado, me levanta del suelo sin esfuerzo, como si yo pesara lo mismo que una pluma.

¿Perdón?

Se me escapa un jadeo de sorpresa y, por un segundo, me quedo mirándolo con la boca entreabierta. ¿Era necesario hacer eso con tanta facilidad? Porque, sinceramente, si quería dejarme claro que es fuerte como un condenado leñador inglés, lo ha conseguido.

James, con su mandíbula apretada y esos ojos que parecen estar evaluando si sigo en una sola pieza, me repasa de arriba abajo. Literalmente. Un escalofrío me recorre, y no sé si es por el frío o porque estar tan cerca de este hombre en modo "héroe rudo" está teniendo un efecto preocupante en mi cerebro.

—Estoy bien. Estoy bien —digo rápidamente, levantando las manos para calmarlo… y, de paso, evitar que siga mirándome así—. Solo que me había congelado y tenía las piernas que no me reaccionaban —añado, intentando que mi voz suene casual.

Spoiler: no lo logro.

James suelta un gruñido, ese tipo de sonido que hacen los hombres cuando creen que saben más que tú.

—Hace demasiado frío para estar sentada en una roca —dice, con el tono de alguien que claramente no tiene tiempo para debatir con una idiota que decide convertirse en estatua de hielo en la playa.

—Ahora lo sé —digo, con una mueca, pasándome las manos por los pantalones para limpiarme la arena. Como si eso fuera a devolverme la dignidad.

—Además, los perros y yo no nos llevamos bien —añado, en un intento por justificar mi reacción exagerada.

James, el muy desgraciado, sonríe de lado. De lado. Como si disfrutara esto demasiado.

—Tampoco con las cabras —susurra, con una sonrisita que me provoca un impulso asesino.

Estoy a punto de fulminarlo con la mirada cuando, para rematar, añade con total calma:

—Dinsky no es un perro agresivo. Solo quería saludar.

Claro. Solo quería saludar… con la energía de un cohete en pleno despegue.

Le dedico una mirada asesina, pero, por dentro, sé que, en el fondo, esto solo confirma una cosa: mi vida en esta isla ha alcanzado oficialmente el nivel de desastre absoluto.

Tras darle las gracias—rápido, sin mirarlo demasiado y con el amor propio en estado crítico—decido que es hora de volver a casa. Después de hacer el más absoluto de los ridículos, quedarme aquí más tiempo sería simplemente auto-tortura. Así que, con una despedida seca, educada y lo más neutral posible, doy media vuelta y me alejo a paso firme, como si mi objetivo fuera borrar de mi memoria todo lo sucedido en los últimos minutos.

Hoy, oficialmente, no pienso investigar más por esta zona. Me lo he ganado. Lo que sí que voy a hacer es algo que implica menos probabilidades de humillación pública: irme al pub. Artie mencionó que mucha gente del pueblo se reúne allí los viernes por la tarde, y sinceramente, después de la caída, el perro, el vecino buenorro que me levanta con una mano como si pesara lo mismo que un cojín, y su sonrisita burlona… necesito un trago.

Vuelvo caminando a paso firme, sintiéndome un poco más recuperada a medida que me acerco a casa. Pero justo cuando entro por la puerta de la valla, me detengo de golpe.

Delante de la entrada, colocadas con toda la intención del mundo, hay dos cajas llenas de troncos bien partidos para la chimenea. Y, encima de una de ellas, una bolsita con… ¿huevos? Parpadeo un par de veces, asegurándome de que no estoy alucinando después de mi encuentro con el suelo. Pero no, ahí están. Madera perfectamente cortada, lista para calentar mi casa, y un regalo inesperado en forma de huevos frescos.

Sonrío automáticamente. Qué mona y amable es Mrs. Gladys. Me ha salvado del tedioso trabajo de tener que buscar más madera por la isla y, de paso, me ha dejado algo para el desayuno. Tal vez la vida aquí no sea tan cruel después de todo.

Decidida, recojo la leña con la firme intención de encender la chimenea antes de ir al pub. Quiero asegurarme de que cuando regrese, la casa esté calentita y acogedora, porque después de esta mañana, lo único que quiero es esta tarde llegar y tirarme en un sofá con la satisfacción de haber sobrevivido un día más en esta isla llena de cabras criminales, gallos con egos de emperadores y vecinos que parecen salidos de una novela de romance.

Ahora sí, que me esperen en el pub. Me lo he ganado.

Capítulo 11



Lucía

Tras comer algo rápido—porque con este frío mi estómago no tiene tiempo para exquisiteces—, echo un vistazo al teléfono móvil y al correo electrónico, como si esperara que algo emocionante hubiera ocurrido en mi ausencia. Spoiler: nada nuevo. Un par de correos basura, un mensaje de mi hermano que probablemente sigue riéndose de mis desventuras cabrunas, y alguna notificación sin importancia. Perfecto, sigo atrapada en la isla sin novedades del mundo exterior.

Decido que es hora de prepararme para salir, así que me doy una ducha caliente que, sinceramente, creo que es como el mejor regalo que me ha dado la vida en días. Bendita agua caliente. Una vez que mi temperatura corporal vuelve a niveles normales me siento un poquito restaurada y me pongo un vestido abrigado con unas botas altas. No tengo ni idea de qué tipo de ambiente me voy a encontrar en el pub, pero si los viernes son el evento estrella para la comunidad local, más vale ir con algo que me haga sentir presentable y no como una náufraga perdida que recoge palos al amanecer.

Me miro en el espejo con satisfacción. No está mal. A pesar de los percances de la mañana, al menos no parezco alguien que ha besado el suelo en la playa. Me aseguro de que llevo en el bolso

todo lo que pueda necesitar: llaves, teléfono, dinero, una libretita y un boli… y quizás un poco de paciencia, porque Dios sabe con qué me voy a encontrar esta noche.

Antes de salir por la puerta, me bebo el último trago de la copa de vino que me había servido. Pequeña ayuda líquida para afrontar la vida isleña con más entusiasmo.

Y así, con la determinación de alguien que se lanza a una nueva aventura—esta vez sin cabras ni gallos de por medio—, me encamino decidida hacia el pueblo de nuevo. A ver qué me espera en el famoso pub de los viernes.

Mientras me acerco a las casas que componen el centro neurálgico de la isla—o lo que vendría siendo su versión a escala diminuta—, empiezo a sospechar que Artie, o tal vez mis propias expectativas, han fallado estrepitosamente. No veo a nadie por los alrededores. Ni un alma. Ni siquiera el típico señor mayor que se sienta en un banco a ver la vida pasar o alguna cabra rondando con cara de buscar problemas. ¿No se supone que el viernes es el gran día?

Por un momento, me planteo la posibilidad de que haya interpretado mal la información y que en realidad el viernes sea el día en que todos se encierran en sus casas a jugar al dominó o a hacer sacrificios rituales a las cabras (lo cual tampoco me sorprendería demasiado). Aun así, no pienso rendirme. Continúo en dirección al pub, con la firme convicción de que, si no hay fiesta aquí, al menos podré tomarme un trago en la más absoluta soledad, que tampoco suena tan mal después de mi día.

Pero también hay otro motivo. Aquí es donde la gente se reúne. Y donde hay gente, hay información. Si quiero encontrar buenas historias para mis artículos, este es el mejor sitio para ello. La isla tiene algo que contar, eso lo sé. Todo rincón parece estar envuelto en algún misterio, en recuerdos que la gente guarda para sí misma, y quiero descubrirlos. Además… con un poco de suerte, quizás también pueda encontrar pistas sobre Elliot Grayson. Nadie

quiere hablar de él abiertamente, pero en un pub, después de un par de tragos, la lengua de cualquiera puede soltarse un poco.

Cuando llego a la puerta, la abro con determinación, porque si he caminado hasta aquí, no pienso quedarme fuera. Y… ¡sorpresa!

El bullicio del local me golpea de lleno.

Las conversaciones animadas, el sonido de vasos chocando, alguna que otra carcajada fuerte… el sitio está lleno. Lleno de verdad. La típica escena en la que uno abre la puerta de un sitio ruidoso y por un instante parece que el tiempo se detiene. Algunos se giran hacia la puerta y me miran con curiosidad.

Maravilloso. Supongo que a estas alturas todo el mundo en este pub ya sabe exactamente quién soy. La noticia de mi enfrentamiento con las cabras seguramente ha dado la vuelta a la isla y ha sido narrada con tantos detalles y exageraciones que ahora debo de ser algo así como una leyenda local. La forastera que casi pierde la vida luchando contra un rebaño de criaturas demoníacas. Y, por supuesto, la tarada que ha alquilado la casita de la playa en pleno invierno. Porque claramente nadie en su sano juicio lo haría.

Pero no importa. Si tengo que ser el centro de atención por un rato, al menos voy a sacarle provecho. Artie me ve y me hace un gesto para que me acerque a la barra. Me abro paso entre la multitud con la cabeza alta, dispuesta a sobrevivir a una noche de miradas curiosas, comentarios indiscretos y, con suerte, un par de copas que me ayuden a sobrellevarlo todo.

Y quién sabe… quizás entre estos muros, entre risas, rumores y vasos de cerveza, alguien suelte exactamente lo que necesito saber sobre Elliot Grayson.

Que empiece la función.

Siento que la atención sobre mí es más intensa que el viento helado de la isla. Pero lo que no esperaba era la reacción de Artie. Me recibe con un entusiasmo desbordante, como si fuera una hija

pródiga que regresa tras años de ausencia, y antes de que pueda reaccionar, se lleva los dedos a la boca y suelta un silbido ensordecedor.

El sonido corta el aire con una fuerza tal que me retuerzo instintivamente y me llevo las manos a los oídos. ¿Pero qué demonios…?

Y entonces, silencio absoluto.

Todos los presentes dejan de hablar y giran la cabeza en nuestra dirección con un nivel de atención que ni siquiera los políticos en campaña pueden conseguir.

«Tierra, trágame».

Siento el calor subirme al rostro mientras mi cerebro intenta procesar cómo salgo viva de esta situación sin hacer otro ridículo histórico.

—Vecinos, ella es Lucía Ferrer. —Artie proclama con voz grave, asegurándose de que absolutamente todos le escuchen—. Creo que a estas alturas ya hemos oído hablar de ella.

Un murmullo recorre el pub y varios vecinos asienten con la cabeza, algunos con sonrisas divertidas, otros con una mirada evaluadora. Genial. Oficialmente soy una celebridad local. No por mi brillante pluma periodística.

Pero Artie no ha terminado.

—Lucía está escribiendo un artículo para una publicación, así que sacad vuestro lado más comunicativo y hablad con ella para que su artículo sea todo un éxito. ¿De acuerdo?

No me da tiempo ni a reaccionar cuando casi todo el pub responde con un "¡SÍ!" sonoro. Algunos incluso levantan sus copas en mi dirección, como si estuvieran celebrando mi llegada.

¡Perfecto!

Parece que, después de todo, hoy va a ser finalmente un gran día. O al menos, uno muy interesante.

—A la primera invita la casa. —proclama Artie con entusiasmo, agarrando una jarra y sirviendo cerveza directamente del barril con la destreza de quien ha hecho esto toda su vida.

No voy a discutirlo. Me lo he ganado.

Me acomodo en un hueco libre en la barra, con la jarra entre las manos, y apenas me he asentado cuando una pareja de mediana edad, sentada a mi lado, me mira con sonrisas cómplices, como si ya supieran de antemano que me espera una noche llena de revelaciones.

—Hola. —les saludo con una sonrisa, aún sin saber si esto es un interrogatorio encubierto o simplemente la amabilidad de la isla en su máxima expresión.

Pues sí, definitivamente Artie no mentía cuando hablaba de los viernes por la tarde.

La velada avanza y empiezo a hablar con unos y otros sobre el artículo que quiero entregar este mismo fin de semana sobre la influencia de la naturaleza en la vida de las personas. Todos me responden con entusiasmo, como si estuvieran en un congreso ecológico patrocinado por la propia isla. Me hablan del aire puro, de la desconexión del caos de las ciudades, de lo terapéutico que es vivir rodeados de mar y vegetación. Todo suena precioso, casi poético, pero cuando ya han agotado los beneficios de la naturaleza y pregunto por Elliot Grayson, el ambiente cambia.

Las respuestas dejan de ser entusiastas y pasan a ser, en el mejor de los casos, raras.

Un tipo mayor con barba canosa y un acento más cerrado que el resto, suspira dramáticamente y dice:

—Dicen que una noche, bajo la luna llena, se tiró por uno de los acantilados y su espíritu aún vaga por la isla…

Añado un sorbo de cerveza a mi vida para procesar eso.

—¿Su espíritu? —repito, sin saber si me está tomando el pelo o si en serio creen que la isla tiene su propio fantasma de un artista atormentado.

—Así es. —asiente solemnemente—. Pero no es un espíritu normal. Si lo ves, tendrás la mejor inspiración de tu vida… o te volverás loca.

Genial. Un fantasma inspirador o una condena a la locura. No hay punto medio.

Una mujer de pelo rizado que estaba escuchando la conversación se acerca y susurra con un tono de conspiración:

—Eso no es cierto. La verdad es que se le fue la cabeza. Ahora solo se sabe de él por las noches. Nadie lo ha visto de día desde hace años.

—¿Por las noches? —pregunto, ya entrando en terreno de esto se está poniendo interesante.

—Sí, solo aparece cuando la isla duerme. Algunos dicen que se esconde en una cabaña en medio del bosque, otros juran haberlo visto merodeando por el puerto, pero lo más extraño es lo que hace cuando nadie lo ve.

—¿Y qué hace? —pregunto, porque a este punto, la historia de Elliot ya ha superado cualquier expectativa.

—Solo pinta desnudo.

Casi me atraganto con la cerveza.

—¿Disculpa?

—Sí. Se pasea por su casa completamente desnudo y pinta como un poseso. Dicen que no puede crear si lleva ropa puesta.

Parpadeo varias veces, porque no sé qué parte me sorprende más, si el hecho de que lo describan como un ermitaño fantasma o

que alguien, en algún momento, ha tenido la oportunidad de confirmar que pinta sin ropa puesta.

Un hombre que hasta ahora había estado callado decide añadir su teoría personal:

—Nada de eso. Elliot no desapareció. En realidad, está en la isla, pero se comunica con los delfines.

—¿Los delfines?

—Exactamente. Se dice que aprendió su lenguaje y que, si alguna vez lo necesitas, solo tienes que meterte en el agua y esperar. Si eres digna, los delfines te llevarán hasta él.

Me froto la sien con los dedos. Esto se está saliendo de control.

—O quizá, —interviene otro, con tono de estar revelando un secreto prohibido—, es el dueño de la casa tras la valla alta de piedra que hay tras los acantilados. En realidad es un millonario huraño que sigue aquí porque no soporta el mundo exterior.

Ok, esta última suena un poco más realista, pero considerando lo que he escuchado hasta ahora, no puedo estar segura de nada.

—También hay quien dice que fue secuestrado por un grupo de gaviotas gigantes y ahora es su líder. —suena otra voz desde el fondo del pub.

—O que se convirtió en una criatura del mar y ahora solo se le puede ver cuando hay tormenta.

—O que en realidad nunca se fue y es el que vigila todo lo que pasa en la isla.

Vuelvo a beber un gran trago de cerveza, porque sinceramente, esto es demasiado incluso para mí.

Si algo saco en claro de esta conversación es que Elliot

Grayson es algo entre leyenda urbana, ermitaño místico y artista desquiciado, y que, si quiero saber la verdad, no voy a encontrarla en estas historias disparatadas.

Pero lo que sí sé es que tengo que encontrarlo. Voy a tener que emplearme más a fondo para lograr saber de él.

Ya voy por mi tercera cerveza cuando la puerta del pub se abre con estrépito y entra Mrs. Gladys, esa mujer que tiene más energía que un rayo en una tormenta eléctrica. A pesar de que ya no estoy completamente sobria, me esfuerzo por no hacerle demasiada mueca cuando pasa por mi lado, con su inconfundible paso decidido.

No estoy borracha, aunque algo perjudicada, si soy honesta. Los isleños, con su afán de hospitalidad, han logrado mezclar la cerveza con lo que ellos llaman un licor local, cuyo nombre he olvidado en cuanto tomé el primer trago. Una mezcla que, honestamente, no sé si debería haber probado.

—¡Querida! —exclama con más entusiasmo del que mis neuronas pueden procesar en este momento—. ¿Cómo estás?

—Bien. —respondo, sintiendo cómo las palabras salen como si estuviera hablando bajo el agua.

Ella me mira, sus ojos como si pudieran leer mis pensamientos y como si, además, tuviera el poder de juzgarme por cada sorbo que he dado a la bebida. Luego se fija en el pequeño vaso junto a mí en la barra.

—¿Cuántos has bebido de estos? —pregunta, casi regañándome, mientras aparta el vaso con una mano como si fuera un niño travieso.

—Unos cuantos. —digo, intentando parecer lo más digna posible, aunque mi sonrisa se asemeje más a la de alguien que acaba de descubrir que ha estado cantando karaoke en público sin querer. — No he querido ser desagradable, pero todo el mundo insiste en que brinde con ellos…

—Esto tiene mucho alcohol. Hay que estar acostumbrado a beberlo… —me responde, echando un vistazo a la jarra y luego mirándome como si yo fuera una niña perdida en un mundo de adultos borrachos.

—Creo que a estas horas de la tarde ya me he acostumbrado… —susurro con una sonrisa tonta, mientras me paso una mano por el pelo, como si la mezcla de alcohol y vergüenza me diera una aura de "sabiduría isleña". — Por cierto, gracias por la leña y los huevos.

Me apoyo en la barra, con los brazos cruzados, confiando en que ese pequeño gesto de cortesía me haga parecer más sensata, a pesar de que mis pensamientos están flotando en algún lugar lejano, como si mi cuerpo estuviera aquí pero mi cabeza hubiera decidido hacer turismo por el aire.

Mrs. Gladys me mira con una expresión de total desconcierto, como si hubiera mencionado algo totalmente fuera de lugar.

—¿De qué hablas? —pregunta, frunciendo el ceño y casi haciendo que el resto del bar se detenga para escuchar la conversación.

—De lo que había en mi puerta. —digo, incapaz de entender su reacción. — La leña… y los huevos.

Ella parpadea, desconcertada.

—Yo he estado todo el día en la tienda. —me dice, claramente extrañada, como si no tuviera ni idea de lo que estoy hablando.

Me quedo completamente turbada. ¿Si no ha sido ella quien me dejó la leña que tanto necesitaba?

Esto es… raro.

¿Quién en su sano juicio dejaría leña en mi puerta, en medio de la nada? ¿Y unos huevos, además? No parece el tipo de gesto que se dé sin más. Quizá el "vecino parco en palabras" tiene algo

que ver, o tal vez el misterioso Elliot que vaga por la isla y está observándome por las noches. O, simplemente, los habitantes de la isla están más interconectados de lo que quiero admitir.

Un escalofrió me recorre la espalda. Pero aquí hay algo que no cuadra.

Mrs. Gladys, con su energía desbordante se dirige directamente a Artie, con una mirada que haría que cualquiera se sintiera como un niño que ha robado galletas. Lo regaña, con la autoridad de una madre que sabe cómo dar instrucciones sin que nadie se atreva a cuestionarlas. Artie, con su eterna sonrisa, se encoge de hombros y parece más preocupado por el sabor de la cerveza que por el hecho de que me haya pasado un poco con el licor isleño.

—¡Artie! —dice Mrs. Gladys, como si estuviera regañando a un niño pequeño—. ¿Qué le has dado a esta chica? ¡Mírala! Déjala que se recupere un poco. Sirve algo de comer.

Artie se encoge de hombros, pero no protesta. Sabe que, al final, la que manda es ella. Me lanza una mirada cómplice.

—¿Qué te apetece comer? —me pregunta, casi sin mirarme, como si no tuviera idea de lo que realmente debería ofrecerme en ese momento.

—¿Tienes una carta? —pregunto, medio segura de que en este lugar una carta es algo que nunca ha existido.

Artie me observa un momento, receloso, como si pensara que mi pregunta es alguna especie de broma. Luego, mirando a su alrededor y buscando un refugio para su orgullo, intercambia una mirada rápida con el hombre sentado a mi lado en la barra, que parece estar disfrutando de mi incomodidad.

—No. —responde, casi como si fuera una afirmación más que una negativa.

—Pues sírveme lo que quieras… pero sin alcohol. —le

respondo, con una sonrisa divertida, porque sé que mi comentario ha sido tan obvio como una broma de mal gusto.

Artie me lanza una mirada cómplice mientras se dirige a la cocina, y yo, todavía confusa y con el cerebro en modo "necesito tomarme un descanso de la vida", me quedo esperando en la barra. En ese momento, el hambre me empieza a atacar con la ferocidad de un animal salvaje.

En pocos minutos, Artie regresa con un plato de *fish and chips* que parece haber salido directamente de los años 60, con sus patatas fritas doradas, su pescado rebozado y, claro, los guisantes, que, como siempre, no sé ni para qué están ahí, pero al menos hacen que el plato tenga algo de color.

—Aquí tienes. —Artie me dice mientras coloca el plato con un gesto digno de un chef.

La verdad, es lo más parecido a un banquete que he visto en esta isla, así que no puedo hacer más que dar gracias. Cojo una patata frita, la embadurno con salsa y me la meto en la boca. ¡Qué felicidad! En serio, es como si mi estómago me diera un aplauso silencioso por haber llegado hasta aquí.

Mientras mastico, me doy cuenta de que mi libreta está frente a mí, recordándome que he venido aquí con un propósito.

¡El artículo!

¡El artículo sobre Elliot!

Miro la libretita que tengo delante, con las páginas llenas de garabatos, observando cómo el "artículo sobre Elliot" se ha convertido en una mezcla de comentarios absurdos sobre leyendas isleñas y un par de historias de borrachos que solo tienen sentido si se escuchan a la luz de las velas.

Perfecto. Ya tengo todo para el primer artículo, pero sobre Elliot… no tengo más que una cantidad ingente de sandeces, sin pies ni cabeza. Mis esfuerzos por investigar sobre él han sido inútiles, y

mi acercamiento a los isleños me ha dejado con más preguntas que respuestas. ¿En qué momento me metí en esta bola de nieve de rumores y misterios que no llevan a ningún lado?

Me quedo mirando la libreta con desespero. Ni siquiera sé por dónde empezar a reorganizar todo esto.

Mi estómago parece estar en un estado de rebelión total. No solo tengo hambre, sino que además el alcohol ha hecho su efecto, y la combinación de todo eso no puede ser buena. A mi lado, el silencio de James, mi vecino, es casi tan pesado como una capa de niebla. Él sigue bebiendo con la misma calma estoica de siempre.

¡Este es el mismo hombre que me levantó de la arena como si fuera un muñeco de trapo y ahora estoy sentada junto a él en un pub, comiendo como si nada! Y, lo peor de todo, parece que no me ha dicho ni una palabra desde que entramos. Como si fuera un trozo de mobiliario, simplemente ahí, pero con músculos que te podrían aplastar en un segundo si tuviera la mínima intención de hacerlo. Pero, claro, no lo hace. O tal vez no lo hace por... ¿falta de ganas? ¿Falta de interés? No sé, pero yo aquí, a lo mío.

Con una mezcla de alcohol, vergüenza y lo que parece ser un impulso completamente errático, decido hablar, aunque sea para no parecer una idiota completamente aislada.

—Están buenas —digo levantando una patata frita que acabo de coger, como si fuera a lograr una conversación profunda sobre la vida.

James apenas levanta la mirada. Él ni siquiera hace el esfuerzo de morderse el labio de manera simpática o levantar una ceja con un atisbo de complicidad. No, él simplemente hace ese leve movimiento de cabeza que podría ser interpretado como una respuesta afirmativa, pero con todo el entusiasmo de un semáforo en verde.

Yo, por supuesto, no me rindo tan fácilmente. Estoy aquí para hacer preguntas, para conseguir algo, ¡cualquier cosa! Así que,

respirando un poco más hondo y notando que los nervios están dejando paso a la total desesperación, decido lanzarme a la piscina.

—¿Puedo hacerte un par de preguntas para mi artículo? —pregunto, con una entonación que intenta sonar profesional y animada, aunque seguro que me sale más como la voz interior de alguien que ya no tiene nada que perder.

James me responde con un gruñido. Un gruñido bajo, que podría haber sido una afirmación o una protesta, o tal vez un "¿de verdad?" pero, sinceramente, ya no estoy segura. Así que saco mi libreta, con el aire de alguien que acaba de dar un paso irreversible hacia el abismo de la conversación, y continúo.

—¿Qué tal vives aquí, en la isla? —pregunto, manteniendo la sonrisa más animada que he podido reunir. La sonrisa de una persona que está completamente segura de que esto va a ser una entrevista fabulosa.

James parece no notar que le he hablado. O tal vez sí, porque después de unos segundos de silencio, me lanza una mirada rápida y luego se encoge de hombros, como si la pregunta fuera la cosa más banal del mundo.

—Bien —responde, como si hubiera salido de una máquina expendedora de respuestas. Y en mi mente resuena esa palabra como un eco que ni siquiera sé cómo procesar. «¿Eso es todo? ¿Bien?».

Sigo sin saber si está siendo irónico o si de verdad no le importa lo más mínimo que le haga preguntas. No tengo tiempo para dudas existenciales ahora, así que me lanzo a la siguiente.

—¿No te aburre estar tan rodeado de gente mayor? —le pregunto, intentando sondear un poco más. Esto es la isla, después de todo, y sé que la media de edad ronda los setenta. Esto tiene que ser interesante, ¡espero!

James, nuevamente, no se inmuta. Está tan tranquilo que me

siento como una niña gritándole al viento y esperando una respuesta. Cuando por fin me mira, sus ojos parecen ver a través de mí, y es entonces cuando responde, con su tono típico de hombre de pocas palabras:

—No —Y ya está. Esa es su gran reflexión sobre estar rodeado de gente que podrían ser sus abuelos.

Me quedo mirando su rostro, tratando de encontrar algo, lo que sea, pero la verdad es que la conversación es más tensa que un cable de guitarra desafinado. Al final, me rindo. Lo que sea que él piense o sienta, no lo voy a entender con una simple charla de bar. Y, sinceramente, no sé si quiero.

Pero yo no me doy por vencida tan fácilmente. La curiosidad me consume, y por pura inercia, hago una última pregunta:

—¿Cómo te apellidas, por cierto? —le pregunto, tratando de sonar lo menos torpe posible. Sé que transcendental saberlo, claro, pero con todo lo que ha pasado, ni siquiera me ha parecido relevante hasta ahora.

Él parece dudar por un instante. No sé si es porque piensa en la nula capacidad que tengo para mantener una conversación coherente, o si simplemente está tomando su tiempo para decidir si me lo va a decir. Al final, sin más preámbulos, responde.

—James. Todo el mundo me llama James —dice, con un tono que parece casi desinteresado, como si ya no tuviera ni la mínima intención de hacer más de lo estrictamente necesario para mantener la conversación.

Mi boca se queda abierta un segundo mientras asimilo la respuesta. James. Sabía que se llamaba James, pero escuchar su nombre de su propia boca hace que me sienta como una completa idiota. Pero claro, ¿qué iba a esperar de un hombre como él parco en palabras?

Decido cerrar mi libreta con una sonrisa tensa y me inclino un

poco hacia el lado, mirando hacia otro lado como si no hubiera pasado nada. Pero dentro de mí, hay una mezcla de frustración y fascinación. ¿Por qué es tan impenetrable? ¿Por qué me siento como si estuviera ante un acertijo sin respuesta? Pero lo peor de todo es que, con cada gruñido y cada palabra que escupe de su boca, más me doy cuenta de que no quiero dejar de intentarlo.

Le pido la cuenta a Artie, sintiéndome satisfecha, un poco mareada y con la vaga sensación de que he vivido uno de los episodios más surrealista de mi vida. No sé si mi investigación ha avanzado mucho hoy, pero lo que sí tengo claro es que he bebido más de lo recomendable y he descubierto que James tiene el carisma de una piedra, aunque una piedra con un físico bastante llamativo.

Pago lo que debo, me pongo el abrigo con un poco más de torpeza de la que quisiera admitir y le sonrío a Artie en señal de despedida.

—Artie, gracias por todo. —digo con cariño, porque a pesar de su dudoso sentido de la hospitalidad alcohólica, me ha tratado bien.

Él me devuelve una sonrisa bonachona, esa que tiene el poder de hacerte sentir como en casa, aunque lleves un par de días en la isla.

—Espero que tengas todo lo que necesitas.

Me echo a reír mientras me pongo la bufanda.

—*Bueeeno*… más o menos. —respondo con un suspiro—. Mañana intentaré terminarlo. Creo que por hoy ya es suficiente investigación. Y suficiente alcohol.

—Espera. —dice de repente, levantando una mano antes de que pueda dar un paso hacia la puerta.

Lo observo con curiosidad mientras abre un pequeño cajón bajo la barra. ¿Dinero? ¿Una carta secreta? ¿Las respuestas a todas

mis preguntas sobre Elliot? No. Nada de eso.

Con un gesto casi ceremonial, saca una pequeña pastilla y la coloca frente a mí, junto a lo que parece la máquina registradora más antigua que he visto en mi vida, probablemente de la época en la que los piratas aún surcaban los mares.

—Mañana lo vas a necesitar.

Miro la pastilla con el ceño fruncido, sin entender muy bien qué tipo de revelación me está haciendo.

—¿Un paracetamol? —pregunto, levantando la ceja.

—Para la cabeza. —responde con la misma certeza con la que alguien predice que lloverá en un día de nubes negras—. Mañana me lo agradecerás.

Suspiro, sabiendo que tiene razón. Cojo la pastilla con resignación y la guardo en el bolsillo del abrigo.

—Tienes razón, Artie. Nos vemos mañana.

Si mañana consigo levantarme sin sentirme como un desastre humano, sabré que Artie es, además de tabernero y proveedor de alcohol dudoso, un verdadero visionario.

Me ajusto el abrigo, meto las manos en los bolsillos y me preparo para enfrentarme al frío de la noche. Ya he bebido demasiado, hablado demasiado y recopilado una cantidad absurda de información inútil sobre Elliot Grayson. Lo único que quiero ahora es llegar a mi casa, meterme bajo una manta y procesar todo lo que ha ocurrido hoy sin más interrupciones.

Cuando empujo la puerta del pub para salir, me doy cuenta de que algo la mantiene abierta. No algo. Alguien.

Levanto la mirada, con la mente todavía un poco nublada por el alcohol, y ahí está él.

James.

Por un instante, mi cerebro hace cortocircuito. No porque esté sorprendente y absurdamente atractivo con su chaqueta oscura y su postura de tipo que parece no inmutarse por nada en la vida (que lo está), sino porque no esperaba que él me sostuviera la puerta. Más que nada porque hasta ahora, James se había destacado por su falta de interacción social conmigo.

Nos quedamos en una especie de mini duelo silencioso. Yo, con cara de asombro, y él, con su eterna expresión de "no me interesa nada, pero aquí estoy".

—Gracias. —murmuro, saliendo con cierta torpeza y tratando de no parecer afectada por el hecho de que James, el hombre que responde con gruñidos, haya hecho un acto de cortesía conmigo.

Él asiente en respuesta. Ni un "de nada", ni una sonrisa, nada. Solo ese leve movimiento de cabeza que puede significar cualquier cosa desde "no hay problema" hasta "sal y no molestes más".

Pero justo cuando creo que va a desaparecer en el interior del pub sin más, se queda dónde está. En la puerta. Observándome. Como si estuviera evaluando si debería decir algo más o si simplemente seguir con su costumbre de hablar en modo minimalista extremo.

La brisa fría de la isla me golpea la cara, y la sensación de que hay algo extraño en este momento no desaparece.

Finalmente, antes de darme la oportunidad de preguntarle por qué me mira como si estuviera esperando que hiciera algo, él rompe el silencio:

—¿Llegarás bien?

Mi cerebro tarda un par de segundos en procesar que James, James el impenetrable, me está preguntando si llegaré bien a casa.

Parpadeo. ¿Estoy borracha o acabo de escuchar lo que creo que acabo de escuchar?

—Sí… sí, claro. —respondo, aunque la realidad es que mi sentido de la orientación en este momento es cuestionable en el mejor de los casos.

James me observa por un instante más, su mirada intensa en la penumbra del pub. Luego, con otro de sus asentimientos estoicos, dice simplemente:

—Bien.

Y con eso, sin más explicaciones ni despedidas elaboradas, se mete de nuevo al pub, dejando la puerta cerrarse tras él como si nada hubiera pasado.

Me quedo ahí, en mitad del frío de la noche, con el corazón latiendo un poco más rápido de lo que debería y la sensación de que James es mucho más difícil de descifrar de lo que pensaba.

Empiezo a caminar de regreso a casa, repitiéndome que esto no significa nada.

Pero algo en mi cabeza, o tal vez en mi estómago (quizá el alcohol), me dice que esta noche James me ha impactado de verdad. Y eso, en esta isla donde todo es extraño, es decir bastante.

Camino despacio, con el viento frío golpeándome la cara y la firme determinación de no caerme de bruces en mitad del camino. La cerveza y el licor isleño siguen haciendo de las suyas en mi equilibrio, así que avanzo con la gracia de un pingüino borracho, asegurándome de pisar con cuidado para no terminar en el suelo antes de llegar a casa.

El silencio de la noche es absoluto. Solo el sonido de las olas en la distancia y el crujir de la grava bajo mis botas me acompañan. La isla, con su aire de misterio perpetuo, parece aún más inquietante a estas horas.

Cuando finalmente llego a mi puerta y estoy a punto de meter la llave en la cerradura, siento algo.

No lo oigo. No lo veo. Pero lo siento.

Esa sensación punzante, instintiva, esa certeza de que alguien me está observando.

Mi corazón empieza a latir más rápido. No puede ser James. Él se quedó en el pub, y en esta parte de la isla solo estamos él y yo.

Trago saliva con dificultad y me giro lentamente, esperando encontrarme con… ¿qué exactamente? No lo sé. Pero la sensación es tan fuerte que los vellos de mis brazos se erizan, y por primera vez desde que llegué a esta maldita isla, siento miedo de verdad.

Y entonces, un pensamiento me golpea como una flecha directa a mi ya alterado cerebro:

"El espíritu de Elliot Grayson".

¡Maldita sea! ¿Y si toda esa gente en el pub tenía razón? ¿Y si Elliot Grayson es un fantasma que vaga por la isla en busca de no sé qué demonios? ¿Y si está aquí, en este mismo instante, mirándome desde la oscuridad?

El terror se apodera de mí.

—¡*AAAAAAH*! —doy un grito desgarrador, uno de esos que seguramente habría despertado a medio pueblo de estar más cerca.

Sin pensarlo dos veces, salgo disparada hacia dentro de la casa. Mi cuerpo se mueve por puro instinto de supervivencia, abro la puerta de golpe, me meto dentro y la cierro de un portazo tan fuerte que hasta la estructura de la casa parece estremecerse.

Apoyo la espalda contra la puerta, jadeando, con el corazón golpeando mi pecho como si quisiera salirse.

Silencio absoluto.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, con los ojos abiertos como platos, esperando oír algo, ver un movimiento en la ventana,

sentir algo más. Pero no pasa nada.

El único sonido es mi respiración entrecortada y el tamborileo frenético de mi propio pulso.

Finalmente, tras lo que parecen siglos, me permito reírme.

¿De qué exactamente? No estoy segura. Tal vez de los nervios. Tal vez del pánico absurdo. Tal vez porque acabo de huir como una lunática de mi propia imaginación.

Pero una cosa es segura: mañana no voy a salir de casa hasta que haya luz del día.

Capítulo 12



Lucía

Abro los ojos y el infierno se desata.

Mi cabeza late con tal intensidad que juro que puedo sentir mi propio pulso en el cráneo, como si un ejército de duendecillos estuviera golpeando mi cerebro con martillos de hierro.

—No puede ser… —gimo, hundiéndome en la almohada.

Pero sí puede ser.

La resaca ha llegado para reclamar su trono y yo soy su humilde esclava, condenada a sufrir su ira sin derecho a queja.

Intento moverme, pero mi cuerpo protesta. No recuerdo con exactitud cuánto bebí, pero los recuerdos aparecen en fragmentos borrosos.

Cerveza. Licor isleño de dudosa procedencia. Más brindis de los necesarios. Miradas curiosas en el pub.

Y James.

El único recuerdo nítido en mi mente es cuando me abrió la puerta.

Ese gesto. Ese fugaz momento que debería haber sido insignificante, pero que se ha grabado en mi memoria como si fuera

una escena en cámara lenta.

¿Por qué?

No quiero analizarlo. No quiero pensar en James ni en su forma de ser irritantemente misteriosa y atractiva. No quiero recordar cómo me miró, cómo esperó en la puerta, cómo me preguntó si llegaría bien a casa.

Lo que sí quiero es volver a dormirme y olvidar que el mundo existe.

Pero el universo no está de mi lado, porque en ese mismo instante el maldito gallo entra en acción.

—¡*CO-CO-COOOOOOO*!

¿Por qué?

¿Por qué, por qué, por qué?

Ese maldito bicho ha decidido que su misión en la vida es torturarme, y lo está cumpliendo con absoluta perfección.

—¿Tú no descansas nunca? —gruño, pero obviamente el gallo no me contesta porque es un demonio disfrazado de ave de corral.

Intento ignorarlo, pero cada vez que estoy a punto de volverme a dormir, canta otra vez.

Mi cabeza explota con dolor con cada chillido del gallo, y de repente recuerdo algo.

Algo que mi yo borracha y en modo desastre total hizo bien anoche.

Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo—que, por supuesto, sigue tirado en el suelo porque llegué a casa como un desastre andante—y saco la pequeña pastilla de paracetamol que me dio Artie.

Lo bendigo en silencio.

Con una torpeza digna de una película de zombis, me arrastro por la habitación, voy hasta la cocina y bebo un vaso de agua como si fuera elixir de la vida. Me meto la pastilla en la boca y la trago con la devoción de alguien que acaba de encontrar la salvación.

—Gracias, Artie. —murmuro antes de regresar a la cama como un cadáver que vuelve a su tumba.

Y así, con el gallo aún gritando fuera y mi cabeza intentando recomponerse, me entrego de nuevo al sueño.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la vida parece un poco menos cruel.

El paracetamol ha hecho efecto y, aunque mi cuerpo aún parece haber sido atropellado por un camión, al menos mi cabeza ya no parece una olla a presión.

Paso la mañana en la cama porque no tengo fuerzas para existir más allá de las mantas.

Pero por la tarde, cuando ya no puedo justificar más mi estado de inactividad, me obligo a ser una persona funcional.

Hago café.

Me miro en el espejo y confirmo que parezco un desastre andante.

Me sirvo otro café.

Me siento frente al ordenador, abro mi libreta llena de garabatos y empiezo a escribir.

Al principio, todo me parece un revoltijo de ideas caóticas.

La naturaleza y su impacto en la gente. La vida en una isla remota. Cabras problemáticas. Gallo con complejo de dictador. Vecinos herméticos con tendencia a sostener puertas y mirar demasiado intensamente.

Pero poco a poco, el artículo toma forma y paso el fin de

semana entero con él.

Las palabras empiezan a fluir y, sin darme cuenta, estoy sumergida en la redacción, dejando que todo lo que he observado en la isla se transforme en algo con sentido.

Cuando finalmente termino, me siento orgullosa.

El texto está bien escrito, sólido, coherente. No hay ni una sola mención a las cabras con intenciones criminales ni a mi paranoia con el fantasma de Elliot Grayson.

Lo reviso una última vez y, con una sonrisa satisfecha, lo envío.

—Hecho —digo en voz alta, disfrutando de la sensación de haber sido productiva a pesar de la resaca.

Me dejo caer en la silla con un suspiro de alivio.

Pero justo cuando me relajo y disfruto de mi pequeña victoria, una idea inquietante cruza mi mente.

El artículo sobre Elliot Grayson.

He conseguido escribir el primero, pero sobre Elliot no tengo nada.

Nada que tenga sentido, al menos.

Solo un montón de mitos, rumores y teorías absurdas sobre un hombre que parece ser más leyenda que realidad.

Suspiro y cierro el portátil.

Ese será un problema para la Lucía de mañana.

Por ahora, lo único que quiero es descansar, porque si algo aprendí hoy es que esta isla nunca me va a dar un día tranquilo.

Me despierto con una sensación extraña. Tal vez sea porque mi cuerpo aún se está recuperando de la resaca del viernes o porque el maldito gallo ha decidido que es su deber despertarme otra vez.

—Voy a acabar contigo —murmuro, hundiéndome en la almohada mientras escucho su canto incesante.

Ignorando mi odio creciente hacia la fauna local, me obligo a salir de la cama y a enfrentar el día. Cuando abro la puerta de mi casa, me quedo completamente paralizada.

Hay más leña apilada junto a la puerta.

Parpadeo varias veces, tratando de convencerme de que no es una alucinación matutina.

Miro a un lado y a otro, esperando ver a alguien que me explique por qué, de nuevo, me han dejado este regalo anónimo. Pero no hay nadie.

Esto se está volviendo raro.

Cierro la puerta con el ceño fruncido, pero algo dentro de mí me dice que no puedo simplemente ignorarlo. La curiosidad se instala en mi pecho con la insistencia de una idea imposible de sacudir. ¿Quién está dejando la leña en mi puerta? ¿Por qué hacerlo de forma tan anónima? No es un gesto común y, aunque podría atribuirlo a la amabilidad de los isleños, algo no encaja del todo. No, no puedo dejarlo pasar. Tengo que descubrir qué está sucediendo. Y justo cuando intento apartar el tema de mi mente, una nueva idea toma forma con la velocidad de un rayo y se instala con firmeza en mi cabeza.

El muro de piedra.

Ese muro alto y majestuoso que encontré el otro día, cuya presencia me dejó con más preguntas que respuestas. Algo en mi interior me dice que tengo que investigar.

Así que, armada con mi chaqueta y mi determinación de periodista—la misma que suele meterme en problemas—, me pongo en marcha hacia la bifurcación del camino.

Cuando llego al imponente muro de piedra, la brisa fría de la

isla me golpea la cara, pero apenas la noto.

Observo la gran puerta cerrada, sintiendo que hay algo oculto tras esos muros que nadie en el pueblo quiere mencionar. ¿Será verdad que Elliot Grayson vive aquí, escondido de todo y de todos? ¿O solo es otra de las absurdas leyendas que los isleños disfrutan alimentando?

Me acerco lentamente, evaluando la estructura. Es alta, pero no tanto como para que no pueda intentar mirar por encima si encuentro el ángulo adecuado.

Me estiro, poniéndome de puntillas, tratando de encontrar algún resquicio, cuando una voz profunda rompe el silencio.

—¿Qué demonios haces?

Doy un grito y pierdo el equilibrio por completo, cayendo de culo en el suelo con un estrépito bastante humillante.

Levanto la vista, aún en *shock*, y ahí está. James.

Con los brazos cruzados, su típica expresión de hombre inexpresivo y una mirada que deja claro que acaba de pillarme haciendo algo que no debería.

—¡¿Quieres matarme de un susto?! —espeto desde el suelo, frotándome el trasero adolorido.

Él levanta una ceja.

—Tú eres la que está espiando detrás de un muro.

—¡No estaba espiando! —exclamo, sintiendo que mi credibilidad en la isla sigue en caída libre—. Solo… investigaba.

James suspira y, sin decir nada más, me tiende la mano. Me niego a recordar lo que pasó la última vez que me ayudó a levantarme, cuando lo hizo con una facilidad irritante, como si yo pesara lo mismo que una pluma. Pero, a falta de opciones, acepto su ayuda y, en un solo movimiento, estoy de pie otra vez.

Me sacudo la ropa y lo miro con el poco orgullo que me queda.

—Me han contado cosas sobre esta casa.

James sigue con su expresión neutral, pero puedo notar que me está analizando.

—¿Qué cosas?

Cruzo los brazos y sonrío con diversión.

—Pues… que Elliot Grayson se tiró por los acantilados y ahora su espíritu vaga por la isla buscando venganza.

James se queda en silencio por un segundo. Luego, para mi absoluta sorpresa, se ríe.

No una sonrisa mínima como la que le vi en el pub. Una carcajada de verdad.

Me quedo mirándolo, completamente atónita.

—¿Te estás riendo?

Él niega con la cabeza, pero sigue sonriendo, y por primera vez parece relajado.

—No puedo creer que alguien te haya dicho eso en serio.

—Oh, eso no es todo —continúo, ahora más entusiasmada porque acabo de descubrir que James es capaz de tener sentido del humor—. También dicen que solo aparece por las noches, que es un ermitaño que se ha vuelto loco y que ahora solo pinta desnudo.

James vuelve a reírse, pasando una mano por su pelo mientras sacude la cabeza.

—¿De verdad te creíste alguna de esas tonterías?

—A ver, cuando todo el mundo dice algo y nadie quiere hablar de él, pues es normal empezar a sospechar.

Él se apoya contra el muro con una expresión divertida que jamás imaginé ver en él.

—Elliot Grayson no es un fantasma, ni un loco que pinta desnudo.

—Eso diría un fantasma para despistar… —bromeo.

Para mi absoluta sorpresa, James vuelve a reí. No una simple sonrisa discreta, no un amago de diversión contenida. No. Es una carcajada de verdad, espontánea, profunda, casi desprevenida. Y yo… me quedo mirándolo, completamente atrapada en el momento, sin ser capaz de apartar la vista.

Es la primera vez que lo veo así, con esa sonrisa sincera que suaviza su rostro siempre serio, dibujando líneas marcadas en su mandíbula, haciéndola aún más definida, más atractiva. Mis ojos se detienen en la forma en que sus labios se curvan, en cómo su risa ilumina su expresión de una forma que jamás imaginé posible. Y entonces, están sus ojos. Esos intensos ojos verdes, que hasta ahora parecían siempre cubiertos por una especie de velo distante, pero que ahora brillan con un matiz diferente, como si la risa los hubiera encendido desde dentro.

Mi mirada sube sin querer hasta su cabello oscuro, revuelto por el viento, con mechones rebeldes que parecen desafiar cualquier intento de orden. Una mecha cae sobre su frente, deslizándose con descaro sobre su piel, y sin darme cuenta, me sorprendo reprimiendo el impulso absurdo de querer apartársela con la mano. Algo dentro de mí se enreda, se tensa, como si de repente este hombre, que hasta ahora había sido una muralla inexpugnable de silencio y gruñidos, se hubiera transformado en alguien más cercano, más humano, más peligroso de lo que me permito admitir.

Y entonces, me doy cuenta.

Estoy mirándolo demasiado.

Y peor aún… estoy sintiendo demasiado.

Estoy maravillada. Acabo de presenciar un milagro…

La conversación podría haber seguido, pero mi teléfono vibra en mi bolsillo. Cuando lo saco, veo que tengo un correo de mi jefa.

Abro el mensaje y lo leo con rapidez.

Lucía, el artículo estuvo genial. Me encantó. Si tienes tiempo, ¿podrías escribir otro? Esta vez sobre "La vida en una isla remota".

Un cosquilleo de emoción recorre mi cuerpo.

Lo logré.

Y ahora tengo una nueva oportunidad para seguir investigando, para seguir escribiendo… y para seguir descifrando los misterios de esta isla.

Levanto la mirada y veo a James observándome con curiosidad.

—¿Buenas noticias? —pregunta James, con ese tono neutro que me hace imposible saber si realmente le interesa o solo está siendo educado.

—Me han pedido otro artículo —respondo, sin poder evitar que una pequeña sonrisa se asome en mi rostro.

Él asiente lentamente, cruzándose de brazos contra el muro de piedra.

—Parece que esta isla te ha traído suerte entonces.

No sé si es solo una observación casual o si hay algo más detrás de sus palabras, pero el comentario me deja con una sensación extraña. Porque sí, la isla me ha dado algo inesperado, pero también me enfrenta a una realidad que no puedo ignorar por más tiempo.

«¿Podré quedarme aquí mucho más tiempo?».

El dinero que me han asignado para este encargo no es

mucho. Y aunque he intentado no pensarlo demasiado, empiezo a darme cuenta de que mi estancia aquí no puede alargarse indefinidamente. Además, echo de menos la ciudad. Echo de menos el sonido constante de los coches, el murmullo de la gente, las luces brillantes en cada esquina. Y, sobre todo, echo de menos un buen *chai latte*.

Suspiro, guardando el teléfono en mi bolsillo, tratando de no dejar que esos pensamientos me abrumen.

Sí, de momento me ha traído suerte y voy a quedarme más tiempo.

Pero la pregunta sigue flotando en el aire. ¿Cuánto tiempo más?

Lo que sí sé es que esta isla aún no ha terminado conmigo. Y no estoy segura de si eso es bueno o malo.

Cuando vuelvo a casa, lo primero que hago es llamar a mi hermano. Necesito contarle la noticia, pero también escuchar su voz. Aunque la isla empieza a resultarme intrigante, echo de menos la facilidad con la que siempre podemos hablar de todo y de nada.

—¿Sigues viva o ya te han devorado las cabras de la isla? —me dice en cuanto descuelga, con su tono burlón de siempre.

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer en el sofá.

—Sigo viva y con noticias. Me quedo una semana más.

—¡Vaya, vaya! La forastera empieza a echar raíces.

—No te emociones, todavía no he decidido hacerme isleña.

—Date tiempo. Dos semanas más y estarás ordeñando cabras y horneando pan casero.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza, pero cuando el bullicio de la risa se calma, dejo caer la verdadera razón por la que he decidido quedarme más tiempo.

—Lo mejor de todo es que Margaret, mi jefa, ha adorado el artículo.

—¿En serio? —pregunta con sincero entusiasmo.

—Sí, tanto que me ha pedido otro.

Él silba, sorprendido.

—Eso es genial. Lo estás haciendo bien, Lu.

—No sé si estoy haciendo lo correcto quedándome más tiempo…

—Claro que sí. —Su tono es firme, sin duda alguna—. Mira, si te hubieras rendido y te hubieras largado el primer día, no habrías conseguido esto. Te conozco, sé que cuando te metes en algo, lo haces bien. Sigue adelante.

Sus palabras me calman más de lo que quiero admitir. Puede que esta isla esté llena de momentos absurdos, gallos infernales y vecinos difíciles de descifrar, pero por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy en el camino correcto.

Después de colgar, con una nueva sensación de determinación en el pecho, decido que es hora de hablar con Mrs. Gladys sobre el alquiler.

Camino hasta su tienda, disfrutando del aire fresco de la tarde. Cuando empujo la puerta, el tintineo de la campanilla anuncia mi llegada. Mrs. Gladys está detrás del mostrador, acomodando algunas latas en las estanterías.

—¡Querida! —exclama al verme—. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien. Y con noticias. Quiero ampliar el alquiler una semana más.

Su cara es la viva imagen de la felicidad. Sus ojos se iluminan como si le hubiera dado la mejor noticia del mundo, como si acabara de decirle que me voy a quedar para siempre y que le traeré un

premio Pulitzer de regalo.

—¡Pero qué maravilla! —exclama, dando una palmada—. Sabía que esta isla te iba a atrapar.

—Bueno, aún no me llevo muy bien con ella, pero sí, me quedo un poco más.

—¡Eso merece un descuento! —anuncia con entusiasmo.

Antes de que pueda protestar, saca su libreta de cuentas y rebaja considerablemente el alquiler sin que yo haya dicho una palabra al respecto.

—Mrs. Gladys, no tiene que hacer eso.

—Claro que sí. —Me mira con un gesto firme—. Eres una buena inquilina y me gusta tenerte aquí.

Su generosidad me deja sin palabras por un momento, así que lo único que puedo hacer es sonreírle con gratitud.

Ya que estoy en la tienda, decido coger algunas cosas de las estanterías.

—Voy a llevarme más vino…

Mrs. Gladys me mira con una ceja levantada.

—Galletas…

Su ceja sube un poco más.

—Y patatas fritas.

Su mirada es de puro reproche materno.

—Lucía, eso no es comida.

—Claro que sí. —Levanto la bolsa de patatas con la dignidad de quien defiende su nutrición de emergencia—. Patata: vegetal. Vino: uva. Galletas… bueno, galletas son felicidad.

—Querida, eso es una dieta de universitario en crisis.

Suelto una risa y dejo las cosas sobre el mostrador.

—Está bien, entonces dame también algunas especias.

Ella asiente con satisfacción y empieza a buscar en su almacén. Me dice que tiene la mayoría, pero algunas no las encuentra.

—¿Segura de que necesitas todas estas? —pregunta, sacando frascos de aquí y allá.

—Segurísima. Tengo que darle sabor a mi vida.

Mrs. Gladys resopla mientras sigue sacando frascos y colocándolos sobre el mostrador.

—Bueno, al menos así compensas la cantidad de vino y patatas fritas que te llevas.

Le sonrío con diversión y sigo rebuscando entre las estanterías, hasta que me aseguro de que he cogido todo lo necesario. Pero cuando ve la cantidad de especias que llevo, frunce el ceño y me mira con curiosidad.

—¿Y para qué necesitas todas estas especias? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí como si estuviera a punto de descubrir un secreto.

—Para hacerme una bebida casera.

Sus ojos se abren con sorpresa, y por un instante, temo que piense que estoy intentando hacer una especie de brebaje místico o, peor aún, otra bebida alcohólica casera como la que casi me mata hace unos días.

—Tranquila, no es nada como el licor infernal que me dieron en el pub. —me apresuro a aclarar antes de que empiece a imaginarse cosas—. Voy a hacerme un *chai latte* casero.

Ella parpadea.

—¿Un qué?

—*Chai latte*. Es una bebida con té negro, especias, leche y un poco de miel.

Me observa como si le acabara de decir que pienso beber petróleo.

—¿Y eso te gusta?

—Muchísimo. —Sonrío, casi soñadora, porque de verdad extraño los *chai lattes*. Ese toque especiado, la calidez, el sabor a hogar en una taza.

—Bueno, supongo que si tú lo dices… —comenta, pero sigue mirándome con escepticismo mientras anota algunas cosas en su libreta.

Justo cuando pienso que la conversación sobre mis gustos exóticos ha terminado, Mrs. Gladys me sorprende con otra observación.

—Por cierto, ayer no te vi en la iglesia.

Me tenso un poco.

—¿Iglesia?

—Sí, la iglesia del pueblo. Nos reunimos allí todos los domingos.

—¿Todos?

—Todos.

Se me cae un poco el alma a los pies.

—Genial, ahora pensarán que soy una enviada del demonio.

Mrs. Gladys se ríe con ganas, pero yo lo digo completamente en serio. En una isla donde todo el mundo parece conocerse y participar en cada evento comunitario, mi ausencia en la iglesia probablemente ya sea un tema de conversación.

—No te preocupes, querida. No somos de esos que condenan

a los que no aparecen en el servicio.

—Bueno, menos mal.

Aunque algo me dice que en cuanto vuelva a poner un pie en el pub, alguien va a hacerme un comentario al respecto.

Mientras ella sigue revisando lo que me llevo, se da cuenta de que le faltan algunas especias de la lista que le he dado.

—Algunas de estas no las tengo ahora mismo. —me dice, con un leve tono de disculpa—. Pero ve a ver a Artie, quizá él tenga algo guardado. Y si no, siempre puedes pedírselas a Tom.

—¿Tom?

—Sí, Tom es quien recoge suministros para la isla. En dos días va a hacer un viaje, así que, si necesitas algo, dímelo y lo incluirá en su pedido.

Me anoto mentalmente hablar con Tom más tarde.

—Perfecto. Entonces iré a ver a Artie ahora y si no, le haré el encargo a Tom.

—Eso está mejor. —Mrs. Gladys me sonríe—. Y si de paso convences a Artie de probar ese té raro que quieres hacer, me cuentas su reacción.

Recojo mis compras, me despido de ella y salgo de la tienda con una mezcla de satisfacción y un leve nerviosismo.

Por un lado, tengo la mitad de los ingredientes para mi *chai latte*, así que la civilización aún no está completamente perdida para mí.

Por otro lado, toda la isla ya debe de estar enterada de que soy la única que faltó a la iglesia el domingo.

Y algo me dice que esto no va a pasar desapercibido.

Salgo de la tienda y miro al horizonte. El cielo está cubierto

por gruesas nubes grises y el aire frío me golpea la cara sin piedad. Este clima parece empeñado en recordarme que la calidez es un lujo que no puedo dar por sentado en esta isla.

Me subo un poco más la bufanda y me froto las manos, intentando entrar en calor antes de reanudar mi camino. Mientras lo hago, una señora mayor pasa junto a mí con una gran sonrisa y un leve asentimiento de cabeza.

—Buenas tardes, querida.

—Buenas tardes.

La observo mientras se dirige a la tienda, preguntándome si también va a comentar mi escandalosa ausencia en la iglesia.

Decidida a no darle más vueltas al tema, me dirijo al pub para ver a Artie.

Cuando empujo la puerta y entro, el cambio de temperatura me golpea con un alivio inmediato. El pub está más tranquilo que la última vez, con solo dos clientes en la barra, bebiendo con la calma de quienes han hecho de este lugar su segunda casa.

Artie me recibe con su habitual energía y con una gran sonrisa, pero después de la bienvenida…

—¡Lucía! ¿Qué tal el día?

—Frío. Muy frío.

—Bueno, eso pasa cuando se elige vivir en una casita junto a la playa en una isla en pleno invierno.

—Tienes razón, pero no lo admitiré en voz alta.

Artie se ríe y, cuando parece que la conversación va a tomar otro rumbo, llega el inevitable comentario.

—Por cierto, no te vi en el servicio del domingo.

Cierro los ojos un segundo, inhalo profundamente y suelto el

aire con resignación.

—Así que también te diste cuenta.

—Aquí nos damos cuenta de todo.

Miro de reojo a los dos hombres en la barra, que parecen estar entretenidos con la conversación, aunque no dicen nada.

—No es que no quisiera ir… no sabía que había una iglesia en la isla —empiezo a decir, pero Artie levanta una mano con una sonrisa burlona.

—Tranquila, no tienes que dar explicaciones. Pero si ves a la señora Thompson, te recomendaría que te prepares para un interrogatorio sobre tu falta de fe.

Me río.

—Lo tendré en cuenta.

Cambio de tema rápidamente, porque ya tengo suficiente con la posibilidad de que toda la isla me esté viendo como una renegada.

—Artie, ¿tienes anís y cardamomo?

—El anís sí. ¿El otro qué…?

—Cardamomo.

Me mira con una expresión de absoluta ignorancia.

—¿Eso se come?

—Se usa para cocinar y en bebidas.

—Pues entonces no, no tengo ni idea de qué es eso.

Suspira con una expresión exagerada de decepción, como si de verdad lamentara no poder ofrecerme un misterioso ingrediente exótico.

—¿Y para qué lo necesitas?

—Para hacer una bebida.

Artie levanta una ceja y se cruza de brazos.

—¿Qué clase de bebida? ¿No será alcohólica?

—No, tranquilo. Es algo mucho más inofensivo. Un *chai latte*.

Artie me mira fijamente. Luego mira a los dos hombres en la barra. Luego vuelve a mirarme.

—¿Un qué?

Los dos clientes, que claramente están disfrutando la escena, esperan expectantes.

—Es una bebida con té negro, leche y especias.

—Té con leche… —repite, como si fuera un concepto completamente absurdo.

—Y especias.

—No sé, Lucía. Suena complicado.

—No lo es. De hecho, si me dejas usar la cocina, te lo demuestro.

Artie parpadea.

—¿Vas a meterte detrás de mi barra?

—Eso mismo.

Él se cruza de brazos, pensando en la propuesta, y finalmente sonríe.

—Esto tengo que verlo.

—Bien.

Dejo las bolsas a un lado, me quito el abrigo y camino con determinación hacia la parte trasera del pub.

—¡Esto va a ser interesante! —comenta uno de los clientes,

riéndose.

—O un desastre. —añade el otro.

Les lanzo una mirada desafiante y me meto detrás de la barra, lista para probarle a Artie que en esta isla se necesita mucho más que cerveza y *whisky* para sobrevivir.

Capítulo 13



Lucía

Justo cuando estoy buscando la leche entre las cosas de la barra, la puerta del pub se abre y un golpe de aire frío entra con fuerza, colándose hasta la cocina. Alzo la vista, distraída, sin darle demasiada importancia, hasta que lo veo.

James.

Y vaya forma de entrar.

Por primera vez desde que llegué a esta isla, no lleva su habitual chaqueta gruesa ni esos jerséis de lana que parecen formar parte de su piel. No. Hoy lleva una camisa.

Y no cualquier camisa.

Una de color azul oscuro, de tela gruesa pero perfectamente ajustada a su cuerpo, con las mangas ligeramente remangadas, dejando a la vista sus antebrazos marcados.

Mis ojos se quedan atrapados en la forma en la que la tela se amolda a sus hombros, resaltando su figura de una manera que no había podido notar antes. Tiene el torso ancho, fuerte, y aunque su postura es relajada, hay una naturalidad en su manera de moverse que hace imposible no mirarlo.

Y su cuello. Por Dios, su cuello.

La primera fila de botones de la camisa están desabrochados, dejando entrever un poco de piel, lo justo como para que mi cerebro empiece a pensar en cosas en las que no debería estar pensando.

Luego está su pelo. Siempre algo desordenado, pero hoy parece más revuelto que de costumbre, como si se hubiera pasado una mano distraídamente antes de entrar. Una mecha rebelde le cae sobre la frente y, por alguna razón que no logro entender, me da la sensación de que es el tipo de hombre que no tiene ni idea del efecto que causa cuando se viste así.

—Lucía, ¿vas a seguir mirando o vas a hacer el té ese raro? —dice Artie con diversión.

Me sobresalto, sintiendo cómo me arde la cara.

Maldición.

Me ha pillado.

James, que ya está acercándose a la barra, me lanza una mirada con una leve inclinación de cabeza.

—¿Pasa algo?

Mi cerebro quiere gritar: ¡Sí, pasa que nadie me avisó que estarías tan endemoniadamente atractivo con una camisa!

Pero lo único que logro hacer es soltar un "Nada" demasiado rápido y volverme hacia mi improvisada estación de té con una determinación exagerada.

Respiro hondo. Me concentro en mi tarea.

Porque si sigo mirándolo, voy a cometer el error de enamorarme de él.

—¿Y qué estáis haciendo? —pregunta James, apoyándose en la barra con una expresión de curiosidad, aunque su sonrisa delata que la situación le divierte más de lo que deja ver.

—Lucía está preparando un té especial para los tres. —

responde Artie con tono relajado, cruzando los brazos mientras me observa con la misma diversión con la que se ve a un gato intentando cazar su propia sombra.

James arquea una ceja, pero en lugar de hacer algún comentario sarcástico, su sonrisa se ensancha levemente.

—Entonces yo también me apunto.

Mi estómago hace un extraño giro en cuanto dice eso, pero disimulo lo mejor que puedo y me concentro en la tarea que tengo delante.

Me aseguro de tener todo lo que necesito sobre la barra: la leche caliente, el té negro infusionándose, el anís que conseguí, la miel… pero sin cardamomo.

Intento mantener mis movimientos firmes mientras vierto la leche con cuidado, mezclándola con el té en una jarra grande. Pero no es fácil.

Porque James me está mirando.

No con la mirada casual de alguien que solo espera su bebida, sino con esos ojos verdes intensos, fijos en cada uno de mis movimientos, como si estuviera analizando todo lo que hago.

Y mi maldito cerebro, en lugar de ignorarlo y enfocarse en la bebida, decide traicionarme.

Empiezo a ser demasiado consciente de todo. De la manera en la que su presencia la noto cerca, del sonido bajo de su respiración, del hecho de que ha inclinado ligeramente la cabeza, como si realmente le interesara lo que estoy haciendo.

Me obligo a seguir con la preparación antes de que mis manos empiecen a temblar.

Tomo la miel y echo la cantidad justa en cada taza, removiendo con movimientos suaves para que la mezcla quede perfecta. Luego, espolvoreo un poco de canela por encima y dejo

que el aroma cálido y especiado empiece a llenar el aire.

—Huele bien. —comenta uno de los clientes en la barra, inclinándose ligeramente hacia adelante, como si tratara de olfatearlo mejor.

—No está nada mal. —admite Artie, sorprendiéndome, porque en el fondo pensé que aún creía que esto era alguna especie de locura mía.

Finalmente, sirvo cinco tazas de *chai latte* y las coloco frente a cada uno de ellos.

—Siento que no tenga cardamomo. —me disculpo, aunque en realidad estoy bastante orgullosa de cómo ha quedado.

—No te preocupes, chica. Lo importante es que se pueda beber. —dice uno de los clientes, sonriendo.

Artie, que hasta hace un momento estaba detrás de la barra, decide que esto es un evento lo suficientemente interesante como para salir y unirse a la prueba. Se sienta en uno de los taburetes, dejando toda la barra para mí, lo que solo hace que todos me miren con aún más expectación.

Cinco tazas.

Cuatro miradas fijas en mí.

El aroma del *chai latte* flotando en el aire.

Y yo, en medio de todo esto, sintiéndome ridículamente nerviosa porque James sigue sin apartar sus ojos de mí.

Los cuatro toman la taza y se la llevan a los labios casi al mismo tiempo, pero mis ojos y mi cerebro solo están concentrados en un par de labios en particular.

Los de James.

Maldición.

Lo veo inclinarse ligeramente hacia adelante, sosteniendo la taza con una mano mientras la otra reposa despreocupadamente sobre la barra. Sus dedos largos y fuertes envuelven la porcelana con facilidad, y por un momento, mi cerebro entra en un estado de colapso absoluto.

Esos labios.

Se posan en el borde de la ridícula taza y dan un pequeño sorbo, con una naturalidad que no debería tener ningún impacto en mí y, sin embargo, aquí estoy, casi soñando con que esos labios se posen en los míos.

¡Dios santo!

Mi imaginación me está jugando una mala pasada y necesito urgentemente recuperar la compostura antes de que alguien se dé cuenta de que mi cara debe estar tan roja como el fuego de la chimenea del pub.

Y entonces, como un cubo de agua fría, Artie rompe el embrujo.

—Está bueno. —afirma, inclinando la cabeza con un gesto aprobatorio—. Raro, pero se puede beber.

El hechizo se rompe de golpe.

Parpadeo, sacudiéndome la tontería romántica de la cabeza y volviendo a la realidad en la que James no me ha besado ni me va a besar, y lo único que ha probado es mi *chai latte*.

—Pues a mí me gusta. —dice el primer cliente, dándole otro sorbo—. Tiene un toque interesante.

—No está mal para ser algo que no lleva *whisky*. —bromea el otro.

Miro a James, esperando su veredicto, tratando de no parecer desesperada por su opinión, aunque mi corazón late demasiado rápido para mi gusto.

Y entonces, él sonríe.

Maldita sea.

—No está mal. —dice con tranquilidad, sin dejar de mirarme.

No sé qué me fastidia más, si su respuesta escueta o el hecho de que, aunque intenta disimularlo, ha tomado otro sorbo, como si realmente le hubiera gustado.

Intento concentrarme en mi propia taza, en cualquier cosa que no sea su sonrisa o el recuerdo de mis pensamientos traicioneros de hace un momento.

Pero ya es demasiado tarde.

Porque ahora sé que soñar con esos labios va a ser inevitable.

Justo cuando estoy tratando de convencerme de que no acabo de pasar los últimos minutos fantaseando con los labios de James, la puerta del pub se abre y un nuevo cliente entra.

El hombre, de unos cincuenta años, con el rostro curtido por el viento y la sal del mar, se sacude el abrigo y avanza con paso seguro… hasta que me ve detrás de la barra.

Se detiene en seco, con el ceño fruncido, como si su cerebro estuviera procesando una imagen que no encaja con su concepto del mundo. Porque, claro, la forastera detrás de la barra de Artie no es precisamente algo que ocurra todos los días.

—¿Pasa algo… Mike? —pregunta Artie con tono divertido, sin moverse de su asiento.

Mike parpadea un par de veces, mirando de mí a Artie, luego a James, como si buscara algún tipo de confirmación de que no está alucinando.

—¿Desde cuándo tenemos nueva camarera? —pregunta finalmente, cruzándose de brazos.

Artie se ríe, claramente disfrutando de la situación, y le hace

un gesto con la mano para que se acerque.

—Desde hace quince minutos.

Mike sacude la cabeza con incredulidad y avanza hasta la barra, acomodándose en uno de los taburetes.

—Pues no quiero té.

—Menos mal. —bromeo, sintiéndome mucho más cómoda ahora que la atención no está completamente sobre mí—. Porque no sé si podría soportar otra ronda de opiniones sobre mi *chai latte*.

Mike sonríe con sorna y mira a Artie.

—Lo de siempre.

Antes de que pueda apartarme, Artie me mira con esa expresión de "esto va a ser divertido" y da una palmada sobre la barra.

—Vamos, Lucía. Veamos qué tan bien se te da servir una pinta.

—¿En serio? —lo miro, no muy convencida.

—Claro.

Me cruzo de brazos y miro de reojo a James, que, por supuesto, sigue observando la escena con su postura relajada y su condenada sonrisa oculta en la comisura de los labios.

—Vale. —Suspiro, aceptando el reto—. Pero si sale mal, la culpa es tuya.

Artie me señala el grifo de cerveza y, con la paciencia de quien está disfrutando de ver a alguien salir de su zona de confort, me indica cómo sujetar la jarra en el ángulo correcto, abrir el grifo con la presión justa y evitar que la espuma se descontrole.

Intento concentrarme en la tarea y no en el hecho de que James sigue mirándome, con esa expresión entre divertida e

interesada que me descoloca más de lo que debería.

Cuando finalmente termino de servir la pinta y la coloco frente a Mike, respiro con satisfacción.

—Nada mal. —admite Artie, asintiendo con aprobación.

Mike toma su cerveza, la examina un momento y luego me mira.

—Si no te sale bien lo de los artículos, ya tienes un plan B.

—Genial. —Sonrío—. Una vida sirviendo pintas en una isla en medio de la nada. Justo lo que siempre soñé.

Los hombres se ríen, y por primera vez desde que entré en este pub, siento que ya no soy solo la forastera extraña.

Esa tarde no es la única pinta que sirvo. De hecho, sirvo más pintas de las que jamás habría imaginado servir en mi vida. También termino llevando platos de comida que Artie tiene preparados en la cocina mientras los clientes se divierten a mi costa.

Cada vez que giro la cabeza, James sigue ahí.

No habla demasiado, pero me observa. Me sigue con la mirada cada vez que me muevo detrás de la barra, con esa actitud tranquila y esa ligera inclinación de cabeza que me hace sentir absurdamente consciente de cada movimiento que hago.

No es el único que me mira, claro. Artie y los demás disfrutan viéndome meterme en este inesperado rol de camarera improvisada, pero con James es diferente.

Es diferente porque cuando sus ojos se cruzan con los míos, el aire se vuelve un poco más denso.

Es diferente porque cada vez que su sonrisa se asoma apenas un poco en la comisura de sus labios, mi corazón hace un extraño giro en el pecho.

Es diferente porque no puedo dejar de mirarlo también.

No sé cuánto tiempo pasa exactamente, pero cuando la tarde comienza a teñirse de un tono dorado y los clientes empiezan a marcharse, sé que es mi señal para dejar este improvisado segundo empleo.

Antes de que oscurezca del todo, decido que ya es suficiente.

Por mucho que me haya divertido.

Por mucha información que haya sacado para mi artículo.

Por mucho que me haya pasado la última hora robándole miradas a James cuando creía que no me veía.

No quiero volver a casa de noche y correr el riesgo de que el supuesto espíritu de Elliot Grayson vuelva a hacerme saltar de miedo.

Así que, con una sonrisa de despedida, comienzo a recoger mis cosas. Me pongo el abrigo, envuelvo la bufanda alrededor de mi cuello y me acerco a las bolsas que dejé apartadas.

Pero justo cuando estoy a punto de tomarlas, una mano aparece antes que la mía.

—Espera, te ayudo.

La voz de James es baja, segura, con ese tono de decisión que no deja espacio para réplica.

Levanto la vista y lo veo sacando un billete de su cartera para pagar a Artie con la misma facilidad con la que acaba de decidir que ahora va a llevar mis bolsas.

—No hace falta, de verdad. —Intento protestar con una risa nerviosa—. Puedo llevarlas yo.

—Insisto.

Tomo aire para replicar, pero entonces ocurre.

Nuestras manos se rozan.

Apenas un contacto. Apenas un segundo.

Pero es suficiente para que el tiempo parezca ralentizarse.

El calor de su piel contra la mía es breve, pero mi cuerpo lo registra como si fuera una descarga eléctrica. Una chispa. Un eco que se expande.

Levanto la vista, y James me está mirando.

No dice nada. No se mueve. Pero tampoco se aparta.

Por un momento, el pub desaparece. Artie desaparece. El mundo entero desaparece.

Solo estamos él y yo.

El momento se rompe cuando él toma con firmeza las cuatro bolsas, cargándolas con una facilidad irritante, y se incorpora como si no acabara de ocurrir absolutamente nada.

—En serio, no es necesario. —Mi voz suena extraña, un poco más suave de lo normal, como si mi cuerpo aún estuviera procesando el efecto de ese pequeño contacto. —Seguro que tienes un montón de cosas que hacer.

James niega con la cabeza.

—Ya me iba para casa. Te acompaño.

Es tajante, como si el tema ya estuviera decidido.

Y en el fondo, sé que lo está.

Porque, aunque podría insistir en que puedo llevar mis cosas sola, aunque podría decirle que no se moleste, no lo hago.

Porque quiero que me acompañe.

Porque, por alguna razón que no termino de entender, su presencia me hace sentir más segura.

Él, como si fuera lo más natural del mundo, me abre la

puerta.

Y yo, con una sonrisa que no puedo controlar, salgo del pub sintiéndome en una nube.

El aire frío nos envuelve cuando comenzamos a caminar. El sendero es tranquilo, el sonido de las olas rompiendo en la distancia se mezcla con el crujido de nuestros pasos sobre las piedras.

Caminamos en silencio, pero no es incómodo.

Es un silencio que se disfruta.

De vez en cuando, lo miro de reojo, intentando no ser obvia, pero es imposible no notarlo.

La manera en que camina, con esa tranquilidad que parece grabada en su ADN.

La forma en que la luz tenue del atardecer resalta el perfil de su mandíbula.

La forma en que su cabello se revuelve con el viento, con esa maldita mecha que vuelve a caerle sobre la frente, desordenada y perfecta al mismo tiempo.

Y entonces, cuando llegamos a la parte del sendero que bordea los acantilados, James hace algo que me desarma por completo.

Se mueve ligeramente, poniéndose entre los acantilados y yo.

Es un gesto sutil, casi imperceptible. Pero lo noto.

Él lo hace de manera instintiva, sin decir nada, como un acto reflejo de protección.

El nudo que se forma en mi pecho es inmediato.

Muerdo mi labio inferior y miro al frente, porque si me atrevo a mirarlo en este momento, voy a perder la poca compostura que me queda.

Pero en el fondo, sé que este paseo no es solo un paseo.

No cuando cada paso que damos parece sincronizado, como si hubiéramos caminado juntos toda la vida.

No cuando el sonido del mar y el viento parece como el telón de fondo de una escena sacada de una novela romántica que, honestamente, jamás pensé protagonizar.

No cuando él está tan cerca que puedo sentir su calor a pesar del frío cortante de la isla.

No cuando, con cada ráfaga de viento, su brazo roza el mío solo un poco, lo suficiente para hacer que mi piel se erice, aunque finja que es por la brisa.

No cuando me ha protegido de los acantilados con la naturalidad de alguien que, sin decirlo, te está diciendo que no te dejaría caer.

No cuando mi cerebro está completamente ocupado imaginando cosas ridículas, como lo bien que encajaría mi mano en la suya o lo fácil que sería detenerme ahora, fingir que me ajusto la bufanda y, accidentalmente, rozarle el pecho con la punta de mis dedos.

¡Por Dios!

Definitivamente, esto no es solo un paseo.

Es algo más. Algo que todavía no me atrevo a nombrar porque admitirlo sería aceptar que este hombre, gruñón, misterioso y con una sonrisa que debería venir con advertencia de peligro, me está afectando mucho más de lo que jamás pensé en tan poco tiempo.

Y lo peor es que, aunque no lo diga, estoy bastante segura de que él lo sabe.

Capítulo 14



James

La primera vez que escuché su nombre fue por Mrs. Gladys. Era una mañana como cualquier otra. Estaba en mi casa, ocupado con mis cosas, cuando escuché el sonido inconfundible de sus pasos acercándose con decisión. No tocó la puerta. Mrs. Gladys no es de las que piden permiso cuando tienen algo que decir.

—He alquilado la casita de la playa.

No un "buenos días" ni un "¿cómo estás?". No. Fue directa al grano, como siempre.

Alcé la vista desde mi mesa de trabajo y me la encontré ahí, con los brazos cruzados y la expresión de alguien que espera una reacción inmediata.

No respondí de inmediato.

Hacía tiempo que nadie alquilaba esa casita en pleno invierno. La isla, con su frío penetrante y su brisa constante, no era el lugar más acogedor fuera de temporada. No cualquiera podía soportar la soledad y el clima duro de esta época.

—Una joven. —añadió con una sonrisa traviesa.

Eso sí me sorprendió.

No imaginaba a alguien joven queriendo pasar un invierno en

esta isla olvidada del mundo.

La mayoría de las personas que venían de paso eran turistas en busca de aire puro en verano, o viejos conocidos de la isla que volvían para visitar a la familia. Pero alguien joven, sin vínculos con este lugar, ¿quedándose aquí en invierno?

No pregunté más. No soy de los que preguntan.

Si había decidido venir, seguramente no tardaría en arrepentirse.

Pero luego, la vi.

El barco llegó con el viento en contra y el mar agitado.

Yo estaba en el puerto por casualidad, esperando un pedido que Tom tenía que entregarme, sin la menor intención de prestar atención a la pasajera que desembarcaba.

Hasta que me di cuenta de lo que Tom estaba bajando: maletas.

No una, sino dos.

Gigantes.

Mi primer pensamiento fue: se ha equivocado de destino.

Mi segundo pensamiento fue: no va a durar ni una semana aquí.

Y después, la vi a ella.

Bajó del barco con paso inestable, tambaleándose ligeramente, con la cara pálida de quien ha tenido un encuentro desafortunado con el mar.

Parecía mareada, un poco perdida, y por un instante, pensé que iba a desplomarse en el muelle.

No era lo que esperaba.

No era la típica turista entusiasmada ni alguien que pareciera tener idea de dónde estaba.

Pero lo que más me desconcertó fue que, en cuanto Tom se acercó para ayudarla, se irguió con esa terquedad que reconocerías en alguien que odia admitir que necesita ayuda.

—¿Estás bien? —preguntó Tom, sujetándola por el brazo.

—Perfectamente. —respondió con una sonrisa forzada, aunque su equilibrio decía lo contrario.

Puse los ojos en blanco.

No tenía intención de involucrarme. No era mi problema.

Y antes de darme cuenta, acabé llevándola en mi tractor hasta la casita.

No porque quisiera.

No porque me pareciera buena idea.

Sino porque Mrs. Gladys tenía una extraña habilidad para conseguir que hiciera cosas que normalmente me negaría a hacer.

Al principio, fui tajante. Dije que no.

No tenía por qué cargar con la turista de ciudad hasta el otro lado de la isla. No era mi problema.

Pero Mrs. Gladys, con su insistencia legendaria, no se rindió tan fácil.

—¿Y Tom?

—Está ocupado. Mírala, James. ¿De verdad la vas a dejar cargar con esas dos enormes maletas sola?

No miré. No quería mirar.

—Ya se las arreglará.

—No seas testarudo.

Seguí revisando mis cosas en el remolque, fingiendo que no la escuchaba.

Pero entonces soltó su último golpe, con la voz más tranquila y persuasiva que pudo:

—No va a durar aquí si no la ayudamos un poco.

Y ahí fue cuando lo supe.

Había perdido.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo con frustración, porque sabía que en cuanto encendiera el tractor, me iba a arrepentir.

Porque lo que menos quería era involucrarme.

Porque no quería que esta isla se convirtiera en un motivo para que ningún forastero se quedara tiempo.

Pero, sin mirarla siquiera, subí al tractor y, con un simple movimiento de cabeza, le indiqué que subiera.

Ella no dijo nada.

Simplemente tomó sus cosas y se subió, con la misma expresión confundida.

Y así, en completo silencio, atravesamos la isla juntos.

La segunda vez que la vi fue en una de esas mañanas en las que el frío te cala hasta los huesos.

El viento azotaba con fuerza la isla, levantando pequeñas nubes de polvo y dejando el aire tan afilado que hasta respirar dolía. El invierno aquí no es amable. No hay tregua, ni indulgencia.

Salí temprano, como siempre, con la rutina grabada en los músculos, sin esperar encontrar nada fuera de lo habitual.

Pero entonces miré en dirección a su casita.

Y ahí estaba ella.

Envuelta en una manta ridícula, recogiendo palos del suelo.

Me detuve en seco.

Al principio, pensé que estaba buscando algo. Tal vez se le había caído algo la noche anterior.

Pero cuando la vi agacharse de nuevo y recoger otro palo con el mismo esmero con el que alguien recogería flores, me di cuenta de que no, no estaba buscando nada.

Creía que eso iba a servirle para la chimenea.

Me quedé observándola desde la distancia, tratando de entender qué demonios estaba haciendo.

El suelo estaba congelado.

Las ramas que recogía estaban húmedas, frágiles. No servirían para nada.

Se notaba que no tenía ni idea de lo que hacía.

Aun así, seguía con determinación, caminando de un lado a otro, cargando su pequeña cesta con palos que no durarían ni cinco minutos en el fuego.

Algo en la imagen me pareció… extraña.

No en el mal sentido.

Solo… inesperada.

Ella no parecía el tipo de persona que se quedaría en esta isla.

No parecía el tipo de persona que se metería en una casita con una chimenea de leña y pasaría los días recogiendo palos bajo un frío que podría hacer que cualquiera se replanteara sus decisiones de vida.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Fruncí el ceño y me obligué a apartar la vista. No era asunto mío si quería pasar la mañana congelándose en lugar de pedir ayuda.

Seguí con mi día.

O al menos lo intenté.

Porque cuando llegó la tarde, cuando el viento seguía soplando con fuerza y me imaginé a esa manta andante tratando de encender una chimenea con ramas mojadas, algo en mi cabeza hizo clic.

Sin pensarlo demasiado, dejé unos troncos en su puerta.

No lo hice por amabilidad.

No lo hice para que lo supiera.

No esperaba que descubriera que había sido yo, y no necesitaba que lo supiera.

Pero al menos, no moriría congelada.

El momento que más se me quedó grabado fue aquella vez en la playa.

No porque fuera un encuentro especialmente trascendental.

No porque hubiéramos hablado o compartido alguna conversación significativa.

Sino porque, por primera vez, me di cuenta de que Lucía Ferrer no era lo que yo había imaginado.

Dinsky había corrido tras un palo, y yo, distraído, fui tras él.

El viento soplaba fuerte, arrastrando el olor salado del mar y el sonido incesante de las olas rompiendo contra las rocas. Estaba demasiado absorto en mi rutina como para notar su presencia de inmediato.

Hasta que lo hice.

Fue un simple cambio en el aire. Una sensación de que alguien me estaba observando.

Y ahí estaba ella.

Sentada en una roca, en completo silencio. Observándome.

No estaba haciendo nada especial.

Simplemente estaba allí.

Observando.

Observándome a mí.

No hice ningún gesto para delatar que la había visto, pero con cada paso que daba, sentía su mirada fija.

No era una mirada curiosa, ni inquisitiva, ni siquiera la clase de mirada que alguien lanza cuando trata de entender algo.

Era algo más.

Algo que hizo que el aire se sintiera un poco más pesado.

No sé cuánto tiempo estuvo ahí. No sé cuánto tiempo me miró antes de que Dinsky, que hasta ese momento estaba demasiado ocupado corriendo por la arena, levantara la cabeza y la notara también.

Fue en ese momento cuando todo cambió.

El perro se giró en su dirección y, sin previo aviso, corrió directo hacia ella.

Lucía se quedó inmóvil.

No como alguien que está acostumbrado a tratar con perros.

No como alguien que sabe lo que hacer en esa situación.

Sino como alguien que, en ese preciso instante, estaba

aterrorizado.

Su cara fue un poema.

Sus ojos se abrieron como platos y, por un segundo, pensé que iba a gritar.

Pero no gritó.

En su lugar, se tambaleó hacia atrás y cayó de bruces sobre la arena.

De todas las reacciones posibles, esa no era la que esperaba.

Dinsky se detuvo justo frente a ella, meneando la cola con entusiasmo, sin entender que acababa de provocar una catástrofe.

Yo tampoco entendía exactamente qué acababa de pasar, pero encontré divertido que la mujer que estaba tan cómoda observándome en silencio desde su roca ahora estuviera espatarrada en la arena con cara de absoluta humillación.

Me acerqué en apenas un par de zancadas y aparté a Dinsky con suavidad antes de agacharme frente a ella.

—¿Estás bien?

Lucía seguía con la cara medio hundida en la arena, con el cabello revuelto y la dignidad completamente destruida.

—Físicamente creo que estoy bien. Emocionalmente… por los suelos.

No pude evitarlo. Sonreí sin que se diera cuenta.

Solo un poco. Solo lo suficiente como para ver cómo su expresión se transformaba de pánico absoluto a pura indignación.

—No, en serio. ¿Estás bien?

Ella suspiró y me miró con una mezcla de resignación y fastidio.

—Yo siempre hablo en serio.

—Dame la mano.

Me quedé con la mano extendida frente a ella, esperando que la tomara.

Pero Lucía, en lugar de aceptar mi ayuda de inmediato, se quedó mirándome como si estuviera evaluando si podía confiar en mí o si iba a hacerle otra jugarreta.

Finalmente, con un suspiro de rendición, aceptó mi ayuda.

Pero lo que no esperaba era que mi impulso para levantarla fuera demasiado fuerte.

Era ligera.

Más de lo que imaginé.

Y cuando la levanté de un solo movimiento, no fue solo ella la que se sorprendió.

Yo también.

Porque, por un segundo, sus ojos se encontraron con los míos, y lo que vi en ellos me descolocó por completo.

Había algo en su mirada, algo que no supe descifrar en ese momento.

Algo que se quedó atrapado en el aire entre nosotros.

Me obligué a apartarme, a soltarla y dar un paso atrás.

Pero incluso cuando el momento pasó, seguí sintiendo su tacto en mis manos.

Y esa noche, cuando volví a casa después de aquel encuentro, pinté como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

No algo mecánico.

No algo porque debía hacerlo.

Sino porque, por primera vez en años, sentí la necesidad de hacerlo.

Recuerdo cuando Mrs. Gladys me soltó la bomba.

—Es periodista.

Lo dijo con ese tono despreocupado suyo, como si fuera un detalle sin importancia. Como si no acabara de lanzar una granada a mis pies.

Pero para mí, fue como un disparo en el pecho.

Periodista.

La palabra se clavó en mi cabeza como una advertencia.

De repente, todo cobró sentido.

Las preguntas.

Las miradas curiosas.

La forma en que se movía por la isla con esa actitud de alguien que no está aquí solo para pasar el tiempo, sino para descubrir algo.

No me hizo gracia.

No quería periodistas en la isla.

No quería preguntas.

No quería que nadie revolviera el pasado.

Mi pasado.

No pregunté más. No le di el gusto a Mrs. Gladys de saber que la noticia me había molestado más de lo que debería.

Pero en mi cabeza, Lucía Ferrer pasó de ser una forastera a una posible amenaza.

Esa misma noche de la playa, la vi en el pub.

Había bebido demasiado. Todos lo habían visto.

Brindis tras brindis, sonriendo con los isleños, dejando que le llenaran el vaso con ese maldito licor fuerte que ni los más experimentados beben sin sentirlo después.

No era mi problema.

Yo estaba en la barra, bebiendo tranquilamente, sin intención de acercarme, sin intención de dirigirle la palabra.

Pero cuando la vi despedirse, tambaleándose ligeramente mientras se ponía el abrigo, algo dentro de mí se tensó.

No podía dejarla caminar sola en la oscuridad en ese estado.

Era peligroso.

No porque la isla en sí lo fuera. Sino porque ella no la conocía lo suficiente.

Así que, sin pensarlo demasiado, me levanté y la seguí.

Por si acaso.

Ella caminaba más lento de lo normal, seguramente concentrándose en mantener el equilibrio. Se sujetó mejor la bufanda y avanzó con pasos inseguros por el sendero que llevaba a su casita.

Mantuve la distancia, sin hacer ruido, sin que supiera que estaba allí.

El sonido de las olas rompía en la lejanía, el viento soplaba entre las ramas desnudas de los árboles y crujían suavemente.

No había nadie más en el sendero.

Solo ella.

Solo yo.

Y cuando llegó a su puerta, ocurrió.

Se detuvo de golpe.

Algo en su postura cambió. Se puso rígida.

Y entonces lo sentí.

Su miedo.

Giró la cabeza lentamente y, aunque desde mi posición no podía verle la cara, supe exactamente lo que estaba pensando.

Sintió que alguien la observaba.

No sé qué pasó por su mente en ese momento.

Quizás recordó las absurdas historias que los isleños le habían contado sobre el fantasma de Elliot Grayson.

Tal vez fue el silencio, la sensación de estar sola en medio de la noche en un lugar que aún no conocía del todo.

Lo que sí sé es que se asustó.

Y entonces, gritó.

Un grito corto, agudo, de puro terror.

Me quedé inmóvil. No me esperaba eso.

Y luego, sin poder evitarlo, me reí.

No lo hice a propósito.

Pero la situación era demasiado absurda.

Lucía Ferrer, periodista, pensando que la observaba un fantasma.

Un maldito fantasma.

No pude evitarlo. Me reí más fuerte.

Ella, sin saber qué estaba pasando, entró a su casa a toda prisa y cerró la puerta con fuerza.

Me quedé ahí, en la oscuridad, con una sonrisa en los labios.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me divertí de verdad.

Me sacó de quicio cuando el domingo había transcurrido con normalidad, lo cual significaba que había logrado evitar cualquier conversación innecesaria después del servicio de la iglesia.

Caminé de regreso a casa con la esperanza de disfrutar de un poco de paz y tranquilidad, pero esa idea murió en cuanto levanté la vista y la vi.

Lucía Ferrer.

Husmeando.

Otra vez.

Se encontraba junto a la valla de piedra de la casa principal, con la cabeza inclinada y la expresión concentrada, como si estuviera tratando de resolver un misterio que solo existía en su cabeza.

No se movía con torpeza ni con la despreocupación de alguien que simplemente pasea sin rumbo. No.

Estaba buscando algo.

Al principio, decidí observarla sin hacer ruido.

No soy de los que confrontan sin razón, pero cuando la vi estirarse, poniéndose de puntillas, intentando encontrar algún resquicio en la valla, mi paciencia llegó a su límite.

Sin pensarlo demasiado, dejé que mi voz rompiera el silencio.

—¿Qué demonios haces?

Lo que ocurrió después fue una de las escenas más ridículas que había presenciado en mucho tiempo.

Lucía dio un grito como si hubiera visto un fantasma, perdió

el equilibrio y cayó de culo en el suelo con un estrépito bastante humillante.

Me quedé mirándola desde arriba, con los brazos cruzados y la expresión más inexpresiva que pude mantener, aunque, si soy sincero, la escena me divirtió más de lo que debería.

Ella levantó la vista, aún en shock, con el cabello revuelto y la dignidad completamente hecha polvo.

—¡¿Quieres matarme de un susto?! —espetó desde el suelo, frotándose el trasero con una mueca de dolor.

Levanté una ceja, sin moverme.

—Tú eres la que está espiando detrás de un muro.

—¡No estaba espiando! —exclamó de inmediato, con la desesperación de alguien que sabía que acababa de ser pillada *in fraganti*.

La miré sin decir nada, dejando que se hundiera sola en su intento de justificación.

—Solo… investigaba.

Investigaba.

Ahogué una risa seca y negué con la cabeza. Claro.

Lucía siguió mirándome desde el suelo, con el ceño fruncido y la boca ligeramente abierta, como si esperara que le tendiera una mano para ayudarla.

Suspiré y, sin decir nada, se la ofrecí.

Ella dudó por un momento, probablemente considerando si era un truco para humillarla aún más. Finalmente, tomó mi mano y la ayudé a ponerse de pie con un solo tirón.

Cuando sus pies volvieron a estar firmes en el suelo, noté cómo su mano seguía aferrada a la mía un poco más de lo

necesario.

Y luego, como si se diera cuenta de que estaba sosteniéndola demasiado tiempo, se soltó bruscamente y se sacudió la ropa, tratando de recuperar su dignidad.

La observé en silencio, esperando su siguiente movimiento.

Pero antes de que pudiera decir algo más, su teléfono vibró.

Frunció el ceño y sacó el móvil de su bolsillo, leyendo el mensaje con la frente arrugada.

—Vaya…

—¿Qué?

Ella alzó la vista y, para mi sorpresa, sonrió.

—Voy a quedarme más tiempo.

No sé por qué, pero mi estómago se tensó ligeramente ante esas palabras.

Lucía, la periodista que no debería estar aquí, la forastera que solo vino por un artículo iba a quedarse más tiempo.

Mi primera reacción fue decir algo sarcástico, algo como "¿Y la isla ya sabe que estas husmeando donde no debes?"

Pero por alguna razón, no dije nada.

Me limité a mirarla mientras ella volvía a guardar el teléfono en su bolsillo y se cruzaba de brazos, aún con esa sonrisa en los labios.

Y, aunque no lo admitiría ni bajo tortura, sentí que, por primera vez en mucho tiempo, la idea de que alguien se quedara en la isla no me molestaba tanto como debería.

De todas las cosas que no esperaba de ella, verla detrás de la barra del pub fue lo que más me sorprendió.

Tan natural.

Tan integrada.

Como si llevara aquí toda la vida.

Hasta ese momento, Lucía Ferrer había sido una presencia disonante en la isla.

Desde el momento en que llegó con su abrigo elegante, su maleta demasiado grande y su evidente falta de costumbre al frío, parecía alguien que estaba aquí por error.

Alguien que no encajaba.

Pero ahí estaba.

Metida detrás de la barra de Artie, concentrada en preparar una bebida que nadie había pedido, con la determinación de quien no se deja intimidar.

La observé mientras preparaba aquel té extraño, claramente nerviosa, pero decidida.

Se notaba que quería hacerlo bien.

Que le importaba.

Cada vez que echaba una especia, cada vez que removía el líquido con concentración, parecía contener la respiración.

Como si estuviera cocinando algo más que una simple bebida.

Y entonces me miró.

Solo un instante.

Pero bastó.

Sus ojos encontraron los míos, y algo en su expresión cambió.

No era simple curiosidad.

No era simple espera.

Era expectativa.

Como si mi reacción le importara más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Cuando me sirvió la taza, no dijo nada.

Solo la colocó frente a mí y esperó.

Esperó a que la probara.

Esperó a que dijera algo.

Tomé la taza entre mis manos y la llevé a mis labios, sin apartar la vista de ella.

Hacía tanto tiempo que no bebía algo así.

El sabor especiado, el calor que se extendió por mi cuerpo, el eco de algo familiar que no esperaba encontrar en esta isla.

Sin pensarlo mucho, me lo tomé entero.

Y me gustó.

Pero lo que más me gustó no fue el té.

Fue ver cómo me miraba.

Con esa mezcla de nerviosismo y satisfacción contenida.

Con ese brillo en los ojos de alguien que acaba de lograr algo importante.

Como si lo único que estuviera esperando en ese momento fuera mi aprobación.

No le di el gusto de una gran reacción.

Solo asentí levemente y dejé la taza sobre la barra.

Pero la vi sonreír.

Un pequeño gesto. Apenas perceptible.

Pero sonrió.

Y entonces, cuando Artie, divertido con la situación, le propuso que sirviera una pinta, en lugar de negarse o salir corriendo de la barra, lo hizo.

Sirvió la pinta.

Y después otra.

Y antes de darme cuenta, la vi riéndose con los clientes, atendiendo como si fuera la dueña del lugar, encajando en el pub como si siempre hubiera pertenecido allí.

Y en ese instante lo supe.

Lucía Ferrer ya no era solo una forastera en la isla.

Era mi forastera.

Cuando la vi ponerse el abrigo y prepararse para marcharse, ni lo pensé.

Me levanté sin cuestionarlo, como si fuera la cosa más natural del mundo, tomé sus bolsas con facilidad y solté un seco:

—Te acompaño.

Y en cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que algo iba terriblemente mal en mi cabeza.

«¿Qué cojones estoy haciendo?»

«¿Por qué demonios estoy encariñándome de una persona que no solo es periodista, sino que, en cuanto termine lo que ha venido a hacer, se marchará?»

Porque se marchará.

Porque no la veo quedándose aquí.

Lucía Ferrer no pertenece a esta isla.

No la imagino en un año, o incluso en un mes,

acostumbrándose a la rutina silenciosa, al frío que cala hasta los huesos, al viento que no da tregua.

No la imagino quedándose en un lugar donde la única emoción del día es si el barco de Tom llega a tiempo o si Artie ha traído suficiente cerveza al pub.

Ella pertenece a otro sitio.

Y, sin embargo, aquí estoy, abriéndole la puerta y caminando a su lado como un maldito imbécil.

Porque el problema no es que se vaya.

El problema es que antes de irse, quiere descubrir a Elliot Grayson.

Y ese es un problema para mí.

Porque Elliot "James" Grayson soy yo.

Y si lo descubre, podría romper todo lo que he tratado de mantener oculto todos estos años.

Los isleños me conocen desde que era pequeño. Siempre han respetado mi privacidad.

Saben que prefiero que no me pregunten.

Saben que el nombre Elliot Grayson es parte de algo que prefiero dejar atrás.

No hay más que ver el teatrillo que organizó Mrs. Gladys.

Una reunión en el pub solo para darle a Lucía la mayor cantidad de versiones absurdas sobre lo que pasó conmigo.

Que me volví loco.

Que me tiré por los acantilados.

Que ahora solo pinto desnudo en la oscuridad.

Toda una obra de arte de la desinformación, orquestada por

una anciana que, aunque no lo admita, se ha encariñado de Lucía más rápido de lo que nadie esperaba.

Pero Lucía no es tonta.

Puede que se haya reído con esas historias, puede que las haya anotado en su libreta solo para seguirles el juego, pero no se ha creído ni una sola palabra.

Sigue buscando respuestas.

Sigue husmeando.

Y ese es el problema.

La compañía que no he pedido.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Caminando a su lado, en completo silencio.

Escuchando el crujido de la grava bajo nuestros pies, el sonido lejano del mar rompiendo contra los acantilados.

Y cuando nos acercamos al borde del sendero, instintivamente me coloco entre ella y el precipicio.

Porque ya he visto lo torpe que es. Lo mal que se lleva con la naturaleza, aunque escriba de ella.

Porque no me sorprendería que se distrajera con cualquier cosa y terminara perdiendo el equilibrio.

Porque, aunque debería dejar que se las arregle sola, aunque debería recordar que en una semana estará en un barco de vuelta a su vida lejos de aquí…

No puedo evitarlo.

No puedo evitar querer protegerla.

Y eso, más que cualquier otra cosa, es lo que más me jode.

La despedida en la puerta de la valla que da a su casita

alquilada es torpe.

Torpe en el sentido más incómodo de la palabra.

No sé qué decir.

No sé de qué hablar con ella ahora que hemos llegado.

No sé cómo hacer que esta despedida dure un poco más.

Porque si fuera cualquier otra persona, ya me habría ido.

Porque esto no debería importarme. Pero importa.

Lucía se gira hacia mí con esa expresión expectante, como si esperara que dijera algo, como si creyera que tengo la capacidad de mantener una conversación normal.

Spoiler: no la tengo.

Me llevo una mano al pelo con frustración y, antes de que mi cerebro logre producir una maldita frase decente, suelto una especie de gruñido a modo de despedida.

Sí. Un gruñido.

Ella parpadea, claramente confundida.

Y yo, como el absoluto imbécil que soy, me doy la vuelta y me marcho.

Soy gilipollas.

Y no puedo evitarlo.

Me vine a la isla para olvidar mi vida.

Para olvidarme de todo.

Para alejarme del ruido, de las preguntas, de las miradas que esperaban siempre algo de mí.

Me vine aquí para olvidar a las mujeres, para evitar distracciones, para vivir en paz.

Y ahora…

Ahora estoy caminando cabizbajo hacia mi casa con el corazón acelerado.

Como un maldito adolescente.

Como si su voz aún estuviera vibrando en el aire a mi alrededor.

Como si el simple hecho de haberla acompañado a casa fuera lo más interesante que me ha pasado en años.

Y lo peor de todo es que no sé qué hacer con esto.

Porque Lucía no pertenece aquí.

Porque dentro de poco se marchará.

Porque no importa lo mucho que quiera quedarme cerca de ella un poco más…

Esto no tiene sentido.

Y, sin embargo, aquí estoy, sintiéndome como un estúpido, con la sensación de que hoy he perdido algo, aunque no sé el qué.

Capítulo 15



Lucía

Los días pasan y yo sigo sin encontrar nada sólido acerca de Elliot Grayson, ni una sola pista que me ayude a desentrañar el misterio de por qué un hombre con su renombre en el mundo del arte decidió desaparecer del mapa como si nunca hubiera existido, dejando tras de sí una nebulosa de rumores absurdos que van desde lo trágico hasta lo ridículo.

Y la verdad es que el tiempo se me acaba en esta gélida isla que, aunque tiene su encanto rústico digno de postal de invierno, empieza a sentirla más como una trampa de la que no sé si quiero o puedo escapar. No solo porque la fecha límite de mi artículo se acerca peligrosamente y mi jefa espera que le entregue algo más que un compendio de historias isleñas sin sentido, sino porque, y esto es lo peor de todo, creo que mi cuerpo está alcanzando su límite con el frío y mi paciencia con la falta de respuestas también.

Porque sí, extraño mis *chai lattes* listos en cinco minutos sin necesidad de hacer alquimia en la cocina para prepararlos.

Sí, extraño el ruido de la ciudad y la sensación de que puedo perderme entre la multitud sin que nadie me mire como si hubiera aterrizado en la isla por error.

Sí, extraño entrar a cualquier sitio sin que todo el mundo gire

la cabeza para analizar qué hago aquí, cuánto tiempo más me quedaré y si estoy o no al borde de la hipotermia.

Pero, y esto es lo que más me irrita, aunque intente ignorarlo y convencerme de que no es importante, extraño a James.

Sí, al hombre del gruñido.

Porque después de que me acompañara a casa aquella noche, después de que—ingenuamente—yo pensara que habíamos tenido un momento de conexión real, que quizá, además de ser dos de las únicas personas menores de setenta años en esta isla, compartíamos algo más, algo que no tenía que ver con la falta de opciones de socialización, sino con una especie de entendimiento silencioso que no necesitaba ser explicado…

Se despidió con un gruñido.

Sí.

Un. Maldito. Gruñido.

¡¿Pero qué somos?! ¿Un par de animales salvajes en plena comunicación primitiva?!

Todavía no me lo puedo creer, porque una cosa es que sea un hombre de pocas palabras, lo cual ya es frustrante de por sí, y otra muy distinta es que su nivel de despedidas haya retrocedido hasta la época de las cavernas.

Pero lo peor no es el gruñido en sí.

Lo peor es que después de gruñir y largarse como si todo estuviera perfectamente claro entre nosotros, ahora ha desaparecido.

Sí, como Elliot Grayson, lo cual es muy apropiado considerando la obsesión de esta isla por los misterios sin resolver y los hombres que deciden evaporarse sin previo aviso.

Ahora no lo veo por ningún maldito lado.

He ido al pueblo más veces de lo normal, paseando por los mismos caminos esperando verlo por "casualidad", e incluso he tomado desvíos absurdos solo para ver si, por algún milagro, aparece de la nada y podemos fingir que nuestro último encuentro no fue tan ridículo como realmente fue.

Pero nada.

No lo he visto en el pub, ni en el puerto, ni siquiera en a las afueras de su casa, lo cual me tiene tan desconcertada como molesta, porque ¿qué clase de persona se despide con un gruñido y luego decide desaparecer como si nada hubiera pasado?

Y aunque quiero fingir que no me importa, que todo esto es solo un misterio menor en comparación con la historia que debería estar escribiendo, que mi prioridad absoluta es descubrir qué demonios pasó con Elliot Grayson y no el paradero de un hombre que claramente no sabe despedirse como un ser humano normal…

La verdad es que me molesta más de lo que debería.

Porque no sé qué esperaba.

No sé qué quiero.

Pero lo que sí sé es que este hombre apareció en mi vida, me miró con esos ojos intensos que parecían estar viendo a través de todas mis defensas, me hizo sentir que había algo más que una simple cortesía forzada por las circunstancias, y ahora me ha dejado aquí, congelada, confundida y esperando, como una idiota, volver a verlo solo para escuchar otro de sus condenados gruñidos.

Hoy es el día.

El gran día.

El único día en el que esta isla tiene contacto real con la civilización, donde Tom hace su viaje a tierra firme y regresa con provisiones, encargos y, probablemente, el alma de aquellos que ya no pueden vivir sin algo de "afuera".

Y aquí estoy yo, mirando la barcaza con una mezcla de desesperación y nostalgia, como si en lugar de traer cosas esenciales trajera la salvación de mi cordura.

El mal tiempo retrasó su viaje varios días, y eso ha hecho que mi deseo de largarme de aquí se intensifique.

Porque podría subirme.

Podría largarme ahora mismo.

Podría dejar atrás las cabras con miradas demoníacas, el viento que no da tregua y los amaneceres demasiado silenciosos solo rotos por el gallo.

Podría escapar.

Pero no lo hago.

Porque no debo.

Porque no quiero irme así.

Así que me quedo allí, triste y congelada, sintiéndome dramática y miserable viendo cómo la gente se acerca a Tom para hacerle pedidos de última hora, como si él fuera un traficante de bienes preciados del mundo exterior.

Cuando finalmente me ve, me estudia con curiosidad, como si mi cara de tragedia fuera demasiado evidente para ignorarla.

—¿Necesitas algo de la civilización?

Y entonces, con la voz más rota de todas las voces rotas, con el peso de la desesperación de quien lleva días sobreviviendo a base de té y galletas, le suelto la única petición que realmente importa en este momento:

—Un *chai latte* de Starbucks.

Lo digo intentando no hacer un puchero, pero mi alma lo está haciendo.

Tom me mira con una mezcla de sorpresa y lástima, como si acabara de pedirle que me trajera el Santo Grial en un vaso de cartón con mi nombre mal escrito.

Y, para ser honesta, no sé si está más preocupado por mi pedido o por la cara de absoluto desamparo que debo tener en este momento.

Porque es el primer día en que me siento sola.

Pero sola de verdad.

No sola de manera romántica y cinematográfica, con música melancólica de fondo y una bufanda ondeando con el viento.

No.

Sola en el sentido más triste y aplastante de la palabra.

Sola porque, de repente, la isla parece más grande y yo demasiado pequeña.

Sola porque el frío se ha vuelto insoportable, porque la incomunicación me está destrozando, porque siento que cada día me hundo más en este rincón del mundo del que no sé si quiero o debo permanecer más días.

Sola porque, por primera vez, empiezo a pensar que haberme quedado una segunda semana ha sido un error.

Sola porque, aunque no quiera admitirlo, también extraño a James y su maldito gruñido.

Todo es un drama.

Un enorme, estúpido y ridículo drama.

Y aquí estoy, congelada, al borde del llanto, suplicándole a Tom por una bebida como si fuera mi última esperanza.

Tom me mira con la paciencia de un hombre que ha visto cosas raras en su vida, pero quizás nada tan ridículo como una

mujer al borde del llanto por una bebida de una franquicia internacional.

—Pero te llegará frío… —señala con una lógica aplastante.

—Da igual. —Intento sonar firme, pero sé que hay un sollozo contenido en mi voz.

Tom me observa por un instante más, y entonces, con la resignación de alguien que ya ha decidido que es más fácil asentir que discutir, dice lo que quiero escuchar:

—Lo intentaré.

Sé que no lo intentará.

Sé que esto es una mentira piadosa para evitar que me derrumbe en el muelle.

Pero lo aprecio de todos modos.

Y sin ninguna fe en que el *chai latte* llegue a mis manos, me dirijo al pub, sintiéndome como un alma en pena.

Me acomodo en la última mesa, saco el ordenador y trato de ignorar el peso de mi tristeza.

No funciona.

Porque Artie me ve.

Y Artie, siendo Artie, no va a dejar pasar mi estado lamentable.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz un poco congestionada.

—Sí.

No lo estoy.

Pero Artie no es tonto.

—Hoy no estás muy habladora.

—No.

Mi cerebro quiere cooperar con respuestas más largas, pero no tengo energía para eso.

Él se cruza de brazos y me mira con esa paciencia paternal que hace que me sienta aún peor.

—¿Podemos ayudarte?

Levanto la vista del ordenador y, sin filtros, sin rodeos y sin piedad, suelto la verdad.

—¿Puedes encontrar a Elliot Grayson para que pueda escribir un gran artículo, no perder mi trabajo y volver a la civilización?

Artie parpadea.

Por un instante parece genuinamente sorprendido, como si no esperara que mi crisis emocional estuviera directamente relacionada con mi incapacidad para descubrir la verdad sobre Elliot Grayson.

Pero luego, su expresión cambia.

Se ve… triste.

Se ve como si realmente quisiera ayudarme.

—No puedo ayudarte. —Su voz suena pesada, casi dolida.

Y eso me golpea con más fuerza de la que esperaba.

Lo veo darse la vuelta, alejándose hacia la barra, y en cuanto lo hace, me siento como la peor persona del mundo.

Porque Artie siempre ha sido amable conmigo.

Porque él no tiene la culpa de que yo esté en plena crisis existencial sobre té especiado y soledad emocional.

—Artie…

Se detiene y se gira.

—¿Sí?

Le sostengo la mirada y dejo salir un suspiro cansado.

—Perdóname. No he querido ser grosera. No es la isla, es… el estar sola, el frío, la distancia… creo que hoy me está afectando.

Él me observa por un momento, y en lugar de hacer una broma o decirme que deje de hacer un drama por algo tan tonto como un té, simplemente asiente.

Y entonces suelta una frase que, aunque no debería afectarme, se clava en mi pecho como un puñal.

—No te preocupes, niña. Pronto volverás a tu vida y volverás a ser feliz en la gran ciudad.

Me quedo quieta.

Porque, por primera vez desde que llegué, esa idea no me reconforta.

Porque siempre pensé que este lugar era temporal, una estación de paso en la que soportaría el frío y las cabras asesinas hasta terminar mi artículo, hasta escribir lo suficiente como para demostrar que podía con cualquier encargo que me dieran.

Porque mi plan siempre fue regresar lo antes posible.

Pero entonces me doy cuenta de que, en algún punto de estos días gélidos, de estos paseos solitarios y de estas conversaciones absurdas con isleños que han aprendido a vivir en un rincón del mundo donde nada se mueve demasiado rápido… algo ha cambiado.

Y no sé cómo sentirme al respecto.

No sé si me aterra o si me reconforta.

Solo sé que, por primera vez, la idea de volver no me parece tan sencilla.

Las palabras de Artie quedan flotando en el aire, ligeras, casi despreocupadas, como si no tuvieran peso.

Pero la pregunta se instala en mi cabeza sin permiso, con el peso de algo que he estado evitando pensar desde que puse un pie en esta isla.

¿Soy feliz en la gran ciudad?

La respuesta debería ser fácil.

Automática.

Por supuesto que soy feliz.

Allí tengo mi trabajo, mis cafés listos en cinco minutos, mi rutina, mis calles llenas de gente, mis tiendas abiertas hasta tarde, mi apartamento donde siempre hay ruido de fondo y nadie te mira dos veces.

Allí no hay silencio incómodo ni "raritos" que te dejan leña en la puerta sin decir nada.

No hay gallos infernales cantando al amanecer, ni perros gigantes que te hacen caer de culo en la arena, ni pub donde la gente se sienta a escuchar historias con paciencia infinita.

En la gran ciudad nadie se fija en nadie.

No hay miradas cómplices cuando entras en una tienda, ni personas que recuerdan cómo tomas el té después de haberte visto hacerlo solo una vez.

No hay Artie preocupándose por si estoy bien.

No hay Mrs. Gladys dejándome galletas con la excusa de que "ha cocinado demasiadas".

No hay Tom fingiendo que realmente va a traerme un *chai latte* solo para que deje de parecer un alma en pena en el muelle.

No hay James colocando su cuerpo entre los acantilados y yo,

como si fuera algo natural protegerme.

No hay James con su maldito gruñido y su forma de mirarme como si supiera cosas de mí que ni yo misma entiendo.

No hay.

No hay.

No hay.

Y de repente, me doy cuenta de que no sé qué responder.

Porque si la felicidad es tener todo al alcance de la mano, si es estar rodeada de gente que camina tan rápido que no se detiene a mirarte, si es vivir en un sitio donde no importa si te vas o si te quedas…

Entonces, quizá nunca fui tan feliz como creía.

Quizá la gran ciudad nunca fue realmente mi hogar.

Y esa idea me aterra.

Porque significa que no tengo ni idea de dónde encajo realmente.

Que estoy aquí, sentada en un pub en medio de una isla que apenas conozco, preguntándome si la vida que he construido es la que realmente quiero.

Y si no lo es…

Entonces, ¿qué demonios estoy haciendo?

Paso parte de la mañana sola, y aunque trato de convencerme de que la soledad es exactamente lo que necesito para recomponerme, la verdad es que lo único que logro es hundirme más en este mar de emociones confusas que parecen haberse desatado sin previo aviso.

Cuando Artie me indica que tiene que salir un momento, asiento con la cabeza y trato de mantenerme impasible, fingiendo

que todo está bien, que su ausencia no me afecta en lo más mínimo, que no estoy a punto de tener un colapso emocional porque, al final del día, soy una adulta funcional con una vida estable y objetivos claros.

Pero en cuanto la puerta se cierra detrás de él y el pub queda en un silencio incómodo, siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas traicioneras.

No quiero llorar.

No quiero ser una de esas personas que lloran solas en una mesa mientras teclea en su ordenador como si fuera el cliché andante de una escritora atormentada.

Pero no puedo evitarlo.

Malditas hormonas.

Maldito período.

Maldito primer día.

Me limpio la cara con rapidez, molesta conmigo misma por ser tan dramática, por dejar que el peso de este día me afecte más de lo que debería.

Artie no tarda mucho en regresar, lo suficiente como para que yo logre recomponerme un poco y fingir que no he pasado los últimos minutos en un estado de autocompasión patético.

Él no dice nada, simplemente se mete directamente en la cocina, como si supiera que necesito unos minutos más para recoger mis emociones antes de que alguien me hable.

Y yo trato de distraerme con mi ordenador, con mi té, con cualquier cosa que no sea este sentimiento de vacío y de confusión que no me deja en paz.

No ha pasado ni media hora cuando la puerta se abre de nuevo, dejando entrar una ráfaga de aire frío que me hace

estremecerme.

Y entonces escucho una voz familiar.

—Querida, ¿cómo estás?

Levanto la vista y ahí está ella, con su sonrisa radiante, con esa energía inagotable que parece desafiar todas las leyes de la naturaleza.

Mrs. Gladys se acerca a mí con la seguridad de quien ha venido con un propósito claro.

Como si ya supiera que estoy teniendo un día de mierda.

Como si alguien le hubiera informado de mi estado anímico y la hubieran enviado como refuerzo emocional antes de que yo terminara de hundirme del todo.

Sin ni siquiera preguntar, coge una silla y se sienta a mi lado, colocando una cálida mano sobre las mías, como si su sola presencia pudiera calmar el caos interno que llevo arrastrando desde que desperté esta mañana.

La miro, con la tristeza aún instalada en mi pecho, con la cabeza llena de pensamientos confusos y con una ligera sospecha que empieza a crecer dentro de mí.

Porque hay algo demasiado conveniente en su repentina aparición.

Algo que no encaja del todo.

¿Cómo es posible que haya aparecido tan de repente y se haya dirigido directamente hacia mí, sin dudar un solo segundo?

¿Cómo sabía exactamente dónde encontrarme, si yo no he pasado por la tienda en toda la mañana?

¿Cómo demonios ha sabido que estoy aquí en el pub, sintiéndome miserable, cuando ni siquiera yo tenía claro qué iba a hacer con mi día?

Miro a Mrs. Gladys con los ojos entrecerrados, sintiendo que hay una pequeña conspiración en marcha.

Y aunque sé que la mujer es un alma generosa que se preocupa por todo el mundo en esta isla, no puedo evitar sospechar que alguien, en algún lugar, ha estado hablando de mí.

Y tengo una idea bastante clara de quién puede haber sido.

Artie.

Mrs. Gladys no suelta mi mano. La aprieta con calidez, como si con ese simple gesto pudiera hacerme sentir menos sola, menos atrapada en este torbellino emocional que ni yo misma entiendo. Su mirada es intensa pero amable, como la de alguien que ya ha visto a muchas personas pasar por días malos y sabe que no hay necesidad de presionar demasiado para hacer que hablen.

—No tienes buena cara, querida. —Su voz es suave, pero firme, como si ya tuviera la certeza de que algo no está bien en mí.

Fuerzo una sonrisa y me enderezo en la silla, como si eso fuera a convencerla de que estoy perfectamente bien.

—Estoy bien.

Ella ladea la cabeza, observándome con una paciencia que me resulta desarmante.

—Eso dicen siempre las personas que no están bien.

Me río, aunque el sonido suena más forzado de lo que me gustaría.

—Bueno, entonces supongo que no puedo decir nada que te convenza, ¿no?

—No, querida. No puedes.

El silencio se instala entre nosotras. Yo aparto la mirada y doy un sorbo a mi té, intentando concentrarme en otra cosa, en cualquier cosa que no sea la ternura con la que Mrs. Gladys me está

mirando. No quiero abrirme. No quiero admitir que me siento sola, que este día me está afectando más de lo que debería.

—Todos tenemos días malos. —dice ella, con la voz tranquila, como si simplemente estuviera comentando el clima—. A veces son por razones importantes. A veces… simplemente nos despertamos y todo parece más difícil.

Asiento lentamente, pero no digo nada.

Ella me estudia por un momento más y suspira con ternura.

—No tienes que contarme qué te pasa si no quieres, pero sí quiero que recuerdes algo.

Levanto la vista y me encuentro con su expresión llena de dulzura.

—La isla puede ser dura al principio. Silenciosa. Solitaria. Pero eso no significa que estés sola. Hay muchas personas aquí que ya se han encariñado contigo más de lo que crees.

Algo en mi pecho se aprieta.

No porque no lo supiera, sino porque no estaba lista para escucharlo en voz alta.

Intento reírme, restarle importancia a lo que dice.

—¿Encariñarse conmigo? No sé, creo que la mayoría me ve como la forastera que pregunta demasiado y que no sabe recoger leña.

Mrs. Gladys suelta una risa suave, pero niega con la cabeza.

—Eres más que eso, querida. Eres curiosa, pero no de la manera en que lo son los turistas.

Se inclina un poco más hacia mí, con la seriedad de alguien que está a punto de decir algo importante.

—Te interesa la isla, pero más que eso, te interesa la gente. Y

la gente lo nota.

No sé qué responder.

Porque una parte de mí quiere decirle que se equivoca, que solo estoy aquí para hacer mi trabajo y que pronto me iré de vuelta a mi vida, a mi ciudad, a mi ruido constante.

Pero otra parte de mí sabe que no es tan simple como eso.

—No dejes que un mal día te haga dudar de lo que quieres, Lucía.

Ella aprieta mi mano una vez más antes de soltarla con suavidad.

—Ahora, dime. ¿Quieres comer algo? Porque no pienso dejar que te quedes aquí con esa cara y solo un té para acompañarte.

Y aunque todavía siento el peso de mis pensamientos, aunque el nudo en mi pecho sigue ahí, no puedo evitar sonreír un poco.

Porque hay algo reconfortante en saber que, aunque no lo diga en voz alta, Mrs. Gladys ya sabe exactamente lo que necesito.

Artie aparece desde la cocina con dos platos hondos entre las manos, el vapor elevándose en espirales que llenan el pub con un aroma cálido y reconfortante. Los coloca con cuidado frente a nosotras y, sin decir nada, deja también un par de trozos de pan con mantequilla a un lado, como si la comida por sí sola no fuera suficiente para combatir este día gris y frío.

Cuando levanto la vista para agradecérselo, me encuentro con su sonrisa tímida, esa que apenas dura unos segundos pero que, por alguna razón, me golpea más fuerte de lo que esperaba.

Intento devolvérsela con la misma sinceridad, aunque no estoy segura de que me salga bien.

—Gracias.

Solo eso.

Una palabra que no basta para expresar lo mucho que significa este gesto.

Sé que ha sido idea suya lo de llamar a Mrs. Gladys.

Sé que, sin preguntar, Artie ha sabido mejor que yo lo que necesitaba en este momento.

Porque a veces, cuando el día parece más insoportable de lo normal, las palabras sobran, pero un plato caliente de sopa y un trozo de pan con mantequilla pueden arreglar, aunque sea un poco, el desastre que llevas por dentro.

Comemos en silencio.

No hay necesidad de forzar una conversación.

Mrs. Gladys se toma su tiempo, sorbiendo su sopa con calma, de vez en cuando lanzándome miradas furtivas como si aún estuviera evaluando mi estado de ánimo.

Yo simplemente me concentro en la comida, dejando que el calor de la sopa se extienda por mi cuerpo, que la sensación de algo tan simple y casero me reconforte de una manera que no había anticipado.

Cuando terminamos, Mrs. Gladys se levanta y se despide con una palmadita cariñosa en mi brazo, como si con ese simple gesto me dijera que estará allí si la necesito.

Y así, sin más, vuelve a salir por la puerta, dejándome una vez más sola con mis pensamientos y mi ordenador abierto, esperando que las palabras fluyan.

Artie, sin hacer preguntas ni comentar nada sobre mi estado de ánimo, me deja una nueva taza de té caliente antes de regresar a lo suyo.

Tomo la taza entre mis manos, sintiendo cómo el calor me

devuelve un poco de vida en los dedos fríos, y la observo durante unos segundos antes de llevarla a mis labios.

No es un té cualquiera.

Sé lo que es.

Artie lleva días intentando recrear mi bebida favorita, ese *chai latte* que casi lloro al pedirle uno a Tom esta mañana.

Cada día le sale mejor.

Cada día, el sabor es un poco más parecido al que tanto extraño.

Y eso me encoge el corazón.

Porque no es solo té.

Es su manera silenciosa de decirme que escucha, que se preocupa, que incluso en un rincón del mundo donde la gente se aferra a sus costumbres y su forma de hacer las cosas, él ha intentado traerme un pedacito de mi hogar.

Y aunque sé que hoy no voy a avanzar mucho con el artículo, aunque las palabras en mi pantalla parezcan más confusas que nunca, esta taza de té, este pequeño gesto, me da fuerzas para seguir.

Capítulo 16



James

El día está gris, cubierto de nubes densas que presagian lluvia, el tipo de clima que hace que la isla parezca aún más aislada del resto del mundo. El viento sopla con fuerza desde los acantilados, agitando las ramas desnudas de los árboles y haciendo que el mar rompa contra las rocas con más violencia de lo habitual. Es un día frío, áspero, de esos en los que todo parece moverse más rápido.

Y yo estoy trabajando.

Tengo las manos cubiertas de carboncillo, manchas oscuras en los dedos, en las palmas, incluso en la camiseta. El olor a pintura y barniz se mezcla con el aire salino que entra por la ventana abierta de mi estudio. Los lienzos a mi alrededor están en diferentes estados de caos, algunos con líneas apenas esbozadas, otros con colores intensos cubriendo cada rincón.

Pintar debería ayudarme a aclarar la mente.

Pero no lo hace.

Porque estos días, por más que lo intento, todo lo que hago me recuerda a ella.

A la manera en que me miraba desde la roca en la playa, en silencio, sin saber que yo la había visto.

A su expresión cuando se cayó de culo en la arena, con una mezcla de indignación y vergüenza.

A su risa en el pub cuando sirvió su primera pinta.

A su maldita obsesión con descubrir a Elliot Grayson.

A la manera en que me hacía sentir como si aún existiera algo más allá de la vida que elegí para mí.

Y justo cuando estoy intentando sacármela de la cabeza, el teléfono suena.

Mrs. Gladys.

Sopeso si contestar o no, pero cuando ella llama, siempre es por algo.

—James, necesito tu ayuda.

Su tono es serio, pero hay un matiz de dulzura que me pone en alerta. Quiere pedirme algo.

—¿Con qué?

—Con Lucía.

Aprieto la mandíbula.

No es que no me lo esperara, pero aún así me incomoda escuchar su nombre en voz alta, pronunciado de esa manera en la que Mrs. Gladys siempre parece estar medio tramando algo.

—Pensé que ya tenía a toda la isla cuidándola.

—Sí, pero parece que no es suficiente.

No respondo.

No quiero involucrarme más de lo que ya lo he hecho.

No debería haberme involucrado en absoluto.

Pero estos días que la he evitado, que he intentado

mantenerme ocupado y no pensar en ella, no lo he logrado.

Cada vez que camino por la isla, me pregunto si estará cerca.

Cada vez que paso por el pub, me pregunto si seguirá escribiendo, si seguirá esperando encontrar respuestas.

Si seguirá esperando encontrarme a mí.

Y me odio un poco por eso.

Por querer verla.

Por querer estar cerca.

Por no poder sacármela de la cabeza.

—James. —Mrs. Gladys me saca de mis pensamientos—. Parecía que habías conectado con ella.

Conectado.

Esa palabra se me clava en el pecho.

No quiero admitirlo.

No quiero pensar que es verdad.

Pero lo es.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto finalmente.

—Háblale sobre Elliot.

Cierro los ojos.

No.

No puedo.

No quiero.

—No.

—No tienes que decirle la verdad. Solo dale algo. Cualquier cosa.

—No.

Mrs. Gladys suspira.

—Se irá pronto James.

Lo sé.

Lo he sabido desde el principio.

Y por eso la he estado evitando.

Porque no quiero encariñarme más de lo que ya lo he hecho.

Porque no quiero que me importe.

Pero me importa.

Y la idea de que se marche sin que la vea otra vez, sin que al menos... deje de evitarla como un maldito niñato, me inquieta más de lo que debería.

Miro mis manos, cubiertas de carboncillo.

Pienso en su voz, en su risa, en su insistencia por descubrir la verdad.

Y entonces se me ocurre algo.

—Puedo hacerme pasar por el guardés.

—¿El qué? —pregunta Mrs. Gladys, sorprendida.

—Puedo decirle que cuido la propiedad de Elliot. Que sé cosas. Darle algo para que deje de buscar en lugares donde no quiero que busque.

Hay un silencio.

Y luego, una risa baja, casi divertida.

—Siempre fuiste un chico listo.

No respondo.

Porque esto no se trata de inteligencia.

Se trata de que, después de días apartándome de ella, he decidido que no voy a perderla antes de que se marche.

Se trata de que me niego a seguir comportándome como un idiota.

Se trata de que, aunque no pueda decirle toda la verdad, voy a estar cerca de ella mientras aún pueda.

Nada más colgar con Mrs. Gladys, dejo lo que estaba haciendo.

No porque esté convencido de que esto sea una buena idea, sino porque ya no quiero seguir huyendo de ella.

Porque, aunque todo en mi cabeza me dice que es mejor dejarla tranquila, que no vale la pena involucrarme más de la cuenta, el resto de mi cuerpo parece estar en piloto automático, llevándome a hacer exactamente lo contrario.

Miro mis manos, aún manchadas de pintura seca y carboncillo, y suelto un resoplido.

Si voy a verla, al menos no puedo aparecer como si acabara de salir de una cueva.

Me dirijo al baño, pero antes de entrar, miro el móvil y sin pensarlo demasiado, llamo a Tom.

La llamada apenas suena dos veces antes de que él responda.

—¿Qué pasa?

—Necesito que me traigas algo.

—Si es otra herramienta rara, tendrá que esperar. Estoy hasta arriba con el barco.

—No es una herramienta.

Hay un silencio.

Puedo imaginarme perfectamente su cara al otro lado del teléfono, frunciendo el ceño con sospecha.

—¿Entonces qué?

Respiro hondo, consciente de lo ridículo que voy a sonar.

—Un *chai latte* de Starbucks.

Silencio.

Un largo silencio.

Luego, una carcajada.

Una maldita carcajada.

—Perdón, ¿qué? —pregunta entre risas.

—Lo que oíste. Un *chai latte*. Y no vuelvas sin él.

—James, ¿te has dado un golpe en la cabeza o algo?

—No lo quiero para mí.

—Ajá… —Puedo escucharlo sonreír al otro lado del teléfono—. ¿Y para quién es, exactamente?

—No importa.

—Claro que importa.

Aprieto la mandíbula.

Me niego a darle el gusto de decirlo en voz alta.

Tom, sin embargo, sigue divirtiéndose a mi costa.

—¿Algo más, o solo quieres que me convierta en tu barista personal?

—Sí, hay algo más.

—¿Un *croissant* también?

Ignoro la burla.

—Cardamomo.

—… ¿Cardamomo?

—La especia.

—Sí, sé lo que es, James me la ha pedido Artie. Lo que no entiendo es qué coño está pasando contigo.

No pienso darle explicaciones.

Pero como sé que, si no le doy una buena razón, se tomará su tiempo en traerlo, decido pasar a las medidas desesperadas.

—Te pago el doble de lo que cueste.

Eso sí que capta su atención.

—¿Doble?

—Doble.

—Vale, ahora sí estoy interesado.

Puedo escuchar el sonido del motor del barco de fondo.

—Te lo traeré, pero quiero verlo con mis propios ojos.

—¿El qué?

—Cómo le das ese *chai latte* a quien sea que lo necesita con tanta urgencia.

—Yo no se lo voy a dar. Se lo vas a dar tú.

—Aja… ya lo he comprado, Lucía me lo pidió esta mañana —Lo escucho reír.

Cuelgo sin añadir nada más.

Porque Tom es un imbécil.

Pero un imbécil eficiente.

Dejo el móvil en la mesa y me meto al baño.

Abro la ducha y dejo que el agua caliente haga su trabajo, arrastrando la pintura seca de mi piel, relajando mis músculos tensos.

Mientras me froto las manos con fuerza para quitar el carboncillo, me miro en el espejo.

El reflejo me devuelve la mirada con una expresión que no me gusta.

—¿Qué coño estás haciendo? —murmuro en voz baja.

No espero respuesta.

Pero si la hubiera, sé exactamente lo que diría.

Que esto es una estupidez.

Que, en una semana, Lucía se irá y yo volveré a mi vida tranquila.

Que no debería importarme tanto si ha tenido un mal día o si la isla la está empujando al límite.

Que esto, toda esta situación, no es mi problema.

Pero aquí estoy.

Pidiéndole a Tom que le traiga su estúpido *chai latte*.

Planeando cómo darle información sin delatarme.

Decidiendo, por primera vez en días, que no voy a seguir evitando a Lucía Ferrer.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me aterra un poco.

Camino hasta el muelle con paso firme, sintiendo cómo el viento salado golpea mi rostro con la misma intensidad con la que mi cabeza me dice que esto es una mala idea.

Pero mis pies siguen avanzando, ignorando cualquier lógica, cualquier advertencia, cualquier parte racional de mí que aún intenta

convencerme de que mantenerme alejado es lo mejor.

Cuando llego, veo que Tom acaba de atracar la barca, y ahí está ella.

Lucía.

De pie, con los brazos cruzados sobre su pecho, con el abrigo envolviéndola como si intentara protegerse de algo más que el frío, con el cabello revuelto por el viento, esperando.

Y cuando Tom le entrega un vaso de cartón blanco con el logo verde impreso en el centro, sus ojos se iluminan como si le hubiera dado la mismísima joya de la corona.

Ella le mira con incredulidad, luego con gratitud y, sin dudarlo ni un segundo, se lanza a sus brazos y lo abraza con fuerza.

Maldita sea.

Ese abrazo debería ser mío.

La rabia me golpea en el pecho con una fuerza que me deja inmóvil.

Porque yo fui quien pidió ese té, bueno y ella también.

Yo fui quien pensó en su estúpido *chai latte* y ella.

Yo fui quien la vio esta mañana a escondidas con la mirada perdida, con el cansancio en los hombros, con esa soledad que la envolvía.

Pero es Tom quien recibe su gratitud.

Tom, con su cara de satisfacción, con su media sonrisa de triunfo, con su expresión que dice "te lo dije".

Aparto la mirada antes de hacer una estupidez.

Lucía suelta a Tom y se aleja con su preciado tesoro entre las manos.

Camina por el sendero con pasos lentos, como si quisiera saborear el momento, como si la calidez de ese té significara más de lo que está dispuesta a admitir.

La sigo con la mirada mientras sube la colina, esa pequeña elevación que da al océano, donde el viento sopla más fuerte y el mar se extiende infinito frente a ella.

Y cuando llega al banco de madera, se sienta con la espalda recta, sosteniendo el vaso entre sus manos con un cuidado casi reverencial.

No bebe de inmediato.

Solo lo observa.

Como si aún no pudiera creer que realmente lo tiene.

Como si temiera que desapareciera en cualquier momento.

No sé cuánto tiempo pasa así, pero me obligo a darle su espacio.

Porque sé que lo necesita.

Porque he visto suficiente de Lucía Ferrer para saber que a veces se envuelve en una coraza de ironía y risas, pero hay momentos en los que el silencio la envuelve como un escudo.

Y este es uno de esos momentos.

Pero cuando finalmente decido acercarme, cuando camino en su dirección veo sus ojos enrojecidos.

Y algo dentro de mí se encoge.

Me esperaba una sonrisa.

Una burla.

Un comentario sarcástico sobre su milagroso reencuentro con la civilización.

Pero en lugar de eso, solo veo tristeza.

Una tristeza silenciosa, de esas que no necesitan lágrimas para sentirse pesadas.

Y en ese instante, sé que he llegado demasiado tarde.

Porque ella no necesita ese té.

No necesita ese estúpido *chai latte*.

Necesita algo más.

Algo que no sé si puedo darle.

Algo que no sé si me atrevo a ofrecerle.

Me siento a su lado sin hacer ruido.

No me mira. Sigue con la vista perdida en el horizonte, con las manos aferradas al vaso de cartón como si fuera lo único que le quedara en el mundo. El viento le revuelve el cabello, pero ella ni siquiera hace el gesto de apartárselo de la cara.

Ese pequeño detalle me dice más de lo que quisiera saber.

Lucía siempre está en movimiento, siempre tiene una respuesta lista, siempre habla incluso cuando no tiene nada que decir. Pero ahora está quieta. Demasiado.

Y no sé qué demonios hacer con eso.

Nunca he sido bueno con las palabras, mucho menos en situaciones como esta.

Así que opto por lo que me sale más natural.

—Así que te has salido con la tuya…

No se gira hacia mí, pero suelta un pequeño resoplido, una risa ahogada mezclada con algo que no logro descifrar.

—No me lo esperaba. —dice en voz baja, girando el vaso entre sus manos—. Pensé que Tom solo estaba siendo amable, que

me diría que lo intentó y me traería cualquier otra cosa.

—Tom cumple cuando quiere.

Ella asiente lentamente y, por primera vez, se decide a probar su preciado *chai latte*.

Lo hace con un sorbo pequeño, casi como si temiera que el sabor no sea el correcto. Cierra los ojos un momento y deja escapar un suspiro.

—Está igual que el de Starbucks en Londres.

Levanto una ceja.

—Vaya sorpresa.

Ella sonríe un poco, apenas una curva en sus labios, pero está ahí.

—Está muy bueno. —murmura—. Sabe a hogar.

Esa última frase me golpea en el pecho de una forma extraña, incómoda.

Porque suena a nostalgia.

Porque suena a despedida.

Porque, aunque lo intente, no puedo ignorar lo enrojecidos que tiene los ojos.

Apretando la mandíbula, miro hacia el mar, dando tiempo a que el silencio se acomode entre nosotros.

Pero no me resulta cómodo.

No me gusta verla así.

Y aunque no sé si quiero escuchar la respuesta, las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—¿Estás bien?

Lucía no responde enseguida.

Aprieta un poco más el vaso entre sus manos y deja que el viento sople a su alrededor antes de contestar.

—Hoy no ha sido un buen día.

Su voz es suave, cansada. No lleva sarcasmo, ni ironía, ni burla.

Es solo verdad.

Pura y simple.

Y eso es lo que más me inquieta.

Me quedo en silencio, esperando a que continúe.

Pero no lo hace.

No me dice por qué. No me explica nada.

Y por alguna razón, no quiero presionarla.

No porque no me interese, sino porque siento que ya me ha dicho suficiente.

Si hoy no ha sido un buen día, lo único que puedo hacer es quedarme aquí. Sin intentar arreglarlo, sin buscar soluciones, sin decir que todo estará bien.

Solo estando.

Así que asiento, mirando el océano con ella.

El viento nos envuelve, el sonido de las olas choca con las rocas y el silencio que compartimos no parece incómodo.

Y cuando vuelve a dar un sorbo a su *chai latte* y, apenas en un murmullo, suelta un "gracias", sé que hice bien en venir.

La miro de reojo, pero no insisto. No le pido explicaciones, no le exijo que me cuente lo que pesa en su pecho.

Porque a veces, lo que uno necesita no son preguntas ni respuestas.

Porque a veces, no se trata de hablar.

Solo alguien que esté allí, en silencio, compartiendo la misma brisa fría y la misma tarde gris, sin tratar de llenar los vacíos con palabras innecesarias.

A veces, simplemente se trata de estar ahí.

El tiempo en la isla es traicionero.

El cielo sigue cubierto de nubes grises, y aunque el viento sopla con constancia, la temperatura ha ido descendiendo poco a poco, haciendo que el frío se cuele entre la ropa, afilado y persistente.

Lucía se encoje sobre sí misma, hundiendo las manos en las mangas de su abrigo, intentando atrapar el poco calor que aún queda en su cuerpo.

La observo por el rabillo del ojo y, sin pensarlo demasiado, me quito mi chaqueta y la paso por sus hombros.

No hago ningún comentario al respecto, no espero que me la agradezca ni que haga un escándalo sobre ello. Simplemente la dejo caer sobre ella con naturalidad, como si no fuera gran cosa.

Ella se tensa ligeramente cuando la tela la cubre, y entonces me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

—Tienes frío.

—¿Y tú no?

Me encojo de hombros.

—No como tú.

Por un momento, parece que va a rechazarla, que va a

quitarse la chaqueta y devolvérmela con alguna respuesta sarcástica sobre no necesitar que nadie la cuide.

Pero no lo hace.

Porque tiene frío.

Porque, aunque no quiera admitirlo, el gesto le agrada.

Así que suspira y vuelve la mirada al océano, ajustándose la chaqueta sobre los hombros con un movimiento rápido.

—Gracias.

—No hay de qué.

El silencio se instala entre nosotros una vez más, pero esta vez es más cómodo.

Miro el cielo, evaluando la hora, y después de un momento, decido que es el momento de soltar lo que llevo planeando.

—Mañana tengo una sorpresa para ti.

Lucía apenas parpadea, ni siquiera finge entusiasmo.

—Ah, ¿sí? —pregunta sin mucho interés, sorbiendo otro poco de su *chai latte*.

Levanto una ceja.

—Podrías intentar fingir que te emociona.

Ella se encoge de hombros, con la vista fija en el horizonte.

—Es que no tengo muy buena experiencia con tus "sorpresas".

—¿Desde cuándo te he dado una sorpresa?

—Bueno, técnicamente lo del perro fue una sorpresa.

Ruedo los ojos.

—Eso no cuenta.

—Claro que cuenta.

—Esto es diferente.

Ella suspira y se gira un poco hacia mí, todavía con la chaqueta ajustada a su cuerpo.

—¿Puedo saber de qué se trata o me toca esperar pacientemente a que me arrastres a otro desastre?

Sonrío de lado.

—Mañana lo verás.

Ella me estudia por un momento, como si intentara decidir si confiar o no en mi palabra.

Pero finalmente, sacude la cabeza con resignación y vuelve a mirar al océano.

—No sé por qué tengo la sensación de que voy a arrepentirme de esto.

—No lo harás.

—Eso mismo pensaba cuando llegué a la isla y mira dónde estoy.

Su voz lleva un tono de dramatismo exagerado, pero debajo de eso, hay un matiz de diversión, de algo que parece diferente a cómo estaba hace apenas un rato.

Y aunque no me lo diga, sé que el gesto de la chaqueta, la sorpresa que aún no sabe si quiere recibir, y simplemente el hecho de estar aquí, compartiendo el silencio, la han hecho sentirse un poco mejor.

Tal vez no mucho.

Tal vez no lo suficiente.

Pero algo.

Y por ahora, eso es suficiente para mí.

Me despierto antes de que el sol termine de asomarse por completo, con la mente inquieta y el estómago revuelto.

No es miedo, pero tampoco es comodidad. Es ese punto intermedio donde sabes que lo que vas a hacer es peligroso, pero lo haces de todas formas.

Hoy tengo un plan.

Un plan que podría salir bien, o convertirse en el mayor error que he cometido en años.

No puedo dejar que Lucía descubra la verdad.

No puedo dar un solo paso en falso.

No puedo permitirme arriesgar lo que he construido en esta isla.

Así que me levanto, me visto, respiro hondo y camino hacia la casita de la playa, listo para recogerla. Sin titubeos. Sin dudas.

Y entonces la veo.

Se nota que sigue algo decaída. No tanto como ayer en la colina, pero todavía hay algo en sus ojos que no termina de brillar como antes.

Eso me jode más de lo que quiero admitir.

Pero no voy a hablar de ello.

No sé cómo hacerlo.

Así que voy a lo práctico.

—Vamos.

Ella suspira, pasándose una mano por el pelo, todavía con el sueño pegado en la cara.

—Necesito ir primero al pueblo.

Frunzo el ceño. No hemos hablado de ninguna parada.

—¿Para qué?

—Tengo que comprar un par de cosas en la tienda.

Niego con la cabeza de inmediato.

—Dime qué necesitas, yo lo traigo.

Ella me mira, parpadea con sorpresa. Claramente no esperaba que me ofreciera.

—No es necesario, puedo ir yo.

—No quiero perder tiempo.

Ella suspira, exagerando la paciencia.

—Pues entonces ven a recogerme más tarde.

No tiene sentido.

—Dime lo que necesitas.

Lucía aprieta los labios, claramente frustrada, hasta que algo en su expresión cambia.

Y ahí sé que acabo de meterme en un lío.

Porque esa mirada, esa pequeña sonrisa que apenas se dibuja en su cara…

Esa es la mirada de alguien que está a punto de arruinarme el día.

Se cruza de brazos y me observa con intensidad.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

No me gusta su tono.

—Sí.

Ella respira hondo, como quien está a punto de soltar una

bomba, y luego dice, con la voz más tranquila del mundo:

—Necesito productos de higiene íntima femenina.

El mundo se detiene.

Mi cerebro se apaga.

El aire se vuelve insoportablemente denso.

Siento el impacto directo en el estómago, como un puñetazo invisible.

Y lo peor de todo es que sé que ella lo está disfrutando.

Intento responder. Algo. Lo que sea.

Pero mi boca se abre, luego se cierra.

Se abre de nuevo.

Nada.

Solo vacío.

Lucía levanta una ceja, expectante.

—¿Sigues insistiendo en ir tú? —pregunta con una inocencia completamente fingida.

Mi cara arde. Lo sé. Lo siento en cada fibra de mi cuerpo.

Tengo dos opciones:

1. Insistir en traerle lo que necesita y hacer el ridículo en la tienda.
2. Admitir la derrota.

Elijo la segunda.

Me despego la bufanda del cuello porque, de repente, el aire es demasiado caliente y opresivo.

—Vale, iremos primero al pueblo. —gruño, mirando hacia

cualquier lado menos a ella.

Y entonces Lucía se ríe.

Fuerte.

Auténtica.

Con ganas.

Y aunque todavía noto que mis orejas están en llamas, hay algo en esa risa que me alivia más de lo que me gustaría.

Maldición.

Voy a tener que empezar a ser más cuidadoso con lo que le ofrezco.

Pasamos por la tienda sin más complicaciones.

Yo espero fuera, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, tratando de no pensar demasiado en lo que estoy a punto de hacer.

No me gusta mentir.

No quiero mentirle.

Pero tampoco estoy listo para la verdad.

Así que esto es lo mejor que puedo ofrecerle.

Lucía sale al cabo de unos minutos con una bolsa en la mano y una energía renovada, claramente más animada que esta mañana.

—Ya está. —anuncia, sacudiendo la bolsa en el aire—. ¿Dónde está mi sorpresa?

Resoplo, haciendo un gesto con la cabeza.

—Vamos.

Dicho así suena fácil.

Pero la verdad es que me cuesta horrores no responder con

un gruñido, no dejar que mi nerviosismo se note en cada palabra, en cada maldita respiración.

Lo que estoy a punto de hacer es peligroso.

No porque vaya a hacerle daño.

Sino porque esto me acerca demasiado a la línea que tanto he intentado no cruzar.

Camino a su lado en dirección a su casita.

Pero no nos detenemos.

La dejamos atrás y seguimos avanzando por el sendero que conduce a la bifurcación.

A medida que nos acercamos, puedo sentir su curiosidad despertando.

Puedo ver cómo sus pasos se vuelven más rápidos, cómo su mirada se mueve de un lado a otro, reconociendo el lugar.

Y entonces, cuando llegamos frente a la gran puerta de hierro con la valla de piedra que ella intentó espiar aquel día, su cuerpo entero se tensa.

—No. —susurra, como si no pudiera creerlo.

Saco la llave del bolsillo y la sostengo entre mis dedos por un instante antes de llevarla hasta la cerradura.

Giro la muñeca y el mecanismo se activa con un sonido seco y contundente.

Lucía da un paso hacia atrás, llevándose una mano a la boca.

—¡*Noooo*! —exclama con un grito ahogado—. ¿En serio?

La miro de reojo. Su cara es puro asombro.

—En serio. —respondo, intentando que mi voz suene normal, pero notando cómo la leve sonrisa que se me escapa es más

nerviosa de lo que quisiera.

Lucía está a punto de explotar de emoción.

Lo veo en sus ojos.

En la forma en que aprieta la bolsa en su mano, en cómo su respiración se acelera.

Esto es enorme para ella.

Y entonces, su pregunta llega, directa, sin filtros, con toda la emoción de quien está a punto de descubrir un gran misterio.

—¿Conoces a Elliot?

Podría reírme.

Podría decirle que sí, que lo conozco mejor de lo que ella cree.

Pero no lo hago.

—Yo me encargo de controlar la finca.

No es mentira.

Es verdad.

Solo que no es toda la verdad.

Lucía se queda inmóvil por un segundo, como si su cerebro estuviera procesando toda la información a la vez.

Y luego, sus ojos se clavan en los míos con pura intensidad.

—Dime todo lo que sabes.

Y aquí vamos.

Espero no arrepentirme de esto.

Abro la puerta y ella pasa como un torbellino, con los ojos brillando de emoción, como si acabara de cruzar el umbral hacia un mundo secreto.

Frente a nosotros, el sendero de piedra bien cuidado se extiende colina arriba, rodeado por un jardín amplio y cuidadosamente mantenido.

Y al final de todo, la casa.

Mi casa.

Lucía se queda sin palabras por un segundo, pero luego…

—Oh, Dios mío. —Su voz es casi un jadeo de asombro—. Estoy frente a la mansión de Elliot Grayson.

No sé si reírme o preocuparme por su nivel de entusiasmo.

Levanta la vista hacia la construcción con una fascinación casi reverencial, como si la casa fuera un templo sagrado y no un simple lugar donde alguien—yo—vivía. Ahora lo hago en la casa de invitados.

—Elliot nunca pasa tiempo en esta casa desde hace tiempo… —digo con naturalidad, manteniendo la farsa.

Pero a Lucía le da igual. Está demasiado atrapada en la emoción del momento.

—¿Entonces está vivo? —pregunta de repente, con los ojos abiertos como platos.

—Sí. No es un fantasma.

Lo digo sin darle demasiada importancia, pero ella no ha terminado con sus preguntas.

Ni de lejos.

—Y ¿es cierto que pinta desnudo?

El comentario me toma por sorpresa.

La miro con incredulidad, pero ella está completamente seria.

—A ver si nos lo tropezamos en bolas con un pincel en la

mano.

Me atraganto con mi propia risa.

Me quedo mirándola, entre divertido e incrédulo.

—¿Tú qué crees?

Lucía se cruza de brazos, inclinando la cabeza con fingida seriedad.

—Bueno, la mitad de la isla dice que se tiró por un acantilado, la otra mitad dice que es un ermitaño loco y luego están los que aseguran que anda por aquí en pelotas con sus pinturas.

Niego con la cabeza, aún sonriendo.

Nunca se me ha ocurrido trabajar desnudo, pero después de escuchar ese rumor una y otra vez últimamente, no descarto probarlo algún día… en la intimidad de mi estudio.

Maldita sea.

Ahora no puedo sacarme la imagen de la cabeza.

Sacudo el pensamiento y me concentro en lo que realmente importa.

—¿Quieres ver la casa?

Ella me mira con sospecha, como si no pudiera creer que le estoy dando acceso tan fácilmente.

—¿Podemos?

—Sí.

Lucía me estudia un momento más, como si esperara que me echara atrás en el último segundo.

—¿No se enfadará?

Me encojo de hombros, intentando no sonreír.

—Es bastante gruñón, pero estoy seguro de que está de acuerdo con esto.

Ella no necesita más.

Empieza a subir por el sendero con la emoción de una niña entrando en una casa encantada, absorbiendo cada detalle como si cada piedra, cada ventana, cada sombra pudiera contarle un secreto.

Camina despacio, con los ojos abiertos de par en par, como si estuviera viendo algo mágico y no una simple casa.

Y por primera vez en mucho tiempo, veo mi hogar a través de los ojos de otra persona.

Y no sé si eso me gusta o si me aterra.

El sendero de piedra serpentea suavemente cuesta arriba, rodeado de césped perfectamente cuidado y árboles que han crecido con la libertad de quien ha sido dejado en paz durante años. Las hojas, aunque escasas por la temporada, se agitan con el viento helado, susurrando un sonido que se mezcla con el crujido de nuestros pasos sobre la grava.

Lucía camina a mi lado, pero su atención está en todo, menos en el suelo que pisa.

Observa cada detalle con la fascinación de quien está a punto de descubrir un secreto prohibido.

A medida que nos acercamos, la casa comienza a imponerse sobre nosotros, enorme y solitaria en la cima de la colina.

Es una construcción de piedra sólida, con un aire antiguo y señorial, pero lejos de ser intimidante, parece cargada de historia.

Los muros de piedra, oscuros por los años y el clima, se alzan con fuerza contra el viento de la isla, como si nada pudiera derribarlos.

Las grandes ventanas de dos plantas, con sus marcos de

madera envejecida, reflejan la luz gris del cielo, dando la impresión de que la casa observa más de lo que deja ver.

La puerta principal, un arco imponente de madera gruesa y gastada, espera al final del sendero, como la entrada a un mundo que nadie ha pisado en mucho tiempo.

Lucía se detiene por un instante, tomando aire, absorbiendo la imagen de la casa como si quisiera grabarla en su memoria.

—Es increíble… —murmura casi sin darse cuenta.

No respondo.

No sé qué decir.

Para mí, esta casa nunca ha sido increíble. Siempre ha sido un refugio, un escondite, un muro entre mi pasado y mi presente.

Pero verla a través de sus ojos…

Es diferente.

Lentamente, saco la llave de mi bolsillo y la introduzco en la cerradura de la puerta.

El metal cede con un sonido seco y familiar.

Y entonces, con un movimiento cuidadoso, la empujo, dejando que se abra con lentitud, como si el tiempo mismo estuviera permitiéndole a Lucía entrar en un lugar que nadie más ha pisado en años.

Ella no se mueve de inmediato.

Sostiene la respiración.

Y luego, sin apartar la mirada del umbral oscuro frente a nosotros, da el primer paso al interior.

La observo dar el primer paso con la emoción contenida en sus ojos, como si estuviera cruzando el umbral de un misterio que ha estado esperando resolver desde que puso un pie en esta isla.

Y sé lo que significa.

Sé lo que esto representa para ella.

Sé que le estoy dando exactamente lo que quiere.

Lucía Ferrer ha estado buscando respuestas desde el momento en que llegó, desde que escuchó los rumores, desde que seguramente escribió el primer párrafo de su artículo.

Y ahora, le estoy dando el acceso directo a la historia que podría escribir en este lugar.

Pero al mismo tiempo, estoy firmando mi propia sentencia.

Porque cuando obtenga lo que busca, cuando escriba cada palabra, cuando arme el rompecabezas y lo transforme en una historia lista para publicarse, su misión aquí terminará.

Y se irá.

Se irá con su libreta llena de información.

Con su curiosidad satisfecha.

Con la historia que tanto ha perseguido.

Y me dejará atrás.

Porque eso es lo que la gente hace.

Y, sin embargo, aquí estoy, abriendo la puerta y dándole exactamente lo que necesita para alejarse de mí.

Lucía avanza un poco más, dando otro paso dentro de la casa.

No me mira. Está demasiado absorta en el interior, en los detalles, en la sensación de estar dentro de un lugar que ha sido inaccesible para ella hasta ahora.

Para ella, este es un momento de descubrimiento.

Para mí, es una despedida adelantada.

Aún no lo sabe.

Pero cuando cruce esta puerta, yo ya no seré el mismo.

Capítulo 17



Lucía

No puedo creerlo.

Por un momento, me quedo quieta, absorbiendo todo lo que me rodea, sintiendo la emoción recorrer cada centímetro de mi cuerpo. He imaginado este lugar tantas veces desde que llegué en mi cabeza, he fantaseado con cómo sería, con lo que encontraría aquí… pero nada se compara con la realidad.

Es una casa impresionante.

No puedo dejar de mirar a mi alrededor, mi cerebro intentando absorber cada pequeño detalle de la casa en la que acabo de entrar. La casa de Elliot Grayson.

Jamás pensé que llegaría a estar aquí, y, sin embargo, aquí estoy.

Y lo más sorprendente es que no es en absoluto lo que había imaginado.

Es un lugar inmenso, pero no se siente impersonal ni frío como otras casas grandes que he visto. Es una combinación perfecta de lo antiguo y lo moderno, un equilibrio tan bien logrado que parece casi accidental, aunque sé que no lo es.

A pesar de su estructura clásica, de los muros gruesos y de la

historia que seguro encierran, la reforma ha sido meticulosa, logrando que todo fluya con armonía. Los suelos de madera oscura crujen ligeramente bajo mis pies, y el aire, aunque fresco, no huele a abandono ni a polvo, sino a un hogar que ha sido cuidado a pesar de su soledad.

A lo largo de la entrada, algunos muebles están cubiertos con telas blancas, protegiéndolos del paso del tiempo mientras la casa permanece cerrada. Me parece casi melancólico, como si cada objeto estuviera esperando pacientemente a que alguien volviera a darle vida.

—Se cubren cuando la casa está cerrada por mucho tiempo. —explica James detrás de mí, con su tono neutral de siempre, como si no entendiera la fascinación que me produce estar aquí.

No le respondo, porque en cuanto mis ojos captan lo que hay más allá de la gran escalera que domina la entrada, todo lo demás deja de existir.

Me muevo casi sin darme cuenta, dejando que mis pies me lleven hacia el gran salón que se abre al fondo.

Y entonces los veo.

Los cuadros.

Cuadros originales de Elliot Grayson colgados en las paredes, iluminados por la luz natural que entra por los ventanales enormes.

Mi corazón da un vuelco en el pecho.

Sé que no debería, pero me acerco como si mis manos pudieran tocar la energía que emanan.

Siempre he admirado el arte, pero verlo en persona, con la textura real de la pintura, con los colores que vibran más allá de lo que una pantalla o una fotografía pueden captar, es completamente diferente.

Me detengo frente al primero.

El mar.

Pero no es un mar pacífico, no es la típica imagen de aguas tranquilas y reflejos brillantes. Es un océano embravecido, con pinceladas gruesas y caóticas, un azul tan profundo que parece a punto de tragarte.

Es movimiento, es fuerza, es un grito en pintura.

Y, sin embargo, en medio de todo el caos, hay algo extrañamente sereno, algo que te obliga a mirarlo durante más tiempo del que esperabas.

Camino lentamente al siguiente, intentando asimilar la diferencia de cada obra.

Un paisaje.

Pero, de nuevo, no es lo que uno esperaría. No es la isla en su versión más idílica, no es una postal perfecta para vender a los turistas.

Es la isla como realmente es.

El cielo no es completamente azul, sino que tiene manchas de nubes densas que amenazan tormenta.

La hierba en los acantilados no es un verde uniforme, sino un conjunto de sombras y luces que se doblan con el viento invisible.

El mar en la distancia no es solo un fondo bonito, sino un personaje más dentro de la escena, algo que respira y se mueve con la pintura.

Y luego, el siguiente.

Otro paisaje, pero esta vez nocturno.

La luna reflejada en el agua, pero no de forma tranquila. Hay algo inquietante en la escena, algo que me hace sentir como si estuviera mirando un recuerdo más que una simple imagen.

Y es en ese momento cuando me doy cuenta de lo que hace especial a cada uno de estos cuadros.

No son solo pinturas.

Son sentimientos atrapados en lienzo.

Cada pincelada está cargada de una emoción que no necesita explicación, porque se siente.

Es la tormenta que se avecina antes de que el cielo se abra en lluvia.

Es el viento azotando los acantilados en la soledad de la noche.

Es la isla no como un simple lugar, sino como una presencia viva que tiene su propia historia, su propia voz.

Mi pecho se llena de una mezcla de admiración y asombro.

Nunca había visto algo así.

Y, de repente, necesito saber más.

Me giro hacia James, con el corazón aún latiéndome con fuerza.

—Estos cuadros… —murmuro, sin poder ocultar la emoción en mi voz— son lo mejor que he visto en mi vida.

James me observa en silencio.

No dice nada.

Pero por la forma en que sus ojos me analizan, como si estuviera evaluando cada una de mis palabras, sé que algo en él se ha movido también.

—¿Qué sabes de él? ¿Lo sabrás todo? —pregunto con los ojos aún brillando de emoción, con la mente acelerada por todo lo que acabo de ver, incapaz de ocultar la fascinación que me produce estar aquí, en este lugar, tan cerca de las respuestas que llevo semanas

buscando.

James se mantiene firme, con los brazos cruzados, con esa postura estoica que siempre parece mantenerlo a salvo de todo, pero hay algo en su mirada que se endurece cuando responde:

—Es un hombre normal.

Me giro hacia él con incredulidad, casi indignada.

—Imposible.

Doy una vuelta sobre mí misma, observando la amplitud del salón, la disposición meticulosa de los cuadros, los ventanales enormes que dan directamente al océano embravecido. Nada en este lugar grita "normal".

Me acerco a los ventanales y apoyo la mano sobre el cristal frío, mirando la inmensidad del mar que parece querer tragarse el mundo en sus olas.

—¿Es cierto todo lo que dicen de él? —pregunto, sin apartar la vista del paisaje.

—¿Qué pinta desnudo? —pregunta James con un tono que no logro descifrar del todo.

Me río suavemente y niego con la cabeza.

—No… —digo, volviendo a mirar la casa, la distribución de los muebles, la sensación de que este lugar no está abandonado, solo… en pausa—. Que la cagó con su mujer, que era un vanidoso, prepotente y materialista que solo le importaba la fama.

James se tensa.

Lo noto.

Cómo sus hombros se endurecen, cómo su mandíbula se aprieta, cómo pasa su mano por el pelo con frustración.

—Creo que la prensa no supo realmente lo que sucedió y se

inventó toda la información.

Su tono es firme, más serio de lo habitual. Demasiado serio.

Algo en su postura cambia, como si estuviera conteniéndose.

Muerdo mi labio inferior, sintiéndome de repente incómoda por mis propias palabras.

—Perdona, supongo que… No sé. —desvío la mirada, como si con eso pudiera hacer desaparecer mi propio comentario—. No he encontrado un solo artículo positivo desde su divorcio. ¿Por qué no se defendió? ¿Por qué desapareció?

James suspira, pero esta vez no es con resignación, sino con algo más profundo, con un cansancio que parece demasiado real.

—No sé… Supongo que estaría cansado de todo ese mundo superficial.

Mi mente procesa su respuesta con rapidez, tratando de encontrar el hilo de todo esto, de unir las piezas que siguen sin encajar.

—Pero él era el más superficial de todos.

Y en ese instante, veo algo cambiar en los ojos de James.

Es un destello apenas perceptible, pero está ahí.

Es un parpadeo más lento, una sombra de molestia, algo que me indica que he tocado una fibra que no debía tocar.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Deberíamos irnos.

Su voz es cortante.

No un gruñido. No una sugerencia.

Una orden.

Trago saliva, sintiéndome un poco fuera de lugar de repente,

pero aún así, mi fascinación por este lugar no se apaga.

—Sí. —susurro, mirando una vez más a mi alrededor, intentando grabar cada detalle en mi memoria.

Porque hay algo en esta casa que me dice que aquí no vive un hombre materialista.

Sí, hay lujos.

Pero no son los de alguien que busca impresionar.

No son los de alguien que quiere presumir de su éxito.

Este lugar no aparenta una exhibición de riqueza.

Parece un hogar.

Un hogar que alguien intentó esconder del mundo.

Y eso me deja con más preguntas que respuestas.

Cuando James cierra la puerta con el mismo cuidado con el que la había abierto, siento que algo ha cambiado en él. No es solo el silencio, ni la forma en que sus manos se quedan un segundo más sobre la madera, como si estuviera asegurándose de que la casa sigue intacta.

Es su postura, rígida, con la tensión acumulándose en sus hombros y en su mandíbula apretada.

Es la forma en que desciende el sendero conmigo, pero sin realmente estar aquí.

Antes, cuando subíamos, había algo parecido a complicidad entre nosotros, una emoción contenida, la promesa de un descubrimiento.

Ahora, el aire se siente pesado, casi sofocante.

No dice nada.

No lanza sus típicos comentarios cortantes ni intenta poner

distancia con gruñidos.

No hace falta.

Puedo sentir la barrera que ha levantado entre nosotros con la simple forma en que camina.

Y eso me incomoda más de lo que quiero admitir.

Mientras avanzamos, miro de reojo su perfil, intentando encontrar algún indicio de lo que está pensando, de qué ha cambiado en esos minutos dentro de la casa.

Pero su expresión es impenetrable.

Y yo no soy lo suficientemente valiente como para preguntarle.

Cuando llegamos a la puerta de mi casita, finalmente se detiene.

Pero no se relaja.

No hay ese gesto casi torpe que suele hacer cuando parece debatirse entre quedarse o marcharse.

Hoy no hay dudas en él.

Hoy solo hay un muro, uno que no estaba ahí cuando cruzamos la verja.

Y cuando habla, sus palabras me golpean con la misma frialdad con la que el viento me azota la cara.

—Espero que te sirva para tu artículo, pero deberías pensar en algo.

Su voz es baja, pero firme, como quien suelta una verdad que no espera que sea agradable.

Levanto la vista hacia él, con el ceño fruncido, sintiendo que hay algo más detrás de sus palabras, algo que no me está diciendo.

—Si él no ha dicho nada en todo este tiempo… —continúa, con una calma tensa que me hace sentir como si estuviera a punto de cruzar un límite invisible— ¿con qué derecho lo vas a hacer tú?

Sus palabras caen como piedras en mi estómago.

No me grita. No necesita hacerlo.

No levanta la voz, pero la frialdad en su tono es peor que si lo hiciera.

Cada sílaba es un cuchillo que se clava con precisión, haciéndome sentir algo que no esperaba: culpa.

Porque, por primera vez desde que llegué a esta isla, alguien me hace dudar de lo que estoy haciendo.

Abro la boca para responder, pero no sé qué decir.

No sé por qué me siento atacada cuando su pregunta es válida.

No sé por qué su juicio me pesa tanto.

Él no espera respuesta.

Simplemente da un paso atrás, asiente en una despedida seca y se marcha sin más.

Yo me quedo ahí, inmóvil en la puerta, con la bolsa de la tienda aún en la mano, con la cabeza tan llena de ruido que apenas escucho el sonido de sus pasos alejándose.

Y por más que intento ignorarlo, su pregunta se queda flotando en mi cabeza el resto del día.

Y, por primera vez desde que llegué a esta isla, tengo la extraña sensación de que he tocado algo más profundo de lo que esperaba.

La semana transcurre entre mis intentos de mantenerme ocupada, escribir mi artículo y hacerme la desentendida respecto al

hecho de que cierto vecino parco en palabras parece estar evitándome.

Por las mañanas, como si fuera un ritual mágico, sigo encontrando leña en mi puerta.

Lo cual me lleva a una sola conclusión lógica: el duende de la madera no está enfadado conmigo.

Pero James…

James es otro asunto completamente distinto.

Desde la visita a la mansión de Elliot Grayson, parece haber entrado en modo "hombre de las cavernas inalcanzable".

No responde mis indirectas, ni mis directas.

No aparece cuando salgo a pasear con la esperanza de "casualmente" encontrármelo por el camino.

Y cuando finalmente me lo tropiezo en el pub una tarde y le pregunto directamente si está molesto conmigo, su respuesta es la más insatisfactoria de la historia:

—Solo he estado ocupado.

Ajá.

O sea, que ahora, de repente, tiene toneladas de trabajo que misteriosamente no existían antes.

Y por si no fuera suficiente, remata la jugada con un comentario que me cae como un jarro de agua fría.

—Además, ya tienes lo que viniste a buscar.

Ah.

Perfecto.

Maravilloso.

Encantador.

Casi puedo escuchar la puerta cerrándose en mi cara.

Así que, en un acto de madurez y autocontrol, decido no insistir más.

(Lo que en mi caso significa que paso los siguientes días refunfuñando internamente y escribiendo con más rabia de la necesaria).

Cuando el domingo llega, decido hacer algo completamente fuera de mi zona de confort y plantarme en la iglesia de la isla a la hora en punto.

¿Por qué?

Quizás por curiosidad.

O quizás porque si me voy de aquí el miércoles, como ya he avisado a Tom, quiero ver por última vez la isla en su versión más auténtica.

Y ¿qué es más auténtico que una iglesia de pueblo donde todos se conocen, todos saben tus pecados y, si me descuido, probablemente intenten salvarme el alma?

Nada más entrar, me doy cuenta de que mi presencia no pasa desapercibida.

Los isleños me miran con sorpresa, algunos incluso con orgullo, como si hubiera hecho un esfuerzo sobrehumano por levantarme temprano un domingo.

Incluso recibo un par de gestos de aprobación, como si hubiera pasado una especie de prueba secreta.

Miro a mi alrededor, analizando el espacio.

La iglesia es pequeña, de piedra antigua, con el techo bajo y un olor a madera vieja y a cera derretida que la hace especialmente acogedora.

Solo hay seis bancos en total, lo cual significa que ya casi no

queda sitio.

O sea, que tengo dos opciones:

1. Quedarme de pie como una penitente esperando mi redención.
2. Buscar el lugar menos incómodo para sentarme.

Entonces veo a James.

Por supuesto que está aquí.

Sentado con su clásica postura de tipo inexpresivo, con los brazos cruzados, como si estuviera aquí por inercia más que por devoción.

Veo también a Mrs. Gladys, que me lanza una sonrisa cómplice cuando me ve.

Y veo a Artie, que parece haber sido vencido por un resfriado monumental.

En serio, no he visto a alguien sonar su nariz con tanto dramatismo en mi vida.

Antes de que pueda decidir si quedarme de pie y pretender que soy una fiel devota del tipo que prefiere orar en silencio en la parte trasera, Mrs. Gladys toma el control de la situación.

Con una sonrisa triunfal y un movimiento discreto, se desliza apenas unos centímetros hacia un lado en su banco y luego me señala el minúsculo hueco que ha dejado libre.

El problema no es solo que el espacio es mínimo.

El problema es que el otro extremo de ese reducido hueco lo ocupa James.

Y en cuanto siente la mirada de Mrs. Gladys y la mía sobre él, levanta una ceja con una expresión completamente impasible.

Después, sin decir absolutamente nada, vuelve a su postura

original.

Traducido: "No me importa, pero tampoco me entusiasma".

Aun así, Mrs. Gladys no se da por vencida.

Palmea el banco con insistencia, como si fuera mi abuela llamándome a la mesa para cenar.

La mirada que le lanzo es de auténtico pánico, pero ella simplemente sonríe con satisfacción, como si hubiera logrado una victoria importante.

Y lo peor es que lo ha hecho.

Porque no me queda más remedio que moverme.

Lo hago rápido, intentando no llamar demasiado la atención, pero es imposible pasar desapercibida cuando obligo a que al menos tres personas tengan que apretarse un poco más para que yo pueda colarme entre James y Mrs. Gladys.

Con la torpeza digna de alguien que claramente no pertenece a esta congregación dominical, me dejo caer en el banco con un murmullo de disculpas para todos los que acabo de incomodar.

Finalmente, cuando por fin estoy asentada en mi nuevo y diminuto rincón, susurro un tímido saludo.

—Buenos días.

Mrs. Gladys me responde con una sonrisa radiante, claramente satisfecha de su éxito logístico.

James, en cambio, suelta un gruñido seco que, aunque no es técnicamente un saludo, supongo que significa que sigue reconociendo mi existencia.

Y mientras me acomodo, intentando no sentirme demasiado consciente de lo cerca que estamos sentados, no puedo evitar pensar que, si existe un Dios, seguro que se está riendo de mí en este momento.

La iglesia, con sus muros de piedra fría y su techo bajo, resuena con la voz profunda y pausada del sacerdote. Tiene ese tono sereno pero implacable de alguien que ha dado el mismo sermón cientos de veces y que, en el fondo, sabe que la mitad de la congregación está pensando más en el almuerzo del domingo que en la salvación eterna.

—La libertad, hermanos y hermanas… —comienza, con un gesto solemne de las manos—. La libertad de ser, de elegir, de caminar por el mundo sin el peso de las cadenas que otros nos han puesto.

Ajá.

Un murmullo de aprobación recorre la pequeña iglesia. Varios isleños asienten, como si estuvieran recordando a alguien en particular que debería escuchar esta parte con más atención.

Yo mantengo la mirada fija en un punto imaginario frente a mí, no porque esté especialmente inspirada por el mensaje, sino porque no quiero girar la cabeza y encontrarme con la expresión de James.

Porque si hay alguien en esta isla que ha elegido esconderse de su pasado y vivir con cadenas autoimpuestas, es él.

Pero el sacerdote no se detiene ahí.

—Y con la libertad, viene el perdón.

Oh, no.

Oh, sí.

Aquí vamos.

—Porque no hay libertad verdadera sin el perdón.

La gente en los bancos murmura en acuerdo. Incluso escucho a Mrs. Gladys hacer un pequeño "Mmmh, qué cierto".

Yo, en cambio, quiero hundirme un poco más en mi diminuto

hueco en el banco.

Porque, seamos sinceros, si hay alguien aquí que tiene un pequeño (gran) problema con el perdón, soy yo.

¿Perdón?

¿A quién hay que perdonar?

¿A la cabra psicópata que casi me roba el ordenador?

¿Al gallo con complejo de emperador que me canta a las cinco de la mañana como si estuviera anunciando el fin del mundo?

¿A James y su actitud de "te dejo entrar en la casa de Elliot Grayson pero luego te trato como si estuvieras robándome el alma"?

El sacerdote hace una pausa dramática, como si nos estuviera dejando tiempo para reflexionar.

O para sentirnos culpables.

—Porque el que no perdona, se condena a sí mismo a vivir en la amargura.

Bueno, bueno, bueno.

Muevo la pierna, incómoda. Espero que el banco de la iglesia no colapse bajo el peso de las ironías que flotan en el aire.

Y entonces, el golpe final.

—Así que, antes de juzgar a los demás… antes de lanzar la primera piedra… pregúntense: ¿estoy realmente libre de pecado?

Un silencio pesado llena la iglesia.

Es como si el universo entero se hubiera detenido para asegurarse de que yo sienta en lo más profundo de mi ser que este sermón me está apuntando directamente.

Y luego, como si el mismísimo destino quisiera jugar conmigo…

Escucho a James exhalar un pequeño resoplido.

No lo miro.

No necesito hacerlo.

Sé que está disfrutando de esto.

Sé que, en su mente, está archivando este momento para recordármelo la próxima vez que lo mire con indignación por algo.

Porque, después de todo, yo he sido la que ha estado husmeando en el pasado de alguien que claramente no quería ser encontrado.

Yo he sido la que ha lanzado juicios basados en artículos de prensa sensacionalista.

Yo he sido la que ha hecho preguntas incómodas sin pensar en si la persona al otro lado quería responderlas.

Oh, vaya.

De repente, este sermón no me parece tan abstracto.

Y como si el cura supiera exactamente que alguien en este banco necesita una dosis extra de incomodidad, termina con una última reflexión:

—Así que no se apresuren a juzgar.

Miro al techo de la iglesia, esperando un rayo divino que me saque de esta situación fulminándome.

Nada.

Solo el sonido de Artie sonándose la nariz con fuerza al otro lado del banco.

Genial.

Solo espero que James no me mire.

Porque si lo hace y está sonriendo, voy a perder toda la

compostura en plena misa.

A la salida del servicio, la pequeña explanada frente a la iglesia se convierte en un auténtico punto de encuentro social.

Los isleños se arremolinan en pequeños grupos, comentando el sermón con la facilidad de quien lo ha escuchado cientos de veces pero sigue fingiendo sorpresa ante las mismas palabras.

Y, por supuesto, todos parecen decididos a acercarse a saludarme.

Uno a uno, me estrechan la mano, me dan palmaditas en el hombro o simplemente me sonríen con esa mezcla de amabilidad y curiosidad que me han dedicado desde que llegué.

Pero, por supuesto, hay una persona que brilla por su ausencia en este festival de cortesía isleña.

James.

El hombre es como un fantasma en carne y hueso.

Ni una mirada en mi dirección.

Ni un simple "nos vemos".

Nada.

Cero.

Solo un par de pasos firmes alejándose con una determinación tan evidente que parece que alguien lo estuviera persiguiendo con un tridente.

—Te van a echar mucho de menos, querida. —comenta Mrs. Gladys con una sonrisa maternal, despidiéndose de algunos isleños que parecen genuinamente apenados.

Lo dice con esa voz dulce y reconfortante que hace que, por un segundo, casi me lo crea.

Porque si algo ha quedado claro en los últimos minutos es

que la noticia de que me marcho la próxima semana ha corrido más rápido que un chisme en un grupo de señoras con tiempo libre.

Se lo dije únicamente a Tom y a Mrs. Gladys.

Pero aquí estamos.

Todos en la isla parecen estar al tanto como si hubiera salido en el boletín oficial de la comunidad.

Y, a juzgar por la forma en que me miran, parece que ya estuvieran organizando una despedida en mi honor.

—No puedes irte sin un último *Sunday Roast*[1] en el pub. —dice uno de los pescadores, con la autoridad de quien considera que esta es una de esas cosas que hay que hacer antes de morir.

—Tienes que venir, Lucía. —insiste otra mujer, con una expresión que deja claro que decir que no, no es una opción.

—No puedes perderte la comida más importante de la semana. —remata Artie, aún con la nariz roja y el pañuelo en la mano, como si estuviera arriesgando la vida para estar aquí.

En menos de un minuto, me han arrastrado a una situación de la que claramente no hay escapatoria.

Así que asiento y sonrío, aceptando mi destino.

Después de todo, ¿qué podría salir mal en un almuerzo rodeada de isleños que aparentemente ya están de luto por mi partida?

Oh, espera.

James también estará allí.

Y tengo la horrible sensación de que su indiferencia va a ser la guarnición estrella del menú.

El pub está más animado de lo habitual, lo cual es decir mucho considerando que este es el único centro de reunión de la

isla. La chimenea está encendida, el aire huele a comida casera y a ese particular aroma a madera vieja y cerveza que hace que todo se presente extrañamente acogedor.

En cuanto cruzo la puerta, la expectación es inmediata.

Al parecer, no soy solo yo la que ha sido invitada al *Sunday Roast*, sino que esto se ha convertido en un evento social en el que todo el mundo se siente con el deber de asegurarme que mi partida será una gran pérdida para la isla.

Apenas tengo tiempo de quitarme el abrigo cuando Mrs. Gladys me arrastra hasta una de las mesas largas donde ya hay varios isleños acomodados, esperando la comida.

Artie, todavía con su nariz roja y su pañuelo a cuestas, está detrás de la barra, supervisando a un par de ayudantes que hoy se encargan de la cocina.

—Espero que tengas hambre, niña. —dice con un resoplido—. Porque aquí no se sirve una ración pequeña de *Sunday Roast*.

Y no está bromeando.

Pocos minutos después, los platos empiezan a llegar y me enfrento a un auténtico festín británico.

El *Sunday Roast* es un plato legendario en el Reino Unido, pero aquí, en esta isla donde parece que la comida es casi un acto de supervivencia contra el frío, parece aún más especial.

Un enorme plato con carne asada, tierna y jugosa, cubierta con una salsa espesa y oscura que huele a gloria.

Acompañada de patatas asadas crujientes, zanahorias glaseadas, repollo al vapor y, por supuesto, los infames *Yorkshire puddings*, esos pequeños bocados de masa que son una mezcla entre pan y nube de felicidad.

Y, por si fuera poco, todo viene bañado en una generosa cantidad de *gravy*, porque aparentemente en esta isla nadie teme al

exceso.

—Si te comes todo esto, no necesitarás comer hasta el miércoles. —bromea uno de los pescadores, dándome una palmada en la espalda como si estuviéramos en un campamento militar.

—Eso es justo lo que necesito para sobrevivir el viaje de regreso a la civilización. —le respondo, cogiendo un trozo de carne con el tenedor y llevándolo a la boca, sintiendo el calor reconfortante de la comida casera llenar mi estómago.

La conversación fluye entre chistes, anécdotas de la semana y alguna que otra historia sobre los inviernos más duros que ha vivido la isla.

Entre bocado y bocado, noto cómo todo el mundo parece querer recordarme lo bien que lo he pasado aquí.

—Te acostumbraste rápido al frío, ¿eh?

—Incluso al gallo, que ya es un logro.

—Y a las cabras. —añade otro, riéndose con ganas.

—No exageremos. —respondo, rodando los ojos.

Y, por un momento, me dejo llevar por la calidez del ambiente.

Me olvido del miércoles.

Me olvido del barco.

Me olvido de que, en cuestión de días, mi vida volverá a la rutina de siempre, a la ciudad, al ruido, al tráfico, a los *chai lattes* que no saben igual cuando no los tienes que preparar tú misma.

Pero entonces me doy cuenta de algo.

James está aquí.

Lo sé porque, aunque no lo estoy mirando directamente, puedo sentirlo.

Está sentado unos cuantos lugares más lejos, con una pinta en la mano, escuchando la conversación, pero sin participar demasiado.

Desde la visita a la casa de Elliot Grayson, nuestras interacciones han sido mínimas.

Y aunque intento convencerme de que su distancia no me afecta, la verdad es que su silencio es más ruidoso que toda la charla que hay en este pub.

No sé porque está molesto conmigo.

No sé si simplemente está esperando a que me vaya para poder volver a su rutina sin interrupciones.

O si… si hay algo más.

Lo único que sé es que, mientras todo el mundo me dice lo mucho que me echarán de menos, James no ha dicho una sola palabra.

Y eso me molesta más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Así que, en un acto de impulsividad y quizás de puro despecho, levanto mi copa y sonrío con teatralidad.

—Brindemos por el mejor *Sunday Roast* que he comido en mi vida.

Los demás ríen y chocan sus copas con la mía.

Y aunque finjo que no, me aseguro de mirar de reojo a James para ver si su expresión cambia en lo más mínimo.

Porque, aunque no quiero admitirlo, una parte de mí está esperando algo de él.

Cualquier cosa.

La comida se alarga más de lo que esperaba, pero tampoco me sorprende.

En esta isla, todo ocurre a otro ritmo, como si el tiempo no tuviera prisa por seguir avanzando. Y en un almuerzo dominical donde la comida es abundante y el alcohol fluye como si fuera agua bendita, no hay motivo para levantarse antes de tiempo.

Entre bocado y bocado, copa tras copa, brindis tras brindis, empiezo a darme cuenta de algo fundamental: estos isleños beben como si no hubiera un mañana.

—Por Lucía, que ha aguantado más que cualquier forastero en pleno invierno. —brinda Artie, con la nariz aún roja por su resfriado, pero con una energía renovada gracias a la generosa cantidad de cerveza que ha consumido.

—Por Lucía, que sobrevivió a las cabras y al licor isleño. —añade otro pescador, riéndose con ganas.

—Por Lucía, que, aunque lo niegue, nos va a echar más de menos de lo que quiere admitir. —remata Mrs. Gladys con una sonrisa sabia, esa que me hace sentir que ella sabe cosas sobre mí que ni yo misma tengo claras.

Y aunque ruedo los ojos y sonrío como si todo fuera una gran broma, la verdad es que no puedo discutirlo.

No puedo negar que estos días han sido más que una simple escapada de trabajo.

No puedo negar que esta isla, con sus absurdas tradiciones, sus habitantes extravagantes y sus mañanas gélidas en las que me he visto recogiendo leña como una superviviente de la prehistoria, me ha cambiado más de lo que pensaba.

Así que levanto mi copa, una vez más, y brindo con ellos.

—Por ustedes, que han logrado que esta forastera se sienta en casa.

Las copas chocan, las risas estallan y por un momento, me permito disfrutar sin pensar en el miércoles, sin pensar en la

despedida que realmente importa.

Porque sí, me estoy despidiendo de todos ellos.

Uno a uno, voy abrazando a los que se van marchando antes de que la tarde se nos eche completamente encima.

Voy recibiendo apretones de manos, promesas de que si alguna vez vuelvo, tendré una cerveza esperándome en este mismo pub.

Voy intercambiando palabras con cada uno de ellos, palabras que no sé si realmente podré cumplir cuando vuelva a la ciudad, a mi vida de siempre.

Pero hay una persona con la que todavía no me he despedido.

Y no sé si es porque estoy evitando hacerlo, o porque él lo está evitando más que yo.

Miro alrededor.

James sigue allí.

En la misma mesa, con la misma pinta en la mano.

Y aún no ha dicho una sola palabra.

Mientras todos los demás han brindado por mí, mientras todos me han recordado lo mucho que me echarán de menos, él ha permanecido en silencio.

Y aunque intento ignorarlo, aunque intento convencerme de que su indiferencia no me afecta, hay un nudo en mi estómago que dice lo contrario.

Así que, mientras el pub empieza a vaciarse poco a poco, mientras la tarde avanza inexorablemente hacia el momento en el que realmente tendré que enfrentarme a él, solo puedo pensar en una cosa.

¿Me voy a ir de aquí sin saber lo que realmente le ha pasado a James conmigo?

Agarro mi vaso con la determinación de una persona que ha tomado una decisión importante: si voy a tener que despedirme de James, mejor hacerlo con un poco más de alcohol en el cuerpo.

Porque, honestamente, no estoy segura de poder hacerlo sobria.

Respiro hondo y me preparo mentalmente para acercarme, pero entonces…

—¿No crees que ya has bebido bastante?

La voz, grave y con ese tono de superioridad que me enciende la sangre al instante, viene de detrás de mí.

Y no necesito girarme para saber quién es.

—Oh, vaya. —digo, sin prisa, sin moverme, solo disfrutando del momento antes de encarar la batalla—. Habla el experto en medir el nivel de consumo de los demás.

Giro sobre mis talones y, por supuesto, me lo encuentro ahí, con los brazos cruzados, la mandíbula apretada y esa mirada cargada de desaprobación que parece haber perfeccionado solo para mí.

—Solo digo que tal vez no necesitas otra copa.

—¿Y a ti qué más te da?

—Me da lo mismo.

—Claro que sí.

—Solo me sorprende.

—¿Te sorprende qué? —sueno exasperada, pero ya he llegado demasiado lejos como para dar marcha atrás.

—Que brilles tanto con todos y, sin embargo, sigas con esa

actitud.

Frunzo el ceño, entre confundida y molesta.

—¿Qué actitud?

James me observa por un largo segundo, como si estuviera considerando si vale la pena decir lo que realmente piensa o si debería callarse y dejarlo pasar.

Pero, como siempre, opta por soltarlo sin más.

—La de alguien que ya tiene un pie en el barco, pero no está segura de querer subir.

Su comentario me pilla desprevenida y, durante un segundo, no sé qué responder.

Porque no tiene razón.

¿Verdad?

Voy a marcharme.

Voy a volver a mi vida.

Voy a olvidar esta isla y todo lo que ha significado.

Voy a olvidarme de él.

Pero entonces, en un arrebato de orgullo herido, decido que no voy a darle la satisfacción de saber que ha dado en el clavo.

Cruzo los brazos y alzo la barbilla, mirándolo con el mismo desdén con el que él me ha mirado toda la semana.

—No sabía que ahora también eras psicoanalista.

Él resopla, su típica respuesta cuando no quiere decir lo que realmente está pensando.

Y entonces, porque no puedo evitarlo, porque esta conversación ya me ha tocado las narices más de lo que esperaba, dejo salir lo que llevo días queriendo decirle.

—No entiendo por qué estás así conmigo.

James frunce el ceño.

—¿Así cómo?

—Así. —hago un gesto con las manos, como si eso explicara algo—. Evitándome. Ignorándome. Actuando como si te hubiera hecho algo terrible cuando la última vez que nos vimos me llevaste a la casa de Elliot Grayson y todo parecía... bien.

Él no dice nada.

Lo cual es peor que si dijera algo.

Porque significa que hay algo que no quiere decirme.

Y eso me cabrea aún más.

—Si he hecho algo tan horrible que te ha ofendido hasta el punto de decidir que no puedes ni mirarme, por favor, dímelo. —ironizo, con una sonrisa sarcástica—. Porque no tengo ni idea de qué puede ser.

James aprieta la mandíbula, como si estuviera conteniéndose.

Y yo ya no tengo paciencia para su silencio.

—¿Nada? ¿Ni una palabra?

Sigue sin decir nada.

Y eso es lo que finalmente me hace enfadar de verdad.

Porque si al menos me dijera que le molesta algo, si me dijera cualquier cosa, podría manejarlo.

Pero esta distancia fría y tensa, esta actitud de "voy a apartarte de mi vida sin explicaciones", esto es lo que me hierve la sangre.

Así que me giro sin despedirme.

Sin agradecerle por nada.

Sin darle la satisfacción de ver que, en el fondo, su indiferencia me está destrozando por dentro.

Salgo del pub con la dignidad de una reina despechada… o al menos, eso es lo que intento hacer.

Porque, en cuanto abro la puerta con demasiada fuerza y salgo con paso firme, me tropiezo de manera espectacular, casi estampándome contra la madera.

Bien. Perfecto. Sublime ejecución del "Me voy, estoy enfadada y no me importa nada".

Ignorando mi propio ridículo, sigo adelante, decidida a marcharme con el orgullo intacto.

O al menos, lo que queda de él.

Pero, como si el destino se empeñara en arruinar mi salida triunfal, me topo de frente con Mrs. Gladys.

—Me voy a casa. —anuncio con toda la convicción del mundo, porque claramente necesito que alguien valide mi decisión dramática.

—Pero querida, ¿estás bien? —pregunta con esa dulzura que hace que me hierva un poco más la sangre—. ¿Dónde está tu abrigo?

Ah.

Pequeño detalle.

Pero ahora que he salido de forma dramática no voy a darle la satisfacción a James de volver a por él.

Así que me sacudo la pregunta con un simple encogimiento de hombros y sigo adelante.

El frío es cruel.

El aire es endemoniadamente fuerte, como si la isla misma

estuviera en mi contra.

Cada paso en el sendero es una batalla contra el viento y mi propio enfado.

Y entonces… piso una piedra traicionera.

Antes de que pueda reaccionar, el mundo se inclina, mi pie gira de una forma nada natural y termino de bruces en el suelo con un ruido bastante humillante.

—¡Mierda! —exclamo en voz alta, sintiendo el ardor inmediato en mi tobillo.

El dolor me atraviesa como una descarga eléctrica y suelo un quejido que retumba en mitad de la nada.

Fantástico.

La gran salida dramática ha terminado con mi cara estampada en el suelo y un tobillo que probablemente ya está hinchándose como un balón de fútbol.

Y, por supuesto, porque la vida no puede darme ni un segundo para procesar mi humillación en privado, escucho pasos acelerados sobre el camino.

Y ahí está.

Como no.

James.

De pie frente a mí, con los brazos cruzados y la expresión de alguien que acaba de presenciar lo más ridículo que ha visto en mucho tiempo.

—¿Estás bien?

Su tono es neutral, pero juro que hay un matiz de diversión en sus ojos.

Lo cual me cabrea aún más.

Así que, en lugar de admitir que me duele horrores, opto por la táctica del orgullo.

—Mejor que nunca. —respondo, como si hubiera decidido sentarme en el suelo a disfrutar del atardecer y no porque mi tobillo parece haber decidido traicionarme.

James me observa durante un par de segundos.

Y, en un gesto predecible de hombre demasiado práctico para su propio bien, se inclina ligeramente y extiende la mano.

—Venga, te acompaño a casa…

—No.

—¿No?

—No. —repito con firmeza—. Ahora estoy enfadada.

Levanta una ceja, como si mi lógica le resultara particularmente fascinante.

—¿Y cuando estás enfadada, nadie puede acompañarte a casa?

—Exactamente. —balbuceo, sintiéndome ridícula incluso mientras lo digo.

James suspira, como si estuviera lidiando con una niña caprichosa en lugar de una adulta con la dignidad herida como me siento yo.

Y antes de que pueda seguir con mi absurda misión de demostrar que puedo llegar a casa por mi cuenta, pasa sus brazos bajo los míos y me levanta del suelo con facilidad.

Su gesto es firme, decidido.

Y maldita sea, por mucho que me duela admitirlo, agradezco el apoyo.

Pero, por supuesto, no voy a decírselo.

Y cuando suelto un quejido por el tobillo, James simplemente asiente con la cabeza.

—Apóyate en mí.

—Estoy bien. —miento descaradamente, aunque mi cara de dolor dice lo contrario.

James no dice nada, solo me mira con una mezcla de incredulidad y resignación.

Y entonces, sin esperar más discusión, coge mi abrigo (que yo, evidentemente, no he traído) y lo coloca sobre mis hombros.

—Póntelo.

—No lo necesito.

—Lucía. —dice con ese tono que deja claro que no está de humor para tonterías—. Hace mucho frío. Póntelo.

Mi orgullo quiere negarse, pero mis huesos congelados toman la decisión por mí.

Con un suspiro, accedo.

Empiezo a caminar lo más majestuosa posible, con la cabeza en alto, como si no acabara de besar el suelo hace dos minutos.

Pero mi tobillo tiene otros planes.

Intento ignorar el dolor y caminar con dignidad.

No pasa ni un par de metros antes de que James resople, perdiendo claramente la paciencia.

Y antes de que pueda reaccionar, se acerca, me observa de arriba abajo con cara de "esto es absurdo" y, sin previo aviso…

Me carga al hombro.

—¡¿Pero qué demonios haces?! —grito, pataleando con la poca fuerza que me queda.

—Evitar que te mates intentando demostrar que no necesitas ayuda.

—¡Bájame!

—No.

Intento forcejear, pero es como intentar mover una pared de piedra.

—Me estás tratando como si fuera un saco de patatas.

—Pues deja de comportarte como una niña caprichosa y coopera.

Horror absoluto.

Aquí estoy, colgada sobre su hombro como si fuera una carga cualquiera, mientras él camina con toda la tranquilidad del mundo de vuelta a la casita.

Y yo solo puedo maldecir mi suerte y mi maldito tobillo por dejarme completamente indefensa ante él.

Pero lo peor de todo no es que me haya cargado como si no pesara nada.

Ni siquiera que mi orgullo haya sido pisoteado junto con mi tobillo.

Lo peor es que…

Estar así, tan cerca de él, sintiendo su calor en medio del frío, no es tan horrible como debería ser.

Y eso sí que me cabrea de verdad.

Capítulo 18



James

El viento gélido golpea con fuerza mientras avanzo por el sendero con Lucía colgada sobre mi hombro, retorciéndose como si realmente creyera que va a hacerme soltarla.

Lo que no entiende es que no hay ninguna posibilidad de que la deje ir por su cuenta, con ese tobillo doblado y abultado… y su orgullo aún más inflamado.

—¡Bájame, James! —gruñe, dándome un par de golpes en la espalda que, sinceramente, siento más como caricias inofensivas.

—No.

—¡No puedes cargarme así!

—Y, sin embargo, aquí estamos.

Ella suelta un sonido mitad indignado, mitad frustrado.

Y yo sigo caminando, sin detenerme ni un segundo.

La isla esta oscura a estas horas, solo iluminada por el cielo nublado y la tenue luz de la luna. El camino es irregular, con piedras que podrían hacer que alguien borracho y con un tobillo torcido terminara en el suelo otra vez.

Pero claro, según ella, podría hacerlo sola.

—Eres un cabezón.

—Y tú eres un desastre.

—No soy un desastre.

—Claro que no. Solo saliste del pub sin abrigo, te caíste en mitad del camino y ahora me estás haciendo la vida imposible.

—Eso no me convierte en un desastre.

—No. Pero tampoco ayuda.

Ella resopla, pero al menos ha dejado de patalear.

Durante un par de minutos, se queda en silencio.

Paz.

Por fin.

Hasta que…

—*Oooh*, ¡qué bonito el cielo, James!

Genial.

Ahora está en la fase sentimental.

Y cuando creía que la situación no podía ser peor…

Empieza a cantar.

Una canción que, por el tono, por la letra, y por la forma en la que pronuncia cada palabra arrastrando las sílabas…

Es claramente una canción de piratas.

—¡*Oooh*, éramos piratas, fieros y valientes! —canta con entusiasmo desbordante—. Bebimos ron y perdimos los dientes. ¡Ja, ja!

—¿Qué demonios…? —murmuro, preguntándome en qué momento de la noche perdió completamente el control de su filtro.

Pero ella sigue, con su voz desafinada y desinhibida.

—Con una mano en el timón y la otra en la jarra,
robamos tesoros y nadie nos para. ¡*Arrr*! ¡*Coooon* la botella de *roooon*!

Santo cielo.

La isla la ha convertido en un pirata borracho.

Y yo soy el pobre imbécil que tiene que cargarla hasta casa mientras canta sobre dientes perdidos y alcohol.

Como me jode verla así.

Y luego dicen que yo soy el caprichoso y que no sé comportarme.

—Lucía, por el amor de Dios, cállate.

—¿Te molesta mi talento musical?

—Sí.

—Qué triste. —dice, suspirando como si realmente le importara—. Era una canción preciosa.

—Era un crimen contra la música.

Ella suelta una risa tonta, apoyando su frente contra mi espalda como si de repente se sintiera agotada.

Y en cuanto noto cómo su cuerpo se relaja sobre el mío, sé que ya no está luchando contra mí.

Y eso es peor.

Porque verla así, en este estado, sin sus respuestas rápidas, sin su orgullo hiriéndome con cada palabra…

Me molesta más de lo que debería.

Porque me gusta discutir con ella.

Me gusta cuando me lleva la contraria.

Me gusta cuando me desafía con esas malditas cejas arqueadas y una sonrisa irónica en los labios.

Pero ahora está demasiado callada.

Demasiado frágil.

Demasiado Lucía de verdad.

Y eso, más que sus quejas, más que su absurda canción pirata, es lo que realmente me desarma.

Llegamos a la puerta de su casita, y por supuesto, porque no podía ser de otra manera, Lucía decide que este es el momento perfecto para demostrar su independencia.

—Dame la llave.

—No.

—Puedo abrir la puerta sola.

—No puedes ni caminar en línea recta.

—Eso no significa que no pueda abrir una maldita puerta.

Resoplo, pero ya sé cómo va esto.

Si quiero entrar sin que esto se convierta en una batalla campal, voy a tener que dejar que intente hacerlo.

Así que, con toda la paciencia que me queda después de haberla cargado a través de medio sendero mientras cantaba sobre piratas alcohólicos, la bajo con cuidado al suelo y me preparo para la inminente demostración de su total e irrefutable autonomía.

Lo que sigue es un espectáculo digno de un documental sobre la terquedad humana.

Lucía apoya una mano en la puerta para mantener el equilibrio, mientras con la otra empieza a rebuscar en los bolsillos de

su pantalón.

Tarda.

Tarda más de lo necesario.

Tarda como si estuviera buscando un tesoro enterrado en el fondo de su ropa.

—¿Quieres ayuda? —pregunto, cruzándome de brazos.

—No.

Vale. Perfecto.

Esperemos entonces a que encuentre la llave en el próximo siglo.

Finalmente, con una expresión triunfal, saca la llave y la agita en el aire.

—¡Aquí está!

Un logro histórico.

Pero, claro, esto no termina aquí.

Porque ahora, su siguiente desafío es meter la llave en la cerradura.

Y, como si fuera parte de algún castigo divino, no lo consigue.

Falla una vez.

Falla dos.

Falla tres.

—¿En serio?

—Es que la cerradura es rara. —masculla, frunciendo el ceño como si la culpa fuera de la puerta y no de la cantidad de alcohol que ha ingerido en las últimas horas.

—O tus manos están borrachas.

—Mis manos están perfectamente funcionales, gracias.

Intento respirar hondo, pero mi paciencia ya ha llegado a su punto crítico.

Con un suspiro, la sujeto con una mano por la cintura, le quito la llave con la otra y la giro en la cerradura.

La puerta cede al instante.

Magia.

Y, por supuesto, como si el universo estuviera esperando este momento para darme la razón, Lucía pierde el equilibrio y está a punto de estamparse de bruces contra el suelo.

La sujeto con más firmeza antes de que termine en el suelo por segunda vez en la noche.

—Uy. —dice con una risita—. Mi salvador.

Niego con la cabeza.

¿Cómo es posible que todavía tenga energía para ser sarcástica?

La empujo suavemente hacia el interior, siguiéndola de cerca porque sinceramente no confío en que sus piernas sigan funcionando correctamente.

No me equivoco.

En cuanto avanza dos pasos, casi tropieza con el borde de la alfombra.

La guío hasta el sofá, donde se deja caer con una exageración teatral, como si fuera una princesa agotada después de un largo día de intrigas palaciegas.

Para evitar que termine rodando al suelo y me obligue a intervenir de nuevo, agarro un par de cojines y los coloco estratégicamente a los lados de su cuerpo.

—¿Qué es esto? ¿Protección anticatástrofes? —pregunta, mirándome con diversión.

—Exactamente.

Ella suelta una risita y cierra los ojos por un segundo.

Yo, por otro lado, tengo cosas más importantes que hacer.

La casa no está lo suficientemente caliente, y aunque en este momento Lucía esté flotando en una nube de licor isleño y orgullo herido, en cuanto el alcohol empiece a desaparecer, el frío se va a convertir en su peor enemigo.

Así que me giro hacia la chimenea y alimento el fuego.

Detrás de mí, Lucía balbucea cosas inconexas.

A estas alturas, es como si estuviera teniendo una conversación con el universo.

O con las cabras.

A saber.

Cuando el fuego empieza a crecer, voy hasta la cocina y le preparo un vaso con agua.

Regreso al sofá, donde la encuentro medio derretida sobre los cojines, con una expresión de completa paz.

—Bebe.

Lucía abre un ojo y me mira con desconfianza.

—¿Qué es esto?

—Veneno.

—Oh, qué considerado de tu parte.

—Es agua.

—Pues dilo, hombre.

Suspiro.

—Bebe, Lucía.

Ella pone los ojos en blanco, pero coge el vaso y bebe un sorbo.

—Qué aburrido eres.

—Y tú eres una calamidad.

—Ya hemos establecido eso.

—Bien.

Ella me mira por un segundo, evaluándome, como si estuviera debatiendo si soltar otro comentario sarcástico o rendirse al sueño.

Finalmente, suspira y apoya la cabeza en uno de los cojines.

El silencio se instala entre nosotros.

Un silencio raro.

Uno de esos silencios que parecen demasiado cómodos.

Y mientras la observo, con su cabello revuelto sobre el sofá y su expresión tranquila, me doy cuenta de algo.

Estoy jodido.

Porque, por mucho que intente convencerme de lo contrario…

No quiero que se marche.

Me agacho frente a ella, listo para la misión imposible: quitarle las malditas botas pijas que lleva, completamente incompatibles con esta isla.

En serio, ¿en qué momento pensó que este calzado era una buena idea para un sitio lleno de barro, piedras y caminos traicioneros?

Cuando empiezo a tirar de una de ellas, suena un gruñido

indignado y sus ojos se abren de golpe.

—¿Qué haces? —pregunta, con la expresión de quien acaba de ser despertado por un ladrón intentando robarle los calcetines.

—Quitándote estas malditas botas para mirarte el tobillo. —refunfuño, mientras sigo forcejeando con el maldito calzado que parece diseñado para no ser quitado nunca.

Ella me observa con una intensidad absurda antes de soltar, con una carcajada descarada:

—Si quieres ver pies, págate un OnlyFans[2].

Parpadeo, incrédulo.

—Lucía…

Pero no me da tiempo a decir nada más, porque en cuanto muevo su pie, su queja es inmediata.

—¡Ay!

—No te quejes tanto.

—¡Me duele, idiota!

Suspiro y me levanto, buscando en su congelador algo frío.

Y, sorpresa.

Vacío.

Casi todo está completamente desierto, como si nunca hubiera existido la intención de almacenar comida en este lugar.

Lo único que encuentro es un par de botellas de vino.

Fantástico.

Tomo una y vuelvo al salón, donde me recibe con una mirada sorprendida y una sonrisita burlona.

—Ahora empiezas a ser divertido.

—Es para tu tobillo.

—Aguafiestas. —resopla, pero deja que apoye la botella contra su piel.

Y entonces, de repente, el ambiente cambia.

Su mirada ya no es burlona.

Ahora me observa con una intensidad que me pone en alerta.

Como si de repente pudiera verme por completo.

Y, con la voz más sincera y directa que le he escuchado en la vida, suelta:

—Joder, qué guapo eres.

Me tenso.

Inmediatamente.

—Gracias. —murmuro, sin saber muy bien cómo manejar a una Lucía sin filtros.

Pero no ha terminado.

Porque, de repente, su expresión cambia de nuevo.

Se torna más suave.

Más vulnerable.

Y con un deje de tristeza en la mirada, pregunta en voz baja:

—¿Por qué me odias?

La pregunta me toma completamente por sorpresa.

Suelto un suspiro, apretando la botella contra su tobillo cuando intenta apartarlo.

—No te odio.

Y no.

No la odio.

Todo lo contrario.

Pero ella no se da cuenta.

Y además… se marcha en un par de días.

Lucía me observa con sus grandes ojos marrones brillantes, y entonces me ofrece la mejor de sus sonrisas.

Una de esas que, si no tuviera el control que tengo, me haría perder la cabeza.

—Hueles bien.

—Gracias.

Intento mantener la compostura, pero esto se está saliendo de control.

Y entonces lo suelta.

Sin ningún tipo de filtro.

Sin ninguna vergüenza.

—¿Me dejas ligar contigo?

—No.

—¿Por?

—Porque estás bebida y mañana te arrepentirás de todo lo que digas esta noche.

Ella frunce los labios, pensativa.

Y cuando creo que va a soltar otra tontería, me mira fijamente a los labios y dice:

—Pues entonces no hablemos. Hagamos otras cosas.

Mierda.

—Lucía. —resoplo, llevándome una mano a la cara.

Pero ella sigue en su mundo, sin control alguno sobre lo que dice.

—Llevo días pensando en cómo sería besarte —farfulla.

Suelto una risa irónica.

—Sí, y qué más.

—El sexo contigo tiene que ser increíble con esos músculos, esos labios, ese pelo, esa mirada furiosa…

—Lucía, ya.

Pero ella sigue.

Como si estuviera en un maldito monólogo sobre lo atractivo que soy.

Así que, sin pensarlo demasiado, hago lo único que se me ocurre para detenerla.

Llevo un dedo a sus labios y lo presiono suavemente, silenciándola.

—Basta.

Ella parpadea, confundida, mirándome con una mezcla de embriaguez y deseo peligroso.

Y yo solo puedo pensar en una cosa.

Si sigue hablando así…

Voy a perder el control.

Lucía hace un pequeño puchero, como si realmente estuviera dolida porque no estoy cayendo en su trampa de seducción borracha, y se acomoda un cojín para descansar, hundiéndose un poco más en el sofá.

Yo aprovecho el momento para evaluar su tobillo,

presionando suavemente alrededor de la hinchazón.

—No parece nada grave. —digo, con la voz más neutral que puedo forzar en este momento—. Solo es una torcedura.

Su respuesta llega sin siquiera abrir los ojos:

—Pues duele la muy jodida, aunque no tanto como que me rechaces.

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo.

Joder.

—Te estoy haciendo un favor. —respondo con un suspiro, intentando mantener la calma.

Y entonces, porque al parecer no he llegado al límite del suficiente autocontrol, ella decide soltar la última bomba de la noche.

—El favor me lo harías si me arrancaras la ropa y me empotraras contra la pared.

Y ríe.

Ríe como si acabara de contar el mejor chiste del mundo.

Yo, en cambio, estoy sufriendo una crisis existencial.

Joder.

Joder.

Joder.

No puedo creer que esté teniendo esta conversación.

No puedo creer que mi autocontrol esté siendo puesto a prueba de esta manera.

Porque una parte de mí quiere tomárselo con humor.

Otra parte quiere salir corriendo.

Y luego está esa parte maldita de mí que solo puede imaginar lo que pasaría si le hiciera caso.

Pero no.

No.

Definitivamente no voy a ir por ese camino.

Así que me quedo callado.

No hay más opción.

Y, por suerte para mi salud mental, unos segundos después, escucho su respiración volverse más acompasada.

Se ha dormido.

¡Gracias a Dios!

Me quedo mirándola por un instante, solo para asegurarme de que realmente ha caído rendida y no va a soltar otra frase capaz de hacerme perder el control por completo.

Y cuando estoy seguro de que está en el quinto sueño, le subo los pies al sofá con cuidado.

Agarro una manta y la coloco sobre su cuerpo, asegurándome de que está bien cubierta.

Ella se remueve ligeramente y se acomoda bajo el calor de la tela, con un pequeño suspiro satisfecho.

Yo, en cambio, estoy sufriendo.

Y necesito largarme de aquí antes de hacer una estupidez.

Con pasos firmes, salgo de la casa y me enfrento al frío gélido de la noche.

El aire me golpea en la cara como un puñetazo helado, pero lo agradezco.

Lo necesito.

Porque no hay ducha fría en el mundo que pueda bajarme el calentón que me ha dejado esta maldita mujer.

Y, mientras camino de vuelta a mi casa con las manos en los bolsillos y la cabeza llena de pensamientos que no quiero tener, una verdad me golpea con más fuerza que el viento de la isla.

Voy a echarla de menos.

Voy a echarla muchísimo de menos cuando se vaya.

Capítulo 19



Lucía

El canto infernal del maldito gallo rasga el silencio de la mañana como un cuchillo afilado, atravesando mi cráneo con la precisión de alguien que disfruta atormentándome.

Intento ignorarlo, fingir que aún no es de día, que el mundo no existe, que mi cabeza no está latiendo con la intensidad de un tambor de guerra. Pero el dolor palpitante en mis sienes me obliga a abrir un ojo con una lentitud exasperante, como si cualquier movimiento brusco pudiera detonar una catástrofe aún mayor en mi estado actual.

Mi cerebro está hecho un caos absoluto, una maraña de sensaciones desagradables que se mezclan con la resaca y la sensación de que algo… algo muy malo pasó anoche.

Con un suspiro lleno de sufrimiento, me giro sobre el colchón en busca de mi posición habitual para enterrarme bajo las sábanas y aislarme del universo por unos minutos más.

Pero en cuanto intento acomodarme, la cama desaparece, y antes de poder reaccionar, me desplomo torpemente en una caída sin ninguna gracia.

—¡Mierda! —mascullo con el poco aliento que me queda mientras aterrizo en el suelo con un golpe seco.

El impacto no es tan catastrófico como esperaba, pero lo suficiente para sacarme de golpe de mi letargo resacoso.

Parpadeo, aún confusa por lo que acaba de pasar, y mi mente tarda más de lo debido en procesar una verdad devastadora.

No estoy en mi cama.

Estoy en el sofá.

El horror se instala en mi estómago con una rapidez alarmante.

Porque si no estoy en la cama, y si no recuerdo haberme quedado dormida en el sofá por voluntad propia…

¿Cómo demonios he llegado hasta aquí?

Más bien, ¿cómo demonios he llegado a casa?

La pregunta golpea mi mente con una fuerza implacable, mientras intento revolver entre mis recuerdos con la desesperación de quien busca un salvavidas en medio de un naufragio.

El problema es que todo es un maldito agujero negro de imágenes borrosas y emociones confusas.

Solo sé que…

Hubo alcohol.

Mucho alcohol.

Demasiado alcohol.

Maldito el licor de los isleños y su maldita costumbre de hacer brindis cada cinco minutos.

Menos mal que me marcho en un par de días y no tendré que someterme a ese infierno otra vez, porque si algo tengo claro en este momento es que mi hígado merece una indemnización.

Con sumo esfuerzo y el cuidado de quien teme que su propio

cuerpo se rebele en su contra, me muevo lentamente para intentar reincorporarme.

Y entonces, en cuanto mis pies tocan el suelo, el universo decide que es momento de castigarme aún más.

Un dolor agudo y punzante me atraviesa el pie derecho, arrancándome una exclamación involuntaria.

—¡Joder!

Me inclino de inmediato, sujetándome el tobillo con ambas manos mientras mi rostro se retuerce en una mueca de puro sufrimiento.

Y es justo en ese instante, en ese preciso y traicionero segundo, cuando mi mente decide que ya es hora de desbloquear recuerdos.

Como si se tratara de una avalancha imposible de detener, las imágenes comienzan a estallar en mi cabeza con una claridad cruel e injusta.

El servicio dominical en la iglesia.

El Sunday Roast y sus interminables brindis.

El calor del pub, la sensación reconfortante de estar rodeada de gente que, de alguna manera, se ha convertido en parte de mi vida estos días.

Y luego, como un golpe directo a mi estómago, los recuerdos que preferiría no tener.

El intento de despedida con James.

El batacazo monumental que me pegué en medio del sendero.

James cargándome al hombro como si yo fuera un saco de harina, ignorando mis quejas y mi resistencia con una facilidad irritante.

James sujetándome con firmeza, ordenándome cosas con ese tono de voz que no deja espacio a discusión.

James resoplando cada vez que yo intentaba demostrar que podía caminar por mi cuenta.

James.

Los ojos de James.

Su mirada fija en mí mientras me observaba en el sofá.

Su expresión contenida cuando yo…

Oh, no.

Oh, no, no, no.

Dios santo.

La vergüenza me golpea como una ola gigante y me deja completamente hundida en la desesperación.

Porque no solo recuerdo que intenté ligar con él…

Recuerdo con exactitud las palabras que salieron de mi boca.

El descaro.

Las insinuaciones.

Los comentarios completamente inapropiados sobre su físico, sobre sus músculos, sobre lo increíble que debía ser en la cama.

Oh.

Oh, no.

Se me ha ido la puta cabeza.

Me llevo las manos a la cara, intentando esconderme de la realidad, aunque solo sea por unos segundos.

¿Por qué soy así?

¿Por qué no puedo simplemente beber como una persona normal sin terminar coqueteándole descaradamente a mi vecino gruñón, que además de bueno está lo que se dice buenísimo?

¿Por qué, por el amor de todo lo que es sagrado, no me limité a quedarme callada?

Y lo peor de todo…

Lo peor de todo es que él no me siguió el juego.

No.

Él se mantuvo firme, estoico, como un caballero del siglo XV defendiendo su castidad.

Estoico.

Inmutable.

Como si nada de lo que le había dicho hubiera hecho mella en él.

Y eso lo hace aún peor.

Porque si al menos me hubiera seguido la corriente, si hubiera respondido con algo de picardía, con un mínimo de interés, tal vez no me sentiría tan humillada.

Pero en lugar de eso, él me rechazó con una calma frustrante.

Como si yo no significara nada.

Como si mi atrevimiento fuera apenas un detalle irrelevante de su noche.

Y yo…

Yo fui un absoluto desastre.

Aprieto los ojos con fuerza, intentando bloquear los recuerdos otra vez, pero ya es tarde.

Ahora están ahí, quemando mi conciencia con una intensidad

insoportable.

—Voy a morir de vergüenza. —murmuro para mí misma, dejando caer la cabeza sobre los cojines del sofá.

El gallo sigue cantando, su cacareo perforando mi cerebro como un castigo divino.

Y yo solo puedo pensar en una cosa.

Voy a morir de vergüenza.

Me paso el día entero en modo supervivencia absoluta, tratando de sobrellevar la resaca con una mezcla de té caliente, sopa instantánea y la firme esperanza de que, en algún momento, mi cuerpo decida perdonarme por todo el veneno isleño que le metí la noche anterior. Mi cabeza late con la intensidad, mi estómago no sabe si quiere comida o si me odia, y cada vez que intento concentrarme en el artículo que me encargó Margaret, las letras en la pantalla empiezan a bailar como si también estuvieran borrachas.

Definitivamente, es un día perdido para la humanidad.

Pero no puedo quedarme así eternamente. Tengo trabajo que hacer, una reputación que mantener (aunque después de la escena de anoche, lo de la reputación es debatible) y, sobre todo, un orgullo que intentar recuperar. Así que, con toda la dignidad que me queda después de haber sido cargada al hombro como un saco de patatas, me encierro en la casa y me dedico a escribir.

Escribir es lo único que me hace sentir que todavía tengo el control de algo en mi vida.

Al menos hasta que mi cerebro decide sabotearme con imágenes de James.

Porque claro, ¿cómo iba a olvidarlo? No puedo borrar de mi mente el momento en el que, con el descaro propio del alcohol, le solté que me parecía increíblemente atractivo y que seguramente el sexo con él debía ser de otro nivel.

Por favor, que alguien me entierre en este preciso instante.

Al principio, mi plan es simple: quedarme en la casa, evitar cualquier tipo de interacción con los isleños en general y, sobre todo, con un isleño en particular. Si no salgo, no lo veo, y si no lo veo, no tengo que enfrentar la humillación que me carcome lentamente desde que desperté.

Todo iba bien con este plan… hasta que empiezo a hacer la maleta al día siguiente.

Doblo la ropa con una sensación extraña en el pecho, meto cada prenda con más cuidado del que debería, y mientras reviso cada rincón para asegurarme de no dejarme nada, me golpea un pensamiento que me congela en seco.

¿Y si la última vez que veo a James es ese desastroso momento en el que estaba completamente borracha?

¿Y si la última impresión que tiene de mí es la de una mujer balbuceando incoherencias y tirada en el sofá?

¿Y si nunca tengo la oportunidad de enmendar ese desastre y decir algo que no incluya la palabra "empotrar"?

La idea me incomoda mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Porque, aunque James no sea precisamente el hombre más expresivo del mundo, aunque haya pasado la mayor parte del tiempo gruñéndome en lugar de hablarme como una persona normal, aunque me haya evitado deliberadamente estos últimos días…

La verdad es que no quiero que esto termine así.

Pero claro, parece que él sí lo quiere.

Porque en todo el tiempo que llevo encerrada en esta casa, no ha habido ni un solo golpe en la puerta, ni un solo encuentro casual, ni una sola de esas miradas intensas que hacen que me

replantee todas mis decisiones vitales.

James está volviendo a evitarme.

Y, aunque en un principio me daba vergüenza tropezarme con él y hacerme la desentendida, ahora el sentimiento ha cambiado por completo.

Ahora soy yo la que quiere tropezarme con él a propósito.

Soy yo la que sale con la excusa ridícula de "tomar aire fresco" con la esperanza de que él aparezca.

Soy yo la que camina con más lentitud de lo normal estos días, por si acaso él decide salir de su escondite y fingir que se tropezó conmigo por casualidad.

Pero nada.

James ha desaparecido del mapa.

Y lo peor de todo es que yo no sé cómo buscarlo sin parecer una acosadora profesional.

Así que, mientras sigo doblando ropa y cerrando cremalleras, no puedo evitar que una sensación de frustración y cierta tristeza se instale en mi pecho.

Porque puede que James no quiera verme.

Pero yo, muy a mi pesar, sí quiero verlo a él.

La última tarde en la isla, con la brisa helada golpeando las ventanas y la sensación de que todo aquí se está terminando más rápido de lo que me gustaría, le envío a Margaret el artículo que me pidió.

Intercambiamos un par de mensajes. Nada demasiado personal, nada que indique que le ha cambiado la vida lo que le he enviado, solo un par de comentarios concisos, eficientes, secos. Es el lenguaje de Margaret. No necesita decirme que está satisfecha, porque si no lo estuviera, ya me habría arrancado la cabeza.

Y entonces, como si lo hubiera estado esperando, como si supiera que mi cabeza sigue en otra parte, me hace la pregunta que llevo temiendo todo el día.

—¿Y ahora? ¿Sobre qué vas a escribir?

Y yo, que debería dar una respuesta más elaborada, que debería buscar las palabras adecuadas para mantenerla entretenida sin dar demasiada información, hago lo contrario.

Le digo la verdad.

—No es sobre qué. Es sobre quién. Elliot Grayson.

Le doy a enviar.

Y entonces espero.

Pero no tengo que esperar mucho.

Porque exactamente dos minutos después, mi teléfono empieza a sonar con insistencia.

Dos.

Minutos.

Es oficial: Margaret ha batido su propio récord en velocidad de respuesta.

Miro la pantalla y veo el número de una de las extensiones de *The London Eye*.

No me sorprende.

Nada de esto me sorprende.

Respiro hondo, me preparo mentalmente para lo que está a punto de suceder y deslizo el dedo para contestar.

—Lucía.

No hay un "hola", ni un "¿cómo estás?". Solo su voz firme y cortante, con esa eficiencia brutal que hace que todo en la redacción

funcione como un reloj suizo.

—Margaret.

—Así que… Elliot Grayson.

Lo dice como si acabara de descubrir que he estado escondiendo una mina de oro.

Como si hubiera mencionado el nombre de un unicornio perdido o un político desaparecido en circunstancias misteriosas.

Me la imagino sentada en su enorme escritorio de cristal, con su portátil abierto, sus gafas de montura dorada en la punta de la nariz y una taza de café aún humeante al lado, esperando con una mezcla de expectación y hambre de información.

—Así es.

Silencio.

Pero no cualquier silencio.

No un silencio de esos que indican que la otra persona se ha distraído con otra cosa.

No.

Es el silencio cargado de expectación de una depredadora esperando a que su presa empiece a hablar.

Sé lo que está esperando.

Sé que quiere que empiece a soltar información.

Pero no voy a hacerlo.

No todavía.

Margaret no tiene paciencia.

Nunca la ha tenido. Nunca la tendrá. La paciencia no es su estilo.

Por eso, cuando ve que no sigo hablando, decide atacar.

—Dime que tienes algo sólido.

Su tono es exigente.

No me pregunta si tengo algo.

Me exige que lo tenga.

Me acomodo mejor en la silla, sintiendo que esta conversación es más peligrosa de lo que me gustaría admitir.

—Todavía es pronto. —respondo con calma, manteniendo mi voz lo más neutral posible.

Otro silencio.

Esta vez, uno de exasperación contenida.

—Lucía, no me hagas perder el tiempo. —dice finalmente, y sé que es su manera de decir "me interesa, pero si no me das lo que quiero, te conviertes en un obstáculo". — ¿Cuánto necesitas?

Ah, aquí estamos.

La negociación.

El tira y afloja.

El punto en el que yo debería darle una cifra, un plazo, una fecha límite en la que entregaré el artículo de su vida.

Pero el problema es que yo misma no sé cuánto necesito.

Porque me marcho de la isla.

Y lo que tengo no es suficiente.

No puedo escribir una historia con retazos, con suposiciones, con conjeturas sacadas de los pocos datos que he recopilado.

Si voy a escribir sobre Elliot Grayson, sobre lo que pasó, sobre lo que significa que haya desaparecido del mundo, tengo que

hacerlo bien.

—Necesito trabajar en ello.

—¿Días? ¿Semanas?

—No lo sé aún.

Mentira.

Por supuesto que lo sé.

Pero si le digo la verdad, si le confieso que aún no tengo nada concreto, que mi investigación está basada en rumores de isleños y en observaciones personales de un hombre que me está volviendo loca, Margaret perderá la poca paciencia que le queda y me pondrá contra la espada y la pared.

Puedo casi imaginarla cerrando los ojos y frotándose el puente de la nariz con frustración.

—Lucía, *The London Eye* quiere esto.

Su tono ha cambiado ligeramente.

Ya no es solo exigencia.

Ahora es algo más.

Es una orden.

—Sabes lo que significa.

—Lo sé.

Por supuesto que lo sé.

Sé que esto podría ser un artículo enorme.

Sé que, si lo hago bien, podría abrirme muchas puertas.

Pero también sé que, si lo hago mal, podría destrozar la vida de alguien que no ha pedido ser encontrado.

—Así que no me hagas esperar más de lo necesario.

Traducción: tienes un plazo limitado antes de que empiece a presionarte como nunca.

Perfecto.

Justo lo que necesitaba.

Otro peso más en mi espalda.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien.

El silencio que sigue ya no es solo impaciente.

Ahora es calculado.

Margaret está midiendo sus siguientes palabras.

Y entonces, como si no fuera suficiente con la presión de este artículo, suelta:

—Mientras tanto, quiero que revises los temas de la lista que te voy a enviar.

Ahí está.

La otra cara de la moneda.

Margaret no deja cabos sueltos.

Si me está dando tiempo para terminar esto, quiere asegurarse de que ya tenga trabajo esperando para cuando vuelva.

—Lo revisaré.

—Espero que sí. —dice con sequedad—. No te relajes demasiado en esa isla.

Oh, claro, porque me estoy relajando muchísimo.

Entre la presión de este artículo, la vergüenza de haber coqueteado con James en estado de ebriedad, la incertidumbre de lo que siento por él y su habilidad para desaparecer en el momento

exacto en que empiezo a buscarlo, estoy en una maldita burbuja de paz y tranquilidad.

Una pausa.

Y luego, con su tono de ejecutiva implacable, finaliza la conversación sin más:

—Espero noticias tuyas pronto.

La llamada se corta.

Miro la pantalla, resoplo y dejo el teléfono sobre la mesa.

Genial.

Ahora, además de lidiar con mi propia cabeza y con James evitándome, tengo a Margaret exigiéndome un artículo que aún no sé cómo voy a escribir.

Definitivamente, la relajación no está en mis planes.

El aire de la mañana es gélido, más de lo habitual, más de lo que me gustaría.

Lo primero que noto al abrir la puerta y dar un paso fuera es que no hay troncos esperándome en la entrada.

Mi estómago se aprieta con una punzada absurda, infantil incluso, porque no necesito la leña.

Me abrazo a mí misma, intentando sacudirme la sensación de vacío que me recorre la espalda. No es el frío, no. Es otra cosa.

Salgo temprano, más de lo necesario, porque Tom me ha dicho que pasaría con el tractor a primera hora para recoger las maletas. Quiero asegurarme de que todo está listo, de que no dejo nada atrás, pero en realidad, sé que lo que estoy haciendo es otra cosa.

Estoy esperando verlo.

Miro en dirección a su casa, pero nada.

No hay señales de movimiento, ni siquiera el perro, ni la maldita silueta de su gallo ególatra.

El corazón me late un poco más fuerte, en un ritmo que no quiero reconocer. No puede ser que esto sea todo.

Y antes de darme cuenta, mis pies empiezan a moverse por sí solos.

No lo pienso.

No me detengo.

No calculo si es buena idea o si es una de mis muchas impulsividades que después me hacen querer meterme bajo tierra.

Simplemente camino hacia su casa.

Cuando llego a la puerta, dudo.

La certeza de que no va a responder me golpea incluso antes de que levante la mano, pero, aun así, lo intento.

Doy un pequeño toque con los nudillos.

Nada.

Espero.

Doy otro.

El silencio del otro lado es tan espeso que me asfixia un poco.

Suelto el aire en un suspiro largo y derrotado.

Se acabó.

Me doy la vuelta y regreso sobre mis pasos con el corazón encogido.

¡Joder!

¿Qué clase de despedida es esta? ¿Qué clase de historia se cierra sin un último adiós? Pensaba que al menos éramos algo así

como amigos.

Por qué me ha dejado con esta sensación de final inconcluso.

Y entonces, antes de que pueda seguir hundiéndome en este torbellino de pensamientos, veo llegar a Tom con el tractor.

Sube las maletas al remolque con gran facilidad y me ofrece una sonrisa grande, como si mi partida fuera lo más normal del mundo.

—Ya estarás desesperada por largarte de aquí. —comenta, con ese tono jovial que siempre usa.

Me tomo un segundo en responder, porque la verdad es que no sé qué contestar.

Hace unos días, habría dicho que sí sin dudarlo.

Pero ahora…

—Bueno… —respondo, dubitativa.

Tom me mira de reojo, como si notara algo en mi tono.

—¿Ya tienes el tobillo bien?

Me sonríe con amabilidad, pero en su pregunta hay un trasfondo claro: la isla lo sabe todo.

Obviamente, Mrs. Gladys se ha encargado de difundir la noticia como si fuera el suceso más importante del mes.

—Sí. —respondo con una sonrisa leve.

Mi tobillo está bien.

Pero no puedo decir lo mismo de mi cabeza.

Ni de este estúpido nudo en el pecho que no se va.

El motor del tractor de Tom ruge con su sonido característico mientras avanzamos lentamente por el sendero de tierra que me lleva, sin remedio, de vuelta al muelle. Me aferro al borde del

remolque, sintiendo cómo el aire frío me golpea la cara, despejándome un poco, pero sin lograr disipar el nudo en el estómago que se ha instalado ahí desde que esta mañana no había troncos en mi puerta.

Me lo esperaba. No es como si James fuera a aparecer de repente para una despedida emotiva y cinematográfica. No es su estilo. Pero… tampoco esperaba este vacío absoluto.

Lo que más me fastidia, lo que más me duele de todo esto, es que ni siquiera le di mi número de teléfono. Ni él el suyo. ¿En qué estaba pensando? ¿En qué momento decidí que eso no era importante? Porque ahora, sentada sobre las maletas en un remolque destartalado, dejándolo todo atrás, siento un vacío extraño en el pecho.

El tractor avanza con su ritmo lento, cada sacudida me recuerda que este es mi último viaje por estos caminos llenos de piedras, por estos senderos que al principio me parecían inhóspitos y ahora… ahora los siento como parte de mí.

Las casas van quedando atrás poco a poco, la casita que fue mía durante estas dos semanas, con su puerta azul y sus ventanas de madera que crujen cuando hay viento fuerte.

Y luego, más lejos, la casa de él.

La casa de James, con su tejado oscuro y su fachada de piedra. La casa del hombre que, de alguna manera, se ha convertido en un problema en mi cabeza y en mi corazón.

No está.

No aparece en la puerta.

No me está mirando desde el camino.

No se asoma por la ventana con una de sus expresiones o gruñidos.

Nada.

Y aunque debería haberlo sabido, aunque debería haberme preparado para esta despedida silenciosa, para este cierre de historia en el que el protagonista masculino simplemente desaparece sin previo aviso, no puedo evitar que algo dentro de mí se retuerza.

El camino sigue.

Atravesamos los prados, los acantilados con sus vistas imponentes del océano, las pequeñas casas dispersas que salpican la isla. Todo lo que me pareció tan inhóspito cuando llegué ahora me parece acogedor, casi familiar.

La tristeza se instala con más fuerza en mi pecho cuando empiezo a ver el muelle a lo lejos.

Los pescadores descargan cajas con el mismo ritmo pausado de siempre. Un par de isleños hablan animadamente junto a una pequeña barca. Tom sigue conduciendo como si fuera lo más normal del mundo llevarme lejos de aquí, como si no estuviera dejando un trozo de mí en esta isla sin siquiera saberlo.

Me mordisqueo el labio y miro hacia el cielo gris, intentando convencerme de que esto es lo mejor.

De que mi lugar no está aquí.

De que esto es solo un final lógico y esperado.

Pero en el fondo, mientras el tractor avanza y el muelle se hace más grande ante mis ojos, una parte de mí no puede evitar preguntarse qué habría pasado si hubiera tenido la oportunidad de despedirme de él.

Si lo hubiera visto una última vez.

Si hubiera escuchado una última vez su gruñido de despedida.

Si él… hubiera querido verme antes de marcharme.

Pero no lo hizo.

Y ahora, no hay vuelta atrás.

Todavía queda tiempo antes de que Tom me lleve de vuelta a tierra firme.

Tiempo suficiente para terminar de cerrar los últimos lazos.

Así que, con un suspiro pesado, me dirijo hacia la tienda de Mrs. Gladys.

El sonido de la campanilla al empujar la puerta me resulta extrañamente reconfortante, como si fuera un ritual que nunca cambiará, sin importar cuánto tiempo pase. El calor del interior me envuelve enseguida, y allí está ella, con su sonrisa cálida y sus ojos brillantes, esperándome como si supiera que iba a venir.

Saco la llave de la casita del bolsillo de mi abrigo y la coloco sobre el mostrador.

—Vengo a devolverte esto.

—Oh, querida… —dice con una ternura que me desarma mientras la recoge entre sus dedos—. Voy a echarte de menos.

Y antes de que pueda reaccionar, sale de detrás del mostrador y me envuelve en un abrazo cálido, maternal, de esos que hacen que el corazón se te encoja un poco.

La rodeo con mis brazos, cerrando los ojos un instante para grabar este momento en mi memoria.

—Yo también os voy a echar de menos. —susurro, sintiendo un nudo en la garganta que amenaza con crecer demasiado.

Nos separamos despacio, y durante unos minutos hablamos de cosas triviales, de cómo quizá en otro momento vuelva a la isla de vacaciones, en otra época del año, cuando el frío no me congele hasta los pensamientos y cuando pueda disfrutar de los acantilados sin sentir que el viento quiere lanzarme al océano.

Ella ríe con suavidad y me vuelve a abrazar, como si quisiera

asegurarse de que realmente me voy a llevar conmigo un pedacito de la isla en el corazón.

Cuando finalmente me giro para salir, algo me detiene.

No, alguien.

James.

O más bien, su ausencia.

Mi pecho se oprime con frustración y algo más que no quiero nombrar.

Así que, antes de que pueda arrepentirme, me detengo y giro sobre mis talones.

—Mrs. Gladys, ¿podría hacerme un favor? —pregunto con un tono más nervioso del que me gustaría admitir.

Ella me observa con curiosidad, ladeando ligeramente la cabeza.

—Por supuesto, querida. Lo que necesites.

Respiro hondo.

No quiero parecer ni demasiado afectada ni demasiado indiferente.

Pero ya no hay vuelta atrás.

—¿Podría despedirse de James por mí?

Veo cómo la sorpresa cruza su rostro antes de que tenga tiempo de añadir, rápido, antes de que decida callarme.

—No lo he visto desde el domingo y… bueno, no es que fuera especialmente amable con él la última vez que hablamos.

Un enorme nudo se forma en mi garganta.

Porque no quiero que nuestra última conversación, la última imagen que tenga de mí, sea yo borracha, discutiendo con él en el

pub, cabreada porque no sé cómo manejar lo que siento y lo que él me hace sentir.

—Por favor, dele las gracias por todo.

Mrs. Gladys me mira con una expresión de ternura y comprensión. Como si lo supiera todo. Como si hubiera estado observando desde el principio sin necesidad de preguntar.

—¿Cómo? ¿No se ha despedido de ti? —pregunta con una mezcla de sorpresa y confusión.

Yo niego con la cabeza, sintiendo cómo la decepción se instala aún más fuerte en mi pecho.

—Creo que últimamente tiene demasiadas cosas en la cabeza. —añade ella tras un breve silencio—. Y mucho trabajo.

Claro.

Trabajo.

Ese parece ser su escudo favorito.

Su forma de aislarse cuando algo lo incomoda, cuando algo se vuelve demasiado real.

—Bueno… —digo con un intento de sonrisa—. Voy a despedirme de Artie.

Mrs. Gladys no insiste más.

No me pregunta qué pasó ni por qué me veo tan afectada.

Solo asiente con su calidez de siempre y me alcanza una pequeña bolsa de papel.

—Toma, te he preparado algo para el camino.

Abro la bolsa y veo un zumo y las galletas caseras que hace cada semana.

Siento que mi corazón se encoge un poco más.

—Gracias.

Y, sin poder evitarlo, la abrazo una vez más.

Porque en el fondo sé que no estoy solo dejando la isla.

Estoy dejando un hogar que ni siquiera sabía que estaba buscando.

La campanilla del pub suena cuando empujo la puerta, y la calidez del interior me envuelve como un abrazo reconfortante. El olor a madera, a cerveza, a comida casera y a ese inconfundible aroma de chimenea encendida me golpea con fuerza, recordándome que esta es la última vez que cruzo este umbral.

Y ahí está Artie.

Sentado detrás de la barra con una bufanda gruesa alrededor del cuello, una taza de té humeante en la mano y una expresión de absoluto desastre humano. Parece haber envejecido diez años en estos últimos días.

Las ojeras le llegan hasta las mejillas, los ojos le brillan de fiebre o de cansancio (o ambas), y su nariz tiene un color sospechosamente rojizo, como si hubiera pasado la noche peleando contra un ejército de pañuelos de papel.

Cuando me ve, intenta sonreír, pero lo que sale de su boca es un estornudo tan potente que hace temblar los vasos en la barra.

—Por Dios, Artie, pareces un superviviente de una epidemia medieval. —bromeo, dejando mi bolsa con las galletas sobre la barra mientras me acerco.

—Bah, tonterías. —responde con voz ronca antes de soltar una tos seca y cavernosa que le sacude todo el cuerpo.

Le frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Has probado a descansar como una persona normal?

—No puedo. —dice con la dignidad de un héroe trágico

mientras se limpia la nariz con un pañuelo hecho trizas—. Si cierro, los isleños entran en pánico. Este lugar no puede quedarse sin su punto de reunión. Nunca he cerrado. Ni una sola vez.

—Artie, pareces a punto de convertirte en un mueble más del pub. —me burlo—. Y, además, con toda la tos que tienes, corres el riesgo de acabar contagiando a todos.

Él suelta una carcajada entrecortada, pero de inmediato se dobla por otro ataque de tos.

Me siento en la barra con una mezcla de preocupación y diversión.

—No es broma. Tómate unos días libres.

—No puedo. —se encoge de hombros y bebe un sorbo de té —. ¿Quién va a servir las pintas? ¿Quién va a aguantar las historias repetitivas de los viejos pescadores?

—Seguro que algún alma caritativa de la isla puede reemplazarte un par de días.

—Nadie quiere hacerse cargo de esto.

—Yo podría haberme quedado y ayudarte.

Artie levanta una ceja con interés, pero antes de que pueda responder, me mira con una expresión dramática.

—No juegues con mis emociones, Ferrer.

—No juegues tú con tu vida, Artie. Vas a caer rendido sobre la barra y los isleños van a utilizarte como perchero para sus chaquetas.

Él ríe y, por un momento, parece olvidar lo miserable que se siente.

Se hace un pequeño silencio mientras me mira con una mezcla de afecto y resignación.

—Es una pena que te vayas.

Y aunque lo dice con ligereza, hay algo en su tono que me golpea directo en el pecho.

Porque sé que no lo dice por decirlo.

Sé que de verdad lo siente.

—Tú siempre serás mi camarera favorita *amateur*. —añade con una sonrisa nostálgica.

Sonrío de lado, reprimiendo la emoción que se acumula en mi garganta.

—¿Eso significa que si vuelvo me devolverás mi puesto detrás de la barra?

—Siempre. —responde sin dudarlo—. Aunque no sé qué opinarán los clientes sobre volver a probar ese té tuyo tan raro.

—Oh, por favor, a James le encantó.

Y entonces su sonrisa se congela ligeramente.

Es un cambio tan sutil que casi no lo noto.

Casi.

Pero antes de que pueda decir nada, Artie carraspea y estornuda de nuevo, recuperando su expresión divertida.

—Sí, sí. Lo que digas. —se burla, pero hay algo en su mirada que me hace pensar que sabe más de lo que está diciendo.

—Voy a echar de menos este sitio. —digo, apoyando los brazos en la barra y mirando alrededor.

Las paredes llenas de fotografías antiguas, la chimenea encendida, el sonido de las conversaciones apagadas de los pocos clientes que ya han llegado… todo parece estar exactamente igual.

Excepto yo.

Yo no soy la misma que entró por primera vez en este pub.

Artie lo sabe.

Y yo también.

—Ven aquí, niña.

Antes de que pueda reaccionar, me rodea con sus enormes brazos y me aprieta en un abrazo fuerte, cálido y reconfortante.

Y no sé por qué, pero este abrazo me hace sentir que realmente me estoy despidiendo de algo grande.

De un lugar.

De una vida.

De una historia que no pensé que escribiría.

Me separo de él con una sonrisa triste, mientras él se suena la nariz con el pañuelo.

—Debería irme antes de que me contagies.

—Yo que tú me daba prisa. —bromea con una tos dramática —. Podría ser el virus del fin del mundo.

Me río y agarro la bolsa con las galletas que Mrs. Gladys me dio antes de salir.

—Cuídate, Artie. Y cierra el pub un maldito día, por favor.

—Solo si prometes volver a abrirlo conmigo.

Le guiño un ojo antes de salir por la puerta.

El aire gélido del puerto me golpea el rostro con la dureza de un recordatorio: es hora de irse. Es el mismo viento que me acompañó en mi llegada, el mismo que me heló hasta los huesos y me hizo preguntarme qué demonios estaba haciendo en una isla remota en pleno invierno. Pero ahora, este viento no solo es frío, es despedida.

Mis pasos resuenan en la madera del embarcadero mientras me dirijo al barco de Tom con la determinación de alguien que ha tomado una decisión firme, aunque en el fondo de su pecho se expanda una sensación de vacío que no quiere nombrar. No voy a detenerme. No voy a girarme.

Porque mirar atrás sería un error.

Porque mirar en dirección al sendero que lleva al otro lado de la isla, ese que tantas veces recorrí con la secreta esperanza de encontrarme con una silueta alta y de hombros anchos caminando hacia mí, sería una completa estupidez.

Porque esperar a James, creer que aparecerá en el último momento como en esas historias donde el protagonista se da cuenta de lo que siente justo cuando está a punto de perderlo, es el peor tipo de ilusión.

Y no pienso alimentar ilusiones.

No hoy.

No cuando ya he entendido el mensaje.

Así que, sin darme la oportunidad de dudar, me cruzo el abrigo sobre el pecho, como si el gesto pudiera protegerme del frío que siento por dentro, y con paso decidido subo al barco de Tom, sintiendo que con cada metro que me alejo, algo dentro de mí se queda atrás.

—Puntual. Me gusta. —comenta Tom con su sonrisa fácil mientras asegura mis maletas con cuerdas en la cubierta, como si todo esto fuera un trámite más, como si para él esto fuera tan simple como cualquier otro día en la isla.

Le devuelvo una sonrisa breve, sin demasiada convicción, porque la verdad es que no me siento ni puntual, ni eficiente, ni segura de nada en este momento.

—No me gusta hacer esperar a la civilización. —respondo en

un intento de sonar despreocupada, aunque la frase se siente extrañamente vacía en mi propia boca.

Civilización.

El mundo real.

Los coches que no paran de tocar el claxon.

Las calles atestadas de gente con prisas, sin tiempo para detenerse a mirar el cielo.

Las cafeterías con empleados que gritan nombres en vasos de cartón.

Los *chai lattes* que no tengo que preparar yo misma.

Las oficinas llenas de luces blancas y conversaciones apresuradas.

El sonido de los mensajes de Margaret exigiéndome artículos con la urgencia de quien cree que las palabras tienen que entregarse al mismo ritmo con el que se consume un café de máquina.

Vuelvo a todo eso.

Vuelvo a mi vida.

A la vida que, en teoría, siempre he querido.

Pero entonces, ¿por qué siento este peso en el pecho?

El motor del barco cobra vida con un rugido ronco y poderoso, rompiendo el silencio del puerto y enviando vibraciones a través de la cubierta de madera. El agua se agita a nuestro alrededor y siento, con cada ola que choca contra la embarcación, que lo inevitable ha comenzado.

Esto es real.

Esto es el final.

Me aferro con fuerza a la barandilla, sintiendo cómo la brisa

marina me revuelve el cabello y me golpea la piel con rudeza, como si el mismo viento de la isla quisiera asegurarse de que no olvide lo que dejo atrás.

Capítulo 20



James

Salgo temprano, más por costumbre que por ganas, dejando que el aire helado de la mañana me golpee la cara y despeje, aunque sea un poco, el lío de pensamientos en el que llevo atrapado desde hace días.

Dinsky corre por delante de mí, persiguiendo su propia sombra, mientras yo camino sin rumbo, sin prisa, sin propósito.

Cuando me doy cuenta, estoy en el sendero que lleva a la playa.

Al saliente donde la vi por última vez mirando al mar.

Lucía.

No sé qué mierda estoy haciendo aquí, mirando este lugar vacío como un idiota, como si esperara encontrarla otra vez sentada en esa roca, con los brazos cruzados y la mirada perdida en el océano, sin darse cuenta de que yo la observaba desde la distancia.

Pero ella no está.

No está porque no fui a verla.

No fui porque no tuve el maldito valor de hacerlo.

Porque, ¿qué iba a decirle?

¿Que me ha descolocado por completo estos días?

¿Que su risa se me ha metido en la cabeza y la escucho en los momentos más inesperados?

¿Que cuando hablo con alguien, a veces me sorprendo esperando que sea ella quien conteste con una de sus ocurrencias?

¿Que hace mucho, demasiado tiempo, que nadie me hacía reír como ella?

¿Que, por primera vez en años, alguien ha conseguido colarse en mi rutina, en mi espacio, en mi mente, sin que yo pudiera evitarlo?

¿Qué demonios iba a decirle?

¿Que se quedara?

Ella no pertenece aquí. No en este mundo de barro, viento y mar embravecido.

Ella pertenece a la ciudad, al ruido de los coches, al ajetreo de la vida que ha elegido, a los cafés de nombres ridículos, a los lugares llenos de gente que no se conocen pero que se mueven en la misma dirección.

Y, aunque me duela admitirlo, sé que tarde o temprano se habría ido.

Aunque yo le hubiera dicho lo que siento. Aunque me hubiera atrevido.

Suelto un suspiro hastiado y vuelvo sobre mis pasos. No tiene sentido quedarme aquí parado, congelándome en medio de la playa, dándole más vueltas a algo que ya no puedo cambiar.

Cuando regreso a casa, hago lo que llevo haciendo desde hace dos días:

Nada.

Abro la puerta, me quito la chaqueta, echo una mirada a la casita al otro lado del camino y la encuentro completamente cerrada.

Ya no hay luz en las ventanas.

Ya no está ella.

Tom ha venido a recogerla. Seguro que ya está en el muelle, lista para irse, lista para dejar esta isla sin mirar atrás.

Aprieto la mandíbula, intentando ignorar la punzada en el pecho.

Mrs. Gladys me pidió un favor.

Me pidió que llevara a Lucía al puerto.

Que hiciera lo mínimo.

Que no fuera un idiota.

Pero le dije que me resultaría imposible por todo el trabajo acumulado.

Mentira.

Llevo dos días en los que he entrado al estudio, he cogido un pincel, he preparado un lienzo… y no he hecho nada.

Nada.

No encuentro la manera de empezar.

No encuentro la forma de plasmar lo que siento.

Porque no sé qué es lo que siento.

Lo único que sé es que mi cabeza está bloqueada.

Y que espero que, poco a poco, todo vuelva a la normalidad.

Pero, en realidad… ¿qué normalidad?

¿La normalidad de estar todo el día ocupado en la finca,

arreglando cosas, asegurándome de que todo funcione, solo para llegar la noche y sentirme completamente vacío?

¿La normalidad de seguir como si nada, de intentar pintar algo que no me dice nada, de pasar los días con la misma rutina, en el mismo silencio, con la misma sensación de que algo falta?

Joder.

Tenía que ser periodista.

No podía haber sido granjera, bibliotecaria, costurera, panadera, profesora, mecánica, lo que fuera.

No.

Tenía que ser periodista.

La única profesión que odio de verdad.

El único gremio que me destruyó sin preguntar, sin darme oportunidad, el que me vapuleó con rumores y leyendas.

Y, por alguna maldita razón, la única persona que ha conseguido sacarme de este letargo en el que he estado atrapado durante años… pertenece a él.

Ironía del destino.

O una completa jodida mala suerte.

El pincel en mi mano está suspendido en el aire, la punta apenas rozando el lienzo.

Llevo así más de media hora, en un estado de bloqueo absoluto, mirando la tela en blanco como si esperara que la pintura se derramara sola sobre ella y formara algo con sentido.

Pero nada sucede.

Nada.

El teléfono suena de repente, sacándome del trance.

Mrs. Gladys.

Aprieto la mandíbula.

No contesto.

No tengo ganas de aguantar una charla que ya me sé de memoria.

Pero cuando suena otra vez, menos de un minuto después, sé que, si no lo cojo, vendrá en persona.

Y si algo he aprendido en esta isla es que cuando Mrs. Gladys se propone algo, no hay escapatoria posible.

Descuelgo con un suspiro pesado.

—James, ¿cómo no te has despedido de Lucía?

No me da ni un respiro. Ni siquiera un maldito "hola".

—Sabes que he estado liado. —respondo, sin muchas ganas de argumentar nada.

—¿Tanto como para no despedirte? —su tono es afilado, con ese toque de enfado que solo usa cuando está realmente decepcionada—. Vives a quince metros de la casita, James.

Cierro los ojos.

Como si no lo supiera.

Como si no hubiera contado esos malditos metros cada vez que la veía salir por la puerta con su abrigo mal puesto y su bufanda enredada de cualquier manera.

—Lo sé.

Mi voz suena más cansada de lo que esperaba.

Y entonces, el golpe final:

—Me ha pedido que me despida de ti por ella.

Me quedo en silencio.

—Cosa que, sinceramente, por primera vez creo que no te mereces.

Me sorprende la dureza de sus palabras.

—Lo hago por ella, no por ti.

Apretando los dientes, paso una mano por mi pelo y miro de nuevo el lienzo en blanco.

—Mrs. Gladys, no es tan sencillo.

Ella resopla al otro lado de la línea.

—¿Sencillo? —suelta con una risa amarga—. La vida no es sencilla, James. Y si estás esperando que las cosas se alineen perfectamente para moverte, entonces puedes quedarte ahí sentado toda tu vida esperando.

No respondo.

—¿Sabes eso que dicen de que cuando dejas pasar un tren, al tiempo pasa otro?

No digo nada.

No quiero escuchar esto.

—Pues es mentira. —sentencia—. A veces te quedas ahí, en el andén, pensando, perdiendo el tiempo, y cuando te das cuenta, el tren que esperabas ya se ha ido.

Un silencio se instala entre los dos.

Yo no hablo.

Ella tampoco.

—¿Y si no era mi tren? —murmuro finalmente, con un tono más bajo del que me gustaría.

Mrs. Gladys no tarda ni un segundo en responder.

—¿Y si sí?

Apretando el teléfono con fuerza, cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el lienzo.

—Lucía no pertenece aquí.

—Eso no lo decides tú.

—Su vida está allá afuera, en la ciudad.

—Y sin embargo ha pasado dos semanas aquí, peleándose con el viento, recogiendo palos para la chimenea y haciéndole té raro a la gente en el pub.

Mi pecho se tensa.

—Se va.

—Porque no le has dado ninguna razón para quedarse.

No respondo.

No puedo.

Porque sé que, de alguna manera, tiene razón.

Pero también sé que es tarde.

—James, yo te quiero como a un hijo, —su voz se suaviza—. Y sé que has aprendido a conformarte con la vida que tienes, con estar solo, con no arriesgarte. Pero dime una cosa…

No sé si quiero escuchar la pregunta.

Pero ella la hace igual.

—¿Es esta la vida que realmente quieres?

Aprieto la mandíbula.

Miro el lienzo en blanco.

Pienso en los días que pasé sin pintar una sola cosa.

Pienso en la casa silenciosa.

Pienso en la puerta de la casita cerrada, sin luces encendidas, sin una silueta moviéndose dentro.

Y pienso en ella.

En su risa.

En su torpeza.

En su maldita insistencia en meterse en mi mundo.

En lo que ha cambiado todo desde que llegó.

En lo que he cambiado yo.

Y en lo que se siente al saber que ahora… se está marchando.

—Mrs. Gladys, tengo que colgar.

Mi voz suena más firme de lo que esperaba, como si mi cuerpo ya supiera lo que tengo que hacer antes de que mi mente termine de procesarlo.

—Espero que sea por algo importante. —responde ella con ese tono que mezcla autoridad y reproche.

—Lo es.

No le doy oportunidad de replicar. Cuelgo.

Y, en menos de un segundo, estoy marcando el número de Tom.

Mierda. Salta el contestador.

Cuelgo y marco otra vez mientras mi otra mano ya está buscando un jersey grueso de lana, mi bufanda y el gorro que sé que necesitaré para soportar el viento gélido de la costa.

Quedan quince minutos.

Quince minutos hasta que Tom se marche.

Quince minutos para cruzar toda la isla corriendo como un maldito loco.

No sé qué cojones estoy haciendo.

No sé qué pienso decirle.

No sé qué va a cambiar esto.

Pero sé que no puedo dejarla ir sin verla una última vez.

Y con eso en mente, salgo corriendo.

El viento me golpea la cara como una bofetada helada, pero no me detengo.

Cada paso resuena en el sendero como un latido acelerado, como un recordatorio de que he esperado demasiado tiempo.

Paso por los acantilados y corro aún más rápido.

La costa se extiende a lo lejos y el muelle está más cerca, pero el tiempo sigue en mi contra.

Intento llamar a Tom otra vez.

Nada.

No contesta.

Mierda.

El aire se me corta en los pulmones, pero no freno.

Quedan apenas unos minutos.

Veo el mar en calma, el agua reflejando la luz del día que comienza a subir.

Y entonces, lo veo.

El barco.

Moviéndose.

Virando.

Tom ya está haciendo la maniobra para salir del puerto.

Y en cuanto la embarcación se endereza y empieza a alejarse de la isla, mi corazón se hunde en el estómago.

—No. No. No.

Joder.

Me llevo una mano al pelo, mirando cómo el barco se aleja más y más.

Joder.

La he cagado.

La he cagado pero bien cagada.

Dos pescadores que están en el puerto me observan con curiosidad, como si nunca me hubieran visto correr de esa manera en mi vida. Y tienen razón.

Porque nunca lo he hecho.

Nunca he perdido la cabeza por nadie.

Nunca he arriesgado nada.

Nunca he corrido detrás de algo que podría perder para siempre.

Doy un pequeño puntapié al aire, frustrado, sintiendo que el peso de la impotencia me golpea con toda su fuerza.

He llegado tarde.

Demasiado tarde.

Y ahora…

Ahora no sé qué hacer con este vacío que se instala en mi

pecho.

Cabizbajo, con el cuerpo aún en tensión, me doy la vuelta y empiezo a caminar sin rumbo.

No quiero volver a casa.

No quiero encerrarme en el estudio y mirar otro lienzo en blanco que no podré llenar.

No quiero sentarme en casa a pretender que nada ha cambiado, que todo sigue igual, cuando sé perfectamente que no es así.

Así que hago lo único que puedo hacer en este momento.

Me dirijo al pub de Artie.

Tal vez una cerveza ayude.

O tal vez solo me siente ahí, en la barra, en completo silencio, preguntándome cómo demonios he dejado escapar lo único que me ha hecho sentir vivo en años.

Abro la puerta y el sonido de la campanita resuena en el interior del pub con la misma tranquilidad de siempre, como si no fuera consciente de que mi mundo acaba de tambalearse por completo en los últimos veinte minutos.

Estoy quitándome la bufanda cuando levanto la vista… y ahí está ella.

Lucía.

Detrás de la barra.

Junto a Artie.

Mirándome con curiosidad.

Me quedo completamente inmóvil.

Como un maldito poste en mitad de la tormenta.

Mi cerebro no procesa lo que ve, mi corazón decide hacer cosas raras en mi pecho y, para colmo, mis labios se curvan en una sonrisa antes de que pueda evitarlo.

Porque está aquí.

No en un barco alejándose de la isla.

No rumbo a la civilización, a su vida, a su mundo.

Aquí.

Delante de mí.

Y, por supuesto, la primera cosa que consigo decir después de correr como un loco hasta el puerto y llegar tarde es lo más estúpido posible:

—¿Qué haces aquí?

Lucía levanta la barbilla con esa actitud altiva e irresistible que tiene cuando está a punto de soltar algo que me descoloque por completo.

—Voy a sustituir a Artie en el pub. —anuncia como si fuera lo más obvio del mundo.

Parpadeo.

¿Perdón?

—¿Siento si no es lo que te gustaría ver? —añade con ironía, cruzándose de brazos.

—Pensaba que te habías marchado. —todavía intento recuperar el aliento y la coherencia al mismo tiempo.

—Siento decepcionarte.

—No lo haces.

Doy un paso hacia la barra, aún con la mente tratando de descifrar cómo demonios ha pasado esto, cómo es posible que

después de todo, después de convencerme de que la había perdido, esté aquí, mirándome como si nunca hubiera tenido intención de irse.

—Veo que has salido de tu caverna. —comenta con una media sonrisa.

—Veo que no estás en el barco de Tom.

—Estaba en el barco de Tom. —corrige con un tono triunfal—. Pero sé que Artie no se encuentra bien. Me subí, el motor arrancó, y en el último segundo decidí que no podía irme y dejarlo así.

La miro fijamente.

—Así que te bajaste del barco.

—Exacto.

—Y decidiste quedarte.

—Por ahora.

La observo con incredulidad.

Esta mujer es capaz de volverme completamente loco.

—¿Y qué hay de la vuelta a la civilización? —pregunto, arqueando una ceja—. ¿De tus adorados *chai lattes*?

Lucía me sostiene la mirada con una expresión de satisfacción que me dice que está disfrutando cada segundo de esta conversación.

—La civilización puede arreglárselas sin mí. —responde con una sonrisa de suficiencia—. Y Tom me traerá esta tarde un *chai latte*.

Parpadeo de nuevo.

—No puedo creerlo.

—Pues vas a tener que aguantarme una temporada más.

La idea no me molesta en lo absoluto.

Todo lo contrario.

Tomo asiento en la barra sin poder ocultar la sonrisa que se me escapa.

—Y yo estaré encantado.

Lucía entrecierra los ojos, como si evaluara si mis palabras son sinceras o si estoy jugando con ella.

—Espero que no vuelvas a desaparecer.

—No lo voy a hacer.

Y lo digo en serio.

Pero antes de que pueda añadir nada más, Artie irrumpe en nuestra tensión perfectamente construida con un ensordecedor estornudo que sacude todo el pub.

Lucía y yo nos giramos al mismo tiempo para mirarlo.

—Bueno, pues ya te lo he explicado todo. —dice el viejo tabernero con voz congestionada, mientras se pone el abrigo con una lentitud que deja claro que está disfrutando de la situación—. Seguro que lo harás bien, niña.

Se dirige a la puerta, pero antes de salir se gira con una última jugada sucia que ya debería haberme esperado.

—Por cierto, James… —dice, mirándome con una sonrisita astuta—. Ya que ahora ella también tiene la obligación de escuchar a los clientes, ¿por qué no le cuentas a Lucía lo que me contaste ayer a mí?

Siento que mi espalda se tensa.

Mierda.

Artie me guiña un ojo y desaparece por la puerta sin darme tiempo a asesinarlo verbalmente.

Lucía me observa con curiosidad, apoyándose en la barra, con esa maldita expresión que sé que significa "voy a sacarte la verdad, te guste o no".

—¿Y bien?

Respiro hondo.

—Nada importante.

—Oh, por favor. —dice con diversión—. Si Artie cree que es importante, entonces seguro que lo es.

—Artie cree muchas cosas.

—Sí, y la mayoría de las veces tiene razón.

Acerco la pinta de cerveza que me ha servido antes de empezar esta tortura psicológica y doy un sorbo, ignorando cómo Lucía me taladra con la mirada.

—James…

—Lucía.

—¿Vas a decirme qué es lo que le contaste a Artie o voy a tener que sacártelo con interrogatorio intensivo?

Suspiro.

Estoy jodido.

Y lo peor es que Artie lo sabía.

Maldito bribón.

Justo cuando Lucía está a punto de lanzarse sobre mí con más preguntas, la puerta del pub se abre de golpe y entran dos pescadores.

Son los mismos que estaban en el puerto cuando llegué tarde, los mismos que me miraron con curiosidad cuando me quedé de pie viendo el barco de Tom desaparecer en el horizonte como un

imbécil.

Y ahora, me están mirando igual.

Joder. Salvado por la campana.

Uno de ellos frunce el ceño y escanea el lugar con curiosidad.

—¿Y Artie? —pregunta al no verlo detrás de la barra.

Lucía, en su nuevo papel de dueña y señora del pub, levanta la barbilla con fingida importancia y apoya las manos en la barra con una seguridad que solo puede venir de alguien que no tiene ni idea de cómo se gestiona un bar pero que piensa fingirlo hasta que le salga bien.

—No se encontraba bien. Durante unos días voy a sustituirlo, así que nada de pedir "lo de siempre". Conmigo tenéis que ser más específicos.

Los pescadores sueltan una carcajada.

Lucía les dedica una sonrisa triunfal y, sin esperar respuesta, empieza a moverse detrás de la barra con una mezcla entre torpeza y determinación que no deja indiferente a nadie.

Se le caen un par de vasos, tropieza con una caja y casi tira una botella de *whisky* al suelo, pero no flaquea.

Y, sorprendentemente, nadie parece molesto por ello.

Los hombres la observan con diversión, como si ver a alguien luchar contra la barra del pub fuera el nuevo espectáculo de la isla.

Y entonces, la puerta vuelve a abrirse.

Mrs. Gladys entra como una ráfaga de viento, con los ojos tan abiertos que por un momento parece que le han dado la noticia más impactante de su vida.

—Me lo acaba de decir Artie y no le he creído. —dice con incredulidad, mirando a Lucía como si fuera un espejismo.

Lucía sonríe con ese aire despreocupado que la caracteriza, aunque su orgullo por haber sorprendido a la isla entera es evidente.

—Las noticias vuelan en esta isla.

—Solo las buenas. —replica Mrs. Gladys, aún en shock.

Pero entonces, Lucía suelta la bomba.

—Mrs. Gladys, espero que no tenga la casita alquilada.

El pub se queda en silencio por un instante.

—Voy a necesitar dónde quedarme un tiempo.

Boom.

Mrs. Gladys la mira un segundo más, como si necesitara procesarlo, y luego se mete detrás de la barra sin previo aviso y la envuelve en un abrazo.

—Ahora mismo te traigo la llave.

Lucía ríe, pero no se aparta del abrazo.

—No corre prisa. Estaré aquí todo el día.

—No sabes la alegría que me has dado, niña.

Y, con una expresión que parece iluminarle el rostro, Mrs. Gladys sale del pub con paso acelerado, probablemente dispuesta a contarle la noticia a todo aquel que no se haya enterado aún.

Y lo hace.

Porque pronto, la taberna se convierte en un desfile de isleños entrando y saliendo, saludando a Lucía, felicitándola como si acabara de recibir un premio, o simplemente viniendo a curiosear.

Y ella, entre una orden y otra, entre servir una pinta y tomar nota de otro pedido, se las arregla para mantenerse a flote.

Aunque, en un par de ocasiones, la veo agobiada.

No mucho, pero lo suficiente como para que sus movimientos pierdan un poco de esa confianza teatral con la que había comenzado.

Y entonces, hago algo que nunca creí que haría en mi vida:

Me preocupo por alguien atendiendo una barra.

Me inclino un poco hacia adelante y pregunto, casi en un murmullo:

—¿Necesitas ayuda?

Lucía, con un lápiz torcido en la oreja y una libreta en la mano, me lanza una mirada de fingida superioridad.

—No. Creo que lo tengo todo bajo control.

Levanto una ceja.

—¿Segura?

Ella suelta una risa breve, de esas que solo suenan cuando estás al borde de perder la compostura.

—¿Tú qué crees?

Me cruzo de brazos, esperando a que termine la frase.

Y no decepciona.

—No, no estoy segura de nada ahora mismo. —admite con una carcajada ligera, volviendo a tomar nota de otro pedido.

Y eso, eso me da vida.

Porque la Lucía que tengo delante no es alguien que haya venido solo a escribir un artículo y largarse.

No.

Esta es alguien que se ha quedado, que ha decidido formar parte de esto, aunque solo sea por un tiempo.

Y joder…

Que se quede un tiempo más ya es más de lo que me habría atrevido a esperar.

Saco el teléfono del bolsillo y miro la hora.

—Tengo que marcharme, pero luego vendré y te ayudaré con las maletas.

—Eres todo un caballero.

Antes de que pueda responder, una isleña cercana añade con una sonrisa burlona:

—Lo intenta.

Lucía, sin perder la oportunidad, se cruza de brazos y ladea la cabeza con fingido escepticismo.

—Sí, pero le falta práctica.

Le hago una mueca de burla mientras recojo mi abrigo y me dirijo a la puerta.

Pero no sin antes echarle una última mirada.

Y ahí está ella.

Con las mejillas sonrosadas por calor del pub y la emoción, con las manos ocupadas y la cabeza llena de ideas.

Y con la misma luz que ha tenido desde que llegó a esta isla.

El corazón me late con fuerza.

Maldición.

Ahora tengo que aprender a vivir con esto.

Regreso a casa de manera infinitamente más tranquila que cuando salí.

Nada de carreras por senderos desiertos. Nada de luchas

contra el reloj. Nada de miradas desesperadas al horizonte esperando ver un barco en el muelle.

Solo un camino sereno y una mente que sigue dándole vueltas a la misma idea:

Lucía se ha quedado.

Y no solo se ha quedado, sino que lo ha hecho a lo grande.

Como si fuera la cosa más normal del mundo. Como si no hubiera pasado las últimas dos semanas suspirando por la civilización, los *chai lattes* y los supermercados abiertos 24 horas.

Esta mujer me sorprende a cada momento.

Y lo peor de todo…

Me gusta.

Regreso al pub a las seis de la tarde, porque, bueno, prometí ayudarla con las maletas.

Y cuando abro la puerta, lo primero que veo es un desastre monumental.

Los manteles están arrugados. Hay servilletas arrinconadas en la barra. Un par de vasos parecen haber sido abandonados por clientes que probablemente huyeron del caos.

Y, en medio de todo eso, la reina del desastre en persona.

Lucía está tirada sobre la barra, recostada sobre sus propios brazos como si acabara de sobrevivir a una catástrofe natural.

Sus hombros caídos.

Su cabello enredado en una coleta que claramente ha ha tenido momentos mejores.

Y un aura general de "no me pidáis que me mueva en las próximas siete horas".

—Lucía, ¿estás bien? —pregunto, porque, sinceramente, parece que alguien la ha apaleado emocionalmente.

Un gruñido emerge de su dirección.

No estoy seguro de si ha salido de ella o si el pub en sí ha decidido quejarse de lo que ha vivido hoy.

—¿Lucía?

Un balbuceo emerge de sus labios, débil, agotado, casi fúnebre:

—Me he muerto.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Que. Me. He. Muerto. —repite sin levantar la cabeza—. ¿Cómo demonios lo consigue Artie?

Intento no reírme. Lo intento de verdad.

Pero verla así, completamente derrotada por un día en la hostelería, me resulta…

Demasiado divertido.

—¿Ha sido un día duro? —pregunto con falsa inocencia mientras me siento a su lado.

Lucía alza la cabeza solo lo suficiente para mirarme con ojos entrecerrados y acusadores.

—Me duelen los pies, las manos y hasta el pelo.

—Eso es físicamente imposible.

—No lo es, te lo aseguro.

—¿Algo más que quieras añadir?

—Sí. Estoy dejando a Artie sin vajilla.

Levanto una ceja.

—¿Y eso?

—Porque la mitad ha terminado en el suelo y la otra mitad en manos de clientes que probablemente no saben cómo usarla correctamente.

Me muerdo la lengua para no soltar una carcajada.

—Estoy seguro de que Artie no te lo tendrá en cuenta. —digo con voz tranquilizadora.

—Ha venido media isla… —se queja, dejando caer la cabeza otra vez sobre la barra.

—Eso es porque sabían que estabas aquí.

Lucía hace un ruido que suena entre quejido y gruñido.

—No te preocupes. Entre semana no viene mucha gente.

Ella me mira con la expresión de alguien que acaba de recibir una revelación divina.

—¿En serio?

—En serio.

Un suspiro largo y dramático sale de sus labios.

—Podrías haber empezado por ahí.

Apoyo un codo en la barra, disfrutando de verla tan agotada como si hubiera cruzado un desierto.

—¿Qué te falta por hacer? Te ayudo.

Lucía niega con la cabeza, pero sigue sin moverse.

—No quiero que me ayudes… —murmura, con la voz amortiguada contra la madera—. Quiero que me digas eso que tenías que decirme.

Maldita sea.

Ha pasado todo el día agotada, ha lidiado con borrachos y pedidos imposibles…

Y aún así, no se ha olvidado de nuestra conversación pendiente.

Uuuuf.

—Nada importante. —respondo finalmente, mirando hacia otro lado—. Solo que te iba a echar de menos.

Lucía se incorpora como un resorte.

—Para mí es importante.

Me mira a los ojos con una intensidad que no esperaba.

—Siento mucho lo de la otra noche… —murmura.

—Yo no. Fue divertido.

Ella entrecierra los ojos.

—Pero desapareciste.

—Porque soy un idiota y no sabía cómo manejarlo.

—¿Y ahora sabes cómo hacerlo?

—No. —admito con sinceridad—. Pero voy a intentarlo.

Su sonrisa es la maldita cosa más bonita que he visto en la vida.

Incluso con el pelo revuelto y la expresión de alguien que ha servido más cervezas de las que jamás pensó en su vida.

Se recuesta nuevamente en la barra y deja escapar otro quejido.

—Arrrrg. Estoy agotada.

—¿A qué hora tienes que cerrar?

—Ya.

—Pues venga, te llevo a casa.

Lucía levanta una ceja con fingida dignidad.

—Llevo las maletas. Espero que hayas traído tu carroza con remolque…

No puedo evitar reírme.

—A tus órdenes, princesa.

Cojo su abrigo y se lo tiendo para que se lo ponga.

Y, mientras ella se lo echa por los hombros con torpeza, me digo a mí mismo algo que hasta ahora no había querido admitir.

Me encanta verla aquí.

Y me niego a imaginarme la isla sin ella.

El camino de vuelta a la casita es un espectáculo en sí mismo.

No porque hablemos de algo trascendental.

De hecho, no hablamos de nada.

El silencio entre nosotros es casi absoluto, roto solo por el crujido de la grava bajo las ruedas del tractor y el suspiro ocasionalmente dramático de Lucía, que suena como si estuviera cargando el peso del mundo sobre sus hombros.

Lo cual, considerando su agotamiento extremo, podría ser bastante preciso.

De vez en cuando echo un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que sigue viva.

Porque a este ritmo, me temo que se va a quedar dormida y se va a desplomar como un saco de patatas en mitad del sendero.

Y honestamente, no quiero terminar la noche buscandola entre los acantilados.

Cuando por fin llegamos a la casita, dejo caer las maletas junto a la puerta y le tiendo la mano para ayudarla a bajar del tractor.

Pero Lucía, en su máximo nivel de "me niego a usar mis propios músculos", decide que ni siquiera puede molestarse en buscar la llave de la casa.

En su lugar, me entrega directamente el bolso entero.

—No tengo fuerzas. —murmura, con una voz tan trágica que podría estar en una obra de Shakespeare.

Levanto una ceja, conteniendo la risa.

—Exagerada.

Pero igual acepto su bolso y empiezo a rebuscar la llave en medio de un montón de cosas que no quiero ni saber para qué sirven.

Cuando por fin la encuentro y abro la puerta, meto las maletas dentro y la dejo pasar.

Lucía arrastra los pies como si estuviera cruzando un desierto y no el umbral de su propia casa.

Conozco el lugar lo suficiente como para no necesitar preguntar, así que llevo sus maletas directamente a la habitación.

Cuando regreso al salón, ella ya ha alcanzado su destino final:

Está espachurrada en el sofá, con los brazos abiertos como si se hubiera rendido ante la vida y no pensara moverse jamás.

La imagen de la derrota total.

Me apoyo en el marco de la puerta y cruzo los brazos.

—Vamos, date una ducha y métete en la cama.

Lucía abre un ojo con dificultad y pone un mohín infantil.

—Pero yo quería hablar contigo…

—Ya hablaremos con tiempo. Descansa.

Ella hace un ruidito lastimero de protesta, pero no tiene energía para pelear.

Hasta que su mirada se torna más seria.

—Pero no vas a desaparecer de nuevo, ¿verdad?

Mi pecho se comprime un poco.

Ella no lo dice con reproche, ni con enfado.

Solo con un cansancio y una honestidad que me desarman.

—No. —respondo con firmeza—. Mañana te llevaré al trabajo. No te preocupes.

Lucía esboza una sonrisa adormilada y alarga las manos en mi dirección.

—Ayúdame a levantarme.

Su voz suena dramática, como si estuviera al borde de la muerte.

Suelto una carcajada, pero igual le tomo las manos y la ayudo a incorporarse.

Con cada movimiento suelta quejidos melodramáticos que me hacen rodar los ojos.

—Gracias por venir a buscarme. —murmura con suavidad, aún con las manos entre las mías.

—Gracias a ti por quedarte.

Nos quedamos un instante en silencio.

No sé si soy yo o es el cansancio en sus ojos, pero hay algo diferente en el aire entre nosotros.

Algo que no ha estado antes.

Algo que no quiero analizar demasiado ahora.

Así que, antes de que Lucía pueda romper el momento con otra queja sobre lo mucho que le duelen los pies, me inclino levemente y le dejo un breve beso en la frente.

Ella sonríe, su mirada se suaviza y, por primera vez en toda la noche, parece completamente en paz.

Me doy la vuelta y me marcho a casa, sintiéndome extrañamente más ligero.

Y sabiendo que, mañana, volverá a estar aquí.

Capítulo 21



Lucía

Cuando abro los ojos, lo primero que noto es que he dormido como un tronco. Y, cuando digo "tronco", no me refiero a uno que se desploma por la ladera de una montaña en medio de un tormentón, sino a uno que está cómodamente instalado en una cama, después de una semana de trabajo estresante, despedidas obligadas y, claro, el drama romántico involuntario con James (quien, por cierto, no sabe realmente lo mucho que sabe "complicarme la vida").

Si alguien me hubiera dicho que los pies de una persona podían doler más que el corazón, les habría dado una medalla por ser visionarios de la tragedia humana. Pero hoy, milagrosamente, no me siento como un cadáver ambulante. No sé si es el sueño reparador o el hecho de que por fin no tengo que estar corriendo de un lado a otro como si fuera un hamster con agenda, pero el caso es que estoy viva.

Y ahí es cuando, sin previo aviso, mi mente decide irse por el camino menos productivo y se pone a pensar en James, en ese hombre testarudo, parco en palabras y con el don de la desaparición inesperada, que de repente hizo su gran reaparición. Así, sin más, como si fuera una escena de película romántica (aunque, claro, con menos flores y más malas decisiones). Pero no me quejo. De hecho, una pequeña sonrisita se me escapa de los labios, porque, a pesar de todo, él sigue rondando mis pensamientos como un fantasma que

no sé si quiero echar fuera o dejar que se quede a cenar.

Me estiro, respiro hondo, y me acurruco en las sábanas como si fuera la última vez que lo hiciera en mi vida. Los rayos de sol se filtran tímidamente por la ventana, como si también ellos estuvieran en modo "resaca de invierno". Me siento como un ser humano funcional por primera vez en días. Hoy, por fin, no soy un zombie. Aplausos para mí.

Aunque, claro, no puedo quedarme todo el día mirando el techo de mi habitación, porque el mundo no se va a detener solo porque esté flotando en un mar de pensamientos. El pub me espera, esa joya en la que me he propuesto ayudar. No es que me entusiasme la idea de ver a todo el mundo de la isla pasar por allí. Pero, bueno, es lo que hay. Si el viento me arrastró hasta este rincón remoto de la tierra, ¿qué otra opción me queda que seguir navegando? Y, para rematar, tengo que hablar con James. *Oooh*, James. Ese hombre que tiene una sonrisa que podría derretir las montañas (y, aparentemente, también mi autocontrol). Qué entrada triunfal hizo ayer en el pub, cuando pensó que me había ido y que apareció de repente.

Doy un suspiro, porque, claro, es imposible no pensar en él ahora mismo. ¡Joder! Qué mal estoy. No me lo quito de la cabeza, y lo peor de todo es que no puedo dejar de sonreír como una boba, como si mi cerebro estuviera de vacaciones y me hubiera dejado el control remoto en las manos. ¡Esto es un desastre!

El pensamiento no deja mi cabeza, James. El hombre al que no sé si me atrevería a llamar "interesante" o "confuso". Y no es porque no me haya dejado una marca en la mente (lo ha hecho, y no sé si eso es bueno o malo). Lo peor de todo es que parece tener el poder de aparecer y desaparecer de mi vida como si fuera un espía del gobierno. ¿Y ahora tengo que hablar con él? Genial. El tipo gruñón, misterioso y con una habilidad casi sobrenatural para hacer que mi corazón haga piruetas en su interior, está en la lista de cosas a resolver hoy.

¡Vamos a ver qué pasa!

Me incorporo lentamente, aún con mi pijama más desgastado, ese que tengo desde que tenía 20 años y que me hace sentir como si no tuviera que rendir cuentas a nadie, ni al mundo, ni a mis pies, ni a nada. Me voy a la cocina, me hago un café —en el cual, en lugar de disfrutar, probablemente me ahogue, porque es demasiado caliente para mi torpeza matutina— y me siento a pensar en todo lo que tengo que hacer hoy, entre otras cosas comprar víveres para subsistir como un adulto responsable. Pero entonces, un ruido extraño me saca de mis pensamientos.

Me levanto de un salto, no sin antes tropezar con la mesa del café, claro. ¿Qué sería de mi vida sin esa torpeza matutina que siempre me mantiene entretenida? Es como si mi cuerpo estuviera en guerra con el concepto mismo de ser eficiente. Pero, no importa, me las arreglo para ponerme de pie y, con el entusiasmo de un investigador privado, me acerco a la puerta.

Abro la puerta con la gracia de un elefante en patines, dando un grito desgarrador, porque, claro, en mi mente siempre hay un escenario apocalíptico esperando a suceder, y ¿quién mejor que yo para hacer frente a un "animal peligroso" de la isla a las siete de la mañana? Pero en lugar de toparme con un jabalí gigantesco o algo igualmente aterrador, me encuentro con James, que parece completamente desconcertado por mi recibimiento.

—¿Qué puñetas haces? —le suelto, sintiendo como si mi cerebro todavía no hubiera aterrizado del todo del susto.

—Traerte troncos para la chimenea —responde, sin perder la calma, como si fuera el gesto más normal del mundo.

—¿Tú eres el maldito gnomo de los troncos? —le pregunto, con una mezcla de incredulidad y sorpresa. Lo que sigue no tiene sentido, ni para él ni para mí, pero ahí estamos.

—¿Quién? ¿Quién cojones te pensabas que te ponía troncos cada mañana? ¿Un gnomo? —contesta con cara de desconcierto

absoluto, y una pizca de humor que, de alguna manera, hace que me cuestione si en realidad vivo en un mundo paralelo.

—Yo qué narices sabía. Madrugas demasiado. —murmuro cruzándome de brazos, todavía procesando el hecho de que mi gnomo imaginario de los troncos tiene nombre y apellido.

James me mira con su típica cara de "estás diciendo tonterías, pero voy a dejar que sigas". No parece sorprendido por mi falta de lógica, lo cual me hace sospechar que ya está acostumbrado a lidiar con mi caos existencial.

—Te vi aquel día con aquella manta infernal sobre los hombros recogiendo palos y… —empieza a decir con una expresión que claramente intenta parecer seria, pero en realidad es puro entretenimiento.

Abro la boca, lista para soltar alguna frase épica de defensa.

—Te apiadaste de mí. —digo soltando una carcajada antes de que pueda terminar la frase. —¡Vaya! ¡Qué gesto más heroico! El gran James, salvador de damiselas en apuros.

James resopla y cruza los brazos sobre su pecho, observándome con esa mirada de superioridad que claramente practica frente al espejo.

—Más o menos. Si te dejaba a ti encargarte de la leña, ibas a morir de frío. —sentencia, como si su lógica fuera irrefutable. Y, bueno, tal vez lo sea.

Pongo los ojos en blanco de manera exagerada.

—Y James, el parco en palabras, vino a mi rescate como un verdadero caballero, como un salvador de la princesa en un cuento de hadas. —declaro con dramatismo, llevándome una mano al pecho como si fuera la heroína de una novela medieval.

Él arquea una ceja, como si estuviera a punto de desmontar mi teoría con una sola frase.

—¿Ahora eres una princesa? —pregunta con una sonrisa ladeada que me deja claro que se está divirtiendo a mi costa.

—Puede. —respondo divertida, encogiéndome de hombros. —Aunque si esto es un cuento, la princesa tiene frío, está despeinada y su "salvador" es un gruñón que madruga demasiado.

James suelta una carcajada baja y sacude la cabeza.

—Más bien una princesa con mal despertar y tendencia a gritarle a la gente inocente.

Me llevo una mano al pecho, fingiendo estar ultrajada.

—¡Oye! Eso ha sido cruel e innecesario.

—Pero cierto, deberíamos hablar. —remata él, frunciendo el ceño volviendo a su seriedad habitual que me hace querer tirarle un tronco a la cabeza o besarle. No estoy segura de cuál de las dos.

Ahí estamos los dos, discutiendo con una intensidad que haría temblar a cualquier espectador incauto. No sé exactamente cómo hemos llegado a este punto, pero así somos nosotros, una conversación que empieza con una broma termina en una batalla dialéctica donde ninguno quiere ceder terreno. Sus cejas se fruncen más, su mandíbula se tensa y, maldita sea, hasta molesto sigue teniendo un atractivo fuera de lugar.

Pero ahora, algo cambia. Las palabras se detienen. El sonido del viento, el chasquido lejano de las olas, el murmullo de la isla... todo se desvanece. Nos miramos fijamente, con esa intensidad que parece que está a punto de hacer estallar el aire entre nosotros. Su respiración es profunda, la mía se acelera. No hay vuelta atrás.

James extiende su mano agarra mi cuello me deja sin aliento. Es un movimiento algo rudo y devastador. Mis párpados se entrecierran y antes de que pueda procesarlo, me atrae hacia él, hasta que nuestros labios se encuentran. Y, santo cielo, qué beso. No es un beso tímido, ni un beso torpe. Es un beso arrollador, un beso que habla de todas las veces que no nos atrevimos a decir lo

que sentíamos.

Empujados por el impulso de todo lo que hemos reprimido, comenzamos a retroceder a trompicones hacia el interior de la casa. La puerta se cierra de golpe con el viento, pero no me importa, porque ahora sus manos están en mi cintura, firmes y seguras, y cuando tropiezo con la alfombra, me sujeta con facilidad, como si fuera lo más natural del mundo.

—Debemos hablar —susurra contra mis labios, con la voz áspera, el aliento entrecortado.

Y lo sé. Sé que hay mil cosas que tenemos que decirnos. Sé que hay preguntas sin respuesta, que hemos construido muros alrededor nuestro, que hemos sido demasiado orgullosos, demasiado ciegos. Pero no ahora.

—Después —le pido con suavidad, con urgencia.

Y él cede.

Entre besos y caricias, seguimos avanzando por la casa, tropezando con muebles que ni siquiera sabía que estaban allí, pero nada puede detenernos ahora. La tensión que siempre ha existido entre nosotros finalmente se libera, y es tan intensa que casi me deja sin respiración. No hay dudas, no hay miedo, solo el deseo crudo y la certeza de que esto tenía que suceder.

Finalmente, llegamos al dormitorio. La habitación esta desordenada, la cama sin hacer, pero lo único que noto es a él. Sus ojos verdes oscuros brillan en la penumbra, su respiración es pesada, y en el instante en que mi espalda toca el colchón, sé que no vamos a poder parar.

La discusión inicial queda atrás, olvidada en el calor de nuestros cuerpos. No hay palabras, no hacen falta. Porque hay cosas que no se dicen, se sienten.

James se inclina sobre mí, su cuerpo firme y fuerte, pero aún controlado, sosteniéndose con una mano en el colchón para no

aplastarme con su peso. Puedo sentir la tensión en sus músculos, la contención medida de alguien que sabe exactamente lo que hace, pero que, al mismo tiempo, está perdiendo la batalla contra su propio deseo.

Su mirada me quema. Me devora. Es hambre, es urgencia, es una promesa no dicha. Y yo no soy capaz de apartar la vista de esos ojos que, de repente, parecen tener más matices de los que jamás había notado.

Levanto la cabeza, buscando su boca como si dependiera de ella para respirar. Y cuando finalmente sus labios se encuentran con los míos, todo lo demás desaparece. El mundo deja de existir. Solo hay este beso, su lengua acariciando la mía, su aliento mezclándose con el mío. Joder, joder, joder, este hombre besa como si el tiempo fuera un concepto irrelevante, como si el universo se redujera a esto, a nosotros.

Y luego sus manos. Dios santo, sus manos.

Se cuelan bajo la tela suave y desgastada de mi pijama, recorriendo mi costado con una lentitud exasperante, pero exquisita. Su piel caliente contra la mía hace que un escalofrío me recorra de arriba abajo. Me estremezco y arqueo la espalda, buscando más de él, queriéndolo todo.

Cuando finalmente su palma roza mi pecho, un jadeo queda atrapado entre nuestros labios. Su caricia es firme, pero delicada, como si estuviera descubriéndome por primera vez, como si tuviera todo el tiempo del mundo para memorizar cada curva, cada reacción.

Creo que voy a arder. Voy a sufrir una combustión instantánea aquí mismo.

Mis dedos se aferran a su pelo, tirando ligeramente, buscando algo con lo que aferrarme mientras mi cuerpo se rinde a la vorágine de sensaciones. Su boca se abre contra la mía, más profunda, más intensa, más desesperada, y yo me pierdo en él. En su sabor, en su

calor, en la forma en la que me consume como si nunca hubiera querido nada más en su vida.

Con un movimiento rápido, mi camiseta desaparece, como si jamás hubiera existido, y antes de que pueda procesarlo, James se deshace de las tres capas de ropa que lleva encima, dejándome con una vista que bien podría catalogarse como patrimonio de la humanidad.

Y ahí está. Su pecho desnudo frente a mí. Su piel firme, cálida, con la respiración acelerada. Pero lo que más capta mi atención son los tatuajes que cubren su brazo. Líneas negras, detalles precisos, pequeñas piezas de su historia grabadas en su piel. No puedo evitarlo, alzo la mano y rozo con la yema de los dedos uno de los diseños, recorriéndolo con suavidad, como si pudiera descifrar su significado a través del tacto.

James exhala profundamente y cuando vuelvo a mirarlo, su expresión me deja sin aliento. Es intensa, cruda, como si aún no pudiera creer que esto está pasando. Como si en cualquier momento fuera a despertarse y descubrir que todo es un sueño.

Pero no es un sueño.

Su boca vuelve a encontrar la mía, firme, demandante, consumiéndome con cada beso. Su lengua juega con la mía, su aliento es cálido y electrizante y, santo cielo, su cuerpo está contra el mío. Su piel ardiendo sobre la mía, sin barreras, sin nada que nos separe.

En un solo movimiento, se acomoda entre mis piernas, presionando su erección contra mi cuerpo y joder, joder, joder, ahora sí que voy a morir.

Mi cuerpo entero se tensa y se rinde al mismo tiempo, atrapado entre la necesidad y la desesperación. Siento una ola de calor subir por mi piel, mientras mis manos recorren su espalda, memorizando cada músculo, cada centímetro de piel que tengo al alcance.

Hace tanto tiempo que no me acuesto con alguien que mis movimientos son algo torpes, y lo sé, lo siento en la forma en que mi cuerpo intenta recordar lo que significa perderse en otro cuerpo, en el modo en que mi respiración se entrecorta mientras mis manos no saben dónde tocar primero.

Pero a James no parece importarle en absoluto.

Su boca baja por mi cuello, sus labios dejan un rastro de besos lentos y tortuosos sobre mi piel, y con cada roce, con cada suspiro, con cada jadeo contenido, la idea de detener esto se vuelve completamente absurda.

Parece que el aire en la habitación se vuelve más denso, cargado de algo que va más allá del simple deseo. Es hambre. Es necesidad. Es un jodido incendio que no tiene intención de apagarse.

James se mueve sobre mí con una seguridad que me desarma, como si supiera exactamente qué hacer para volverme loca, como si cada roce, cada caricia, cada presión fuera premeditada y calculada para llevarme al borde de la desesperación. Y lo está consiguiendo.

Mi piel arde bajo sus labios mientras su boca traza un camino peligroso por mi cuello, con besos lentos, abiertos, húmedos, dejando pequeñas mordidas que me hacen suspirar de forma vergonzosamente audible. Joder, cómo se soporta esto, cómo me enreda y me saca de mi propio cuerpo al mismo tiempo.

Siento sus manos explorarme con una mezcla perfecta de firmeza y delicadeza, como si estuviera trazando en mi piel algo tan importante como los tatuajes que cubren su brazo. El calor que emana de él me consume, y cuando sus dedos se deslizan por mi cintura, marcando un sendero directo hacia el infierno de la perdición, un gemido ahogado escapa de mis labios.

Mis piernas lo atrapan sin pensarlo, instintivamente buscando más fricción, más contacto, más de él, porque ahora que he probado

cómo se siente esto, no quiero que pare.

Él levanta la cabeza, sus ojos oscuros por la intensidad del momento, fijos en mí con una expresión que me deja sin aliento. Me estudia, me saborea con la mirada, como si quisiera grabar en su memoria cada uno de mis gestos, cada reacción, cada jadeo contenido.

—Dios… Lucía. —Su voz es un ronco susurro, una confesión cargada de deseo y de algo más que no me atrevo a descifrar en este momento.

Intento responder, pero en cuanto sus labios vuelven a los míos, se adueñan de mi boca con una nueva intensidad, cualquier palabra queda olvidada. Mis pensamientos se reducen a una única verdad incuestionable: me gusta. Me gusta aquí, ahora, sin barreras, sin preguntas, sin miedos.

Y lo mejor de todo es que él también me quiere a mí aquí.

James se aparta de mí con una mezcla de urgencia y control, dejándome con la piel encendida y la respiración hecha un desastre.

—Tienes un condón —pregunta haciendo que me estremezca anticipándome a lo que va a suceder.

—Espera, en mi bolsa del cuarto de baño —digo entre jadeos.

Lo veo incorporarse, su espalda tensa, sus músculos marcados por la luz tenue de la habitación, y cuando empieza a caminar hacia el baño, tengo que recordarme que respirar es algo fundamental para la vida.

Maldita sea, este hombre es puro fuego andante.

—No te muevas —ordena con esa seguridad natural que me hace estremecer. Como si alguien en su sano juicio pudiera moverse después de semejante sesión de besos y caricias.

Desde mi posición, lo sigo con la mirada, aún sintiendo cada uno de los puntos donde me ha tocado, como si su contacto se

hubiera tatuado en mi piel. Dios santo, no sé si esto es un error, pero si lo es, es el mejor de mi vida.

Escucho ruidos en el baño, el sonido de mi neceser abriéndose, y no puedo evitar morderme el labio con una sonrisa traviesa.

—¿En qué bolsillo está? —pregunta desde el otro lado de la puerta.

Cierro los ojos y respiro hondo antes de contestar, porque si mi voz suena como la de una mujer al borde de la desesperación, oficialmente perderé el poco orgullo que me queda.

—En el lateral… creo.

Lo oigo maldecir en voz baja. ¿Qué pasa? ¿Le ha saltado una crema facial a la cara?

Y entonces, algo cruza mi mente como un relámpago.

—¡Espera! —digo incorporándome de golpe, el pánico atravesándome como una flecha—. Puede que ya no haya.

James asoma la cabeza por la puerta, su ceja arqueada, su mandíbula tensa, y su expresión mezcla de incredulidad y resignación.

—¿Cómo que puede?

—Bueno, no estaba segura… y no he revisado…

Su mirada se vuelve intensa.

—Lucía… dime que no me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo.

Trago saliva.

—Depende… ¿qué crees que te estoy diciendo?

James cierra los ojos con un suspiro lento y controlado, claramente reuniendo paciencia. Y yo me muero de risa por dentro,

aunque por fuera intento parecer mínimamente arrepentida.

Porque sí, efectivamente, mi bolsa de baño está desprovista de suministros de emergencia.

Y ahora, los dos estamos al borde del colapso, por razones muy distintas.

Con el pulso acelerado y los nervios disparados, revuelvo mi bolsa de aseo con la desesperación de quien busca un billete de lotería premiado en un bolsillo viejo. James no dice nada, pero su presencia a unos centímetros de mí es casi abrumadora, su mirada fija en mis movimientos, expectante, tensa, contenida.

Casi sin respirar, mis dedos siguen hurgando entre los botes de crema, el cepillo de dientes, el desodorante… joder, joder, joder, aquí tiene que estar. Y entonces, los siento.

El inconfundible crujido del envoltorio plástico entre mis dedos me provoca un vuelco en el corazón. ¡Bendito sea el yo del pasado que pensó en estar preparada para lo inesperado!

Levanto la mano con un gesto victorioso, mostrando los pequeños paquetes como si fueran el tesoro más valioso jamás descubierto en una isla desierta.

James exhala un suspiro que suena peligrosamente parecido a un alivio mezclado con incredulidad.

—Casi me matas. —murmura con voz ronca, pasándose una mano por el pelo, claramente intentando mantener la compostura.

—Pero mira qué bien, sigues vivo. —respondo con una sonrisa traviesa, intentando recuperar el control de la situación.

James me observa en silencio por unos segundos que parecen eternos, su mandíbula tensa, su pecho subiendo y bajando con cada respiración profunda.

Y luego, con un movimiento lento pero determinado, se acerca a mí, con esa mirada intensa que promete problemas, de los

buenos.

—Tienes una maldita habilidad para jugar con mi paciencia.

—Oh, vamos, te mantengo alerta, es un servicio gratuito.

Él sonríe de lado, esa media sonrisa que me desarma y que solo aparece cuando se rinde a lo inevitable.

—Dámelos.

Trago saliva, sintiendo una chispa de electricidad correrme por la piel cuando sus dedos rozan los míos al tomar los envoltorios.

Y entonces, sin más preámbulos, sin más palabras innecesarias, James toma el control de la situación.

Y yo, santa paciencia, estoy más que dispuesta a dejarme llevar.

James pasa un brazo firme alrededor de mi cintura y, sin esfuerzo, me levanta, haciéndome soltar un jadeo entrecortado cuando mis piernas instintivamente se aferran a sus caderas. Su cuerpo es calor, fuerza y control, y la forma en que me sujeta con confianza, con determinación, con hambre apenas contenida, me hace perder cualquier pensamiento racional.

Camina con decisión de regreso a la cama, y cuando me deja caer con cuidado sobre el colchón, mis piernas se deslizan lentamente, aunque todo en mí quiere seguir pegada a él.

Y entonces lo veo.

Se endereza, lleva las manos a la cintura y, con movimientos seguros y sin prisas, se deshace del cinturón. El sonido metálico resuena en la habitación, enviando una descarga eléctrica por mi espalda. El botón del pantalón cede bajo sus dedos, la cremallera baja con un sonido peligroso y la tela cae al suelo, revelándolo completamente.

Joder. Joder, joder, joder.

Mi respiración se vuelve errática mientras mis ojos recorren cada línea de su cuerpo, cada músculo tensado bajo la luz tenue de la habitación. Es un jodido pecado personificado, y lo peor es que parece saberlo.

Deja los envoltorios sobre la mesita de noche, agarrando uno con una destreza que me hace querer maldecir en voz alta. Lo abre con los dientes, con esa facilidad peligrosa que solo hace que mi pulso se descontrole aún más. (Nota mental: decirle después que NO se hace así, por Dios. Pero ahora mismo, mi cerebro no está en modo educativo).

James me mira, su pecho subiendo y bajando con cada respiración profunda, y en sus ojos veo algo más que deseo. Es decisión. Es pura devoción contenida en una mirada oscura y profunda que me deja sin aire.

James se inclina sobre mí, su cuerpo encajando entre mis piernas como si siempre hubiera pertenecido ahí, como si la distancia que nos hemos impuesto hasta ahora hubiera sido un error. Su piel arde contra la mía, y su mano desciende con una intención clara, dibujando senderos invisibles sobre mi piel, enviando ondas de electricidad que recorren cada parte de mi cuerpo.

Su boca se apodera de la mía con una mezcla perfecta de urgencia y devoción, como si este beso pudiera consumir todo el tiempo perdido, todo lo que nunca se ha dicho en palabras pero que se grita en cada caricia. Nos devoramos sin reservas, dejando que nuestras respiraciones se mezclen, que nuestros cuerpos hablen por nosotros.

Y entonces, me mira.

Sus ojos atrapan los míos en una mirada cargada de algo más que simple deseo, algo que no me atrevo a nombrar, pero que me atraviesa por completo. Con un movimiento firme y decidido, se hunde en mí, y el aire me abandona los pulmones en un jadeo ahogado. Mi espalda se arquea instintivamente, buscando más

contacto, más unión, más de él.

James se queda quieto solo un instante, un segundo en el que el mundo parece detenerse, en el que nuestras respiraciones entrecortadas llenan el espacio entre nosotros. Sus labios vuelven a encontrar los míos, pero esta vez el beso es más pausado, más lento, como si quisiera saborearme, como si quisiera asegurarse de que esto es real.

Y entonces, se mueve.

Un ritmo que comienza contenido, medido, hasta que la urgencia toma el control y la cadencia se vuelve más intensa. Uno, dos, tres embistes. Y ya no hay más contención, no hay más pausa, no hay más pensamiento racional. Solo el choque de nuestros cuerpos, el roce de su piel contra la mía, el calor, la fricción, la locura absoluta de sentir cómo encajamos a la perfección.

Mis manos recorren su espalda, mis uñas se aferran a su piel cuando su ritmo se vuelve más profundo, más feroz, como si también estuviera perdiendo el control, como si hubiera esperado demasiado tiempo por esto y ahora se negara a contenerse.

Nos movemos juntos, sin reservas, sin contención, como si el tiempo, el espacio y todo lo demás hubieran dejado de importar. Cada embestida es más profunda, más intensa, como si James estuviera trazando su nombre en mi piel con cada movimiento. Mis dedos se aferran a sus hombros, mi espalda se arquea instintivamente y mi respiración se convierte en un caos de jadeos entrecortados que llenan el aire espeso de nuestra urgencia compartida.

Y entonces lo siento.

Una ola de calor empieza a formarse en mi vientre, expandiéndose como un incendio descontrolado, ardiendo desde dentro, reclamando cada parte de mí. El placer se acumula, me consume, me devora sin piedad, hasta que mi cuerpo entero se tensa como un arco a punto de romperse.

Dios bendito.

La fuerza del orgasmo me golpea como una tormenta, desbordante, arrolladora, absolutamente devastadora. Mi boca se abre en un gemido ahogado, y mi única capacidad de articulación se reduce a un solo nombre.

James.

James, James, James.

Su nombre se escapa de mis labios como un rezo, como una súplica, como si fuera lo único que existe en este momento. Siento cómo su cuerpo se sacude contra el mío, cómo su respiración se vuelve errática, cómo él también cae en este abismo de placer junto a mí, perdiéndose al mismo tiempo que yo en esta locura compartida.

Su boca busca la mía en un beso torpe, desesperado, tembloroso. Nos encontramos en medio del caos, nuestras pieles pegadas, nuestros cuerpos todavía vibrando con la intensidad del momento.

Y cuando finalmente el mundo empieza a volver a su eje, cuando el aire regresa a mis pulmones y mi pulso intenta recordar su ritmo normal, solo puedo pensar una cosa:

Nunca, jamás, en toda mi vida, he sentido algo como esto.

James me envuelve con su brazo y me atrae más hacia él, su cuerpo aún caliente contra el mío mientras la respiración de ambos empieza a normalizarse. Nunca me había sentido así de relajada y al mismo tiempo ansiosa por más.

—Joder. Ha sido mejor de lo que había imaginado —digo finalmente, con una sonrisita satisfecha mientras dibujo círculos distraídos en su pecho.

James se queda en silencio por un segundo antes de levantar una ceja.

—¿Lo habías imaginado? —pregunta con genuina sorpresa.

Pongo los ojos en blanco con una risita.

—Varias veces. ¿Tú no?

James no responde de inmediato, pero el ligero tirón de su brazo al acercarme aún más a su cuerpo me da la respuesta antes que sus palabras.

—Puede —admite finalmente, su voz ronca y cargada de algo que me hace estremecer de nuevo—. Todo excepto la parte del cuarto de baño.

No puedo evitar soltar una carcajada y esconder la cara en su cuello.

—Más o menos ya sabes cómo soy, no deberías haberme dejado esa responsabilidad —digo divertida, recordando la búsqueda desesperada en mi neceser.

—Sí, definitivamente mi primer error —responde con fingido dramatismo.

Me aparto un poco para mirarlo con una ceja levantada.

—¿Y qué esperabas?

—No sé… yo no tengo —dice con una expresión pensativa—. No esperaba acostarme con nadie en la isla.

—¿En serio? —pregunto, ladeando la cabeza con fingida incredulidad—. ¿Y qué? ¿De repente los dioses de la tentación decidieron ponerte una prueba de fuego y fallaste estrepitosamente?

James suelta una risa baja y profunda que me hace vibrar por dentro.

—Algo así.

Sonrío satisfecha y, sin poder evitarlo, la realidad me golpea de lleno.

—Entonces… si necesitamos más… tendremos que comprárselos a Mrs. Gladys —digo, y en cuanto las palabras salen de mi boca, el horror me golpea de lleno.

James me mira con una mezcla de diversión y pánico contenido.

—No. Ni de coña.

—¿Por qué no? Es la única tienda de la isla.

—Porque jamás en mi vida voy a mirarla a la cara mientras le pago por… —hace un gesto vago con la mano, claramente negándose a decir la palabra—. No. Me niego.

Me río con ganas y me incorporo un poco, apoyándome en un codo mientras lo miro con diversión.

—¿Entonces qué sugieres? ¿Que Tom nos los traiga con los suministros?

James se pasa una mano por la cara y suelta un suspiro resignado.

—Voy a necesitar mucha terapia después de esto.

—O puedes aceptar tu destino y entrar conmigo a la tienda con la cabeza bien alta.

—O puedo quedarme en el pub y hacerme el loco mientras tú los compras.

—Cobarde.

—Realista.

Nos quedamos en silencio por un momento antes de que él me mire con esa maldita sonrisita de suficiencia que me hace derretirme.

—Entonces… —dice, acariciando distraídamente mi espalda—. ¿Eso significa que quieres repetir?

—No lo dudes —respondo, riendo, mientras lo atraigo para besarlo de nuevo. Porque si una cosa tengo clara en este momento, es que con James, una vez nunca va a ser suficiente.

Cuando miro el reloj del teléfono móvil, mi cerebro entra en pánico absoluto. ¡Mierda!

Tengo que abrir el pub.

Tengo que levantarme, vestirme, recomponerme y fingir que no acabo de pasar la mejor mañana de mi vida enredada entre los brazos de James. Pero ¿cómo demonios voy a despegarme de este hombre cuando todavía está pegado a mi cuerpo como si fuéramos dos piezas perfectamente encajadas?

Suelto un gruñido lastimero, una mezcla entre resignación y protesta infantil, mientras entierro la cara en su cuello.

—Cinco minutos más… —murmuro con voz soñolienta.

—No puedes quedarte cinco minutos más —dice, su tono grave vibrando contra mi piel—. Tienes que abrir el pub, ¿recuerdas?

—Detesto que seas la voz de la razón —farfullo contra su piel antes de obligarme a separarme de él.

Y, oh, Dios. Gran error.

Porque en cuanto me separo y lo veo ahí, tumbado sobre las sábanas con el cabello revuelto, la piel tibia y esa expresión satisfecha en el rostro, quiero hacer todo lo contrario a levantarme.

Pero el sentido común—que claramente ha decidido aparecer en el peor momento—me recuerda que no puedo quedarme en la cama el resto del día. Así que, con un doloroso esfuerzo de voluntad, me obligo a poner los pies en el suelo, recogiendo la ropa que anoche parecía innecesaria pero que ahora, desafortunadamente, necesito.

—Voy a abrir el pub. ¿Vienes conmigo o vas a seguir disfrutando de la comodidad de mi cama?

James, que sigue tendido con los brazos cruzados detrás de la cabeza, me lanza una mirada lenta, evaluadora, antes de sonreír con esa maldita arrogancia suya que me hace querer besarlo y golpearlo al mismo tiempo.

—Voy contigo.

Y menos mal.

Porque cuando llegamos al pub y veo el caos absoluto que dejamos anoche después del servicio, siento una punzada de culpa.

—Santo cielo —murmuro, observando la cantidad de mesas desordenadas, vasos y platos apilados en la barra como si hubiera pasado un huracán de cerveza.

—No es para tanto —dice James, encogiéndose de hombros mientras se arremanga la camisa.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Tienes idea de lo que es limpiar un pub entero antes de que lleguen los clientes?

—No, pero por suerte para ti, me gusta aprender cosas nuevas —responde con una sonrisa ladeada.

Y así, trabajamos juntos. Limpia una mesa, limpia otra, recoge los vasos, friega la barra, bromea, sonríe, me mira demasiado, me roza "accidentalmente" más veces de las necesarias… y yo, por primera vez, no me quejo.

Antes de darme cuenta, el pub está impecable, perfecto, como si nunca hubiera habido un caos en primer lugar.

Justo cuando termino de colocar las últimas sillas en su sitio, siento una mano firme en mi cintura, un tirón suave, y antes de poder procesarlo, los labios de James están sobre los míos en un beso lento, pausado, delicioso.

Un beso de despedida.

Cuando se separa, su sonrisa es casi traviesa.

—Nos vemos luego.

Y con la misma tranquilidad con la que entró, se marcha, dejándome allí, con el corazón latiendo demasiado rápido y los labios todavía hormigueando.

Maldito James.

No tengo tiempo de procesarlo porque justo en ese momento, se abre la puerta del pub y el primer cliente entra.

Suspiro, me estiro los brazos y me preparo para el día.

Espero que Artie se recupere pronto. Pero si no… bueno. Voy a tener que acostumbrarme a esta nueva rutina.

Capítulo 22



James

Lucía y yo establecemos una rutina que nunca había tenido antes. Ella va cada día al pub mientras Artie se recupera y trabaja con su ordenador durante el día. Creo que nunca había ido tantas veces al día y a la semana al pueblo. Cosa con la que Mrs. Gladys no deja de estar encantada y me mira con una sonrisita. No, me niego a comprar en su tienda preservativos a pesar de que nos estamos

quedando sin suministros por el ritmo frenético que llevamos cada noche o mañana que se presenta. Una de esas noches lo hablamos.

Lucía me mira con los ojos entrecerrados, claramente evaluando si mi nivel de inmadurez ha alcanzado un punto sin retorno.

—James, ¿en serio? —pregunta con esa voz paciente que usa cuando cree que soy un niño pequeño negándose a comer verduras —. ¿Crees que Mrs. Gladys nunca ha vendido preservativos en su tienda?

—No sé si lo ha hecho. —Cruzo los brazos, manteniéndome firme—. Pero yo no quiero ser parte de esa transacción.

Lucía suspira, meneando la cabeza con incredulidad.

—¿Así que prefieres quedarte sin… suministros —dice, levantando una ceja con diversión—, antes que enfrentar la mirada de una anciana de ochenta años que ha visto más cosas en su vida de las que tú puedes imaginar?

—Exacto.

Ella suelta una carcajada y se deja caer sobre el colchón, estirando los brazos por encima de la cabeza, con una sonrisita burlona.

—Qué ternura me das, en serio.

—No soy tierno.

—No, claro que no, eres el temible hombre de la isla que no teme a nada… excepto a la mirada de Mrs. Gladys.

Resoplo y me giro, sin intención de seguir con esta discusión absurda. Pero justo cuando creo que ha terminado, Lucía se reincorpora y apoya la barbilla en mi pecho, mirándome con esos ojos traviesos que me joden la vida.

—¿Y si los compro yo?

—Es lo mismo.

—No lo es.

—Sí, lo es.

—No, porque si los compro yo, Mrs. Gladys pensará que soy una mujer responsable y moderna. Si los compras tú, pensará que eres un pervertido desesperado.

—¡Exacto! —exclamo, señalándola como si hubiera dado en el clavo—. Por eso no lo haré.

Lucía suelta una risa y niega con la cabeza.

—Eres imposible.

—Y tú eres insoportable.

—Pero me quieres así.

Me quedo en silencio un segundo demasiado largo. Lo suficiente para que Lucía frunza los labios en una sonrisa victoriosa.

—Voy a dormir —digo finalmente, dándome la vuelta, escapando descaradamente de la conversación.

Pero en cuanto apago la lámpara y me acomodo en la cama, siento que Lucía se mueve a mi lado, arrastrándose hasta que su cuerpo se pega al mío.

—James… —murmura en la oscuridad, con la voz llena de picardía.

—¿*Mmm*?

—Que sepas que, si Mrs. Gladys me pregunta, le voy a decir que usamos el último esta noche.

Suelto un gruñido, cubriéndome la cara con la almohada mientras ella ríe a carcajadas a mi lado.

Pero no, yo tengo un plan. Así que el siguiente día que Tom

va a tierra firme me voy con él.

—James, ¿es que no te traigo siempre lo que me pides? —me pregunta sorprendido al verme tan decidido.

—Tom, necesito ir. No hay discusión.

Y Tom se pasa todo el viaje de ida observándome extrañado, pero no dice nada.

Cuando vamos de regreso a la isla, me siento como un maldito contrabandista.

Nunca había comprado tantas cosas en un solo viaje.

Miro las bolsas con una mezcla de orgullo y agotamiento. ¿Quién diría que una simple escapada a tierra firme podría convertirse en una misión de abastecimiento de guerra?

A mi lado, Tom sigue lanzándome miradas de reojo, como si intentara descifrar qué demonios ha pasado en mi cabeza para hacerme dejar la isla después de tanto tiempo.

—No me mires así —murmuro, cruzando los brazos.

Tom resopla con diversión.

—James, llevo años trayéndote lo que me pides, pero nunca habías puesto un pie fuera de la isla desde que volviste.

—Bueno, pues hoy era el día. —Me encojo de hombros como si no fuera gran cosa, aunque sabemos que lo es.

Él sacude la cabeza con incredulidad antes de soltar:

—Espero que haya valido la pena.

Y vaya si lo ha hecho.

Porque en mis bolsas no solo llevo un arsenal de suministros estratégicos—dígase, preservativos suficientes como para garantizar que Mrs. Gladys jamás tenga que mirarme con esa sonrisita cómplice y llena de juicio—, sino que también he comprado un par

de botas decentes para Lucía.

Sí, porque alguien tiene que evitar que se mate la próxima vez que decida explorar la isla con calzado de ciudad.

Y, por supuesto, un *chai latte* de Starbucks.

Porque sé que, si aparezco con todo esto sin su dosis de civilización en forma de bebida caliente, Lucía me va a hacer la vida imposible.

Cuando el barco atraca, me bajo con mis bolsas como si trajera tesoros de un mundo lejano, y cruzo el puerto con la determinación de un hombre en misión especial.

Pero claro, nunca puedes hacer nada en esta isla sin que alguien te vea.

Y el primero en encontrarme es Philip —un pescador—, que ha salido del pub a tomar aire.

Me mira, mira las bolsas, me vuelve a mirar.

—¿Qué carajo has traído?

—Suministros.

Philip entrecierra los ojos.

—¿Suministros?

—Suministros.

El muy cabrón sonríe con picardía.

—¿Para Lucía?

No respondo. Solo sigo caminando con paso firme hacia la puerta, ignorando el sonido de su risa detrás de mí.

Cuando llego a la puerta, entro decidido.

Nada.

No veo a nadie ni a Lucía detrás de la barra.

—¡Lucía!

Finalmente, la puerta de la cocina se abre de golpe, y ahí está ella, despeinada y con cara de agobiada.

—¿James? ¿Qué haces aquí?

Levanto las bolsas y me las echo al hombro con una sonrisita de suficiencia.

—He traído provisiones.

Lucía parpadea un par de veces antes de que su mirada caiga sobre la bolsa de Starbucks.

—¿Es eso un *chai latte*?

Y de repente, veo la luz de la felicidad absoluta en sus ojos.

—¿Vas a salir o tengo que convencerte con cafeína?

Ella sale de inmediato, casi arrancándome la bolsa de las manos, y yo río bajo mientras me siento y dejo las demás cosas sobre la barra.

Pero claro, no tarda mucho en registrar las bolsas con curiosidad, hasta que finalmente encuentra… los suministros.

Me mira.

Miro a otro lado.

Ella sonríe, una sonrisa traviesa y llena de burla.

—Oh, James, ¿fuiste a tierra firme a por esto?

—No solo por eso. —Señalo las botas—. También traje algo para que no te mates la próxima vez que decidas caminar por la isla.

Ella las observa, sus dedos recorriendo la tela, y por un momento se queda en silencio.

Cuando vuelve a mirarme, su expresión ha cambiado.

Ya no es solo burla, o diversión. Es algo más. Algo que hace que mi estómago se apriete.

—Gracias. —Su voz es suave. Genuina.

Muevo la cabeza con un encogimiento de hombros.

—No es nada.

Pero cuando ella da un paso hacia mí, con esa sonrisita en los labios, y susurra:

—Sí lo es. Esta noche te lo demostraré.

…sé que estoy jodido. Muy, muy jodido.

La noticia de la neumonía de Artie corre como pólvora en la isla, como todo en este pequeño pedazo de tierra donde la privacidad es un mito. Mrs. Gladys está más preocupada que nunca y prácticamente ha declarado la casa de Artie que está en el piso de arriba del pub zona de vigilancia extrema, entrando cada pocas horas con alguna sopa milagrosa o un jarabe casero que huele a rayos, pero que, según ella, tiene propiedades curativas superiores a cualquier medicina moderna.

Lucía, por supuesto, ha tomado su estancia forzada con la mejor actitud posible. Lo que significa que, aunque se queje de estar atrapada en "la isla que el tiempo olvidó", la veo cada día más cómoda detrás de la barra, sirviendo pintas con una facilidad que ya no tiene nada de amateur. Lo que me lleva a otra cosa: se está quedando más tiempo.

No estoy contento por Artie, por supuesto. Pero no voy a mentir y decir que me apena que Lucía se quede. De hecho, la idea de que todo termine y se marche me asusta mucho más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Me descubro a mí mismo volviendo al pub con más frecuencia, sentado en la barra con una pinta en la mano, solo para

escucharla hablar. De vez en cuando, me cuenta sobre los artículos en los que está trabajando, sus ideas, sus próximos proyectos. Nunca nombra a Elliot Grayson. Y, aunque sé que ese tema sigue flotando entre nosotros, que es un peso que en algún momento caerá sobre la mesa, lo cierto es que no he tenido la valentía de sacarlo a la luz.

En mi defensa, he intentado mencionarlo un par de veces.

Pero cada vez que abro la boca para decir algo, para confesar que Elliot Grayson no es un misterio, ni un mito, ni una sombra, sino el mismo hombre que se sienta cada noche frente a ella con una pinta en la mano… el miedo me gana.

Porque si se entera, ¿qué pasará después?

¿Se sentirá engañada? ¿Se marchará sin mirar atrás? ¿Me verá como uno más de esos hombres arrogantes y vanidosos que tanto ha criticado en sus artículos?

La incertidumbre me atormenta más de lo que quiero reconocer. Porque tras semanas a su lado, después de compartir risas, noches interminables en su cama, mañanas enredados entre las sábanas, la idea de perderla no es solo incómoda… es devastadora.

Ya no sé si podría vivir en esta isla sin ella.

Y eso me aterra.

El invierno ha quedado atrás sin que nos demos cuenta, y la isla empieza a despertar con la llegada de la primavera. Los días se alargan, el sol brilla con más frecuencia —aunque todavía acompañado por el viento frío del mar— y la isla se llena de pequeños cambios que marcan la nueva estación. Y Lucía… bueno, Lucía ya no es una forastera.

Para sorpresa de nadie, se ha convertido en un habitante más, totalmente integrada en la rutina isleña. Los lugareños la han aceptado con los brazos abiertos, y no hay un solo día en el que no

la vea charlando animadamente con Mrs. Gladys en la tienda, con Artie—que continúa recuperándose— en el pub o incluso con los pescadores en el puerto. Y yo, por supuesto, soy el que más la ha aceptado.

Así que cuando llega la "Feria de Primavera", un evento anual en el que todo el pueblo se reúne para celebrar con comida, música y cantidades ingentes de alcohol, Lucía decide que su contribución será nada más y nada menos que tortillas de patatas para media isla.

La descubro esa mañana en la cocina del pub, nerviosa, concentrada y pelando patatas con la intensidad de alguien que está preparando una ofrenda sagrada.

—Cielo, no es necesario que cocines para todos y cada uno de ellos… —murmuro con diversión mientras me acerco por detrás y la rodeo con los brazos, dejando un beso en su cuello.

Pero ella, en lugar de relajarse, se deshace de mi abrazo con una determinación feroz y me mira como si estuviera a punto de cometer el mayor error de su vida.

—James, no lo entiendes. Soy la nueva. Todo el mundo va a juzgar mi comida o falta de ella. ¿Tú qué vas a preparar?

—Vino.

Mi respuesta es sencilla, directa y llena de lógica incuestionable.

Pero Lucía no parece compartir mi punto de vista, porque me mira con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos en una expresión que podría derretir el hielo del Ártico.

—¿Vino? —repite con incredulidad.

—¿No me mires así? ¿Tú sabes lo que beben estos isleños? Llevar vino es un servicio público.

Ella resopla, pero no dice nada más porque está demasiado

ocupada intentando que una sartén gigante no le dé la vuelta a ella en lugar de a la tortilla.

Al final, no puedo contener la risa y, con un suspiro resignado, me quito la chaqueta y me convierto en su pinche de cocina.

Así es como me encuentro girando tortillas con precisión milimétrica, mientras Lucía me da órdenes como si fuera la jefa de un restaurante con estrella Michelin y yo su humilde aprendiz.

—Más rápido, James. Se te va a cuajar demasiado.

—Lucía, si la tortilla está buena, nadie va a cronometrar su punto exacto de cuajado.

—Claro que sí. Son isleños, pero tienen paladar.

—Son isleños, pero beben tanto que ni siquiera van a recordar qué han comido.

Lucía pone los ojos en blanco y sigue dándome instrucciones, pero en su expresión hay una chispa de diversión que me dice que, aunque esté estresada, está disfrutando tanto como yo de esta escena absurda.

Y yo, mientras la veo moverse por la cocina con su cabello recogido de cualquier manera, con las mejillas sonrojadas por el calor y con esa determinación inquebrantable en sus ojos, me doy cuenta de que esta es una de esas imágenes que quiero recordar siempre.

Porque aquí está ella, en mi isla, en mi vida, cocinando tortillas como si llevara años haciéndolo, sin darse cuenta de lo jodidamente bien que encaja en todo esto.

Y aunque todavía no hemos hablado de lo que pasará después, de lo que sucederá cuando ya no haya más excusas para que se quede…

Por ahora, voy a disfrutar de verla pelear contra una sartén

como si le fuera la vida en ello.

Lucía tenía razón. Cada isleño que pasa por la mesa donde ha dejado las tortillas de patatas prueba un pedazo y asiente con satisfacción, como si estuviera juzgando una obra maestra de la gastronomía. Y aunque sé que debería relajarse, ella sigue tan tensa como si estuviera en un examen final de cocina en un *reality show*.

Así que, después de ver cómo se pone a comer nerviosa un trozo de pan, le cojo la mano con suavidad y la arrastro un poco lejos de la multitud.

—Ya está bien, reina de la tortilla, te has ganado un descanso.

—Pero… ¿y si alguien quiere repetir?

—Que lo haga. No necesitas supervisar cada bocado.

Nos subimos a una cerca de madera, de esas viejas pero resistentes que separan los prados de la zona de la feria, y nos quedamos allí sentados, con las piernas colgando, observando el bullicio de la celebración. El aire huele a comida, a césped recién cortado y a la ligera salinidad del mar en la distancia.

De repente, Lucía suelta un suspiro y dice con un tono de absoluta melancolía:

—Me apetece tarta de chocolate de Mrs. Gladys…

Lo dice con un puchero tan exagerado que me hace reír.

—Yo te la traigo. —Me bajo de un salto y le lanzo una mirada —. Tú relájate.

—Vale —responde con una sonrisa radiante que, maldita sea, me hace querer traerle toda la tarta del mundo.

Voy hasta donde está Mrs. Gladys, que ya me está sirviendo una porción generosa de su famosa tarta de chocolate con una cuchara al lado.

—Tu chica ha hecho un gran trabajo hoy —comenta con orgullo mientras me entrega el plato.

Mi chica.

El término me golpea con más fuerza de la que debería, pero no digo nada. Solo asiento, porque en el fondo me gusta cómo suena eso.

—Está sentada en la cerca, esperándome —le digo con una sonrisa.

Pero Mrs. Gladys, siendo como es, insiste en venir conmigo para felicitar a Lucía en persona por haber conquistado el paladar de los isleños con su tortilla.

Solo que… cuando llegamos, Lucía ya no está en la cerca.

En su lugar, está corriendo como alma que lleva el diablo por el prado, agitando los brazos en el aire como si estuviera intentando despegar en pleno vuelo, mientras su voz rasga la tranquilidad de la tarde.

—¡La cabra!

Yo parpadeo, aturdido, y al instante noto cómo varios isleños se acercan porque, al parecer, ver a Lucía en peligro ya es una atracción turística en la isla.

—Lucía, ¿se puede saber qué haces? —grito, sujetando la tarta con firmeza porque, sinceramente, esto ya es una cuestión de supervivencia múltiple.

—¡La cabra quiere matarme! —chilla sin detenerse ni un segundo.

Miro hacia el prado.

Y ahí está. Una cabra.

Ni particularmente violenta, ni particularmente hambrienta de sangre. Solo una cabra persiguiendo a una humana que está

huyendo como si hubiera invocado un demonio en forma de rumiante.

—Lucía… la cabra solo corre porque te ve correr.

Pero no me escucha. Sigue en su frenesí de huida, aterrorizada y condenada a dar vueltas en círculo.

Al final, no me queda más remedio que saltar la valla y dar un fuerte silbido.

La cabra, en un giro de guion inesperado, se detiene de inmediato y me mira fijamente.

Tom, que estaba cerca, da otro silbido y la cabra, obediente como si de un perro bien entrenado se tratara, se dirige tranquilamente hacia él.

Y entonces, Lucía cambia su dirección y se lanza en mi dirección con cara de auténtico pánico.

Y yo, como el gilipollas que soy, no calculo bien lo que está a punto de hacer.

Porque en lugar de detenerse con dignidad y decir algo tipo "gracias por salvarme" como una persona normal, salta directamente sobre mí.

Impacto inminente.

Nos caemos los dos al suelo en una maraña de brazos y piernas, aterrizando en la hierba con un estrépito monumental.

La tarta de Mrs. Gladys sobrevive de milagro.

Lucía se queda pegada a mi pecho, todavía temblando, pero en cuestión de segundos… empieza a reír.

Ríe fuerte, como si toda la tensión del momento se liberara en una carcajada que resuena por todo el prado.

Y, claro, su risa es contagiosa.

Los isleños que han presenciado la escena empiezan a reírse también, y yo termino soltando una carcajada mientras la sujeto con fuerza entre mis brazos, asegurándome de que al menos no vuelva a patearme sin previo aviso.

Cuando finalmente nos levantamos, le ofrezco la mano para incorporarse, pero Lucía, siendo Lucía, lo hace con tanta energía que, en un segundo, vuelve a trepar por mí como si fuera un árbol y se engancha a mi cintura con las piernas.

—La cabra. Esa maldita cabra la tiene tomada conmigo.

No puedo evitar soltar otra risa mientras la cargo con facilidad, caminando hacia la valla mientras los isleños nos observan con una mezcla de diversión y complicidad.

—Mi héroe. —dice con una sonrisa pícara, mirándome desde su posición privilegiada, aferrada a mí como si no pensara soltarse jamás.

—Mi damisela en apuros. —respondo con ironía—. Siempre metiéndose en líos.

Y con ella en mis brazos, mientras los demás continúan con la feria y el aire primaveral nos envuelve, me doy cuenta de que, por mucho que intente evitarlo, Lucía Ferrer es un auténtico huracán en mi vida.

Y yo, en lugar de huir de él, estoy más que dispuesto a dejarme arrastrar.

La velada se alarga hasta bien entrada la noche.

El aire sigue siendo fresco, pero ya no es el frío cortante del invierno. La primavera ha traído consigo una brisa más suave, un susurro constante que acaricia la piel en lugar de morderla. Aun así, Lucía se frota los brazos en un intento de conservar el calor mientras caminamos en dirección a casa.

Sin pensarlo demasiado, le paso un brazo por los hombros y

la atraigo hacia mí, dejándola acurrucarse contra mi costado. Su cuerpo encaja perfectamente contra el mío, como si siempre hubiera pertenecido ahí, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—No hacía tanto frío cuando llegamos —murmura, con la voz adormilada, casi en un susurro.

—Es la noche. En la isla siempre refresca cuando se pone el sol —respondo, aunque en el fondo sé que no es solo el frío lo que la hace encogerse un poco más contra mí.

Es el cansancio de un día largo, de la emoción, de la risa, del caos de la cabra asesina y de haber cocinado más tortillas de patatas de las que cualquier persona debería en una sola jornada. Es la sensación de haber encontrado un lugar en un sitio donde, al principio, no tenía nada.

Nos movemos con calma, sin prisas, como si ambos quisiéramos alargar este paseo lo máximo posible, como si el simple hecho de caminar juntos en silencio fuera suficiente.

En algún momento ella desliza un brazo por mi cintura y se agarra a mí, como si no quisiera que hubiera ni un centímetro de distancia entre los dos. Y joder, yo tampoco quiero que lo haya.

Lucía levanta la mirada y me sonríe, esa sonrisa medio cansada, medio encantada, que me hace sentir que no importa lo que pase mañana, este día ha sido perfecto.

—Gracias por hoy —dice en voz baja.

—¿Por salvarte de la cabra o por ser tu pinche de cocina?

Se ríe con suavidad y apoya la cabeza contra mi hombro.

—Por todo —susurra.

Y aunque no lo dice en voz alta, aunque no me lo confiese con palabras, sé que lo que quiere decir es “gracias por hacerme sentir parte de esto”.

La miro en la penumbra, su pelo despeinado por la brisa nocturna, sus ojos brillando bajo la tenue luz de la luna, y sé que no quiero que este sea el final de la noche.

Mañana no trabaja. No hay prisa, no hay excusas, no hay un "tengo que madrugar" que sirva de barrera. Solo estamos nosotros, la noche y la tensión que flota en el aire, cargada de todo lo que no hemos dicho durante el día pero que ambos sentimos.

Cuando llegamos a la casita, Lucía no me suelta la mano. Al contrario, tira de ella con suavidad, como si fuera lo más natural del mundo, como si la decisión ya estuviera tomada antes de que cualquiera de los dos se diera cuenta.

No hay palabras.

No hacen falta.

Nos entendemos con la mirada, con la forma en que su pulgar roza el dorso de mi mano mientras me guía hacia la puerta, con la manera en que sus labios se curvan en una sonrisa traviesa, llena de intenciones.

La puerta se abre con un suave crujido.

El calor del interior nos envuelve al instante, contrastando con la frescura de la noche.

Lucía se gira, todavía sujetando mi mano, y me mira con una mezcla de determinación y dulzura, como si estuviera sopesando el siguiente movimiento, como si estuviera esperando a que fuera yo quien cruzara la última línea.

Pero no voy a hacerla esperar.

No esta vez.

Con un paso decidido, la atraigo hacia mí.

—Sabes que, si entro, no voy a querer irme —murmuro, con la voz más ronca de lo que me gustaría admitir.

Lucía se muerde el labio, pero la sonrisa no desaparece.

—Esa es la idea —susurra antes de ponerse de puntillas y besarme.

Y en ese momento, toda la contención, toda la tensión acumulada de estos dos días previos a la Fiesta de Primavera, explota.

Mis brazos la envuelven con fuerza, mis labios devoran los suyos en un beso hambriento, necesitado, como si nos hubiéramos estado esperando toda la vida.

No hay espacio para dudas, para titubeos, para nada más que este instante en el que su cuerpo se funde con el mío, en el que sus dedos se enredan en mi pelo y sus labios me buscan con la misma urgencia con la que los míos la buscan a ella. Es deseo, es ternura, es algo que va más allá de lo que puedo poner en palabras.

La puerta se cierra detrás de nosotros con un leve golpe, pero no me importa. Nada fuera de esta habitación me importa. Nada más allá de ella.

Mañana no hay trabajo.

Mañana el mundo puede esperar.

El tiempo deja de existir cuando Lucía suspira contra mi boca, cuando sus manos exploran mi espalda con ansias, cuando mi cuerpo reconoce el suyo con la certeza de que esto no es solo un capricho pasajero, no es solo la emoción del momento.

Es algo más. Algo que crece en mi pecho con cada beso, con cada caricia, con cada latido acelerado.

Esta noche, Lucía es mi único universo.

Capítulo 23



Lucía

La primavera ha llegado y yo sigo aquí, en esta isla que al principio parecía el escenario de mi naufragio personal y que, sin darme cuenta, se ha convertido en mi refugio. El viento ya no es gélido, aunque todavía tiene esa manera juguetona de despeinarme cada vez que salgo a la calle. Pero ya no me importa tanto. Me he acostumbrado a la brisa salada, al olor a leña quemada que siempre envuelve el pub, a las mañanas tranquilas en las que escribo mis artículos junto a la chimenea mientras el mundo exterior sigue girando a su propio ritmo.

La vida me sonríe. O al menos eso quiero creer.

Aquí, en esta isla donde el tiempo parece transcurrir de una manera diferente, mi existencia se ha estabilizado. Me he acostumbrado a los rostros familiares de los isleños, a las charlas con Mrs. Gladys, a las bromas de Artie, a los silencios cómodos con Tom y a la sensación de pertenecer a algo que nunca supe que necesitaba.

Pero si hay algo que ha cambiado por completo mi manera de ver este lugar, es James.

No, no es solo el sexo, aunque santo cielo, eso también tiene mucho que ver. Es todo lo demás. Son los paseos al atardecer en los que hablamos de todo y de nada. Son las conversaciones junto a la

chimenea del pub, con una pinta en la mano y los pies entrelazados bajo la mesa. Son los pequeños gestos: el modo en que me pasa su abrigo cuando hace frío, la manera en que me observa cuando no me doy cuenta, el hecho de que siempre, siempre está ahí.

Nos hemos ido uniendo poco a poco, de manera tan natural que ni siquiera puedo señalar el momento exacto en el que dejó de ser simplemente "el vecino gruñón y buenorro" y pasó a ser… mi hogar.

Sí, porque eso es lo que siento cuando estoy con él. Que estoy en casa.

Estoy completamente absorta escribiendo uno de los artículos que me ha encargado *The London Eye*, con la cabeza metida en mi mundo de palabras y frases bien estructuradas, cuando de repente, la paz se ve interrumpida por una notificación en mi ordenador.

Un nuevo correo.

Miro de reojo la bandeja de entrada y mi corazón da un pequeño vuelco cuando leo el nombre del remitente.

Oh, no.

Margaret.

Algo quiere.

Con lo tranquila que estaba yo.

Respiro hondo y me tomo un segundo para prepararme mentalmente antes de abrir el correo. Porque si algo he aprendido en estos meses es que Margaret no manda correos para saludar o preguntar qué tal me va la vida en una isla remota. No. Ella manda correos porque quiere algo, y lo quiere *ya*.

Con un suspiro dramático—porque si no dramatizo, me da algo—hago clic en el mensaje y empiezo a leer.

Asunto: Urgente – Necesito el artículo sobre Elliot Grayson

Lucía,

Espero que todo vaya bien en tu retiro isleño y que no te hayas acostumbrado demasiado a la tranquilidad. Sé que has estado entregando artículos con regularidad y que la acogida de tus textos ha sido excelente. Pero ha llegado el momento de que abordemos el tema por el que, en primer lugar, te enviamos allí: *Elliot Grayson*.

No quiero rodeos, ni excusas. Sabemos que has estado en la isla el tiempo suficiente para haber recopilado información más que suficiente. No puedes seguir aplazándolo. Necesito que me envíes un borrador del artículo en las próximas semanas, y si no lo tienes listo, al menos mándame algo. Un adelanto, unas líneas, cualquier cosa que me demuestre que estás trabajando en ello.

Sé que puede ser complicado. Sé que el tipo desapareció del ojo público por alguna razón y que probablemente has encontrado resistencia para obtener información, pero *The London Eye* no es un blog de pasatiempos. Es un medio serio y estamos apostando por esto. Así que necesito saber en qué punto estamos y qué puedes ofrecerme.

No me hagas llamarte.

Espero tu respuesta.

Margaret

Miro la pantalla del ordenador como si el correo estuviera escrito en otro idioma, en un dialecto perdido que mi cerebro se niega a procesar. Siento un nudo en el estómago, ese tipo de presión que sabes que viene con problemas inminentes, con decisiones que no quieres tomar pero que inevitablemente te van a explotar en la cara.

No quiero hablar de esto otra vez con James.

No quiero mencionar siquiera el nombre de Elliot Grayson y ver cómo su expresión se endurece, cómo su postura cambia, cómo esa calidez con la que me mira se desvanece en cuestión de

segundos. La última vez que toqué el tema, cuando él me llevó a la casa de Elliot, todo entre nosotros cambió. Se cerró en sí mismo, se distanció, me miró como si de repente fuera una amenaza en lugar de alguien en quien confía.

Y ahora, si vuelvo a insistir, ¿qué va a pasar? ¿Se alejará de nuevo? ¿Volveremos a esa tensión incómoda, a ese frío silencioso que nos costó tanto romper?

Pero tampoco puedo ignorar este correo. *The London Eye* no es precisamente flexible cuando se trata de plazos, y yo tengo un trabajo que mantener. No puedo simplemente responderle a Margaret con un "Lo siento, me enamoré del sujeto que supuestamente sabe todo sobre tengo que investigar y no quiero arruinarlo."

Resoplo, pasándome las manos por la cara, intentando ordenar mis pensamientos.

Si James me quiere—*si realmente me quiere*—debería entenderlo. ¿No?

Pero ¿y si no lo hace? ¿Y si esto lo cambia todo?

De repente, el pub me parece asfixiante. Como si las paredes se hubieran encogido de golpe y cada persona dentro estuviera demasiado cerca, demasiado consciente de que estoy teniendo una crisis existencial en medio del almuerzo.

Respiro hondo, pero la sensación de incertidumbre no se va.

Sé que tarde o temprano tendré que decidir: escribir el artículo y arriesgarme a perder a James, o dejarlo pasar y poner en peligro mi carrera.

Y lo peor de todo es que ninguna de las dos opciones me parece justa.

Necesito aire. Mucho aire. La sensación de opresión en el pecho no desaparece y el pub, con su calor, su ruido y su aroma a

cerveza, se me hace insoportable. Así que, sin pensarlo demasiado, cierro el ordenador de golpe, me cuelgo la chaqueta al brazo y le pido a Artie un rato libre. Él me mira de reojo, notando mi expresión, pero asiente sin hacer preguntas. Bastante ha aguantado ya de mis dramas.

Salgo a la calle con paso rápido, queriendo perderme en el paisaje, en el frío que siempre me ha golpeado al llegar aquí y que ahora, con la primavera en su apogeo, ya no es tan cruel. Pero mi cabeza sigue atrapada en ese maldito correo, en la decisión que tengo que tomar, en lo que eso significa para mí, para mi trabajo y, sobre todo, para James.

Voy tan metida en mis pensamientos que casi no me doy cuenta cuando un pescador se acerca a mí.

—Deberías marcharte a casa —dice con su tono pausado, de esos que te hacen caso si quieres, pero que dejan claro que él ya ha hecho su advertencia—. Viene tormenta. Y de las fuertes.

Levanto la cabeza y miro a mi alrededor. En el puerto, varios pescadores están asegurando sus embarcaciones, ajustando cuerdas, revisando nudos con esa expresión concentrada que tienen los que han vivido suficientes tormentas como para no tomarse ninguna a la ligera.

Entonces noto el aire. El viento ha cambiado. Ya no es la brisa fresca que acaricia la isla en primavera. Ahora es algo más pesado, más denso, cargado de electricidad.

Miro hacia el cielo y veo cómo las nubes se agrupan sobre el mar, oscureciéndose, amenazando con descargar toda su furia sobre la isla.

Genial. Justo lo que me faltaba hoy.

—Gracias —murmuro, dándole una última mirada al puerto antes de girar sobre mis talones y decidir que, por una vez en la vida, voy a hacer caso a un consejo sensato.

Entro de nuevo al pub y busco a Artie con la urgencia de alguien que acaba de ver el apocalipsis en el horizonte. Él, con su inconfundible expresión de esto-ya-lo-he-vivido-antes, está asegurando las ventanas con la calma de un hombre que ha visto más tormentas de las que puede contar.

—Artie, esto pinta mal. Muy mal. —digo, acercándome rápidamente a él mientras me subo las mangas de la chaqueta, lista para ayudar.

—No me digas, Lucía, creía que los relámpagos eran fuegos artificiales de bienvenida —contesta con sarcasmo mientras clava con firmeza los cerrojos de las ventanas—. Siéntate y tómate algo caliente, niña. No tienes por qué mojarte hasta los huesos.

—Tengo que volver a casa.

Artie levanta la vista y me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Ahora? ¿Con este tiempo? ¿Te ha dado un golpe de calor invernal o qué?

—Tengo que volver —insisto—. No quiero quedarme atrapada en el pub si esto empeora y, además, tengo cosas en casa que no quiero que se mojen.

Vale, lo último es una excusa pésima, pero lo cierto es que necesito salir de aquí. Este tipo de tormentas son de las que paralizan la isla, de las que dejan a la gente encerrada en sus casas con velas y una botella de *whisky* hasta que todo pasa. Si no me voy ahora, no podré hacerlo en horas, y la idea de quedarme atrapada aquí sin saber dónde está James me pone más nerviosa de lo que debería.

Mientras ayudo a terminar de asegurar la última ventana, saco el teléfono del bolsillo y llamo a James. Nada. Silencio absoluto. Vuelvo a intentarlo. Nada.

Mierda.

La idea de que esté por ahí en medio de la tormenta me inquieta, pero no pienso admitirlo en voz alta.

—No localizo a James —susurro preocupada.

Artie me mira con el ceño fruncido y suspira.

—Anda, vete antes de que empiece lo peor. Y si ves que no puedes avanzar, regresa. No quiero tener que salir a buscarte a ti también.

—Lo prometo —digo, aunque no tengo ni idea de si podré cumplirlo.

Me ajusto la chaqueta, me cuelgo la bolsa al hombro y salgo del pub, sintiendo el cambio de temperatura como un bofetón en la cara.

El cielo, que hace apenas un rato estaba gris, ahora es completamente negro, como si alguien hubiera apagado las luces del mundo. En el horizonte, los relámpagos iluminan la silueta de los acantilados, seguidos por truenos que hacen temblar el suelo bajo mis pies.

Respiro hondo, encogiéndome dentro de mi abrigo, y me apresuro a ponerme en marcha. El viento ya empieza a azotar con fuerza, y sé que, si no salgo ahora, pronto será imposible caminar sin que me arrastre.

Intento llamar a James una vez más.

Nada.

La línea ha caído.

Y con eso, una sensación extraña se instala en mi pecho.

No debería preocuparme tanto. Es un hombre adulto, sabe cuidarse, vive aquí desde hace años, no es como si necesitara que alguien lo rescatara. Pero, aun así, la idea de que esté fuera, en mitad de la tormenta, sin poder contactar con él, me deja con una

punzada de inquietud que no puedo sacudirme.

Aprieto el paso, sintiendo la primera gota de lluvia golpearme la cara.

Y sé que esto no ha hecho más que empezar.

El viento sopla con tal fuerza que casi me arranca la capucha de la chaqueta, y cada paso que doy sobre el sendero resbaladizo es como una pequeña victoria contra la tormenta. La lluvia cae en cortinas densas, haciéndome imposible ver más allá de un par de metros. Truenos retumban en el cielo, rugiendo con una furia que hace vibrar el suelo bajo mis pies.

Joder, joder, joder.

Me aferro con fuerza a mi chaqueta, intentando cubrirme del aguacero, pero es inútil. Ya estoy completamente empapada, mi ropa pegándose a mi cuerpo como una segunda piel helada. A cada paso que doy, el barro se me adhiere a las botas, haciéndome tropezar con raíces ocultas y piedras traicioneras. Gracias al universo, al karma, a la alineación de los astros o simplemente a James y su obsesión por calzarme de forma adecuada, hoy llevo las botas que me regaló. Y menos mal, porque si no, ya estaría deslizándome por el barro como un pingüino en una pista de hielo.

Intento calmarme. Solo tengo que llegar a la casita. Unos metros más y estaré a salvo, con una manta, junto al fuego, y todo esto quedará en una anécdota divertida para contar… o no.

Intento llamar a James otra vez, pero la línea sigue muerta. Maldigo entre dientes. ¡Perfecto! ¿Dónde demonios está cuando se supone que es el hombre de campo que sabe cómo manejar estas cosas?

Un relámpago ilumina el cielo por un breve segundo, dándome una imagen fugaz del sendero que se extiende delante de mí. Apenas unos metros más, solo tengo que…

De repente, mi pie resbala en una roca cubierta de lodo y el

mundo se inclina peligrosamente. Intento recuperar el equilibrio, pero es demasiado tarde.

Mi cuerpo cae hacia un lado, mi rodilla impacta contra el suelo con un golpe seco y un dolor punzante me atraviesa la pierna. La funda impermeable con mi ordenador se me escurre de las manos y rueda unos metros ladera abajo.

—¡Mierda! —grito, pero el viento y la lluvia ahogan mi voz.

Me aferro con fuerza al suelo, intentando no deslizarme más mientras mi corazón martillea en mi pecho. Me incorporo con esfuerzo, sintiendo el ardor en mi rodilla y maldiciendo mi suerte.

El ordenador.

No puedo perderlo.

Aprieto los dientes y, con sumo cuidado, me arrastro hasta donde ha caído mi bolsa. La tomo con manos temblorosas y la reviso como si fuera un tesoro. Parece intacta. Respiro hondo.

Y entonces, justo cuando creo que las cosas no pueden empeorar, un trueno estalla justo sobre mi cabeza, haciendo temblar el suelo con su estruendosa ira.

Eso es todo. Ahora sí que corro. Cojeando, mojada, con el viento azotándome el rostro, pero sin detenerme ni un segundo hasta que la silueta de la casita aparece entre la cortina de lluvia.

Solo unos metros más.

Vamos, Lucía, vamos.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, algo sólido, fuerte y caliente choca contra mí con la intensidad de un tren a toda velocidad. O, mejor dicho, yo choco contra él, porque si alguien en esta isla puede mantenerse firme en mitad de una tormenta digna del fin del mundo, ese es James.

—Lucía —su voz atraviesa el estruendo de la lluvia y los

truenos como si fuera lo único que realmente importa en este momento—. Vamos, dame eso. —Antes de que pueda protestar, ya ha tomado mi ordenador de mis manos como si fuera un paquete liviano y empieza a tirar de mí con una seguridad insultante—. Corre.

Como si no lo estuviera intentando.

Como si no llevara minutos peleando contra el viento infernal que me azota la cara, la lluvia que me empapa hasta los huesos y el barro que convierte cada paso en un desafío digno de una carrera de obstáculos. Pero James, claro, se mueve como si estuviera dando un paseo casual por la isla en una tarde de primavera. No se tambalea, no duda, no parece afectado en lo más mínimo por el hecho de que el cielo se ha abierto sobre nuestras cabezas y la naturaleza ha decidido que hoy es un buen día para recordarnos nuestra insignificancia.

—¡Voy lo más rápido que puedo! —protesto entre dientes, sintiendo cómo mis botas se hunden en el barro con cada paso.

Pero él no afloja el ritmo. Su mano fuerte envuelve la mía, firme, segura, como un ancla en medio del caos. Me doy cuenta de que, a pesar de la tormenta, a pesar del viento y el frío, su piel está cálida contra la mía, y esa simple conexión me da la absurda sensación de que, mientras él me sujete, nada malo puede pasar.

Llegamos a la casita y, entre los relámpagos que iluminan el día, distingo que todas las ventanas están cerradas a cal y canto, exactamente como las dejé.

—Mi casa es más segura —dice con determinación, elevando la voz sobre el rugido de la tormenta.

El sonido del árbol golpeando el suelo con un estruendo ensordecedor me deja helada por dentro, más que la propia tormenta que me ha calado hasta los huesos. Mi respiración es rápida, entrecortada, y mi pulso sigue acelerado por la carrera contra el viento, la lluvia y ahora el miedo irracional de que algo más

grande pueda caer del cielo.

James, por el contrario, parece imperturbable. Con la mandíbula tensa y el ceño fruncido, gira la llave en la cerradura de su casa con un movimiento seguro y, en cuanto la puerta cede, la puerta se abre con violencia por la fuerza del viento y entramos casi a trompicones. Me empuja con suavidad hacia el interior. Sus dedos siguen aferrados a mi brazo, como si temiera que una ráfaga de viento demoníaca pudiera arrastrarme de vuelta al caos exterior.

James la cierra con un empujón firme y apoya el cuerpo contra ella mientras aseguramos el pestillo con dificultad. Afuera, la tormenta ruge sin piedad, la lluvia golpea los cristales como si quisiera atravesarlos y el viento silba en cada rendija de la casa, haciendo que el aire se sienta cargado de electricidad.

Me quedo quieta un segundo, intentando recuperar el aliento mientras mis ojos recorren el interior de la casa de James por primera vez. Es espaciosa, pero acogedora. Tiene ese equilibrio perfecto entre lo rústico y lo práctico. Muebles de madera oscura, una chimenea encendida en una esquina, estanterías llenas de libros y cuadros apoyados en las paredes, algunos cubiertos con telas, como si estuvieran esperando su momento para ser mostrados. Todo en este lugar grita James.

—Nunca había estado aquí —digo con un hilo de voz, más para mí que para él.

James se pasa una mano por el pelo empapado y deja caer su chaqueta mojada en un perchero de madera junto a la entrada. Sus ojos verdes se posan en mí, recorriéndome de arriba abajo con una mezcla de evaluación y preocupación.

—No pensaba que mi casa fuera a ser la primera opción, pero prefiero que no termines aplastada por un árbol —responde con un tono seco, pero con una suavidad en la mirada que me desarma.

Me doy cuenta de que estoy temblando, y no sé si es por el frío, la adrenalina o porque de repente estoy en la casa de James,

con la ropa empapada y pegada a mi piel. Me cruzo de brazos en un intento inútil de calentarme.

—Ven, tengo ropa seca —dice con un suspiro, girando sobre sus talones y caminando hacia otra parte de la casa.

Lo sigo sin decir nada, sintiéndome un poco como una intrusa en su espacio, pero sin poder evitar sentir también una extraña calidez, como si de alguna forma, pertenecer aquí no fuera algo tan descabellado.

Mientras lo sigo por el pasillo, mis botas mojadas dejan un rastro de agua en el suelo de madera y el sonido de la tormenta retumba en las paredes de la casa. La chimenea crepita en el fondo, ofreciendo una calidez tentadora, pero sigo los pasos de James sin desviarme, con el corazón latiendo más rápido de lo que debería.

Es absurdo, pero siento que cruzar este umbral no es solo entrar en su casa, sino entrar en su mundo. Hasta ahora, James siempre ha sido un misterio. Incluso cuando me dejó entrar en la casa de Elliot Grayson, sentí que estaba en un territorio prohibido, en un terreno lleno de recuerdos que él no quería compartir. Pero esta casa… esta es su verdadera vida. Su refugio. Y ahora, yo estoy aquí, empapada, temblorosa y sin una maldita idea de cómo debería comportarme.

James abre una puerta y enciende la luz de una habitación que, para mi sorpresa, está perfectamente ordenada. Sin montones de ropa tirados, sin tazas de café acumuladas, sin caos. No sé por qué esperaba lo contrario. Quizás porque en mi cabeza él es un tipo huraño y desordenado, pero esto... esto es casi íntimo.

—Aquí —dice sacando un jersey de manga larga y un par de pantalones de chándal de un armario empotrado. Me los tiende sin ceremonias, como si fuera lo más natural del mundo que yo llevara su ropa.

Tomo la ropa con las manos temblorosas y siento el calor de la tela contra mis dedos fríos.

—Gracias —murmuro, incapaz de mirarlo a los ojos.

—El baño está al final del pasillo —añade, pasando una mano por su pelo mojado. Su mandíbula está tensa, como si quisiera decir algo más, pero al final simplemente se gira y sale de la habitación sin más.

Me quedo ahí de pie unos segundos, apretando la ropa contra mi pecho, escuchando el retumbar de los truenos y mi propia respiración entrecortada.

No es solo la tormenta lo que me tiene inquieta.

Es esto.

Es él.

Voy lenta hacía la puerta que me ha indicado. Continúo temblando y a mi mente viene como se había quebrado el árbol a pocos metros de nosotros. Me meto en el baño. Tocan a la puerta y James aparece con un par de toallas blancas en sus manos.

Tomo las toallas que me ofrece, notando el calor de sus manos aún en la tela, y asiento en silencio. No porque no quiera hablar, sino porque siento que cualquier palabra que salga de mi boca en este momento se quedará corta. James me observa por un instante, su mirada fija en mí como si estuviera evaluando qué tanto de todo esto me ha afectado. Y lo ha hecho.

No es solo la tormenta. No es solo el árbol cayendo a pocos metros de nosotros. No es solo el hecho de que casi no llego a casa. Es todo. Es el miedo, la adrenalina, la sensación de fragilidad que me recorre el cuerpo mientras sigo temblando. Y, sobre todo, es el hecho de que estoy aquí, en su casa, envuelta en su preocupación, en su silencio reconfortante, en este refugio que hasta hace unas horas no creí que compartiría con él.

—Date una ducha caliente antes de que cojas una pulmonía. —Su voz es baja, firme, pero no hay dureza en ella. Solo una preocupación contenida que hace que me ablande un poco más de

lo que ya estaba.

James se queda quieto en el umbral, como si quisiera asegurarse de que realmente voy a hacerle caso y ducharme.

Asiento en silencio y tomo las toallas de sus manos, notando cómo sus dedos rozan los míos durante un segundo. Un segundo que se siente más largo de lo que debería. Me abraza el calor de la tela gruesa y blanca, pero todavía no me siento realmente abrigada.

James no se mueve de inmediato. Permanece en el umbral de la puerta, observándome con esa intensidad suya que parece atravesarlo todo. No dice nada más, pero no necesita hacerlo. Sus ojos recorren mi rostro como si estuviera evaluando cuánto me ha afectado todo esto, como si intentara asegurarse de que estoy bien antes de dejarme sola.

—Voy a preparar algo caliente —dice al final con su tono seco de siempre, pero con una calidez escondida entre sus palabras que me hace sentir más abrigada que las propias toallas.

Lo veo alejarse por el pasillo, su espalda ancha desapareciendo de mi vista, y solo entonces suelto un suspiro tembloroso. Cierro la puerta y me apoyo en ella durante un instante, dejando que mi cabeza caiga hacia atrás.

El baño es amplio y moderno, con tonos neutros y una limpieza impecable. No sé por qué me sorprende tanto que sea así, pero lo hace. Quizás porque James siempre me ha parecido un poco… caótico. O más bien, alguien que prefiere el desorden emocional antes que el físico. Este baño, con su orden inmaculado, me hace preguntarme cuánto tiempo pasa realmente aquí, si esta casa es realmente su refugio o solo otro sitio en el que se esconde.

Pero ahora no es momento de filosofar sobre James y sus misterios. Ahora es momento de calentarme antes de que mis huesos decidan rendirse por completo.

Me deshago de la ropa empapada con dificultad, cada prenda

pegándose a mi piel como una segunda capa imposible de arrancar. Cuando por fin me meto bajo el agua caliente, suelto un suspiro de alivio. El vapor empieza a llenar el baño e intento que el frío y la tensión se desvanezcan.

Pero claro, no el pensamiento que me ha estado persiguiendo desde que crucé la puerta de su casa.

Estoy aquí.

Con James.

Bajo el mismo techo.

En su espacio.

El sonido de los golpes suaves en la puerta de la ducha me saca de mi trance. No sé cuánto tiempo llevo aquí, con el agua caliente cayendo sobre mi piel, pero mi cuerpo sigue temblando, y no solo por el frío.

—Lucía, ¿estás bien? —La voz de James atraviesa el sonido del agua, grave y preocupada.

Intento responder, pero las palabras no llegan. Estoy helada por dentro, como si el cuerpo todavía no hubiera procesado que ya estoy a salvo, lejos de la tormenta.

El silencio se alarga.

De repente, la puerta del baño se entreabre y una ráfaga de aire fresco se cuela en la ducha. No me sobresalto. Sé que es él. Lo veo a través del vapor que se arremolina en el aire, su silueta alta y fuerte acercándose. Entonces, sin dudarlo, se quita la ropa y entra conmigo.

Mi cuerpo reacciona de inmediato a su cercanía. El calor de su piel choca contra la mía, el contacto es casi eléctrico, y la calidez de su abrazo me envuelve de una manera que la ducha caliente no ha logrado hacer hasta ahora.

—James… —susurro, pero no estoy segura de qué quiero decirle.

Él no dice nada, solo me atrae más cerca, su pecho desnudo contra el mío, su brazo alrededor de mi cintura, sujetándome como si pudiera anclarme a la realidad. Su otra mano sube despacio por mi espalda hasta llegar a mi cuello, donde sus dedos trazan un camino de fuego.

—Estás helada. —Su voz es un susurro grave que resuena contra mi piel.

No sé si se refiere a mi cuerpo o a todo lo que está pasando dentro de mí.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos verdes, oscuros por la intensidad del momento. Hay algo en ellos, algo que va más allá del deseo. Algo que me hace sentir vista, protegida… y completamente suya.

James inclina la cabeza y sus labios rozan los míos con una suavidad que contrasta con todo el caos que nos rodea. Es un beso que comienza lento, cuidadoso, como si estuviera dándome la oportunidad de alejarme. Pero yo no quiero alejarme.

Le devuelvo el beso con urgencia, con hambre, con la necesidad de recordarnos a ambos que estamos aquí, juntos. El agua sigue cayendo sobre nosotros, deslizándose entre nuestros cuerpos, envolviéndonos en un velo de vapor y calor.

Él me sostiene con más fuerza y yo enredo mis brazos alrededor de su cuello, perdiéndome en la sensación de su boca sobre la mía, de sus manos deslizándose por mis costados, de su piel firme y cálida bajo mis dedos.

—¿Estás bien? —pregunta contra mis labios, su respiración entrecortada.

—Ahora sí. —Sonrío, y lo siento relajarse un poco, aunque su deseo sigue latente en la forma en que sus dedos se aferran a mi

cintura.

El agua caliente resbala sobre nuestra piel desnuda, deslizándose en finos ríos ardientes que se mezclan con el calor que brota entre nosotros. La tormenta afuera ruge con violencia, pero aquí, en la intimidad de la ducha, hay una tormenta diferente. Una que se enciende en cada mirada cargada de deseo, en cada roce, en cada jadeo que apenas consigo contener.

James me atrapa entre su cuerpo y la pared de la ducha con una firmeza que me hace temblar. Su pecho desnudo choca contra mis pechos, su piel húmeda deslizándose contra la mía en un roce exquisito. Me aferro a sus hombros, notando la tensión en sus músculos, el autocontrol que se esfuerza por mantener y que sé que está a punto de romperse.

Sus labios bajan por mi cuello, su lengua traza un camino tortuoso de calor y humedad que hace que mi espalda se arquee instintivamente. Su boca encuentra mi clavícula, luego el hueco entre mis senos, y cuando sus labios se cierran sobre uno de mis pezones, un gemido incontrolable escapa de mi boca.

—James… —susurro, perdida entre la sensación de su boca, su lengua, su aliento contra mi piel.

Él gruñe en respuesta, un sonido grave, vibrante, cargado de deseo, y sus manos aprietan más mis caderas cuando me levanta con facilidad, haciéndome rodear su cintura con mis piernas. Siento el calor de su erección presionarse entre mis muslos y el roce me vuelve loca, me incendia desde adentro. Necesito más, mucho más.

Sus labios devoran los míos con urgencia, su lengua se encuentra con la mía en un beso profundo, hambriento, desesperado. Me sujeta con fuerza contra él, haciéndome sentir cada centímetro de su necesidad mientras su mano desciende por mi espalda, sus dedos rozando mi piel húmeda con caricias posesivas.

Su otra mano se desliza entre mis muslos y el primer contacto hace que mi cuerpo se sacuda con un estremecimiento placentero.

Su pulgar dibuja círculos lentos, deliberados, entre mis piernas, arrancándome jadeos cada vez más agitados. Mi cuerpo se rinde completamente a él, mis dedos se clavan en su espalda, mis labios buscan los suyos entre susurros incoherentes de deseo.

—Joder, Lucía… —gruñe contra mi boca, su voz ronca, salvaje, llena de urgencia.

No quiero más juegos. No quiero más provocaciones. Lo quiero dentro de mí ahora, sin pausas, sin barreras, sin nada que nos separe.

—James… —mi voz es un ruego, una súplica desesperada.

Él no me hace esperar. Con un movimiento preciso, se unde entre mis piernas con un impulso profundo, haciéndome gemir de placer contra su boca. Siento cómo se tensa bajo mis manos, cómo su respiración se corta un segundo antes de que vuelva a moverse. Es una sensación abrumadora, el calor, la presión, la forma en la que encajamos.

Se mueve lento al principio, como si quisiera saborearlo, como si quisiera grabar cada sensación en su piel. Pero no puedo esperar, no puedo contenerme. Me muevo contra él, buscando más, exigiendo más, y entonces su control se quiebra.

Sus manos se aferran a mis caderas, guiándome a su ritmo, empujando más fuerte, más profundo. Mis manos se aferran a su espalda, mi cabeza cae hacia atrás cuando el placer me consume. Cada embestida me acerca más a ese punto de no retorno, cada roce de su boca contra mi piel es una nueva chispa que enciende la hoguera dentro de mí.

—Mírame —ordena con voz áspera, y cuando lo hago, su mirada ardiente me atrapa por completo.

Nuestros cuerpos se tensan juntos, el placer alcanzándonos al mismo tiempo en una ola salvaje, intensa, imparable. Mis gemidos se pierden en su boca, su nombre escapa de mis labios una y otra

vez mientras me estremezco contra él, sacudida por el clímax más intenso y devastador que he sentido en mi vida, mientras el placer me arrastra sin control, haciéndome temblar y aferrarme a su cuerpo como si fuera lo único real en este instante. Él se entierra en mí una última vez, su agarre se vuelve más fuerte mientras un gruñido grave y gutural brota de su garganta cuando finalmente se deja llevar.

Nos quedamos ahí, jadeando, todavía enredados el uno en el otro, con el agua caliente cayendo sobre nosotros, mezclándose con el sudor y la necesidad satisfecha. Mis labios encuentran los suyos en un beso lento, más dulce esta vez, mientras mis manos recorren su espalda con ternura.

—Dios… —susurra James, su frente apoyada contra la mía—. Esto… joder.

Sonrío, sin fuerzas para decir nada, acariciando su pelo mojado mientras me mantiene aún en su abrazo. No quiero moverme. No quiero que este momento termine.

Porque, por primera vez en mi vida, tengo la sensación de estar exactamente donde debería estar.

El aroma tenue del té frío se mezcla con el olor a leña quemada de la chimenea mientras me acomodo en el sofá, envuelta en el enorme jersey de James, que me queda ridículamente grande, pero es lo más cálido y reconfortante que he sentido en toda la noche. Sus pantalones también me quedan grandes y tengo que doblar varias veces la cintura para que no se me caigan, pero en este momento no me importa nada más que entrar en calor.

James se ha ido a la cocina, murmurando algo sobre preparar un nuevo té caliente, y yo me quedo en el salón, disfrutando del sonido de la tormenta que golpea contra las ventanas con furia. La casa es acogedora, espaciosa, con esa mezcla de sobriedad y comodidad que encaja perfectamente con él. Es la primera vez que estoy aquí y me resulta extrañamente familiar, como si ya hubiera

estado antes, como si encajara en este espacio de su vida sin esfuerzo.

Dejo que mis ojos vaguen por la estancia, curioseando en silencio. Me levanto lentamente y me acerco a la chimenea, donde hay una serie de cuadros colgados en la pared. Algunos de ellos son paisajes, capturan la esencia salvaje de la isla con una precisión impresionante: los acantilados erosionados por el viento, el océano en su estado más feroz, la soledad imponente de la playa en invierno. Otros son retratos, pero no cualquier tipo de retratos… Son íntimos, reales, llenos de emociones capturadas en pinceladas y misteriosamente me reflejan a mí.

Y entonces lo veo.

Me congelo.

Mi mirada se clava en la esquina del cuadro y siento que la sangre abandona mi rostro.

Ahí está.

Esa firma.

Esa maldita firma que he estado buscando desde que puse un pie en esta isla.

Elliot Grayson.

Mi estómago se revuelve y el aire parece más denso de repente. Mis dedos tiemblan cuando los llevo hasta la esquina del lienzo, rozando las letras con incredulidad. No puede ser.

Pero lo es.

Retrocedo un paso, mi respiración acelerada mientras mi mente trata de encajar las piezas de un rompecabezas que ha estado frente a mí todo este tiempo sin que lo viera.

Mi corazón late con fuerza mientras mis ojos recorren la habitación en busca de más. Y los encuentro.

Apoyados contra la pared, apilados unos sobre otros, hay más cuadros. Cuadros que llevan su sello inconfundible. Cuadros que no han sido expuestos al mundo, ocultos aquí, en esta casa, lejos de las miradas de la prensa, lejos del juicio de los críticos.

Mis manos están heladas cuando me agacho y paso los dedos sobre otro lienzo, esta vez sin necesidad de ver la firma. Sé que es suyo. Sé que es de Elliot Grayson. O debería decir… James.

Un escalofrío me recorre la espalda.

James es Elliot Grayson.

La revelación me golpea con tanta fuerza que tengo que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio.

¿Por qué nunca lo vi antes? ¿Por qué nunca lo imaginé siquiera? Ahora todo tiene sentido: su incomodidad cada vez que mencionaba a Elliot Grayson, su negativa a hablar del tema, la forma en que los isleños respondían con evasivas cuando preguntaba por él.

Porque todo este tiempo, Elliot Grayson no estaba desaparecido.

Estaba aquí.

Y yo, sin darme cuenta, me he enamorado de él.

James entra en la estancia con paso firme, sosteniendo dos tazas humeantes entre sus manos grandes y fuertes. No dice nada al principio, pero su mirada me recorre con preocupación, como si pudiera percibir el pánico que se ha instalado en mi pecho sin necesidad de palabras. Sé que mi cara debe estar completamente pálida, sé que la forma en la que estoy sosteniéndome contra la pared no es normal, pero no puedo disimularlo. No puedo fingir que no acabo de descubrir que el hombre con el que he dormido, con el que he compartido noches, risas y conversaciones, el hombre del que sin darme cuenta me he enamorado… me ha estado mintiendo desde el primer día.

El silencio entre nosotros se extiende, tan espeso como la tormenta que aún ruge afuera. Él frunce el ceño y deja una de las tazas sobre la mesa con un movimiento lento, sin apartar los ojos de mí. Me conoce lo suficiente para saber que algo ha cambiado.

—¿Lucía? —su voz es suave, cautelosa, como si hablara con un animal asustado que podría salir corriendo en cualquier momento.

Pero no me muevo.

No puedo.

Mi corazón late con tanta fuerza que siento su eco en los oídos, en las costillas, en cada centímetro de mi piel.

Intento tragar saliva, pero mi garganta está seca. Intento decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se quedan atrapadas en mi pecho. ¿Cómo demonios se supone que enfrento esto? ¿Cómo demonios le pregunto a la persona con la que he estado compartiendo mi vida en las últimas semanas por qué me ha mentido en la cara?

Respiro hondo, pero el aire no parece llenar mis pulmones.

Míralo.

Está ahí, de pie, mirándome con esos malditos ojos verdes que hasta hace unos minutos me hacían sentir segura y ahora solo me queman. Hasta ahora, James era James. El hombre gruñón pero atento, el vecino malhumorado con una sonrisa que rara vez aparecía, pero cuando lo hacía iluminaba todo. James, el hombre que cortaba leña en mi puerta en silencio, el que me cargaba cuando me doblaba el tobillo, el que me besaba como si yo fuera lo único que importara en el mundo.

Pero ahora…

Ahora James es Elliot Grayson.

Y yo he sido tan gilipollas de no haberlo visto antes.

Mi mirada cae sobre los cuadros. No puedo evitarlo. Están ahí, tan evidentes, tan descarados en su presencia, como si me gritaran que he sido la única ciega en esta maldita isla. Mis dedos tiemblan cuando los rozo de nuevo, esta vez con una mezcla de incredulidad y rabia. Me río, pero es una risa amarga, una que no tiene ni una pizca de humor.

—¿Cuánto tiempo pensabas seguir con la mentira? —susurro finalmente, sin mirarlo.

Silencio.

Un silencio absoluto.

Un silencio que confirma todo lo que ya sé.

James no intenta negarlo. No intenta inventarse una excusa barata. No lo necesita. Todo está delante de mí, como un maldito rompecabezas que por fin ha encajado.

—Lucía… —comienza, pero su voz suena tensa, cautelosa.

Lo interrumpo antes de que pueda continuar. Me giro hacia él con una expresión que sé que refleja perfectamente la tormenta que tengo en mi interior.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto, esta vez con más firmeza, con la rabia empezando a filtrarse en mis palabras—. ¿Por qué me dejaste hacer el ridículo buscando a Elliot Grayson por toda la isla, mientras tú, tú, sabías perfectamente que lo tenía delante de mis narices?

James aprieta la mandíbula. Lo veo en su expresión. La tensión, la culpa, la lucha interna. Pero no responde de inmediato. No puede. Porque no hay una buena respuesta para esto.

Y eso… eso me enfurece aún más.

James da un paso hacia mí, su expresión es una mezcla de culpa y desesperación, pero no me importa. No me importa porque me ha mentido, porque ha jugado conmigo, porque me ha dejado

buscarlo como una maldita loca mientras él observaba en silencio, disfrutando de la broma privada en su cabeza.

—Lucía, por favor… —su voz es grave, pero vacila. Bien. Que vacile. Que sienta, aunque sea una fracción de la rabia y la humillación que estoy sintiendo yo en este momento.

—¡No me digas "por favor"! —grito, y mi voz resuena en la estancia, ahogada por la tormenta que sigue rugiendo fuera—. ¡No me vengas con tus malditas excusas, James, o debería decir Elliot! ¡Dios, qué jodida broma! ¿Cuánto tiempo ibas a seguir con esto? ¿Hasta que me largara de la isla? ¿Hasta que terminara mi estúpido artículo sobre "el misterioso y esquivo Elliot Grayson"? ¿Hasta que viera publicada una fotografía mía en *The London Eye* como una completa imbécil sin saber que el hombre con el que me acostaba cada noche era precisamente el que estaba buscando?

James cierra los ojos un instante y se pasa la mano por la cara, frustrado. Bien. Que se joda. Que se sienta atrapado.

—No fue así… —comienza, pero yo no quiero escucharle.

—¡¿No fue así?! —me río, una risa quebrada, rota, afilada como una navaja—. No, claro que no. Seguro que, en tu cabeza de hombre atormentado y misterioso, tenías una razón muy profunda y filosófica para mentirme, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Disfrutabas viéndome hacer el ridículo? ¿Te gustaba verme revolver toda la isla mientras tú seguías con tu estúpido papel de vecino parco en palabras?

—No es así, Lucía… —intenta otra vez, dando un paso más hacia mí. Pero yo retrocedo, porque si me toca, si me toca ahora, voy a romperme del todo.

—¡¿Entonces dime cómo es, James?! —grito, sintiendo cómo las lágrimas, de pura rabia, amenazan con brotar de mis ojos—. Dímelo. Explícamelo. Porque lo único que veo aquí es que he sido una completa idiota. Porque tú lo sabías. ¡Tú lo sabías todo este tiempo! Y no me dijiste ni una palabra. ¿Por qué? ¿Por qué me dejaste revolver el pasado, hacer preguntas, escribir cada puta línea

de mi investigación cuando tú tenías todas las respuestas?

—Porque tenía miedo, joder —ruge finalmente, su voz estallando como un trueno.

Y su respuesta, su jodida respuesta, me deja helada.

Porque no es ira, no es arrogancia, es miedo.

—¿Miedo? —susurro, mi tono ya no es un grito, pero sigue temblando, sigue empapado en incredulidad—. ¿Miedo de qué? ¿De qué te juzgara? ¿De qué te hiciera preguntas?

James aparta la mirada y aprieta la mandíbula, sus dedos se cierran en sus puños a los lados de su cuerpo, como si estuviera conteniendo un océano entero dentro de él.

—Miedo de perderte —admite con la voz más baja, más rota, más vulnerable de lo que nunca le he escuchado.

—Pues lo has hecho. Me has perdido. Maldito seas.

Las palabras salen de mi boca con una certeza helada, sin gritos esta vez, sin necesidad de elevar la voz. Son más definitivas así. Más letales.

Siento su mirada clavada en mí, como si quisiera detenerme, como si no pudiera creer lo que está pasando. Como si fuera yo la que está rompiendo algo y no él.

Pero él ya lo rompió todo.

Camino despacio, con los movimientos torpes y con el corazón golpeándome las costillas como si intentara escaparse de mi pecho. Entro al baño y me arranco su ropa de encima como si me quemara, como si su tela impregnada de su olor fuera ácido contra mi piel. No quiero nada suyo sobre mí. Nada.

Mis manos tiemblan mientras intento ponerme mi ropa empapada. El frío me cala hasta los huesos, pero no lo noto. No lo siento. Estoy tan furiosa, tan herida, que cualquier otro dolor físico

queda en segundo plano.

Detrás de mí, James aparece en la puerta, su rostro serio, su respiración agitada.

—¿Qué haces? —su voz suena desesperada, pero no me importa.

No me importa nada de lo que diga ahora.

—Necesito irme de aquí —respondo, y mi voz tiembla, pero no de miedo. Tiembla de rabia. De dolor.

—Lucía, por favor…

No. No hay "por favor" que valga.

—Espero que os hayáis divertido a mi costa. Espero que haya sido todo un espectáculo ver cómo la forastera se paseaba por la isla buscando a Elliot Grayson, preguntando, investigando, escribiendo sin saber que dormía con él.

La amargura en mi voz es tan espesa que podría cortarse con un cuchillo.

James palidece.

—No es así…

—Ah, ¿no? ¿Entonces cómo es, James? Dímelo. Explícamelo. —Lo desafío, con el pecho subiendo y bajando de la rabia.

Pero él no dice nada.

Porque no hay una explicación que lo justifique.

Me giro y salgo de ahí. Camino con pasos decididos hacia la puerta, porque necesito salir, necesito respirar, necesito estar lejos de él.

Siento que James me sigue, que está justo detrás de mí, pero no me importa.

Agarro el pomo de la puerta y la abro de golpe.

—Lucía, no puedes irte con este tiempo.

Su voz es firme, casi una orden.

Pero yo no sigo órdenes. No suyas. No ahora.

—Puedo hacer lo que me venga en gana.

Miro mis pies. Las botas que él me regaló.

No.

No quiero deberle ni un centímetro de calor.

Me inclino y me las saco con torpeza, casi cayéndome de bruces en el proceso. Las dejo allí, en la puerta, como si fueran veneno.

James suelta un insulto entre dientes.

Pero yo ya no lo escucho.

Salgo corriendo descalza, con la tormenta golpeándome de lleno, con la lluvia helada clavándose en mi piel como agujas.

Pero nada, nada, puede doler más que lo que llevo dentro.

Llego a mi casita temblando, empapada, con las lágrimas mezclándose con la lluvia en mi rostro. Cierro la puerta con violencia, asegurándola con el pestillo como si eso fuera suficiente para mantenerlo fuera de mi vida, de mi cabeza, de mi corazón.

Y entonces, colapso.

Me dejo caer en el suelo, abrazándome las rodillas, mientras todo me golpea con fuerza: su mentira, su traición, la maldita manera en que lo he dejado entrar en mi vida, en mi cuerpo, en mi alma.

Y justo cuando creo que ya no puedo sentirme más rota, los recuerdos me asaltan.

Sus labios en mi piel.

Su respiración entrecortada.

El sonido de su voz diciéndome mi nombre como si fuera su oración más sagrada.

El calor de su cuerpo fundiéndose con el mío.

Un escalofrío me sacude. Pero ya no es de deseo.
Es de pura furia.

Me levanto con el cuerpo agarrotado, con las piernas pesadas, y me meto en la ducha.

El agua caliente cae sobre mí, pero no me reconforta.

Froto mi piel con fuerza, con desesperación, como si pudiera borrar su tacto, como si pudiera arrancarme cada huella que ha dejado en mí.

Pero no puedo.

Y eso… eso es lo que más me duele.

Capítulo 24



Lucía

Apenas cierro los ojos en toda la noche. No sé si es por el frío que se ha instalado en mis huesos o por la rabia que arde en mi pecho

como un incendio incontrolable, pero no consigo pegar ojo ni un miserable segundo.

El viento ha dejado de rugir. La tormenta exterior se ha disipado, pero la que llevo dentro sigue desatada, arrasando con todo a su paso.

Cuando por fin veo la pantalla de mi teléfono iluminarse, noto un leve temblor en mis manos. Ha vuelto la señal.

Sin pensarlo dos veces, escribo un mensaje a Tom. Hoy es día de suministros. Hoy se va a tierra firme. Y yo me voy con él.

No hay cordialidades en mi mensaje.

No hay "por favor".

No hay "gracias".

No se merecen nada de mí.

Nadie.

Incluido él.

Las agujas del reloj avanzan como si arrastraran conmigo el peso de la decepción, de la humillación, de la herida profunda que me ha dejado su mentira.

Son las siete de la mañana cuando termino de cerrar la maleta.

Mando otro mensaje. Esta vez a Mrs. Gladys.

"Por una emergencia, tengo que abandonar la isla. Pasaré a dejarle la llave".

No explico nada más.

No quiero dar explicaciones.

No le debo nada a nadie.

Me pongo el abrigo con movimientos rígidos, como si mi

propio cuerpo se resistiera a moverse, a aceptar lo que estoy haciendo. Pero no hay marcha atrás. No esta vez.

Salgo de la casita y, por primera vez, no siento nostalgia.

No hay una punzada de melancolía al mirar el sendero que he recorrido tantas veces.

No hay aprecio en cada piedra, en cada brisa salada, en cada rincón de esta isla que llegó a sentirse como un hogar.

No.

Esta vez no hay nada.

Nada más que el peso de mis maletas y mi determinación de no volver a mirar atrás.

No quiero despedirme de nadie.

No quiero ver a nadie.

No quiero ni imaginarme la posibilidad de tropezarme con él.

Así que, bajo la cabeza, aprieto la mandíbula y echo a andar en dirección al puerto, rezando por que la vida, por una vez, me deje marcharme sin más dramas.

Cuando llego a la tienda de Mrs. Gladys, su rostro se ilumina al verme, pero esa expresión cambia en cuanto nota mi semblante. Se acerca con urgencia, como si pudiera detener lo inevitable.

—Querida, ¿estás bien?

Ese "querida" me atraviesa como un puñal, afilado y certero. Porque ahora sé la verdad. Porque ella también me ha mentido. Como todos.

—Sí —respondo con la voz firme, seca, escueta.

Ella me estudia, su mirada se pasea por mi rostro como buscando respuestas, pero no pienso darle ninguna.

—¿Te has podido despedir de James?

Mi pecho se contrae. Mis manos se cierran en puños dentro de los bolsillos de la chaqueta.

—Sí —repito sin titubear.

El silencio pesa en el aire. Sé que no le basta con esa respuesta. Así que, cuando su ceño se frunce, añado con la misma frialdad con la que me han tratado:

—Nos despedimos anoche.

No es mentira.

Pero tampoco es la verdad.

No como debería haber sido.

Ella asiente lentamente, como si intentara encontrar en mis palabras algo que no estoy dispuesta a revelar.

—Te echaremos de menos.

Su voz suena sincera, pero ya no me fío.

Ya no confío en nadie en esta isla.

Y yo, que hace semanas me habría derretido ante su dulzura, que habría aceptado su abrazo como un refugio, ahora solo quiero irme.

—Supongo que la normalidad volverá a la isla —respondo con frialdad, mis palabras afiladas como navajas.

Porque esa es la verdad, ¿no?

Yo fui la intrusa.

Yo fui el entretenimiento.

Yo fui la idiota que creyó que esto era real.

—Gracias por alquilarme la casita —añado, sin mencionar

abrazos, sin mencionar palabras cariñosas, sin mencionar ánimos... y, sobre todo, sin mencionar mentiras—. Le haré el último ingreso nada más llegar a Londres.

—Pero, querida, no has estado ni un par de días esta semana —insiste, frunciendo el ceño.

—Pero sé que alquila la casa por semanas. Adiós, Mrs. Gladys.

No espero su respuesta. No espero nada. Doy media vuelta y salgo de la tienda con la cabeza alta, aunque por dentro todo en mí esté destrozado.

Pero no he terminado con las despedidas.

Apenas he avanzado unos metros cuando veo a Artie corriendo en mi dirección.

—¡Pero niña! No te irás sin despedirte, ¿verdad? —pregunta con su eterna sonrisa bonachona, la misma que antes me hacía sentir en casa, pero que ahora solo me recuerda todas las mentiras.

Me trago la amargura. Me trago las ganas de decirle que sí, que claro que me habría ido sin despedirme, porque todos en esta isla me han tomado por una tonta.

Pero no lo hago.

No por él.

—Siento no haberte avisado con tiempo —me limito a decir, conteniéndome, sujetando las palabras hirientes que se agolpan en mi garganta.

Porque si empiezo, no voy a poder parar.

—No te preocupes, niña. Espero que vuelvas en alguna ocasión.

—Sí, claro.

Mentira.

Pero Artie no lo sabe.

Y yo no voy a ser quien le arruine la fantasía.

Subo al barco de Tom sin mirar atrás.

Porque si lo hago, sé que no podré contener el nudo en mi garganta.

La llegada a tierra firme es tan asquerosamente desagradable como lo fue cuando pisé aquella maldita isla por primera vez. El mar sigue queriendo destrozarme, pero esta vez no pienso dejarme vencer. Sí, estoy mareada. Sí, siento que, si doy un paso en falso, voy a vomitar el café (y la furia). Pero ni de coña voy a dejar que nadie de la isla me vea flaquear.

Tom intenta ayudarme, porque claro, él es así. Pero no.

No quiero su ayuda.

No quiero nada de la isla.

No quiero a nadie de la isla.

—Cuídate, Lucía. —dice con su tono amable, el mismo que antes me habría hecho sonreír.

Pero ahora lo único que quiero es alejarme de todo. De ellos. De sus mentiras. De sus risas a mi costa.

—Igualmente, Tom. —respondo con sequedad.

Sin más.

Sin despedidas largas.

Sin "gracias por todo".

Sin "nos vemos".

Porque no nos veremos.

Porque esto es un punto final.

Cargo con mis maletas con una determinación brutal y me alejo sin mirar atrás.

Terminal de trenes. Billete a Londres.

Eso es lo único que necesito.

Eso es lo único en lo que pienso cuando llego a la taquilla y, sin un segundo de duda, saco el primer billete disponible para largarme de aquí cuanto antes.

No me paro a ver tiendas.

No me paro a respirar aire nuevo.

No me paro a hacer lo que haría en cualquier otro viaje, en cualquier otra circunstancia.

No.

No hay paseo por las calles.

No hay *chai latte* de Starbucks.

No hay esa sensación de alivio al volver a la civilización.

Porque, maldita sea, esto no se asemeja a una victoria.

No me siento liberada.

No me siento mejor.

Solo me siento jodidamente vacía.

Pero da igual.

Cuanto más lejos esté de la isla, mejor.

Así que me siento en el tren, respiro hondo y espero.

Espero que Londres me envuelva en su caos, me ahogue en su ruido y borre hasta el último rastro de lo que esa maldita isla ha dejado en mí.

Nada más entrar en mi apartamento en Londres, cierro la puerta con un suspiro pesado y dejo caer las maletas en el suelo sin ningún tipo de ceremonia. El espacio parece diferente, como si no me perteneciera del todo, como si yo misma hubiera cambiado en el tiempo que estuve fuera y ahora esta vida, la que siempre había conocido, me resultara extrañamente ajena. Pero sacudo la cabeza. No, no voy a pensar en eso.

Saco el móvil y sin perder un segundo, realizo la transferencia a Mrs. Gladys. No porque se lo deba, no porque quiera mantener ningún tipo de relación con ella, sino por puro orgullo. Porque si alguien cree que me voy a ir de esa isla dejando cuentas pendientes, se equivoca. No pienso deberle nada a nadie de ese lugar. Ni dinero. Ni explicaciones. Ni siquiera un maldito recuerdo.

Acto seguido, abro el correo y escribo a Margaret. No le doy rodeos, no me entretengo en formalidades, solo le digo que estoy de vuelta y que quiero reunirme con ella. No pasa ni diez minutos cuando su respuesta llega, rápida y concisa como siempre. Mañana, a las diez en su oficina. Perfecto. Cuanto antes cierre este capítulo, mejor.

Dejo el móvil sobre la mesa y miro a mi alrededor. Todo está exactamente como lo dejé. Nada ha cambiado. Ni la lámpara torcida en la esquina, ni el abrigo que dejé colgado en la silla antes de marcharme, ni el olor a café viejo que mi compañera de piso deja en la cocina. La ciudad ha seguido su curso sin mí, la gente ha seguido corriendo, el tráfico ha seguido rugiendo, los edificios siguen iluminando la noche sin preguntarse dónde he estado.

Mi compañera de piso aparece en la puerta de la sala, con su pijama de algodón y una mirada curiosa.

—¡Lucía! —exclama con una sonrisa—. ¡Por fin! ¿Cómo fue la experiencia en la isla perdida del mundo?

Sonrío con desgana y me dejo caer en el sofá, fingiendo una normalidad que no siento.

—Bien. Frío, viento, cabras asesinas. Lo típico —respondo con una risa forzada.

—¿Cabras asesinas?

—Larga historia —digo con un gesto vago de la mano—. ¿Y tú? ¿Qué tal todo?

Y eso es todo. No hablo de la isla, no hablo de lo que ha pasado, no hablo de James. Nos ponemos al día con banalidades, con historias de oficina que no me importan, con anécdotas de cenas que me suenan a otro idioma. Y aunque intento prestar atención, pronto me doy cuenta de que la civilización no me ha esperado, que ha seguido su ritmo sin mí y que, por primera vez, no sé si me gusta.

Me levanto con una excusa poco convincente y me encierro en el baño. Me desnudo lentamente y me meto bajo la ducha caliente, dejando que el agua resbale por mi piel, como si pudiera borrar con ella todo lo que siento. Como si pudiera arrancarme la sensación de su piel contra la mía, su olor, su voz.

Pero no funciona.

Así que hago lo único que puedo hacer. Me meto en la cama, me tapo hasta la cabeza y cierro los ojos.

Mañana será otro día.

Mañana empezaré de nuevo.

Mañana… lo olvidaré.

Esa mañana me despierto temprano y, por absurdo que parezca, mi mente se alarma ante la ausencia del canto infernal del gallo. Es curioso cómo una tortura matutina puede volverse parte de tu rutina hasta el punto de extrañarla. Me quedo en la cama, dando vueltas, atrapada en un vaivén de pensamientos inútiles, intentando ordenar el caos en mi cabeza y, al mismo tiempo, evadiéndolo. Sé que tengo que enfrentarme al artículo de Elliot Grayson con

Margaret, pero cuanto más lo pienso, menos sé cómo hacerlo.

Finalmente, me levanto, me ducho y me visto sin demasiado esmero. Por primera vez en años, salgo de casa sin el atuendo impecable que siempre he considerado mi armadura. Vaqueros, una camisa holgada, una chaqueta y un par de tacones que han acumulado polvo en mi armario durante semanas. Me miro en el espejo antes de salir y apenas me reconozco. No solo por la ropa, sino porque siento que la mujer que está ahí reflejada ya no encaja del todo en este mundo.

Salgo a la calle y el aire denso de Londres me golpea en la cara, cargado de contaminación y ruido. Los cláxones de los coches, las conversaciones apresuradas, el bullicio incesante... Todo me resulta demasiado, como si mis sentidos aún no se hubieran acostumbrado de nuevo a este caos después de tanto tiempo en la isla.

Cuando llego a la oficina, cruzo el pasillo con paso firme, fingiendo una seguridad que está lejos de ser real. Margaret me ve y, sin perder el tiempo en saludos innecesarios, me hace un gesto con la mano para que entre a su despacho.

Respiro hondo.

Todavía no tengo claro qué le voy a decir, pero no puedo seguir posponiéndolo. Así que entro con la cabeza en alto, preparándome para lo que venga.

Margaret está sentada tras su escritorio, impecable como siempre, con su traje perfectamente planchado y ese aire de ejecutiva implacable que hace que hasta el más experimentado periodista se sienta como un becario en su primer día. Me observa con esa mirada afilada, evaluándome, como si intentara descifrar qué versión de Lucía ha regresado de la isla.

Me siento en la silla frente a ella sin esperar invitación, cruzo las piernas y apoyo las manos sobre mis rodillas. No me molesto en hacer comentarios triviales o en llenar el aire con frases educadas de

bienvenida. Sé que Margaret no es de esas. Quiere respuestas, no cortesías.

—Así que… —empieza con tono calculado—. Elliot Grayson.

No es una pregunta, es una afirmación. Y no sé por qué, pero su tono hace que una punzada de molestia me recorra el cuerpo. No sé si es porque me recuerda por qué fui a la isla en primer lugar o porque, después de todo lo que ha pasado, que su nombre salga de su boca me irrita de una manera que no quiero analizar.

Respiro hondo y mantengo mi expresión lo más neutral posible.

—Todavía estoy trabajando en ello —digo con voz firme, aunque la verdad es que ni siquiera sé si quiero escribirlo.

Margaret levanta una ceja y se recuesta en su silla, entrelazando las manos sobre su escritorio como si estuviera esperando que le diera algo más.

—Lucía, no me hagas perder el tiempo. Te fuiste semanas, estuviste en su maldita casa, hablaste con la gente de la isla, recorriste cada rincón. ¿Qué tienes?

Cierro los ojos un segundo y luego la miro con decisión.

—Tengo la historia de una isla remota, de un pueblo que vive ajeno al mundo, de personas que encuentran sentido en lo simple, de una comunidad que protege lo suyo con uñas y dientes.

Margaret me observa en silencio, con la mandíbula apretada.

—No me interesan los cuentos bucólicos sobre gente pintoresca y sus vidas, Lucía. Me interesa Elliot Grayson. El escándalo. El misterio. ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Por qué desapareció?

Ahí está. Esa es la historia que esperan. La historia que vendería. La historia que Margaret quiere a toda costa.

Y la historia que podría destruirlo totalmente.

Trago saliva y mantengo mi postura firme.

—No tengo nada de eso —respondo.

La expresión de Margaret se endurece.

—¿Nada? ¿Después de todo este tiempo?

—Nada —digo con una seguridad que me sorprende incluso a mí.

Un silencio denso se instala entre nosotras. Margaret me mira como si estuviera evaluando si estoy bromeando o si realmente me he vuelto completamente loca.

—Lucía… —dice con un tono más pausado—. Sé que te has implicado más de la cuenta en esto. Lo noto en tu cara, en tu actitud. Pero aquí no estamos para proteger a nadie. Estamos para contar la verdad.

—¿Y qué pasa si la verdad es que Elliot Grayson ya no existe? —espeto de golpe.

Margaret se inclina hacia adelante.

—Explícate.

Me paso una mano por el pelo y dejo escapar un suspiro.

—Lo que quiero decir es que el hombre que la prensa destruyó, del que hicieron un espectáculo, del que todo el mundo sacó teorías absurdas… ya no es ese hombre. Y no tengo derecho a arrastrarlo de nuevo a todo eso.

Mierda. ¿En qué demonios estoy pensando, defendiendo al maldito cabrón que me ha mentido todo este tiempo? Pero no lo puedo evitar. Es como un reflejo absurdo, una respuesta automática que mi cerebro se niega a desactivar.

Margaret apoya los codos en la mesa y junta las manos.

—Ese no es tu trabajo, Lucía. Tu trabajo es contar lo que sabes. Y hacer un artículo que venda.

—Y lo que sé es que… esta historia no le pertenece al mundo —digo, sintiendo cómo mi pecho se aprieta.

Nos quedamos en silencio, las dos midiendo las palabras no dichas.

Finalmente, Margaret suelta un resoplido y se pasa una mano por la cara.

—Sabía que esto pasaría. Sabía que te implicarías más de la cuenta.

—Lo siento.

—No, no lo sientes. Se te nota en la cara que lo harías otra vez —dice con un deje de frustración, pero también con una pizca de resignación.

Baja la mirada a su escritorio y toma un bolígrafo entre sus dedos, girándolo entre ellos antes de mirarme otra vez.

—Necesito algo de ti, Lucía. Un artículo. Uno bueno… —Margaret me mira con impaciencia, como si esperara que de repente tuviera una epifanía y le entregara la exclusiva del año—. Pero claro, ya que tú no eres capaz, voy a pasárselo a Sofía.

Levanta la mano con un gesto autoritario, y de repente, la puerta se abre. No me había dado cuenta de que había alguien esperando ahí.

—Sí —responde Sofía con una expresión de falsa inocencia mientras entra al despacho.

Maldita sea.

—Lucía va a pasarte sus notas para que termines el artículo. Lo quiero lo antes posible —ordena Margaret sin siquiera mirarme.

—De acuerdo —contesta Sofía, con una sonrisa que le cuesta

disimular.

Y ahí está. La estocada final.

—Lucía, lo siento —dice Margaret con una voz que no tiene ni un atisbo de arrepentimiento—, pero no creo que estés preparada para el puesto por el que luchabas. A partir de ahora, trabajarás en cosas más simples, en encargos en los que no tengas que implicarte demasiado.

Algo en mi pecho se rompe, pero ya no sé cuántas fracturas más puede soportar antes de hacerse añicos por completo.

Me levanto de la silla con la vista fija en la puerta. Me niego a derrumbarme aquí, delante de ella, delante de Sofía y su expresión triunfal.

Pero justo cuando estoy a punto de salir, la voz de Margaret me detiene.

—Lucía.

Me giro despacio, con la mandíbula tensa.

—Si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme —dice con esa suficiencia que me dan ganas de arrancarle de la cara.

Le sostengo la mirada un instante, sintiendo la furia arder en mi interior.

—No voy a cambiar de opinión.

Y sin esperar respuesta, salgo de su oficina, sintiendo que he cerrado una puerta que nunca volverá a abrirse.

Maldito seas, Elliot Grayson.

Maldito seas, James.

Por más kilómetros que haya puesto entre nosotros, por más que haya intentado alejarme de todo lo que representa esa isla, sigue encontrando la manera de joderme la vida.

Una vez fuera de la oficina, Sofia se acerca a mí con esa sonrisa de autosuficiencia que siempre ha llevado como un accesorio más.

—Vamos, Lucía, compártelo conmigo. Podemos hacer esto juntas. Te ofrezco repartir la primicia —dice con un tono falsamente amable, pero su mirada brilla con malicia.

La miro sin parpadear, sintiendo que algo dentro de mí se rompe aún más.

—No hay primicia, Sofia. No hay nada —respondo con voz neutra, sin emoción.

—¿De verdad? —pregunta, con una ceja arqueada, como si no pudiera creerlo.

—Te pasaré mis notas, si eso es lo que quieres. Pero no esperes de mí lo que yo jamás recibiría de ti.

Su sonrisa se tuerce en algo más cínico.

—¿Pensaba que querías el puesto? Te largaste a una isla desierta para conseguirlo. Lucía, esta no eres tú.

—El puesto ya es tuyo —digo sin un atisbo de emoción.

—Vamos, Lucía. Tú siempre has luchado. Somos iguales.

Me río sin ganas, sacudiendo la cabeza.

—No, Sofia. Yo no soy como tú. Yo nunca destruiría la vida de alguien y luego dormiría tranquila. Nunca he pisoteado a nadie para ascender.

—Es nuestro trabajo —replica sin inmutarse, como si fuera lo más lógico del mundo.

—No, nuestro trabajo es informar. No convertir la vida de alguien en un circo para nuestra propia gloria.

No le doy oportunidad de responder. Me giro sobre mis

talones y me marcho, sintiendo que no solo dejo atrás la conversación, sino también una parte de mi vida que ya no me pertenece.

¡Maldito James! ¡Joder! No entiendo cómo demonios sigo defendiéndolo después de que se haya reído de mí, después de haberme engañado, después de haberme hecho sentir como la mayor idiota del planeta. Y, sin embargo, aquí estoy, mordiéndome la lengua, evitando que destripen su vida en un artículo sensacionalista. ¿Por qué? ¿Por qué sigo protegiéndolo cuando él no tuvo ningún problema en traicionarme?

Y, por mucha rabia que tenga, por mucho que me hierva la sangre cada vez que pienso en su mentira, la verdad es que no quiero hacerle daño a nadie del mismo modo en que me lo han hecho a mí. Porque, aunque me duela admitirlo, aunque me carcoma la indignación, no puedo olvidar de un plumazo todo lo que sentí, todo el amor que creí que había entre los dos. No puedo borrar los momentos, las risas, las caricias que me hicieron pensar que, por primera vez en mi vida, estaba exactamente donde debía estar.

Esa misma tarde, con una frialdad que no siento del todo, le paso mis notas a Sofía. He eliminado estratégicamente información clave, no para sabotearla de manera evidente, sino lo justo para que se tope con un muro y acabe tirando la toalla. No es venganza, me repito a mí misma, es simplemente justicia poética.

Después, me obligo a concentrarme en la maravillosa tarea que me han encomendado: escribir un artículo sobre *"Lo mucho que hoy en día cuesta morir"*. Irónico, considerando que mi carrera en este periódico parece estar en estado terminal.

Así que ahí estoy, investigando ataúdes, costos de cremaciones y tarifas de funerarias con una mueca de absoluta desesperanza, mientras intento no pensar en una isla perdida en el mapa y en el hombre que, a pesar de todo, sigue ocupando demasiado espacio en mi cabeza.

No es hasta la semana siguiente que me entero de la noticia que hace que mi estómago se hunda hasta los mismísimos infiernos: Sofía va a viajar a la isla.

Aprieto el móvil entre los dedos mientras leo el mensaje que me ha enviado uno de mis compañeros de la redacción, quien, por supuesto, está encantado con la primicia.

"Sofía se va a la isla. Han invertido a lo grande para conseguir el artículo. Parece que ahora sí van a sacar toda la verdad sobre Grayson. Pensé que querrías saberlo".

Sí. Claro que quiero saberlo.

Pero lo que realmente quiero es no sentir este nudo en el pecho. No quiero preocuparme por lo que Sofía pueda descubrir, por lo que pueda escribir, por lo que pueda significar para él… y, sobre todo, no quiero sentir este instinto irracional de correr de vuelta a esa isla para evitar que lo destrocen.

¡Joder!

Además, le han alquilado un maldito helicóptero para llevarla y traerla sin que tenga que poner un solo pie en esa isla más tiempo del necesario. Porque claro, ella no va a mezclarse con los isleños ni a intentar comprender la historia de Elliot Grayson como lo hice yo. No, ella va a entrar, arrasar y salir en cuestión de horas con una exclusiva bajo el brazo.

Y lo peor de todo…

Lo peor es que no puedo hacer nada para detenerla.

Me imagino la escena en mi cabeza: Sofía, con su abrigo de lujo y su sonrisa de tiburón, aterrizando en medio de la isla como una maldita emisaria del apocalipsis, preguntando por Elliot Grayson, con esa manera suya de olfatear sangre en el agua. Y James… Dios santo, James.

¿Qué va a hacer cuando la vea?

Y, lo más aterrador de todo…

¿Va a mencionarme?

Porque no debería importarme. Porque no me importa.

¿Verdad?

Paso el día entero atrapada en un torbellino de pensamientos que no me llevan a ninguna parte. No importa cuánto intente concentrarme en otra cosa, cuántas veces mire la pantalla del ordenador fingiendo trabajar o cuántos cafés beba para distraerme… no se me va de la cabeza.

Sigo enfurecida.

Por lo que me hicieron, por lo que me ocultaron, por cómo jugaron conmigo como si fuera una ingenua turista que no merecía saber la verdad. Pero, sobre todo, sigo enfurecida conmigo misma.

Porque debería darme igual.

Me mintieron.

Todos.

Mrs. Gladys con su dulzura, Artie con sus risas, Tom con su amabilidad. James con su maldita sonrisa torcida y su forma de mirarme como si fuera lo único que importara en su mundo.

Pero no puedo engañarme. Conozco a Sofía. Sé lo que es capaz de hacer. Lo he visto antes. He visto cómo retuerce la verdad hasta que encaja en su historia, cómo se inventa detalles con tal de hacer que un artículo sea más escandaloso, más jugoso. No le interesa la verdad, no le interesa el arte ni la paz de la isla.

Solo le interesa el golpe, el impacto.

Va a ir a destrozarlo.

Lo sé.

Y con ello, va a destrozar la vida pacífica de todos los isleños.

Va a remover el pasado de James, va a hacer preguntas incisivas, va a convertirlo en el villano perfecto para su historia. Y lo peor es que va a publicarlo en primera plana, para que todo el mundo lo devore con el café de la mañana sin pensar en las consecuencias.

Pero… ¿a mí qué más me da?

Si James me hubiera dicho la verdad desde el principio, si hubiera confiado en mí, esto no estaría pasando. Pero no, eligió mentirme, eligió seguir con su farsa. Así que esto no es mi problema.

No es asunto mío.

No debería importarme.

No es mi maldito problema.

O quizás… sí lo sea.

Porque, al fin y al cabo, fui yo quien abrió esta puerta. Fui yo quien removió el pasado, quien quiso hurgar en lo que debía quedar enterrado.

Tal vez, después de todo, Sofia no estaba tan equivocada. Tal vez somos más parecidas de lo que quiero admitir.

Y por mucho que me esfuerce en ignorarlo, no puedo sacármelo de la cabeza.

Son las dos de la mañana cuando, incapaz de seguir luchando contra mis propios pensamientos, desbloqueo su número de teléfono con las manos temblorosas y tecleo el mensaje con una mezcla de rabia y desesperación.

"No he podido pararlo. Lo siento. Mañana una compañera viajará en helicóptero a la isla a buscar a Elliot Grayson. Ya no es mi artículo. Ya no soy yo. Espero que sepas engañarla tan bien como lo hiciste conmigo".

Aprieto los dientes con fuerza mientras mi pulgar se queda suspendido sobre el botón de enviar. La furia me ciega, pero también la tristeza. Escribirlo duele. Es como meter el dedo en una herida abierta y retorcerlo hasta que el dolor es insoportable. Y, aun así, lo envío.

La pantalla me muestra que está en línea. ¿Qué demonios hace a estas horas despierto?

Los puntos de escritura aparecen de inmediato.

"Lucía…"

Con un nudo en la garganta y el pecho ardiendo de impotencia, no dejo que me escriba nada más. Bloqueo su contacto y apago el teléfono de golpe.

¡Maldito seas, James!

¡Maldito seas, Elliot Grayson!

Y maldita yo, por seguir sintiendo esto.

Capítulo 25



James

Siempre supe que, tarde o temprano, Lucía se enteraría.

Sabía que, en algún momento, el destino me pasaría factura por haberle ocultado la verdad. Que su mirada, siempre afilada y curiosa, acabaría desentrañando lo que tanto me había esforzado en esconder. Pero aún así, me engañé. Pensé que podría esquivar la tormenta, que quizás la verdad nunca saldría a la luz. O, al menos, tendría tiempo de hablar con ella.

Iluso.

Lo que jamás imaginé, lo que ni en mis peores noches de insomnio anticipé, fue lo insoportable que sería perderla.

Desde el momento en que se marchó de la isla, todo volvió a ser… vacío. Pero no un vacío como el que me acostumbré a llevar en los últimos años, ese que se había vuelto mi refugio, mi normalidad. No. Este vacío es diferente. Este duele.

Me levanto por la mañana y la casita de la playa sigue cerrada, las ventanas dormidas, la puerta que nunca más volveré a ver entreabierta con su silueta apoyada en el marco.

Paso por el pub y ya no hay una risa escandalosa desde la barra, ni una figura inclinada sobre su portátil, ni una voz que me llame con ese tono de no quiero admitirlo, pero me gusta verte aquí.

Tras la bronca que me llevé de bastantes isleños cuando confesé que Lucía había atado cabos y no había sido yo el que le había explicado la verdad, las cosas en la isla no fueron fáciles. La desaprobación se extendió como una mancha de tinta sobre todo lo

que había sido mi refugio, mi tranquila vida aislada. La tormenta que generé al ocultarle la verdad a Lucía no solo me afectó a mí, sino que la isla entera parecía haber sido arrastrada en su corriente.

La mayoría de los isleños, aquellos que habían sido tan cálidos conmigo cuando llegué, ahora me miraban con desaprobación, como si fuera un niño malcriado que había metido la pata hasta el fondo. La gente de la isla no era como los de la ciudad. Aquí, la honestidad tenía un valor sagrado. Y yo había fallado.

Puedo ver sus rostros todavía, aquellos que antes me trataban con respeto, ahora me lanzaban miradas de juicio en cada rincón del pub, en cada encuentro por el sendero. Artie, incluso él, me dio una enorme reprimenda. Y Mrs. Gladys, esa mujer que siempre había sido tan maternal conmigo, no dejaba de lanzarme comentarios cargados de reproche, como si fuera el culpable de todas las malas decisiones de mi vida.

Pero lo peor de todo, lo que realmente me destrozaba, era que todo eso me lo había ganado yo. Mi propia cobardía, mi miedo a perder lo que había construido en este lugar, me llevó a mentirle a Lucía, a hacerla creer que no era lo suficientemente importante como para saber la verdad.

A pesar de todo, la isla siguió con su curso, como si nada hubiera pasado. Los días pasaban, uno tras otro, sin prisa, sin pausa. Los colores de la primavera empezaron a llenar el paisaje y las flores se abrieron como si nada hubiera cambiado. Los isleños seguían con sus vidas, y yo seguía aquí, atrapado en el remolino de mis propias decisiones.

La rutina se instaló de nuevo. Los mismos días, las mismas caras, los mismos rituales. El pub seguía siendo el centro del universo isleño, pero algo había cambiado para mí. Ya no sentía la misma paz que antes. Ya no podía disfrutar del bullicio ni del calor familiar que el lugar solía tener. Ahora, todo lo que pensaba era en Lucía. Y el vacío que dejó su marcha lo sentía con más fuerza que nunca.

Pero yo no sigo adelante.

En cada sorbo de cerveza que daba, en cada conversación casual con los isleños, sentía su ausencia como una losa. Ella ya no estaba aquí, y no iba a volver. Y eso, más que nada, me hacía sentir como un extraño en mi propio hogar.

Y lo peor es que sé que me lo merezco.

Porque yo mismo me convencí de que estar solo era mejor.

Que era más fácil.

Que no había nada fuera de mis muros que valiera la pena arriesgarme.

Pero entonces llegó ella, Lucía.

Llegó con su torpeza y su risa escandalosa, con su manía de hacer preguntas que nadie hacía, con su forma de llenarlo todo de ruido, de vida, de calor.

Se coló en mi espacio sin permiso, derribó mis defensas con el simple hecho de ser ella.

Y sin darme cuenta, me encontré queriendo escucharla todos los días.

Me encontré esperándola en el pub, buscándola en la playa, dejando leña en su puerta porque la idea de que pasara frío me jodía más de lo que debería.

Me encontré pintando de nuevo, sintiendo de nuevo, viviendo de nuevo.

Y ahora ella no está.

Y todo vuelve a ser gris.

Y yo soy el único culpable.

No duermo por las noches. Las horas se alargan, se estiran hasta hacerse infinitas. Cada vez que cierro los ojos, lo único que

veo es a Lucía, y la imagen de su mirada rota me atormenta más que el frío invierno de la isla. He intentado hacer todo lo que está a mi alcance para calmar el huracán que se desató cuando las mentiras se descubrieron, pero, a pesar de mis esfuerzos, la verdad sigue rondando mi mente. Y no hay consuelo, no hay forma de que el tiempo cure lo que he hecho.

He intentado ponerme en contacto con ella, cientos de veces. Mi dedo tiembla cada vez que busco su número en la pantalla, pero sé que lo primero que hizo fue bloquearme. Mis intentos han sido infructuosos. Cada vez que intento escribirle algo, me siento más perdido. Estoy acorralado por mis propios errores, sin una salida clara. La última vez que intenté llamarla, lo único que recibí fue un mensaje de "bloqueado". Y eso, en realidad, es lo que merezco.

Pero hoy… hoy es diferente.

Cuando mi teléfono vibra y veo que es un mensaje de Lucía, el mundo parece detenerse. Hay algo en ese mensaje, algo en su tono que me paraliza. No es el contenido, no es el mensaje en sí, es mucho más profundo. Es el hecho de que ella está hablando conmigo. Avisándome. Es el hecho de que, por primera vez en semanas, ella se ha permitido abrir una puerta hacia mí. Mi corazón se acelera y el aire se me escapa de los pulmones.

Todo lo que quiero hacer es escribirle, decirle lo que siento, disculparme, que sepa que no quise hacerle daño, que no era eso lo que quería cuando la metí en este enredo. Pero no tengo tiempo. Sólo me da tiempo a escribir "Lucía", y con eso, el teléfono se bloquea de nuevo. El mensaje se esfuma, y con él, la esperanza.

Y entonces leo lo que ha escrito, en un segundo intento, pero esta vez no la siento tan lejana. Lucía ha intentado protegerme, no ha escrito el artículo, pero se lo han pasado a su compañera. En mi mente resuena su mensaje, cada palabra resonando como un eco en mi pecho: "No he podido pararlo. Lo siento". La verdad. La jodida verdad. Lo que quise evitar por tanto tiempo. Lo que me costó tanto admitir.

Es exactamente lo que traté de evitar cuando me escondí detrás de mentiras. Sabía que esto iba a pasar, sabía que alguien más tomaría la historia, y aún así, no pude evitarlo. No pude evitar perderla. Y ahora, la historia está siendo escrita por alguien más. Alguien que no conoce la verdad como yo la conozco, alguien que no entiende lo que realmente sucedió.

El tiempo ya no es mi aliado. El final está escrito y no puedo hacer nada para evitarlo. Pero una cosa está clara: no voy a dejar que otra persona cuente mi historia.

Si alguien tiene que escribir sobre lo que sucedió, esa persona es ella. Es Lucía. Y aunque ella me odie, aunque no me perdone, aunque todo parezca perdido, sé que tengo que hablar con ella. No puedo dejar que todo termine así.

Decido que voy a ir directamente a donde está todo el caos. A la oficina de *The London Eye*. Mañana mismo. Para hablar con Margaret, con su jefa. Ya la conozco, hemos trabajado juntos antes, y sé cómo manejarla. No es la primera vez que me enfrento a editores despiadados. No es la primera vez que me enfrento a la presión de un artículo que puede destruirlo todo. Pero esta vez, no se trata de un artículo, ni de dinero, ni de la fama. Se trata de Lucía. Y eso, lo haré bien.

Por primera vez en mucho tiempo, estoy listo para afrontar las consecuencias de mis actos, listo para hablar con ella y, si es posible, intentar salvar lo que nos queda.

Londres me recibe con el mismo asco de siempre. El caos, el ruido, las calles abarrotadas de gente que parece tener prisa por ir a algún lado sin saber realmente adónde. Es como si estuviera en una ciudad que nunca deja de moverse, donde todos corren, pero nadie realmente avanza. Todo me resulta ajeno, distante, como si fuera parte de un espectáculo que no me pertenece. Pero en este momento, no tengo otra opción. Necesito resolver esto, necesito hablar con Lucía y hacer lo que debí haber hecho desde el principio.

Me he puesto mi mejor traje, el que no he utilizado en más de cinco años.

La oficina de *The London Eye* me recibe con su típico aire frío y profesional. El olor a café y papeles me golpea nada más entrar. Margaret está sentada en su escritorio, la expresión calculadora que siempre lleva puesta. La he llamado a primera hora de la mañana, lo que significa que ha estado esperando mi llegada.

—Vaya, vaya. El gran Elliot Grayson en persona —dice, su voz cargada de una mezcla de sarcasmo y fascinación. La noto disfrutar demasiado del momento, como si hubiera estado esperando este enfrentamiento.

Me limito a sonreír con frialdad. La historia de mi vida de nuevo parece resumirse en sonrisas frías y conversaciones tensas.

—No quiero rodeos. Dame a Lucía.

Margaret alza una ceja, el brillo de diversión en su mirada no pasa desapercibido. Pero sé que no puede negarse. No cuando le estoy ofreciendo la exclusiva que siempre soñó. El artículo que puede catapultarla a la cima, el artículo que todos los medios envidiarían.

—Está de camino. Ya la he llamado —dice con una sonrisa satisfecha.

Es entonces cuando la veo entrar.

Lucía.

No como la vi la última vez, con los ojos enrojecidos por la rabia y el dolor, gritando mi nombre con furia mientras la tormenta azotaba la isla. No. No ahora. Ahora entra con la cabeza alta, vestida con ropa que parece demasiado formal para ella, el brillo en sus ojos es el mismo fuego que me atrapó desde el primer momento, pero algo ha cambiado. Hay algo más en su mirada, una mezcla de tristeza y vulnerabilidad que me hace querer acercarme y explicarle todo lo que he callado.

Pero cuando me ve, se detiene en seco. Su expresión pasa de la sorpresa al desconcierto, luego se tensa en una mueca de algo que no puedo descifrar. Sin embargo, no se va. Cierra la puerta detrás de sí y me sostiene la mirada, firme, desafiante. Y eso, por alguna razón, me da esperanza.

Bien.

Que me odie. Que me grite. Que haga lo que quiera. Estoy listo para todo. Pero esta vez, no voy a esconderme detrás de mentiras. Esta vez voy a decirle la verdad. La verdad completa, sin filtros. No me importa si me odia. Lo único que quiero es que me escuche.

Margaret, al ver la situación, decide cumplir con mi petición y salir del despacho, permitiendo que las palabras fluyan entre Lucía y yo.

Y yo, por fin, me encuentro en el lugar que debía haber estado hace mucho tiempo: frente a ella, con el corazón acelerado, dispuesto a enfrentar lo que he hecho, dispuesto a contarle todo lo que ha estado en mis pensamientos durante todo este tiempo.

Porque, aunque ella no lo sepa, Lucía es la razón por la que todo lo demás ya no importa.

Lo primero que hago cuando Margaret cierra la puerta de su despacho dejándonos a solas, es inclinarme hacia Lucía. Pero ella, rápida como siempre, se aparta, sus ojos evitando los míos. No hay ni un indicio de simpatía en su rostro.

—Estoy aquí solo porque me han obligado a venir —dice con una voz que tiembla, pero solo un poco. —Así que, no perdamos el tiempo.

La tensión entre nosotros es palpable. ¿Cómo se supone que reacciono ante eso? Debería ser más directo, y sé que tengo que decirle la verdad, todo lo que ha estado oculto entre nosotros. Así que respiro hondo y me preparo para soltar las palabras que tanto

he guardado. Y lo primero que le digo es esto:

—Los isleños, cuando te conocieron, insistieron en que te dijera la verdad. Pero no encontré el momento. Solo intentaron protegerme. Pero cuando te conocieron, también intentaron protegerte a ti.

Lucía se cruza de brazos, su mirada se endurece. Lo que más duele es que ni siquiera me mira cuando responde.

—¿Por qué James? —pregunta, su voz tan fría y distante como una pared de hielo.

Mis palabras caen pesadas entre nosotros.

—Mi verdadero nombre es Elliot "James" Grayson —digo, dejando escapar una mueca, como si eso fuera suficiente. Pero sé que no lo es. No para ella.

Lucía toma notas, sus dedos moviéndose con rapidez sobre el papel. Pero, al poco, se detiene. Sus ojos no se mueven de mi rostro. Dejo que el silencio se extienda, sabiendo que es mi turno de hablar, mi turno de contarle todo lo que he guardado.

Le cuento todo. Sin filtros. La presión me consume. Y aunque no lo quiero admitir, hay una parte de mí que necesita que me escuche. Necesito que lo entienda.

Le hablo de la mentira en la que se convirtió en mi vida con la fama. De lo que fue desaparecer, de cómo fue vivir en el centro de una avalancha de rumores y falsedades que no podía controlar. La gente creía lo peor de mí. Mi matrimonio se destruyó.

—Mi exmujer fue quien arruinó todo. Tenía una obsesión insaciable por el dinero, por las fiestas, por la apariencia. —le explico, sintiendo que, por fin, puedo respirar un poco más tranquilo. —Ella y mi agente fueron los que me forzaban a asistir a cenas, eventos, actos públicos, como si mi vida fuera su *show* privado. Todo eso me era ajeno. No quería nada de eso. Solo quería pintar, perderme en el arte, encontrar paz. Así que me fui, me alejé de todo

eso. Estuve casi un año viajando, buscando algo que me devolviera el equilibrio, hasta que volví a la isla. La isla de mi infancia, donde pensé que podría hallar algo de calma. Pero ella no me dejó en paz. Me atacó una y otra vez a través de la prensa, inventando historias, distorsionando la realidad. La gente comenzó a verme como el villano, el esposo infiel, el que había destrozado todo lo que habíamos construido juntos.

Sigo hablando. Lo digo todo. Cómo pedí el divorcio, cómo dejé atrás un mundo que me destrozaba, cómo la isla me acogió sin juicio, sin demandas, sin cámaras. Fue el único lugar donde pude encontrar algo que se parecía a la paz.

Cuando finalmente llego al punto crucial, el momento en el que la verdad está al alcance de mis labios, cuando debería decirle lo que siento, que la necesito, que mi vida no tiene sentido sin ella... me detengo.

Una parte de mí se paraliza. No puedo seguir. Y no lo hago. No ahora. No hasta que ella esté lista.

—Es tu historia —digo, mi voz grave, cargada de emoción. —Escribe lo que quieras, Lucía. Puedes destruirme con eso, o hacer algo diferente. Pero es tu decisión. Solo tú puedes decidir.

Lucía no responde de inmediato. Su mirada atraviesa la habitación, como si luchara contra sí misma, como si no supiera si darme un puñetazo o besarme. Está atrapada, lo sé. Pero no lo dice, no lo hace.

La tensión es insoportable. Después de un largo silencio, se levanta de su asiento, me da la espalda, y sin decir una palabra, se va.

Margaret, al ver la escena, se acerca lentamente. Su rostro está iluminado por una sonrisa que no puedo identificar del todo.

—Esto es historia pura —dice, casi babeando por la oportunidad. —Lucía va a escribir un artículo que valdrá millones.

Pero la verdad es que, a mí, ni un solo centavo me importa. Solo me importa ella. Y todo lo que acabo de perder.

Y lo peor de todo es que, ahora, lo único que me queda es esperar.

El artículo salió publicado. Y no, no fue un escándalo. No se trató de amarillismo ni de sensacionalismo. Fue simplemente la verdad. La historia completa, tal y como era, sin adornos ni manipulaciones. Margaret estaba extasiada, lo cual, por supuesto, me dejó con un sabor amargo. Me ofreció más entrevistas, más posibilidades. Me ofreció la oportunidad de hacer un especial sobre arte, sobre mi vida, sobre mi historia. Pero ya no quiero ese mundo. He dejado atrás todo eso.

Sé que a Lucía le ofrecieron un ascenso. Lo que siempre soñó. Y lo merece. Pero yo, yo sigo aquí, en la isla, buscando esa paz que solo puede encontrarse en sus acantilados, en los amaneceres dorados que acarician el horizonte, y en la brisa salada que siempre se cuela por mi ventana. Me convenzo de que esto es lo mejor para todos, pero cada vez que paso por el pub y veo la casita vacía, cada vez que me despierto en una cama vacía, un agujero profundo se forma en mi pecho.

Entonces, un día, un puto día cualquiera, escucho el sonido de un helicóptero acercándose. Mis pensamientos se disipan, y mis pies me llevan afuera, como si mi cuerpo supiera lo que mi mente aún se niega a aceptar.

Y ahí está ella. Lucía. Con no una ni dos maletas, sino tres enormes maletas que parecen pesar más que todo lo que había dejado atrás. Su cabello alborotado por el viento, sus ojos brillando con la misma expresión desafiante de siempre. Tropieza al bajar y está a punto de caer de bruces. Como si el tiempo nunca hubiera pasado, como si nunca se hubiera ido.

Me quedo allí, sin saber qué hacer, con el corazón latiendo a mil por hora. Y entonces, cuando el mundo parece detenerse, ella da

un paso hacia mí, rompiendo la distancia que nos separaba.

—¿Has venido a buscar inspiración para otro artículo? —pregunto, intentando mantener la voz serena, cuando en realidad mi cuerpo está temblando por dentro.

Lucía sonríe. Da un paso más hacia mí, dejando que el espacio entre nosotros se reduzca casi por completo.

—No —responde, su voz firme, pero con una suavidad que me llega al fondo.

—Enhorabuena por tu ascenso.

—No lo quiero.

Da un paso más, y en ese momento, el aire entre nosotros se congela. Mi corazón late con una fuerza que siento en la garganta, en la piel, en cada fibra de mi ser.

—¿Entonces?

—He venido por ti.

Esas palabras caen como una bomba, derrumbando todo dentro de mí. Y sin decir una palabra más, da el último paso, cruza el maldito espacio que nos separaba y me besa. Su boca es una explosión de todo lo que he guardado en silencio, de momentos que se quedaron atrapados en el tiempo, de palabras no dichas que ahora se derraman sin control.

Le abrazo, la levanto del suelo, sin poder creer que la tengo aquí, entre mis brazos, de nuevo. Le beso con una pasión desbordada, como si el tiempo no hubiera existido, como si la isla y el mundo entero hubieran estado esperando este momento, como si no hubiera pasado ni un solo día desde que se fue.

Le beso con todo lo que soy, con cada rincón de mi alma que solo ella ha tocado. Porque ella no solo ha regresado. Ella es mi hogar, mi refugio, el latido que siempre busqué en este caos. Es el lugar donde mi corazón finalmente descansa, el rincón del mundo

donde todo tiene sentido. Y ahora, al tenerla entre mis brazos, sé que nunca más querré estar en ningún otro lugar.

Epílogo



Lucía

Vale, lo reconozco —aunque me cueste más que dejar pasar una oferta de vuelos baratos—: cuando Margaret, después de renunciar al trabajo por el que había peleado como una leona en una junta de accionistas, me ofreció el helicóptero de la compañía (sí, UN HELICÓPTERO, como si estuviéramos en una película de Tom Cruise), me di cuenta de que ella tenía mucho más claro que yo lo que yo misma necesitaba en ese momento.

Mientras yo todavía estaba debatiéndome entre la rabia, el agotamiento y el impulso de desaparecer del planeta, ella no dejaba de elogiar mi trabajo en *The London Eye*, como si quisiera convencerme de que me quedara. Pero cuando vio que no había manera —que ya me había ido por dentro, aunque mi cuerpo siguiera ahí, sentada en su silla incómoda—, lo aceptó. Y me dijo algo que todavía hoy me retumba en la cabeza como un eco incómodo pero bonito:

—Admiro tu valentía y tu integridad. Muy poca gente la tiene en este mundo.

Y ahí me desarmé un poco. Porque, aunque yo misma no estaba del todo segura de lo que estaba haciendo, alguien como ella —tan fría, tan brillante, tan todo bajo control— me estaba diciendo

que lo que hacía tenía sentido. Le confesé que, después de todo lo que pasó con Elliot, no podía dejar de pensar en escribir ese libro que siempre había querido escribir. Ese proyecto que llevaba años archivado en el fondo de mi cabeza, esperando el momento "ideal" que nunca llegaba.

Y de repente, ese momento había llegado. Tiempo tenía. Y dinero… también. Porque, sorpresa: Elliot —sí, Elliot James Grayson, el hombre que me hizo girar la cabeza y luego me la desordenó por completo— había negociado, sin decírmelo, que además del sueldo por mi trabajo en plantilla, me correspondiera un porcentaje de los beneficios. Lo dejó todo bien atado, en silencio, sin hacer alarde. Un gesto tan inesperado como él.

Así que ahí estaba yo. Libre. Confundida. Con un helicóptero esperándome y una oportunidad que, por una vez, no tenía que pedir permiso para tomar.

Tardé un par de días en confirmarlo. Porque claro, una no se sube a un helicóptero como quien se sube al metro. Había algo dentro de mí que necesitaba ordenar primero. Respirar. Aceptar. Entender que, por una vez, no había tenido que competir como en una versión emocional de *Los Juegos del Hambre* para llegar donde estaba. No había pisado a nadie, ni saboteado a escondidas, ni manipulado situaciones con sonrisas falsas y mails en copia oculta. No. Lo había conseguido siendo yo. Brillante, adicta a exigirme demasiado a mí misma y, para qué negarlo, un poco caótica —una mezcla explosiva entre Marie Curie y un huracán con pintalabios.

Y eso me daba fuerza. Me hacía sentir limpia, ligera… poderosa. Porque vamos a ver: ya era hora de dejar de disculparme por las cosas buenas que me pasaban. Ya era hora de entender que sí, me lo merecía. Me merecía el reconocimiento por ese artículo que se había vuelto viral sin tener que hundir a nadie ni enseñar carne. Me merecía el dinero. Me merecía que me trataran como una profesional y no como "la chica con potencial" que siempre está a punto, pero nunca termina de cruzar la línea de meta.

¿Que a Sofía le había fastidiado? Pues claro. Que se lo tomó como una puñalada en forma de exclusiva brillante, también. Pero yo no le quité nada. La vida, en uno de sus raros momentos de lucidez (o quizás el karma, aburrido de verme comiéndome mis frustraciones con cuchara), había decidido que por una vez la balanza se inclinara a mi favor.

Y luego estaba él. ÉL. El hombre que había llegado como un huracán con frases desconcertantes, y me había desordenado la existencia con una mezcla letal de ternura y sensatez. Volver a su lado también formaba parte de lo que me merecía. Porque, aunque hubiera huido, aunque lo nuestro hubiera parecido una idea pésima envuelta en mariposas, él también había sido parte de todo esto. Y ahora, mientras el helicóptero esperaba con sus aspas girando y mi corazón igual de acelerado, por fin lo sabía: no tenía que elegir entre ser fuerte y ser feliz. Podía ser ambas. A mi manera. Y con él.

No os creáis que todo fue tan alucinantemente perfecto, de postal con filtro y música de fondo. No, no. Si ya había salido del barco como una diva mareada en apuros, el helicóptero fue la secuela. Por poco me mata. Literalmente. Qué bonito es volar sobre el mar hasta que tu estómago decide hacer un motín y tu dignidad se queda temblando entre las hélices.

Y eso no fue lo peor. Lo peor fueron mis miedos, que aprovecharon el trayecto como si hubieran reservado asiento en ventanilla. ¿Y si James había cambiado de idea? ¿Y si lo nuestro solo había sido una ilusión mía, una fantasía alimentada por falta de oxígeno y exceso de tensión sexual no resuelta? ¿Y si me estaba lanzando, otra vez, al vacío sin paracaídas?

Pero todo eso se esfumó, así, puf, en el momento en que lo vi. Allí, de pie en medio del prado donde el helicóptero empezaba a aterrizar con dramatismo cinematográfico, esperándome como si fuera lo más natural del mundo. Me tambaleé, sí, a punto de caerme del mareo, de la emoción y de esa absurda mezcla de amor y vértigo… pero conseguí recomponerme rápido. Como una liebre

elegante, si es que eso existe.

Y él... él estaba allí. Con esa sonrisa que me desmontaba. Con los brazos abiertos, como si el mundo fuera un lugar sencillo y acogedor. Y con esos labios, esos labios, que ya no eran solo labios: eran hogar.

La noticia de mi regreso corrió como la pólvora… y no me extraña, sinceramente. Porque claro, no todos los días una aparece en la isla en helicóptero, como si fuera una mezcla entre Mary Poppins y Beyoncé en su era más dramática. Aquello no fue una llegada, fue un evento.

Mrs. Gladys, la misma señora que te mira por encima de las gafas con cara de "a mí no me impresiona nadie", se quedó por primera vez cohibida. COHIBIDA. Casi me dan ganas de tomarle la temperatura. Pero al final se acercó, me miró con esos ojos que te analizan el alma y, sin decir nada, me dio un abrazo de esos que te estrujan los huesos y, de paso, te recomponen las piezas del corazón. Un abrazo que decía: "Menos mal que has vuelto, loca maravillosa".

James ya me había contado que ella había preguntado por mí, con esa mezcla de orgullo encubierto y curiosidad de pueblo. Y cuando vi aparecer a Artie... ay, Artie. Por poco me pongo a llorar como una auténtica Magdalena. Con él, todo fue emoción pura, sin filtros ni frases ensayadas.

Y así fue uno tras otro. La gente del pueblo iba llegando, algunos con cara de "¿pero esta no se había ido para siempre?" y otros como si esperaran que dijera que era un rodaje para Netflix. Todos con esa mezcla irresistible de chismorreo y afecto. Porque sí, la loca mujer había vuelto. Voluntariamente. En helicóptero. Y con la determinación de quien ha cruzado tormentas, dudas y mareos para recuperar algo que realmente importa.

Esta vez no me quedé en la adorable pero crujiente casita de Mrs. Gladys —esa donde las paredes escuchan y el colchón tiene

más historia que el archivo municipal. No, no. Esta vez me instalé directamente en casa de James. Así, sin escalas, sin dramas y sin medias tintas. Y debo admitirlo: era un auténtico lujo despertarme cada mañana entre sus brazos.

Poco a poco me fui acostumbrando a convivir con el verdadero ególatra de las mañanas: el gallo. Ese ser despiadado que cantaba como si el mundo necesitara urgentemente saber que ya eran las seis y pico. Pero a pesar del canto infernal, despertarme cada día entre los brazos de James era un regalo. Él, siempre dulce, siempre atento, tenía la capacidad casi mágica de hacer que incluso mis mañanas pre-café fueran soportables. Y si por casualidad me pillaba gruñona (vale, más que casualidad, costumbre), me tapaba los oídos con cariño, como si pudiera protegerme de todo lo feo del mundo… o al menos de las notas agudas del gallo.

Nuestra vida dio un giro inesperado unas semanas después de mi regreso. Resulta que aquella tormenta épica —la de truenos, viento huracanado y pasión descontrolada en la ducha— no solo nos dejó mojados y con toallas por todas partes. Nos dejó también un regalo. Estaba embarazada.

Y sí, al principio fue como subirme a una montaña rusa emocional sin cinturón. No estaba preparada. Ni me había planteado ser madre tan joven, ni en mitad de una relación aún en versión beta. Pero ahí estaba el test, diciéndome en letras minúsculas y crueles: sorpresa.

James, en cambio, reaccionó como si le hubieran anunciado que había ganado el premio a "mejor futuro padre del año sin proponérselo". Con una sonrisa enorme, de esas que no puedes fingir, y una calma que, sinceramente, me daba tanta paz como rabia. Estuvo allí en cada mareo matutino (literalmente sujetándome el pelo), en cada antojo irracional (sí, también cruzó media isla buscando helado de chocolate a las 11 de la noche), y en cada una de mis metamorfosis hormonales, desde el llanto dramático por un anuncio de detergente hasta la furia repentina porque alguien dijo

"relájate".

Y así, entre vómitos, caricias y una relación que crecía a velocidad de crucero, empezó nuestra nueva historia. Mucho menos perfecta que las películas, pero muchísimo más real.

Nos mudamos a la casa grande. La que siempre había estado cerrada, silenciosa, como si llevara años esperando exactamente este momento. Como si el destino la hubiera reservado para nosotros con un susurro suave: "Aquí es. Aquí vais a construir lo vuestro. Con niños, con gatos, o con sueños, pero juntos".

Esa casa, que un día me pareció enorme, casi demasiado para dos personas que apenas sabían si encajaban del todo, se ha convertido en nuestro refugio. Nuestro hogar. Un lugar donde las paredes empiezan a llenarse de risas, de rutinas nuevas, de pequeños rituales. Donde los muebles nuevos se van amoldando a nuestra vida, y donde los roces del día a día —esas discusiones dulces sobre quién cocina o quién ha vuelto a dejar los calcetines bajo el sofá— solo hacen que todo se parezca más real, más nuestro.

Vivimos juntos. Y aunque somos polos opuestos, de algún modo encajamos con una delicadeza que no deja de sorprenderme. Él es todo orden, cuidado y calma. Un alma que encuentra belleza en lo simple, en el silencio, en el detalle. Yo, en cambio, soy caos con emociones desbordadas, café a deshoras y papeles por todas partes. Pero convivimos en armonía, como si nuestros desajustes fueran justo lo que el otro necesitaba para respirar mejor. Como si hubiéramos sido hechos a medida para convivir en la imperfección.

Y luego está su estudio. Ese templo sagrado donde no se puede entrar sin permiso, donde los pinceles están más organizados que mi vida y el silencio tiene categoría de regla sagrada. Varias veces —con una mezcla perfectamente calibrada de dulzura, descaro y cara de "no me puedes negar esto, soy adorable"— le he pedido que me deje quedarme a ver cómo pinta. Quiero verle en acción, en su elemento, ver cómo desaparece del mundo real y se va al suyo,

con sus lienzos, sus colores y esa concentración intensa que da entre morbo y ternura.

Y sí, vale, confieso que mi interés artístico venía aderezado con cierto cotilleo… porque los rumores. Esos gloriosos rumores que decían que Elliot pintaba desnudo. Nada confirmado, pero yo, como buena investigadora vocacional con imaginación hiperactiva, tenía preguntas.

Cada vez que se lo menciono, James pone esa sonrisa que mezcla "qué pesada eres" con "pero te amo igual" y me dice, con esa voz de profesor serio que claramente se está aguantando la risa:

—Jamás he pintado a nadie desnudo. Jamás. A no ser que seas tú la modelo. Pero hay una condición: los dos sin ropa. Y no me hago responsable de mis pinceles… ni de mis impulsos.

Así que por ahora el estudio sigue siendo territorio misterioso, aunque no descarto que un día se convierta en escenario de nuestra propia obra de arte... a todo color, sin ropa y probablemente con mucha risa entre brochazo y brochazo. Porque si me va a pintar, que sea como soy: caótica, enamorada y probablemente con un pie metido en el bote del aguarrás.

En estos últimos meses, la vida ha sido una especie de comedia romántica con tintes de improvisación y una banda sonora decente. Mi primer libro está a punto de ver la luz —sí, ese libro que empecé entre dudas existenciales, antojos absurdos y algún que otro grito hormonal al aire. Es una mezcla explosiva: un poco de mí, un poco de James, y bastante de la isla, incluyendo cabras, tormentas, silencios incómodos, reconciliaciones tiernas y pruebas de paciencia dignas de un retiro espiritual (o de aguantar a James organizando la nevera por colores).

Es, básicamente, un cóctel literario agitado, no revuelto. Algo así como un guiso improvisado que parecía un desastre y, de pronto, resulta que sabe a gloria.

Mientras tanto, James ha vuelto a exponer sus pinturas,

aunque en una versión mucho más auténtica. Ya no va a todas esas cenas de etiqueta donde la gente habla de arte sin haber tocado un pincel en su vida, ni a esas galas donde los canapés son más pretenciosos que las propias obras. Ahora solo asiste si le apetece. Y cuando va, va conmigo. Y yo, que antes me sentía como una intrusa en ese mundo, ahora me planto a su lado con una mezcla de orgullo y cara de "sí, es mío, y además pinta como los ángeles, aunque a veces lleve los pantalones rotos y barba de náufrago ilustrado".

Lo curioso es que incluso en esos momentos más… casuales, sigue fascinándome. Tiene ese don de convertir el desaliño en arte y el caos en calma.

Y cuando el pequeño finalmente llegó —envuelto en una manta blanca, con esas manitas diminutas que parecían tener más energía que yo después de dos cafés y una siesta fallida— supe, con una claridad absoluta, que todo lo vivido hasta entonces… sí, todo: el caos, las dudas, los tropiezos, los mareos (físicos y emocionales), no solo había valido la pena, sino que había sido el mejor y más caótico prólogo jamás escrito. Porque ahí estaba él, mirándome con esos ojitos curiosos como si ya estuviera juzgando mis capacidades de madre al 200%, mientras yo apenas podía creer que aquel ser tan pequeño y redondo había salido de mí. Literalmente. Y ahora tenía la audacia de evaluarme. Con la mirada. A las siete de la mañana.

Tan pequeño, tan frágil, con una cabecita llena de pelo moreno, tan oscuro que parece que absorbe la luz y los secretos familiares al mismo tiempo. Pero lo que de verdad me deja sin aire son sus ojos. Esos ojos verdes, intensos, profundos. Exactamente como los de su padre. Esos ojos que no mienten y que, cada vez que me miran, me recuerdan de quién es hijo. Como si hiciera falta más evidencia después del carácter que ya apunta.

Aunque si algo me tiene absolutamente rendida —y si me conocéis, sabéis que esto no lo digo a la ligera— son los mofletes. Esos mofletes gloriosos, redondos, suaves como bollitos recién

horneados, que se inflan cada vez que sonríe como si estuvieran a punto de despegar hacia su próxima travesura. Esos mofletes que han pasado a ser el centro de todas las caricias, besos y adoraciones familiares, y que, estoy convencida, son su estrategia inicial para conquistar el mundo. Una sonrisa, un achuchón y ¡zas!, ya estás firmando un tratado de rendición incondicional con un ser de menos de cinco kilos.

Y así, sin saberlo, sin planearlo, empezó la verdadera historia. Nuestra historia. En esa isla llamada Willow, que al principio parecía un castigo con viento y cabras, y terminó siendo el escenario perfecto para todo lo que nunca supe que necesitaba. Una historia de amor, sí, pero también de risas, noches sin dormir, hormonas de festival y emociones que no caben en ninguna lista de control.

Si alguien me hubiera dicho que acabaría viviendo todo esto —tan inesperado, tan intenso, tan mío— probablemente habría pedido un manual, un croquis y un vaso de vino. Pero aquí estoy. Aquí estamos. Y sinceramente, entre pañales, miradas cómplices, siestas a medias y besos de "no sé cómo llegamos hasta aquí pero menos mal que lo hicimos" … no cambiaría nada.

Y así terminó todo... o, mejor dicho, así empezó lo que de verdad importa: una vida con amor, algo de pintura en el suelo, un gallo impertinente y un bebé con mofletes que ya se cree el jefe de la casa. Spoiler: lo es.

Porque al final, la isla de Willow no fue solo un lugar en el mapa, fue el escenario perfecto para perderme, encontrarme, enamorarme... y darme cuenta de que el final feliz no siempre llega con vestidos de ensueño y música de violín de fondo, sino con el pelo despeinado, manchas de puré en la camiseta, un bebé que huele a galleta… y un corazón que, por fin, sabe que está exactamente dónde debe y quiere estar.

~Fin~

Agradecimientos



Quiero comenzar este agradecimiento con una inmensa gratitud hacia todas las lectoras que han acompañado esta historia. Vuestro apoyo y cariño han sido mi mayor fuente de motivación para seguir escribiendo. ¡Gracias, de corazón, por cada mensaje, por cada palabra de aliento y por cada comentario que me ha llegado! Vosotras sois el alma de este proyecto, y sin vuestro entusiasmo, nada de esto habría sido posible.

A mis hermanas, mi familia y mis amigos, que han sido mi pilar constante. Su amor incondicional y su paciencia durante este viaje de escritora, con todo lo que ello implica, me han dado la fuerza para continuar. No hay palabras suficientes para expresar lo agradecida que estoy.

Un agradecimiento especial a mis lectoras cero, Mary y Pilar. No puedo evitar sonreír al recordar cómo se enamoraron de los personajes, cómo compartieron conmigo sus pensamientos y sentimientos más profundos. Son mis cómplices, gracias a su cariño y su tiempo.

Y, por último, me encantaría pedirte un pequeño favor: si has disfrutado de esta historia, te agradecería muchísimo que dejaras una valoración en Amazon. Tu opinión no solo significa mucho para mí, sino que también ayuda a que más lectores puedan descubrir

esta historia… y me da la oportunidad de seguir escribiendo con el corazón (y mucho café).

Gracias a todos por estar aquí, por leerme, por emocionarse conmigo y por hacerme sentir que mis palabras encuentran un lugar bonito en vuestros corazones. Gracias por darme la oportunidad de seguir haciendo lo que más amo: contar historias que conectan, que abrazan y que, con suerte, sacan alguna que otra sonrisa.

¡Nos vemos en el próximo libro!

Con todo mi cariño,

Carol

Para saber más en:

Página de Facebook: C.G. De La Cruz

Grupo de Facebook: Las Lectoras de C.G. De La Cruz

Twitter: @C_G_DeLaCruz

Instagram: c_g_delacruz

Encuentra las listas de canciones en:

Spotify: C.G. De La Cruz

Otras Obras de la Autora

Disponibles en todas las plataformas de Amazon en papel y formato digital.

[1] Consiste en un asado de carne, habitualmente vacuno y sus guarniciones que incluye patatas, yorkshire pudding, salchichas, zanahorias, judías, coles de Bruselas y, un imprescindible, el gravy, que es la salsa a partir del jugo desprendido de la carne.

[2] Es una aplicación que ofrece contenidos privados de una persona previo pago, es decir, una red social bajo suscripción en la que sus casi 240 millones de usuarios venden o compran fotografías y vídeos relacionados con diferentes temáticas, aunque esta plataforma es especialmente conocida por ofrecer contenido pornográfico.